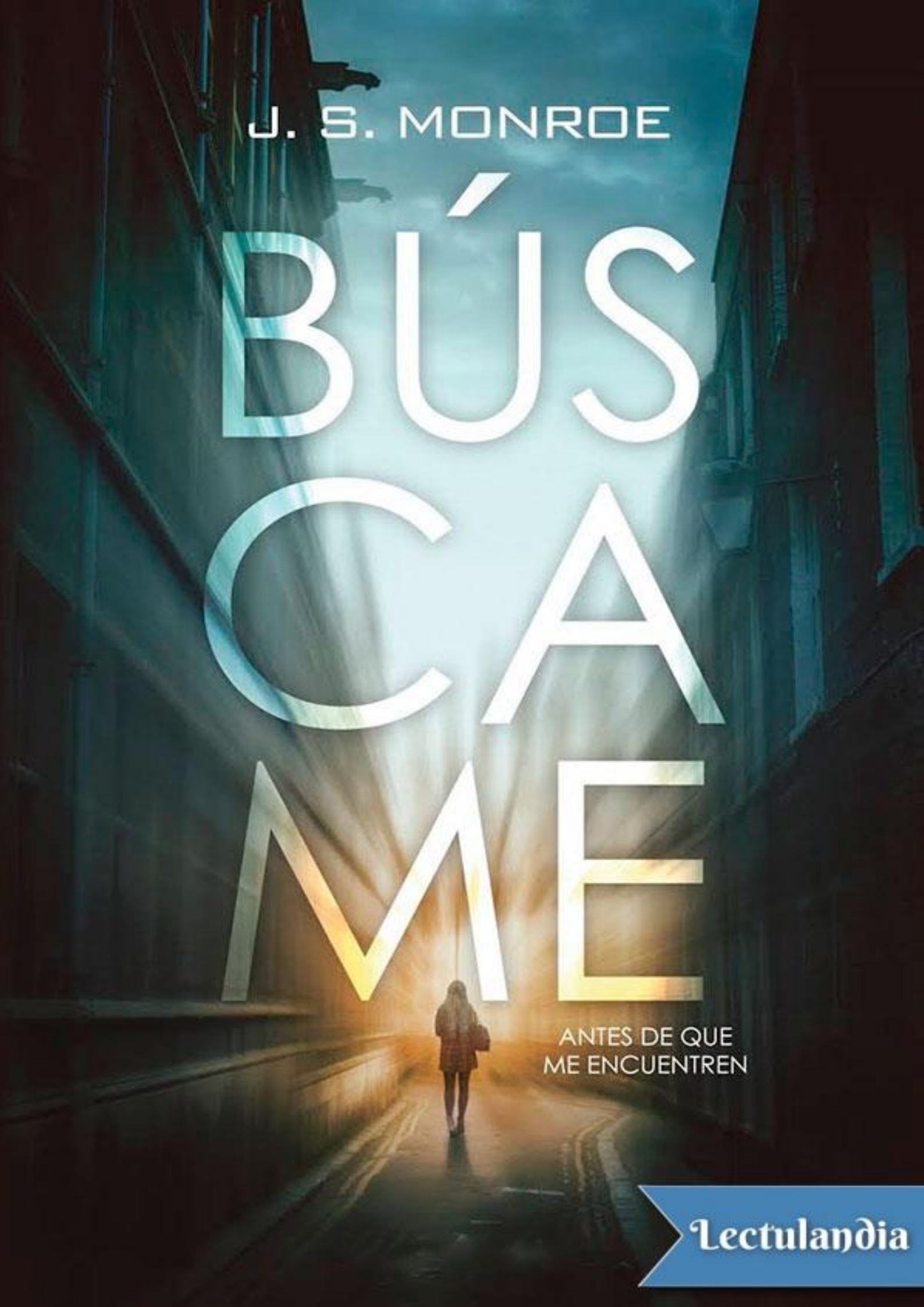




J. S. MONROE

# BÚSCAME

ANTES DE QUE  
ME ENCUENTREN

Lectulandia

*«A veces elegimos ver solo lo que queremos ver. Otras veces lo que vemos cambia nuestra forma de ver todo lo demás».*

Hace cinco años, Rosa recorrió el muelle en plena noche, miró el agua oscura y turbulenta y saltó. Era una estudiante de Cambridge, una joven brillante que acababa de perder a su padre. Su muerte fue trágica pero no inesperada. ¿Fue realmente eso lo que sucedió?

El juez de instrucción afirma que sí, pero Jar, el novio de Rosa, no se da por vencido. Ve a Rosa en todas partes: vislumbra su rostro en el tren, cree distinguir su figura en el acantilado. Le obsesiona el deseo de demostrar que sigue viva. Y entonces recibe un *email*.

***Búscame, Jar. Búscame antes de que ellos me encuentren.***

**Lectulandia**

J. S. Monroe

# **Búscame**

**ePub r1.0**

**NoTanMalo** 26.6.17

Título original: *Find me*  
J. S. Monroe, 2017  
Traducción: Victoria E. Horrillo Ledesma

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Hilary

Aunque estoy viejo de tanto vagar  
por altas sierras y hondos páramos,  
descubriré adónde fue ella  
y besaré sus labios y cogeré sus manos.

W. B. YEATS, *La canción de Angus el errante*.

La encontré hace unos minutos, en el rincón, las alas rectas y juntas como manos en posición de orar. ¿Echó un vistazo a mi vida y decidió ocultar su belleza? No puedo reprochárselo.

Fue papá quien me enseñó a amar a las mariposas. Si una quedaba atrapada dentro de casa, dejaba lo que estuviera haciendo para liberarla. Ayer, cuando salimos en su barco, encontró una (una perlada rojiza, dijo) posada en una bolsa de lona, al sol. Me llamó para que la viera, pero la mariposa echó a volar cuando me acerqué. La observamos en silencio mientras se alejaba, valerosa y despreocupada, demasiado lejos de tierra para sobrevivir.

No estoy segura de qué especie es esta. Quiero abrirle las alas para colorear un poco mi desvaída existencia, pero le haría daño. Y ya hemos tenido bastante dolor.

—Solo está descansando —dice papá.

No le he visto acercarse pero su voz nunca me sobresalta. Viene mucho por aquí desde hace unas semanas, y se marcha con el mismo sigilo con el que llega.

—Las manchas de la parte inferior de las alas la ayudan a pasar desapercibida.

Yo también procuraré pasar desapercibida, guardar la poca belleza que aún poseo para Jar. Y algún día, con ayuda de papá, volveré a desplegar mis alas al sol.

## Primera parte



# 1

Hace cinco años que la enterraron, pero Jar reconoce su rostro de inmediato. Sube en la escalera mecánica mientras él baja, tarde de nuevo para ir a trabajar tras otra noche de farra por los garitos de la ciudad. Las dos escaleras están atestadas pero, al cruzarse sus caminos, Jar siente que tienen el metro para ellos solos, como si fueran las dos últimas personas sobre la faz de la tierra.

Su primer impulso es llamar a Rosa a gritos, escuchar su nombre por encima del estruendo de la hora punta. Pero se queda paralizado, incapaz de decir o de hacer nada, mirándola ascender hacia el Londres de la superficie. ¿Adónde va? ¿Dónde ha estado?

Se le acelera el corazón, la palma de la mano se le humedece sobre la negra goma del pasamanos. Intenta de nuevo llamarla a gritos pero su nombre se le atasca en la garganta. Parece distraída, nerviosa, malhumorada. Ya no lleva el pelo desgredado, y su cabeza afeitada no concuerda con el recuerdo que Jar conserva de ella. Camina también menos erguida, agobiada por el peso de una vieja mochila bajo la que cuelga una bolsa de tienda de campaña con estampado floral. Su ropa (forro polar, pantalones beduinos) también es más desastrada, como escogida al azar, pero Jar reconocería hasta su sombra sobre un arbusto de aliaga. Unos ojos verdeazulados que bailan bajo una frente huraña. Y esos labios fruncidos y traviosos.

Ella mira escalera abajo, buscando a alguien quizá, y se mezcla con el torrente de transeúntes que vienen y van. Jar escudriña a la muchedumbre por debajo de él, mientras una hoja de periódico pasa a su lado empujada por una ráfaga de aire caliente, girando y doblándose sobre sí misma. Dos hombres se abren paso entre la multitud, apartando a la gente con la serena firmeza de la autoridad. Tras ellos se despliega, como un abanico de naipes, una hilera de anuncios digitales.

Frustrado, Jar mira a ambos lados de un grupo de turistas que le corta el paso, como si de esa forma pudiera dispersarlos. ¿No explican sus guías de Londres que en las escaleras mecánicas deben situarse a la derecha? Se refrena al acordarse de sus primeros días de incertidumbre en la ciudad, recién llegado de Dublín. Luego, de pronto, encuentra el paso expedito, derrapa como un niño al doblar la curva del pie de la escalera y sube de nuevo a todo correr por la escalera central, saltando los peldaños de dos en dos.

—¡Rosa! —grita al acercarse a los torniquetes—. ¡Rosa!

Pero su voz carece de convicción, no hay en ella ímpetu suficiente para que alguien se vuelva a mirar. Cinco años es mucho tiempo para mantener la fe. Jar

recorre con la mirada el pasillo abarrotado de gente y adivina que ella ha torcido a la izquierda, hacia el vestíbulo principal de la estación de Paddington.

Minutos antes, con menos dinero en el bolsillo del que debiera tener una semana antes de cobrar, se ha colado por los torniquetes detrás de un transeúnte despistado. Ahora tiene que volver a hacer lo mismo para salir, pegándose a la espalda de un señor mayor. Esto no le satisface: no halla placer alguno en la facilidad con que consigue colarse cuando enseña al hombre cómo meter el tique en la máquina y cruza el torniquete al mismo tiempo que él. La astucia disfrazada de amabilidad juvenil.

Corre hasta el centro del vestíbulo, donde se para a respirar con las manos apoyadas en las rodillas bajo la bóveda de la austera estación diseñada por Brunel. ¿Dónde está?

Y entonces vuelve a verla: se dirige al andén uno, donde el tren de Penzance se dispone a partir. Jar zigzaguea entre el gentío maldiciendo, disculpándose, tratando de no perder de vista la mochila.

Al doblar la esquina de un puesto de tarjetas postales, la ve junto a los vagones de primera clase. Está mirando hacia atrás. (Años antes solían deslizar postales compradas en tiendas como aquella bajo las puertas de sus respectivas habitaciones, tratando de impresionarse con su ironía estudiantil). Jar también se vuelve instintivamente. Los dos hombres se dirigen hacia allí. Uno de ellos se lleva un dedo a la oreja.

Jar vuelve a mirar el andén. Una vigilante hace sonar su silbato, ordenando a Rosa que se aparte del tren. Pero ella no le hace caso, abre la pesada puerta del vagón y la cierra a su espalda con una firmeza cuyo eco resuena en toda la estación.

Ahora le toca a él acercarse al tren.

—¡Apártese! —grita la vigilante cuando el tren se pone en marcha.

Jar corre hacia la puerta, pero Rosa ya está recorriendo el pasillo, busca un sitio, se disculpa al chocar con un asiento ocupado. Corriendo en paralelo al tren, que avanza cada vez más deprisa, Jar la ve colocar su mochila en el portaequipajes y sentarse junto a la ventana. Por primera vez parece reparar en que hay alguien más allá del cristal, pero ignora a Jar mientras se acomoda, coge un periódico que alguien ha abandonado y echa una ojeada al portaequipajes.

El tren se mueve demasiado deprisa para que pueda seguirlo, pero mientras corre Jar da una palmada en la ventana. Ella levanta la vista, los ojos dilatados por el asombro. ¿Es Rosa? Ya no está seguro. No parece reconocerle, no da señales de saber quién es, de recordar que hace años Jar fue el amor de su vida y viceversa. Él vacila, se frena hasta detenerse mientras ve alejarse el tren y ella le mira como un desconocido miraría a otro.

*Cambridge, trimestre de verano, 2012*

Sé que no debería escribir esto (no deben quedar registros escritos, ninguna estela en el cielo de Fenland, como diría mi psicoterapeuta), pero siempre he llevado un diario y necesito hablar con alguien.

Anoche volví a salir con la gente de teatro. Por lo visto el papel de Gina Ekdal es mío si lo quiero. Yo sigo diciéndome que todo esto lo hago por papá.

Bueno, todo no. Me tomé un éxtasis cuando llegamos al *pub*. Las velas de las mesas ardían como crucifijos (preciosos, proféticos crucifijos, quizá), pero aun así no fue lo que esperaba. Creo que besé a Sam, el director, y posiblemente también a Beth, que va a hacer de la señora Sørby. Le habría metido la lengua hasta la garganta a todo el elenco si no hubiera intervenido Ellie.

No volveré a intentarlo, pero estoy decidida a exprimir al máximo el tiempo que me queda aquí. Sé que esta gente, esta vida, no son lo mío, pero algo han mejorado las cosas respecto a los dos trimestres anteriores («Navidad» y «Cuaresma», como se empeñaba en llamarlos papá; yo prefiero ceñirme a las estaciones). Es tan fácil rodearse de la gente equivocada y tan difícil escapar de ella sin que nadie se ofenda o piense que eres una engreída...

Después del *pub* fuimos a comer algo aunque yo no tenía mucha hambre. No sé adónde fuimos, a un sitio cerca del río. Estaba bastante borracha hasta que llegó la hora de pagar.

Fue entonces cuando le conocí. ¿Por qué ahora, con el poco tiempo que me queda? ¿Por qué no le conocí en el primer trimestre?

Iba rodeando la mesa, cobrando a cada uno su parte. Una cuenta dividida entre catorce, ¿te lo puedes creer? Pero el tío ni se quejó, ni siquiera cuando le tocó cobrarme a mí y mi tarjeta no funcionaba.

—El datáfono no va bien —me dijo en voz tan baja que casi no le oí—. No hay cobertura. Vas a tener que acercarte a la caja.

—¿Perdona? —Yo levanté la vista.

No soy baja, pero él era muy alto: un tiarrón con la cara perfectamente afeitada y un suave acento irlandés.

Se inclinó para asegurarse de que solo le oía yo. Su aliento era cálido y su cuerpo olía a limpio. A sándalo, quizá.

—Tenemos que probar a pasar la tarjeta otra vez más cerca de la caja.

Su forma de mirarme, con una sonrisa comprensiva y tranquilizadora, hizo que me levantara de la mesa y le siguiera hasta la caja. Me gustaron además sus manos grandes y limpias, y el discreto anillo que llevaba en el pulgar. Pero no era para nada mi tipo. Su mandíbula ancha acababa en un ángulo demasiado picudo en la barbilla y tenía la boca como contraída.

Cuando los demás ya no podían oírnos, se volvió hacia mí y me dijo, ya sin susurrar, que habían rechazado mi tarjeta.

—La máquina me aconseja que te quite la tarjeta y la rompa. —Una sonrisa iluminó su cara grandota. Cuando sonreía sus facciones mejoraban: se le suavizaba la barbilla y se le marcaban los pómulos.

—¿Qué hacemos? —pregunté yo, contenta porque de pronto pareciéramos cómplices en una fechoría.

Estoy sin blanca desde el día que llegué.

Me miró, y creo que entonces se dio cuenta por fin de lo borracha que estaba. Luego miró hacia la mesa.

—¿Sois de un grupo de teatro? —preguntó.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No han dejado propina.

—Puede que te dejen una en metálico —contesté, saliendo de pronto en defensa de mis nuevos amigos.

—Sería la primera vez.

—Ya veo que tú no eres actor —contesté.

—No, no soy ac-tor —dijo alargando mucho la erre de «actor», como en un rugido, y de pronto me sentí avergonzada.

—¿Y a qué te dedicas cuando no estás metiéndote con mis amigos? —pregunté.

—Estudio.

—¿Aquí, en Cambridge?

Era una pregunta estúpida y condescendiente, y él prefirió ahorrarme la respuesta.

—También escribo un poco.

—Genial.

Pero yo ya no le escuchaba. Estaba pensando que me tocaba pagar mi parte de la cuenta y no tenía con qué pagarla. No quiero que los demás sepan que estoy sin un céntimo, aunque eso sea lo normal en la vida del actor. Y tampoco puedo decirles que mis preocupaciones económicas (o todas mis preocupaciones) están a punto de resolverse. No puedo decírselo a nadie.

—En el bote de las propinas hay dinero suficiente para que te pague la cuenta —dijo él.

Me quedé sin habla un momento.

—¿Y por qué vas a hacerme ese favor?

—Porque creo que es la primera vez que sales con esa gente y que estás

intentando impresionarles. Si no puedes pagar tu parte, no te darán el papel. Y ya estoy deseando ver la función. Me gusta Ibsen, ¿sabes?

Nos miramos en silencio y me agarró por el codo cuando me tambaleé. Empezaba a estar muy mareada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Puedes llevarme a casa? —Me sonó mal mi propia voz, pastosa y suplicante, como si estuviera oyendo hablar a otra persona.

—No salgo hasta dentro de una hora. —Miró a Ellie, que acababa de acercarse—. Creo que tu amiga necesita que le dé un poco el aire —le dijo.

—¿Ha pagado? —preguntó ella.

—Sí, ya está. —Él me devolvió la tarjeta.

Y de eso es de lo único que me acuerdo. Ni siquiera me quedé con su nombre. Solo conservo una serie de primeras impresiones: un hombre al que el mundo no estresaba y que vivía a su aire, siempre despierto, siempre alerta, como decía mi padre. Pero, por debajo de esa apariencia de calma, ¿había quizás una especie de vehemencia contenida, de pasión refrenada? ¿O son solo imaginaciones mías?

Ahora me siento avergonzada. Ninguno de los dos tenía dinero, pero allí estaba él, un escritor irlandés que trabaja en un restaurante, sin quejarse, sirviendo a estudiantes tacaños para ganarse la vida, y yo sin poder pagar y sin saldo en la tarjeta.

En parte (en gran parte) espero volver a verle, pero no quiero mezclarle en lo que me espera. Sigue asustándome la idea de haberme equivocado, pero no veo otra salida.

### 3

Jar está sentado ante su mesa, leyendo las excusas de los compañeros de trabajo que, como él, han faltado a la reunión diaria de las nueve y media. Nunca deja de asombrarle el descaro con que miente la gente. Ayer, Tamsin mandó un *e-mail* colectivo avisando de que iba a llegar tarde porque los bomberos habían tenido que rescatarla del cuarto de baño de su casa. Ello dio pie a un sinfín de chistes acerca de los bomberos y sus métodos de rescate cuando Tamsin llegó por fin muy colorada y con la blusa mal abrochada.

Hoy las excusas son más prosaicas. A Ben se le ha salido el agua de la lavadora y se le ha inundado la cocina; Clive culpa del retraso del tren que le trae desde Hertfordshire a una vaca que se ha atravesado en la vía; y Jasmine dice: *Me he dejado la cartera en casa, he vuelto a buscarla, llego tarde*. Maria, la grande dame del despacho, tiene más chispa: *Mi marido se ha zampado el almuerzo de los niños. Tengo que hacerles otro*. «No está mal», piensa Jar, aunque no pueda compararse con la excusa que puso Carl el verano pasado: *Me estoy recuperando de Glastonbury. Puede que llegue unos días tarde*.

Carl es su único aliado en la oficina: siempre dispuesto a tomarse una pinta después del trabajo, siempre alegre, siempre con los auriculares colgándole del cuello. (Si le toca a él ir a por té para todos, recorre la oficina haciendo una gran T con las manos). Cuando no está encargándose del canal de música de la revista digital en la que trabajan, se dedica a la música *jungle* y le cuenta a todo el que esté dispuesto a escucharle que el *jungle* no es retro, que nunca ha pasado de moda y que está más en boga que nunca. Su interés por la informática raya en lo obsesivo, y con frecuencia olvida que a Jar no le interesan ni el desarrollo de aplicaciones ni los paradigmas de programación.

Jar ha pensado en mandar un *e-mail* a la oficina desde la estación de Paddington explicando por qué iba a llegar tarde, pero no estaba seguro de cómo iba a sonar: *Acabo de ver a mi novia de la universidad, que se quitó la vida hace cinco años. Todo el mundo me dice que tengo alucinaciones y que debo pasar página y seguir adelante, pero yo sé que está viva y no voy a parar hasta que la encuentre. No estaba preparada para morir*.

A Carl se lo ha contado todo, pero a los otros no. Sabe lo que piensan. ¿Qué hace en el barrio de Angel, en el séptimo círculo del infierno oficinesco, un joven y galardonado escritor irlandés cuya colección de relatos ha cosechado gran éxito de crítica aunque no de ventas? ¿Por qué se dedica a escribir titulares con gancho acerca

de Miley Cyrus para que el lector haga clic y suban las cifras del tráfico web? Fue mala suerte que el primer artículo que le encargaron tratara sobre el bloqueo del escritor: diez autores que habían perdido su *mojo*. Jar se pregunta en ocasiones si él lo habrá tenido alguna vez.

Desde hace unos meses ve a Rosa cada vez con más frecuencia: al volante de coches que pasan, en el *pub*, en la parte de arriba del autobús 24 (en los asientos delanteros, donde se sentaban siempre que iban a Camden, cuando estaban en Londres). Estas apariciones tienen un nombre, según le dijo su médico de cabecera en Galway: alucinaciones postduelo.

Su padre no está de acuerdo, y habla con vehemencia de la *spéirbhean*, la mujer celestial que aparece en los poemas visionarios irlandeses.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —le reprende su madre, pero a Jar no le importa. Está muy unido a su padre.

Pasó mucho tiempo en su casa de Galway justo después de la muerte de Rosa, tratando de entender lo que había ocurrido. Su padre regenta un bar en el Barrio Latino. Se quedaban levantados hasta muy tarde hablando de las apariciones, sobre todo de una que tuvo Jar en la costa de Connemara. (En realidad solo hablaba él: su padre se limitaba a escuchar). Algunas veces se da cuenta de que son solo falsas alarmas, pero otras veces no consigue quitarse de la cabeza esas visiones y...

—Pareces un muerto, tío —dice Carl al dejarse caer en su silla, cuyo cojín se desinfla con un siseo—. ¿Acabas de ver un fantasma o qué?

Jar no contesta, sigue tecleando en su ordenador.

—Joder, tronco, lo siento —dice Carl, revolviendo entre los discos promocionales que tiene encima de la mesa—. Pensaba que...

—Te he traído un café —le corta Jar, y le pasa el café con leche.

No quiere que su amigo se avergüence más de lo necesario. Carl es un poco gordito, tiene cara de niño, una mata de rastas rubias, sonrisa de querubín y la molesta costumbre de abreviar las palabras en sus *e-mails* (escribe «pordes», en vez de «por desgracia») y de decir cosas como «guay», «mola» y «tronco», pero es la persona con menos malicia que conoce Jar.

—¡Salud! —Se hace un silencio un poco violento—. ¿Dónde ha sido? —pregunta Carl.

—Voy a hacer el *doodle* de hoy —contesta Jar sin hacerle caso.

—¿Seguro que quieres hacerlo tú?

—Es sobre Ibsen, un viejo amigo mío.

Jar y él se turnan para escribir pequeños artículos explicativos acerca del *doodle* diario de Google. Se supone que la noche anterior tienen que consultar la página de Google Australia para adelantarse once horas a la parte del mundo que todavía duerme, pero con frecuencia se les olvida. Los artículos están enterrados en un rincón de la página web donde es casi imposible que alguien los lea, pero aumentan las cifras de tráfico web porque la gente clica distraídamente en el adornado logotipo

diario del motor de búsqueda.

Media hora después, tras escribir mucho más de lo necesario sobre Ibsen, y especialmente sobre el personaje de Gina Ekdal en *El pato salvaje* y sobre la extraordinaria adaptación que hizo un grupo de teatro *amateur* en Cambridge hace cinco años, Jar está de nuevo en la calle, con Carl, resguardándose de la lluvia en el callejón de al lado de la oficina, que huele a cerveza de la noche anterior y a cosas peores.

—Menudo tiempesito —comenta Jar para llenar el silencio. Intuye que Carl está a punto de sacar a relucir un tema incómodo y mira a su alrededor en busca de una distracción—. Comedor de *pizza* a las cuatro en punto.

—¿Dónde? —pregunta Carl.

Jar señala con la cabeza al otro lado de la calle: un hombre va por la acera hablándole a un extremo de su teléfono móvil, que sostiene en posición horizontal ante su boca como una porción de *pizza*. Le miran los dos sonriendo. Sienten debilidad por las personas que hablan por el móvil de manera pintoresca: los que susurran furtivamente tapando el teléfono con la mano, o los que mueven el teléfono adelante y atrás entre el oído y la boca. Pero los comedores de *pizza* son sus preferidos.

—Ya sé que no es asunto mío —dice Carl dando un calada al cigarro cuando el hombre desaparece entre la gente. Sostiene el cigarro entre el pulgar regordete y el índice, como un niño escribiendo con una tiza—. Pero quizá deberías consultar con alguien. Ya sabes, por lo de Rosa.

Jar mira a lo lejos, con las manos hundidas en la chaqueta de ante. Observa el tráfico que circula por la calle abriéndose paso entre la lluvia y la neblina. Le apetece fumarse un cigarro pero está intentando dejarlo. Otra vez. Rosa no fumaba. Ha bajado a hacerle compañía a Carl para que su amigo sepa que no le guarda rencor por lo de antes. Y para escaquearse de la reunión de las once.

—Creo que he encontrado a alguien que podría echarle una mano —continúa Carl—. Es una psicóloga especializada en duelo.

—¿Has vuelto a frecuentar el tanatorio? —pregunta Jar, recordando un experimento reciente de su amigo: las «citas funerarias».

Partiendo de la premisa de que los funerales disparan las feromonas («hay mucha pena en el deseo, y mucho deseo en la pena»), Carl se ha presentado en varios velatorios con la esperanza de encontrar el amor, no necesariamente en brazos de la viuda, pero sí de alguna mujer vestida de luto, atractiva y desorientada por el dolor.

—Me la ligué.

Jar le mira sorprendido.

—Vale, no me la ligué. Estamos colaborando en un asunto.

—¿En Tinder, quieres decir?

—Ha pensado que podía interesarme un estudio que están haciendo sobre los efectos beneficiosos de la música en las salas de espera de las consultas de



psicoterapia. Cuando a la gente le pones un poco de *jungle* clásico, le cuesta menos abrirse.

—O salta por la ventana. —Jar hace una pausa—. El caso es que después de lo de esta mañana estoy más convencido que nunca de que Rosa está viva —añade, y coge el cigarro de Carl y le da una profunda calada.

—Pero no era ella, ¿no?

—Podría haber sido ella, eso es lo que importa.

Se quedan callados mirando la lluvia. «La esperanza es una cosa íntima y delicada», piensa Jar, «una cosa que los demás pueden ahogar fácilmente». Da otra calada al cigarro y se lo devuelve a Carl. No le reprocha su escepticismo. Están a punto de volver a la oficina cuando Jar repara en un hombre alto que está sentándose junto al escaparate del Starbucks del otro lado de la calle. Chaqueta North Face negra con el cuello subido, cabello castaño corriente, rasgos anodinos. Un rostro anónimo, fácil de olvidar, de no ser porque es la tercera vez que Jar le ve en un plazo de dos días.

—¿Conoces a ese hombre? —pregunta señalando el Starbucks con una inclinación de cabeza.

—Creo que no.

—Te juro que anoche estaba en el *pub*. Y ayer en mi autobús.

—¿Otra vez te están siguiendo?

Jar asiente, dándole la razón medio en broma. La burla de su amigo no le pilla por sorpresa. Ya le ha hablado otras veces de esa sensación suya de que le vigilan continuamente.

—¿Sabías que una de cada tres personas sufre paranoia? —pregunta Carl.

—¿Solo una de cada tres?

—Las otras dos se encargan de vigilarla.

Jar desea ofrecerle una risa testimonial, un gesto que demuestre que se encuentra bien, que todo son imaginaciones suyas, pero no lo consigue.

—La sensación que tuve cuando la vi en la escalera mecánica... —Se interrumpe y mira de nuevo al desconocido—. Rosa está por ahí, en algún sitio, Carl, estoy seguro. Está buscando la manera de volver.

*Cambridge, trimestre de otoño, 2011*

Hace dos semanas que llegué y echo de menos a papá más que nunca. Pensaba que el cambio de ambiente, el hecho de empezar de nuevo, rompería el ciclo, pero no ha sido así. Ni siquiera la bruma que rodea la primera semana de curso ha podido ocultar la enorme mole de mi pena. Éramos un dúo inseparable, como la sal y la pimienta, como Morecambe y Wise (su programa favorito). Estábamos más unidos que cualquiera de mis amigos con sus padres. Nos había unido el destino, sin que ninguno de los dos pudiera decidir al respecto. Sencillamente, las cosas se dieron así.

Anoche, en el Pickerel, me enfadé cuando la gente se puso a hablar mal de sus padres. La chica de la habitación de al lado, que también estudia Filología Inglesa, la boba de Josie, la de Jersey, me preguntó qué pensaba yo de los míos. Cuando le expliqué lo que pasaba cambió el ambiente, claro: se abrió un paréntesis en el murmullo alcoholizado del *pub* y nadie sabía qué decir ni dónde mirar. Me vi por un momento desde arriba, como si sobrevolara la escena, y me pregunté si es así como ve ahora las cosas papá: desde arriba.

Hace cinco minutos, cuando me desperté y vi que entraba el sol por las cortinas baratas de mi habitación, papá estaba vivo todavía y teníamos previsto ir a comer juntos a Grantchester. Pensaba hablarle de mis primeras semanas en Cambridge, de los clubes a los que me he apuntado, de la gente que he conocido. Y entonces me he acordado.

Papá hablaba mucho de Cambridge. Solo vinimos juntos una vez, en verano, una semana antes de que muriera (qué raro se me hace escribirlo todavía). Ese día estaba tan inquieto como siempre. Poseía un entusiasmo increíble por la vida, una inteligencia enérgica y desbordante. Si hubiera podido, me habría enseñado Cambridge en su bicicleta plegable, con la que iba a trabajar, o habríamos salido a correr juntos (tenía el físico fibroso de un corredor de montaña). Pero en vez de eso fuimos andando tranquilamente, y aun así me costó seguir su ritmo.

Empezó por enseñarme su *college*, como él decía, que en sus tiempos era solo para chicos. ¿Te imaginas? Es un consuelo saber que papá estuvo aquí antes que yo, que caminó por estos mismos senderos, que cruzó estos recintos sagrados. Después me llevó a remar en batea porque dijo que era lo típico. Pero por lo menos no se puso un sombrero de paja.

Curiosamente ese día hubo ratos de silencio, y papá me dijo que las cosas se le estaban complicando en el trabajo. Hablaba poco de su trabajo y yo casi nunca le preguntaba. Solo sabía que le habían destinado a embajadas en distintas partes del mundo, casi siempre en el sur de Asia, y que trabajaba en la Unidad Política del Foreign Office, enviando a Londres informes que, según decía él en broma, nadie se molestaba en leer.

Llevaba dos años destinado en Londres. No estoy segura de que fuera un ascenso, pero en todo caso seguía viajando de vez en cuando. Yo ya tenía edad suficiente para valerme sola cuando él estaba de viaje, y para acompañarle a los eventos de trabajo cuando estaba en casa, incluida una fiesta en el jardín del Palacio de Buckingham el año pasado. Recuerdo que llevaba puesta la misma americana que aquel día en el río Cam.

—Tengo que ir a la India —me dijo agachando innecesariamente la cabeza cuando pasamos por debajo del puente de Clare.

—Qué suertudo.

Me arrepentí enseguida del tono que había empleado. Sabía que a papá no le gustaba estar fuera largas temporadas.

—A Ladakh —añadió con una sonrisa, confiando en suavizar el golpe.

Habíamos estado allí juntos una vez, en Leh. Fue un viaje feliz: visitábamos los cafés *hippies* de Changspa Road, veíamos a jóvenes israelíes entrar en la ciudad montados en sus Enfield Bullets, buscando solaz en las montañas tras hacer el servicio militar. Seguramente es el lugar que más me gusta del mundo. Algún día quiero tener un trabajo que me permita viajar, como el de papá.

Le vi saludar con la cabeza a los ocupantes de una batea con la que nos cruzamos. Dos padres orgullosos sentados en la proa y el hijo pródigo pilotando la barca por los Backs de Cambridge. Estoy segura de que su insistencia en estar siempre cerca de su única hija fue un obstáculo para la carrera de papá. Prácticamente me crio solo, con ayuda de una o dos niñeras a lo largo de los años.

—Prométeme que, cuando estés aquí, lo probarás todo —dijo.

Recuerdo que no me gustó su tono: esa forma de dar a entender que no estaría aquí cuando yo «subiera» a Cambridge, como él decía, pero puede que el tiempo haya sesgado mi recuerdo de ese momento. Esa tarde soleada, en todo caso, estaba raro. Más reservado, menos ocurrente.

—Apúntate a todos los clubes y las asociaciones —añadió con una ligereza que me pareció forzada—. Dale una oportunidad a todo, prueba todo lo que te ofrece la vida aquí. Recuerdo que yo me afilié a los laboristas, a los socialdemócratas y a los conservadores en una misma noche.

—¿Por eso se te da tan bien esto? ¿Porque te apuntaste a un club de remo?

—Aprendí a manejar la batea para impresionar a tu madre. La primera vez que la llevé a dar una vuelta, la pértiga se me quedó clavada en el fango. Es fácil que pase. Solo que no debí agarrarme a ella cuando la batea empezó a alejarse.

—¡Papá! —dije con exasperación fingida.

Noté que aquel recuerdo le alegraba más que entristecerle: una sonrisa frunció la comisura de su boca, por el lado por el que siempre me susurraba bobadas cuando se suponía que teníamos que estar circunspectos.

—Se pronuncia *ma'am*, como *spam*, y acuérdate de la reverencia —me dijo momentos antes de que me inclinara ante la reina, con mis tacones hundiéndose en el césped mullido del Palacio de Buckingham.

Ahora me cuesta imaginar que algún día pueda sonreír al pensar en él. Ahora mismo, solo me dan ganas de acurrucarme en esta cama estrecha de colegio mayor y morirme.

Jar se da cuenta de que algo pasa en cuanto sale del ascensor. La puerta de su piso está abierta: un triángulo de luz atraviesa la oscuridad del descansillo. Se le acelera la respiración.

—Espera aquí —le dice a Yolande, a la que un minuto antes estaba besando en el ascensor.

Se han conocido en un *pub* de la parte alta de Brick Lane por el que suele pasarse después del trabajo. En los últimos meses ha adoptado una costumbre: tras una «alucinación postduelo» (como sabe que debe llamar a su visión de Rosa de esa mañana), busca consuelo en una desconocida. Un conato erróneo de seguir adelante con su vida: con una desconocida, siente que le es menos infiel a su recuerdo.

Empuja la puerta pero algo impide que se abra del todo. Empuja más y al entrar nota cómo le palpita la sangre en las sienes. El piso (una sola habitación amplia, con una cocinita americana al fondo y un cama al otro lado) está patas arriba. El suelo está cubierto de libros sacados de las estanterías que cubren hasta el último palmo de las paredes. Algunas estanterías han sido arrancadas y se apoyan desmayadamente en la pared, como árboles desarraigados por una tormenta. Jar cierra los ojos tratando de comprender lo que ha ocurrido.

En su bloque de pisos no son raros los robos. Hace poco hubo varios seguidos y se culpó de ello a los yonquis que hay al norte de Hackney Road. A Nic Farah, el fotógrafo que vive en el piso de abajo, le robaron el ordenador la semana pasada. Y en un piso de la planta dieciséis, cuatro plantas por debajo de la suya, robaron una tele y un equipo de música hace unos días. Por precaución, aunque con cierta desgana, Jar ha empezado a esconder su guitarra de doce cuerdas debajo de la cama.

Pasa entre el alud de libros tirados por el suelo y coge el ejemplar de *More Than a Game*, de Con Houlihan, un libro de su padre. Sabe instintivamente que no falta nada. Ellos (sean quienes sean) no han venido por eso. Se agacha junto a la cama. La funda de su guitarra sigue ahí. Está a punto de incorporarse cuando decide sacar la funda, deteriorada por el uso. Cualquier cosa con tal de distraerse, de poner freno a las ideas que se le agolpan vertiginosamente en la cabeza. Sentir el peso de la funda le tranquiliza. La abre sobre la cama. La guitarra está intacta, otra prueba de que no se trata de un robo corriente. Una buena guitarra como aquella es muy fácil de vender.

—Imagino que esto no está siempre así —dice Yolande, que sigue de pie en la puerta.

Tiene una voz refinada. A Jar le sorprende lo fácilmente que se ha olvidado de su

presencia.

—¿Quieres que llame a la policía? —pregunta ella.

Debería haberle dado cualquier excusa en el bar y haberse marchado, no haberla traído aquí. Ni siquiera es, hablando en rigor, una desconocida. Ya se fijó en ella la última vez que fue a ver a su editor. Pasó por su lado con una caja de libros para que los firmara un autor con más éxito del que él tendrá nunca. Y luego allí estaba otra vez esta noche, en el *pub*. Habría sido una grosería no saludarla.

—No —contesta Jar. Toca un acorde con impaciencia antes de guardar la guitarra—. No se han llevado nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no hay nada que llevarse. —Cierra de golpe la funda de la guitarra y comienza pasearse por la habitación.

—Cuántos libros —comenta ella mientras le observa.

«Y mañana llegan dos más», piensa Jar: *Young Skins*, de Colin Barrett, para compensar su artículo de esa semana sobre Jennifer Lawrence, y *El camino de los Madigan*, de Anne Enright, para resarcirse de un test sobre One Direction. Vanos intentos de mantener una especie de equilibrio cultural en su existencia. En el piso ya casi no queda sitio.

—Deja que te ayude a ordenar esto —dice Yolande a su lado, con una mano sobre su hombro.

Jar da un respingo al sentir su contacto. Es demasiado buena, no merece que la involucre en su vida. Al verla coger un libro, algo le llama la atención en medio del desbarajuste. Es una fotografía de Rosa. Y no debería estar allí. No guarda ningún recuerdo suyo en el piso, ni un solo rastro de ella. Es una norma autoimpuesta. ¿Habrá dejado alguien la fotografía como tarjeta de visita? Entonces se acuerda de que cuando estaba en Cambridge usaba aquella foto como marcapáginas. Debe de haberse caído de algún libro.

Se agacha para recogerla, mira la cara de Rosa. Ella siempre supo cómo llamar su atención. De la foto, le gusta especialmente su pose aplicada: sentada ante su escritorio sin mirar a cámara, mordisqueando un bolígrafo. Ha visto tantas imágenes esos últimos cinco años que le preocupa no acordarse de cómo era Rosa en realidad, que las fotos estén dando forma a sus recuerdos.

—Debería irme a casa —dice Yolande mirando por encima de su hombro.

Su voz le sobresalta. ¿Cuánto tiempo lleva mirando la fotografía?

Sabe que le debe una disculpa o al menos una explicación, pero no sabe por dónde empezar.

—Vale —dice, apartándose de la mirada de reproche que le dirige Rosa: otro ligue de una noche al que maltratas.

Mira a Yolande un momento. Otra noche, en otra vida, a esas alturas ya estarían haciendo el amor lánguidamente, ambos borrachos. Se habrían desplomado en la cama después de que él la sedujera tocando una balada irlandesa con la guitarra, una

de esas canciones que oía tan a menudo en su antiguo cuarto, cuando la voz de su padre subía flotando desde el bar familiar en Galway y se colaba por los listones de la tarima.

—Lo siento. ¿Quieres que baje contigo, que pare un taxi?

—No, qué va —contesta ella—. En serio.

Pero él insiste y bajan juntos en el ascensor, en silencio.

—La querías mucho, ¿verdad? —pregunta Yolande cuando el ascensor se detiene con un estremecimiento en la planta baja—. Tuvo suerte de conocer esa sensación.

Fuera, en la calle, ella misma para un taxi, pero Jar espera a que esté dentro y se aleje en medio de la noche (hacia Mile End, cree que ha dicho) antes de volver a entrar en el edificio con renovado vigor. ¿O acaso es miedo? Lo que ha pasado en su piso significa que alguien (todavía no está seguro de quién) empieza a tomarle en serio. Alguien quiere saber qué ha descubierto sobre Rosa. Y posiblemente también intenta pararle los pies. La puerta de una furgoneta se cierra a lo lejos. Jar pulsa el botón del piso veinte y vuelve a salir del ascensor mientras las puertas aún se están cerrando. Sin esperar a que el ascensor vacío comience su estertoroso ascenso, sale a la calle por el portal trasero y ataja por otra finca hasta llegar a una fila de garajes.

Con el paso de los años ha aprendido que la paranoia es una enfermedad corrosiva que carcome como un ácido los bordes de su pensamiento racional, pero esta noche se permite una única certeza: quienes han entrado en su piso no son ladrones. El desorden era demasiado coreográfico, demasiado metódico para ser obra de yonquis. Desde hace unos días tiene la sensación constante de que le vigilan, de que le siguen a casa desde el trabajo, de que le observan desde las cafeterías, una sensación que hasta este momento había conseguido racionalizar. Lo de esta noche lo cambia todo.

Abre la puerta lateral del garaje, entra y enciende el fluorescente del techo. De pronto se siente justificado. No esperaba que también hubieran entrado en el garaje, pero aun así es un alivio encontrarlo tal y como lo dejó ayer. Se sienta delante del ordenador y lo enciende mientras echa un vistazo al cuartucho estrecho y frío. Aquí siempre se siente más cerca de Rosa.

Tres cartas náuticas de la costa norte de Norfolk, pegadas con celofán, dominan una de las paredes de bloques de cemento. Sobre ellas, pintadas con rotulador rojo, hay diversas flechas que indican la dirección de las corrientes. Las playas aparecen rodeadas por un círculo hasta Burnham Deepdale o Hunstanton por el oeste. Junto a las cartas náuticas hay un mapa del Servicio Cartográfico Nacional de la zona de Cromer. Rayas trazadas con bolígrafo verde conducen a fotografías y capturas de pantalla pulcramente pegadas en un tablón de corcho contiguo.

La pared de detrás de la mesa del ordenador es un *collage* de fotografías. En el lado izquierdo están las de Rosa, de la universidad. En el derecho, sus apariciones sin confirmar desde el día de su muerte, algunas de ellas tachadas. Hoy en Paddington no ha hecho una foto de la mujer que ha pensado que era Rosa, pero aun así pega una

foto de la estación en la pared, traza al lado un signo de interrogación con rotulador rojo y anota la fecha.

Todo lo que tiene que ver con Rosa lo guarda allí, en un intento de que el resto de su vida conserve cierta apariencia de normalidad. Sus incontables solicitudes apelando a la Ley de Libertad Informativa dirigidas al Saint Matthew's (el *college* de Rosa), a la policía y al hospital, así como su correspondencia con el juez de instrucción (exento de la LLI). Y también cosas más íntimas: el camisón de Margaret Howell que le regaló su tía cuando ingresó en Cambridge, su perfume preferido (una fragancia que encontró en el zoco de especias de Estambul) y una de las tarjetas que deslizaba por debajo de la puerta de su habitación.

Cuando la gente visita el piso, piensa que Jar se ha recuperado, que ha pasado página. Eso le gusta: quiere que piensen que ha superado la muerte de Rosa. Nadie tiene por qué saber que es aquí, en este cuartucho atravesado por corrientes de aire, donde se siente más vivo, rodeado por imágenes de la mujer a la que amó más de lo que creía poder amar a otro ser humano. Si alguien le sorprendiera aquí en este momento, le tomaría por un acosador. Y en cierto modo lo es, aunque la mujer a la que persigue lleve cinco años muerta, tras arrojarle al mar una noche tempestuosa en Cromer, a más de doscientos kilómetros de Londres, en la costa norte de Norfolk.

Echa un vistazo a sus *e-mails* personales. Su padre le ha mandado una parrafada sobre el *hurling* del fin de semana y un enlace a la sección deportiva del *Connacht Tribune* sobre un partido en el que jugaba su primo. *Conor no llegó ni a oler la portería. Ven a vernos pronto. Papá.* Jar sonríe mientras cambia de cuenta para leer sus *e-mails* de trabajo, pero de pronto se fija en otro mensaje perdido entre el correo basura.

Es de Amy, la tía de Rosa, una restauradora de cuadros que vive en Cromer. Amy y Rosa siempre estuvieron muy unidas, pero su relación se hizo aún más estrecha después de morir su padre. Rosa iba a menudo a la costa a pasar el fin de semana, deseosa de escapar del hervidero de Cambridge.

Jar también estaba invitado, pero no siempre le resultaba fácil estar allí. Amy guarda un doloroso parecido físico con su sobrina y lleva gran parte de su vida medicándose, entrando y saliendo de periodos de depresión. Parecía animarse, sin embargo, cuando Rosa iba a verla. Se sentaban tranquilamente a la luz tamizada del sol que entraba en el cuarto de estar, y Amy le pintaba complicadas filigranas de henna en las manos y los brazos mientras charlaban sobre su padre.

Jar no culpa a Amy por lo que ocurrió después, y se ha mantenido en contacto con ella desde entonces. Su relación, de hecho, al igual que la de ellas dos, ha florecido gracias a su aflicción compartida. Amy es una aliada, igual de paranoica que él, la única persona aparte de Jar que no cree que Rosa esté muerta. No tiene ninguna explicación al respecto, ninguna teoría, solo un «sexto sentido», como ella lo llama. De ahí que el tono animado de su mensaje de esta noche resulte aún más enigmático:



Jar, te he llamado pero no he podido hablar contigo. Hemos encontrado una cosa en el ordenador que quizá te interese. Tiene que ver con Rosa. Voy a estar por aquí toda la semana si quieres pasarte por casa. Llámame.

Jar mira su reloj y sopesa la posibilidad de llamarla enseguida: es tarde pero sabe que Amy no duerme bien. Entonces se acuerda de que ha dejado el teléfono cargándose en el piso. La llamará a primera hora de la mañana, desde el tren a Norfolk. Después del asalto de esta noche, es posible que se le esté agotando el tiempo.

*Cambridge, trimestre de verano, 2012*

Hace una semana que le vi en el restaurante. Si entonces me hubieras preguntado cómo imaginaba que nos volveríamos a ver, no sé si te habría dicho que desnuda como el día que nací y a orillas del río Cam, pero eso fue lo que sucedió anoche y todavía no estoy muy segura de cómo ocurrió.

Por lo menos ya sé su nombre. Se llama Jarlath Costello, Jar para los amigos, y es de Galway. Su padre tiene un bar allí y su madre es enfermera psiquiátrica en Ballinasloe. Jar estudió Literatura Irlandesa en el Trinity College de Dublín y está haciendo un curso de posgrado en Literatura Moderna y Contemporánea. Es, como yo calculaba, un par de años mayor que yo. Y diez veces más sensible.

Después del ensayo, fuimos todos a tomar una copa a The Eagle, el *pub* donde Watson y Crick anunciaron su descubrimiento del ADN. Luego, cuando la velada empezaba a decaer, Beth, Sam el director y yo salimos a dar un paseo por los Backs. Era una cálida noche de junio y la luna, casi llena, brillaba lo suficiente para disipar las sombras.

—¿A alguien le apetece un chapuzón? —preguntó Sam mirándome.

Llevaba un par de días tonteando conmigo y la verdad es que a mí no me molestaba, aunque tenga mis dudas respecto a mis propias motivaciones. Sam está ya rodeado de cierta aureola como director: ese consenso tácito según el cual dentro de unos años triunfará a lo grande.

Beth dudó, esperando a ver qué respondía yo. Sé que le gusta Sam, pero he procurado olvidarme de ello, decidida a que no fuera un impedimento para nuestra posible relación. Todavía intento demostrarme a mí misma que soy capaz de hacer lo que se supone que hacen las estudiantes: emborracharme, bañarme desnuda, forjar amistades de por vida, practicar sexo a mansalva y quizás incluso aprender algo.

Debí de dudar demasiado porque enseguida vi que Beth empezaba a desnudarse y corría por la hierba. A la luz vidriosa de la luna, su cuerpo parecía asombrosamente blanco y núbil.

—¡Venga! —gritó, animándose a sí misma tanto como a nosotros.

Había tomado la iniciativa, nos había lanzado un reto y yo no pensaba quedarme atrás.

Sin detenerme a pensar, eché a correr hacia la orilla mientras me quitaba la ropa,

confiando en que de ese modo pareciera un acto menos impúdico. No miré atrás para ver si Sam nos seguía. Solo quería reunirme con Beth lo antes posible.

No sentí vergüenza hasta que se me engancharon las bragas en la punta del pie y tuve que recorrer los últimos metros saltando a la pata coja hasta meterme en el agua. Noté que levantaba más agua que Beth y eso me molestó. Y me molestó también haberlo notado.

El agua estaba mucho más fría de lo que esperaba, pero me acerqué nadando a Beth, que estaba chapoteando debajo del puente de Clare y miraba a Sam.

—¿Va a venir? —pregunté con toda la indiferencia de que fui capaz.

Yo también quería mirar, pero eso habría dado a entender que me interesaba ver desnudo a Sam tanto como a ella.

—¿Qué tal está el agua? —gritó él.

Seguía con la ropa puesta.

—¿No vienes? —preguntó Beth.

—Esto se va a mojar en la hierba —contestó él, recogiendo nuestra ropa.

Curiosamente sentí más vergüenza porque tocara mis bragas que porque me viera desnuda, pero él arrebuja las prendas enérgicamente, como una madre recogiendo el cuarto de una adolescente, y fue a sentarse a un banco que estaba un poco apartado de la orilla.

Beth se volvió hacia mí. Noté que estaba pensando lo mismo que yo: que Sam nunca había tenido intención de bañarse.

—¡Eres un gallina, Sam! —le gritó—. ¡Una gallina grande, gorda y perezosa!

—Podría haber dejado la ropa donde estaba —dije yo.

—Está haciéndonos un *casting* —comentó Beth mientras volvía nadando a la orilla.

Yo me mantuve a flote en el agua y vi a Beth sacar del agua su culo blanco y chorreante y atravesar la hierba contoneándose, camino del banco donde se había sentado Sam con nuestro montón de ropa a su lado. No intentó apretar el paso, ni cubrirse.

De pronto aquello dejó de hacerme gracia. No quería que me hicieran un *casting*, ni someterme al escrutinio de Sam.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —preguntó él.

Si era necesario sí, pensé. Si hubiera sido una buena amiga, Beth me habría acercado la ropa a la orilla. Había ganado. Al menos podía mostrarse magnánima en la victoria, pero no lo hizo: se vistió y se sentó junto a Sam, que le pasó el brazo por los hombros para que entrara en calor.

Luego vi que se levantaban y que se alejaban del brazo.

—¡Nos vemos en el *college*! —gritó Beth por encima del hombro—. ¡Ya nos alcanzarás!

Sí, ya. Miré a mi alrededor intentando ignorar el frío que me entumecía el cuerpo. La capilla del King's College se recortaba majestuosa a la luz del luna que bañaba los

míticos Backs. «Debería estar disfrutando de Cambridge», me dije, «del tiempo que estoy pasando aquí, pero no estoy disfrutando». Al recordarlo me sentí en paz con la decisión que he tomado. Echo tanto de menos a papá que sufro.

Había un baile de mayo más abajo, siguiendo el Cam, en el Queen's College. El runrún lejano de la música y del jolgorio estudiantil subía por el río. Me gustaría ir al baile de nuestro *college*, por lo menos eso creo, para demostrar que soy capaz de disfrutar de esas cosas, pero la entrada es muy cara. Me han invitado tres chicos, y los tres se han ofrecido a pagarme la entrada, pero tengo la sensación de que a cambio tendría que recompensarles con sexo.

Me acordé del día en que papá me llevó remando hasta allí, la última vez que le vi con vida. Él habría aprobado que me bañara desnuda en el río, pero no, en cambio, el comportamiento de Sam, y menos aún el de Beth. La culpa era solo mía.

De pronto me sentí desvalida. Mi ropa estaba demasiado lejos de la orilla. Un grupo de estudiantes venía hacia mí, pero aún estaba lejos. Y entonces fue cuando le vi, cruzando el puente por encima de mí.

No había duda de que era Jar: la silueta de su corpachón se recortaba a la luz de la luna. Y sus largas zancadas tenían algo de especial: caminaba con paso decidido, como si de verdad tuviera algún propósito en la vida, no como yo, que solo me mantengo a flote en el agua, pataleando, a la espera de un final cuya llegada deseo con todas mis fuerzas.

Por lo menos iba solo, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

«¿Qué hago? ¿Meter la cabeza en el agua?», me pregunté. «¿Confiar en que no me vea, o dar la cara y llamarle, pedirle que me acerque la ropa?».

—¡Hola! —grité, dándome cuenta al fin del frío que tenía. Necesitaba salir de allí.

Tardó un momento en reaccionar, pero luego se detuvo como si tratara de procesar aquella voz, de sacarla de alguna remota cámara de su cerebro de escritor.

—¡Aquí abajo! La chica que no pudo pagarse la cena.

Era una tarjeta de presentación patética, pero no se me ocurrió nada mejor que decir.

Se asomó por encima del pretil, rodeando con el brazo uno de los grandes bolos de piedra que flanquean el puente.

—A ver, déjame adivinar —dijo. No parecía sorprendido de verme bañándome desnuda en el río a medianoche—. ¿Estás practicando un método de actuación? ¿Haciendo un *casting* un tanto extraño?

—Algo así. Aunque creo que no quiero el papel.

—Pareces helada.

—¿Puedes acercarme mi ropa? —Al oírle sentí aún más frío, un frío peligroso—. Está allí, en el banco.

—Tienes suerte de que no te la hayan robado.

Nadé hacia la orilla mientras veía a Jar cruzar el puente, acercarse al banco y

recoger mi ropa. Llegamos a la orilla al mismo tiempo.

—Te la dejo aquí —dijo haciendo un esfuerzo consciente por no mirar cuando me tendió la ropa y se volvió.

Yo tenía tanto frío que dudé un segundo de si sería capaz de salir del agua por mis propios medios. Me dolían los brazos y al primer intento volví a hundirme.

—¿Estás bien? —preguntó él ladeando la cabeza como si se dirigiera a alguien a quien no podía ver en la oscuridad.

Quise pedirle que me ayudara, pero habría sido demasiado violento. Así que hice acopio de fuerzas y me lancé hacia la orilla.

—Estoy bien.

Estábamos los dos pendientes del grupo de estudiantes borrachos que seguía acercándose. Venían hacia nosotros por el camino que va paralelo al río. Jar se colocó galantemente entre ellos y yo. Me vestí lo más deprisa que pude, sin molestarme en ponerme el sujetador y procurando hacer oídos sordos a los abucheos de los estudiantes.

—Por los pelos. ¿Estás bien?

—Tengo un frío de cojones.

—Espera, ponte esto. —Me ofreció su chaqueta—. Vamos, cógela —añadió al verme dudar.

Me envolví en la amplia chaqueta de ante y volví a notar aquel olor a sándalo, igual que en el restaurante. Echamos a andar hacia King's College, alejándonos de los estudiantes, a los que habíamos dejado de interesarles.

No hablamos de adónde íbamos. Yo solo quería caminar para entrar en calor y a él no parecía importarle. Al poco rato, después de cruzar King's College, nos adentramos en el pueblo charlando sobre su vida en Galway, sobre su época en el Trinity College y sobre su traslado a Inglaterra. Mientras hablábamos, yo sopesaba inconscientemente mis alternativas: pasar frío en la calle o tener que decidir qué hacíamos y adónde íbamos, si a su casa o a la mía, o si tomábamos caminos separados. Aún no estaba preparada para decidirlo.

Jar me contó que, además del curso de posgrado que estaba haciendo, acababa de empezar a trabajar en una novela y había salido a dar un paseo para ver si se le ocurría un desenlace.

—Alguien me dijo una vez que escribir una novela es como contar un chiste —dijo cuando enfilamos Hobson Street—. Te puedes saber el final, pero hay muchas maneras de llegar a él.

—Pero tú aún no sabes cuál es el desenlace de tu novela.

—A mi padre le encantaba ver *The Two Ronnies*, siempre tenía la serie puesta en el *pub* cuando no estaba viendo a Dave Allen<sup>[1]</sup>. Su parte favorita era cuando el bajito se sentaba en ese sillón enorme y contaba chistes de perros lanudos que alargaba y alargaba. El chiste de por sí no tenía importancia, lo importante era su forma de contarlo. Eso mismo pensaba yo: que el desenlace no importaba.

—¿Y esta noche no se te ha ocurrido ninguno?

—Todavía estoy muy al principio —contestó—. Mis dos protagonistas acaban de conocerse.

Jar contestó al *e-mail* de Amy diciéndole que prefería ir a verla en persona en vez de hablar por teléfono, y ahora se encuentra en el autobús Coasthopper que hace el recorrido King's Lynn-Cromer. Ha cogido un tren a primera hora de la mañana en King's Cross, invirtiendo para ello todo el dinero que quedaba en el fondo de emergencias que guarda en el piso, en una tetera persa vieja y desportillada, otro objeto que los «ladrones» dejaron intacto.

Se le dispara la adrenalina cuando el muelle de Cromer aparece ante su vista, como le sucede siempre. Hace cinco años, Rosa fue captada por las cámaras de seguridad municipales acercándose al muelle victoriano a la una de la madrugada, mientras la marejada batía los pilares de hierro. Poco después, un hombre cuya identidad se desconoce llamó a la policía para alertar de que acababa de ver a una persona saltar al agua desde el extremo del muelle. Se avisó a los servicios de emergencias y al bote salvavidas municipal. Debajo del muelle la resaca es muy fuerte, y esa noche la corriente fluía de este a oeste, de modo que, si alguien había saltado, la corriente empujaría su cuerpo hacia el estuario de Wash y el mar del Norte. Las cámaras de seguridad de los alrededores, algunas de las cuales no funcionaban, no captaron a ninguna persona saliendo del muelle.

Jar ha visitado Cromer varias veces durante estos años, para ver a Amy o simplemente para estar allí, en pie por encima del agua turbulenta, tratando de imaginar lo que pudo pasar: si, en efecto, la mujer a la que amaba y que él pensaba que también le quería decidió poner fin a su vida. El funeral se pospuso hasta que el juez de instrucción diera por terminadas sus pesquisas. Todo el mundo esperaba que la marea arrojara el cadáver a alguna de las playas de la costa del norte de Norfolk, pero nunca apareció.

Finalmente, la nota de suicidio dirigida a Amy, en cuya casa se alojaba Rosa la noche de su muerte, la llamada a los servicios de emergencia, el atestado policial y la declaración del decano del *college* de Rosa, que hizo hincapié en la tristeza que le había causado el fallecimiento de su padre, bastaron para que el juez de instrucción la declarara presuntamente muerta. Fue un pobre consuelo que en el dictamen oficial la causa del deceso quedara consignada como un desafortunado accidente y no como un suicidio.

Rosa también escribió una carta a Jar que pusieron a disposición del juez. Era un *e-mail* corto, guardado en su bandeja de borradores, igual que el de Amy. Jar se lo sabe de memoria:

Jar, lo siento mucho. Gracias por la felicidad que has traído a mi vida y por el amor que hemos compartido. Espero que sigas adelante y que encuentres la paz que a mí me ha faltado en este mundo. Al final, la pérdida de papá se me ha hecho insoportable, pero ya me siento más cerca de él sabiendo lo que me espera. Ojalá no tuviera que dejarte atrás, mi niño: el primer amor de mi vida y el último.

Jar se ha preguntado a menudo si Rosa escogió adrede una noche tormentosa para bajar al muelle. Durante sus últimas semanas en el *college* la ayudó a redactar un trabajo acerca de la prosopopeya. Estaba más deprimida de lo que él supo ver en aquel momento, ahora se da cuenta, pero aun así su muerte sigue pareciéndole inexplicable.

Tras bajarse del autobús, se va derecho al hotel donde le ha citado Amy: el Hotel de Paris, un anticuado establecimiento eduardiano frecuentado por autocares de turistas. Ha llegado con antelación y tenía planeado pasarse primero por el muelle, pero el lugar escogido para la cita (¿por qué no han quedado en su casa?) le ha puesto nervioso. O quizá lo que le inquieta sea el hecho de estar en una localidad costera injustamente pasada de moda: el acolchado silencio de las calles vacías y las tiendas cerradas, la sensación de que la fiesta de la víspera se ha trasladado a otra parte.

Dentro del hotel con vistas al muelle, sendos letreros de madera indican el *tocador de señoras* y el *salón de juegos*. Hay una especie de galería para músicos encima del vestíbulo principal, una alfombra de dibujos vertiginosos, arañas de cristal y pesados retratos de marco dorado en las paredes. Jar se dirige al bar, pasa frente a un cartel que anuncia cócteles especialidad de la casa y Bacardi con Coca-Cola y delante de una vitrina de cristal en la que se exhiben botellas de Prosecco y Pinot Grigio.

Amy también ha llegado pronto, está sentada al fondo del salón principal del bar todavía desierto, tomando pausadamente una taza de café. Jar traga saliva con dificultad. Su parecido con Rosa amenaza con derribarle, como un eco ensordecedor, antes incluso de que hayan hablado: la misma frente despejada, el mismo cabello largo y oscuro, la chaqueta de terciopelo morado poco apropiada para la estación, las botas de caña alta y aire bohemio. Le falta, en cambio, la alegría de Rosa. La agobia una especie de pesadumbre, un rasgo que Jar vio en su propia *mamá* poco antes de que muriera: esos ojos agotados por años de sufrimiento. «Está teniendo uno de sus bajones», piensa Jar.

—¿Llego tarde? —pregunta cerrando los ojos al besarla en la mejilla.

—No tengo prisa —responde Amy. Jar recuerda cómo parece ralentizarse el tiempo en torno a Amy cuando está así—. ¿Quieres un café?

Una camarera aburrida, con delantal, sale por una puerta batiente que se cierra ruidosamente a su espalda, como con reproche. Jar se sobresalta pero Amy no parece percatarse del ruido. Pide un café doble mientras repara en la sala vacía y de altos techos: el barniz oscuro de la barra, las molduras adornadas, un boceto de un bote



salvavidas. Siente una súbita punzada de nostalgia por el bar de su familia en Galway, por su padre.

«Se acabó la fiesta», le gusta bramar a su padre a la hora de cierre, encaramado a una silla entre el gentío de turistas y lugareños. «O, en palabras del inmortal Shakespeare, marchaos a casa de una puta vez, hatajo de alcornoques». (Su padre dice tantos tacos que avergonzaría hasta a una cabra). A veces Jar tiene la sensación de que malgastó toda su infancia sentado en un taburete, mojando el dedo en la bandeja manchada de cerveza y escuchando a su padre charlar con los clientes, hablando a los turistas americanos de las catorce tribus de Galway y embelesándolos con su campechanería irlandesa. Si su madre no se hubiera preocupado de mandarle a la cama todas las noches, se habría quedado levantado hasta el amanecer. «Pero ¿cómo si no va a aprender el chaval lo que es el mundo?», se quejaba su padre mientras le alborotaba el pelo.

—Tienes buen aspecto —dice Amy, mintiendo.

Jar sabe que no es cierto. Tiene ojeras y demasiada tripa.

—Tú también —responde mintiendo a su vez.

Amy tiene cuarenta y tantos años pero hoy aparenta más, las canas que salpican su cabello parecen más visibles que otros días. Y de pronto parece ponerse nerviosa, recorre con la mirada el salón desierto. Jar también se gira esperando ver a alguien, pero están solos.

—Ha sido una suerte encontrar mesa —bromea.

Amy responde con una sonrisa desganada. Se ha maquillado más de lo normal, pero el maquillaje no consigue ocultar sus ojeras. «Rosa nunca se maquillaba», piensa Jar.

—Te he traído un regalo —añade mientras saca un ejemplar de *Where Heaven and Mountains Meet: Zanskar and the Himalayas* de una bolsa de tela que ha llevado.

Ella coge el libro y lo hojea, deteniéndose en una foto de un peregrino descalzo que camina precariamente por la orilla helada del río Zanskar.

—No tenías por qué molestarte. —Otra media sonrisa, más sincera esta vez.

—Era uno de los libros preferidos de Rosa.

—Gracias, Jar. ¿Y tú? ¿Estás escribiendo algo?

—Katy Perry me tiene muy ocupado —contesta, más susceptible de lo que pretendía.

Está acostumbrado a que la gente le pregunte por su trabajo de escritor, pero todavía le cuesta confesar que no ha escrito una sola palabra de ficción desde que murió Rosa.

—¿Cómo está Martin? —pregunta.

El marido de Amy trabajaba en un laboratorio de investigación, supervisando estudios preclínicos para distintas compañías farmacéuticas, pero dejó el trabajo hace algún tiempo.

—Ahora trabaja de vez en cuando por su cuenta y sigue buscando empleo. Sale

en bici más que nunca. Y está decidido a acabar su novela. Ya sabes lo que es eso.

Jar asiente. Hace tiempo que no ve a Martin, pero no porque no quiera. Congeniaron desde la primera vez que se vieron, cuando Martin le dijo que le había gustado mucho su libro de relatos y que él también quería ser escritor. La suya era una amistad improbable teniendo en cuenta que Jar no sabía nada acerca de la otra pasión de Martin, el ciclismo, ni acerca de la industria farmacéutica, pero el tío de Rosa resultó ser un auténtico erudito. De joven estuvo a punto de estudiar Filología Inglesa en Cambridge e impresionó al tribunal que le entrevistó con sus teorías acerca de la «medicalización de la identidad» en la Generación Beat. Luego, sin embargo, optó por el mundo más pragmático de la investigación médica y se especializó en psicofarmacología.

Martin comparte las reservas de Jar respecto a la psicoterapia. Amy quiere que Jar consulte a algún especialista acerca de sus alucinaciones postduelo (ella conoce a algunos psicoterapeutas muy recomendables), pero él no es partidario de hacerlo.

Está a punto de preguntarle a Amy por su trabajo (ha vuelto a trabajar dos días en semana como restauradora en el Fitzwilliam de Cambridge) cuando ella le interrumpe.

—Sé que estoy un poco paranoica pero... —Titubea.

—Bienvenida al club.

—¿A ti te vigilan últimamente?

Él sonríe sosteniéndole la mirada. A veces piensa que deberían fundar un club, ellos dos solos. Su lema sería «hasta los paranoicos tienen enemigos».

—Me siento vigilado todos los días —responde—. A veces por Rosa, otras veces por otras personas, y últimamente por un hombre que se sienta junto al escaparate de un Starbucks. Además, anoche entraron en mi piso.

—Jar, deberías habérmelo dicho. Cuánto lo siento.

—No se llevaron nada.

Amy le mira esperando una explicación, pero él no dice nada. Le da miedo revelar su nueva teoría: que quienquiera que entró en su casa trataba de averiguar qué ha descubierto acerca de la muerte de Rosa. Amy es muy frágil incluso cuando se encuentra bien, y no quiere alarmarla. La ve jugar con el envoltorio de la galletita que venía con su café. Tiene las uñas carcomidas, maltratadas. Una vez que Jar acompañó a Rosa a Cromer, Amy se sentó con ellos y le pintó las uñas de color plata.

—¿Y tú? —pregunta Jar, y apoya la mano sobre su brazo. Le apena verla así—. ¿También te sientes vigilada?

—Cuando Martin todavía trabajaba teníamos mucho cuidado —responde mirando por la ventana como si recordara un pasado remoto—. Estábamos siempre alerta, atentos a todo.

Jar sabía que, debido a su trabajo, Martin se hallaba en el punto de mira de algunos activistas del movimiento animalista. Su carrera farmacéutica era el motivo principal por el que el padre de Rosa se había enemistado con él poco después de su

boda con Amy, y la razón de que Rosa tampoco le tuviera mucha simpatía. Por eso, y por la prisa que se había dado en administrar psicofármacos a Amy para combatir su depresión y su ansiedad.

—La policía nos decía a qué teníamos que estar atentos en la calle y en los alrededores de casa —continúa Amy.

—¿Martin sigue amenazado?

—No, de eso hace ya mucho tiempo. Pero seguimos alerta.

—¿Y?

Amy se sienta más erguida, como si de pronto se acordara de por qué está aquí, y su tono se vuelve más animado.

—Es solo que desde hace unos días tengo la sensación de que alguien está vigilando nuestra casa, eso es todo.

—¿Qué opina Martin?

—Dice que es lógico. Que la paranoia es un efecto secundario muy corriente de la retirada de la medicación. Estoy intentando dejarlo otra vez.

—Eso está bien —dice Jar.

—Estoy yendo a un psicoterapeuta. A Martin no le hace mucha gracia, como puedes imaginar. Lo intenté cuando dejó su trabajo, al principio, cuando pensaba que íbamos a empezar de cero, pero luego... —Se le quiebra la voz—. Con la desaparición de Rosa, me vine un poco abajo.

—Claro. —Jar hace una pausa. A veces, debido a su medicación, Amy le habla como si fuera un desconocido, como si olvidara las horas que han pasado hablando de Rosa—. Fue un mazazo para todos. ¿Por qué crees que te están vigilando?

—Tenemos muchas cámaras y muchas alarmas por la casa, pero son más bien por mi tranquilidad. La aprensiva soy yo. Martin opina que la vida es demasiado corta para andar preocupándose por esas cosas.

Sus palabras quedan incómodamente suspendidas en el aire. Ambos se dan cuenta.

—En tu *e-mail* mencionabas a Rosa —dice Jar cambiando de tema.

Amy recorre el salón con la mirada y luego vuelve a fijarla en él, concentrada de nuevo.

—Hace dos días llevé mi portátil a un técnico que arregla ordenadores aquí, en el pueblo. Últimamente estoy intentando ser más independiente. El portátil se había roto y quería ver si podía salvarse algo. Martin había salido con la bici y le llamé para contarle lo que había hecho. Es muy quisquilloso con los ordenadores y sabía que tenía que decírselo. Resulta que el disco duro estaba corrupto. El técnico consiguió recuperar casi todos los archivos, pero había una carpeta a la que no podía acceder.

Amy coge una bolsa de plástico que tiene a sus pies y se la pasa a Jar por debajo de la mesa con el disimulo de un traficante de drogas.

—Es el disco duro. Lo que queda de él. El informático transfirió todo lo que pudo a mi ordenador nuevo.

Jar sujeta la bolsa resistiendo el impulso de echar un vistazo dentro.

—Llévatelo —dice ella.

—No entiendo.

—Martin se vino derecho a casa cuando le llamé. Se llevó el disco a su cabaña y tampoco pudo abrir la carpeta, pero consiguió descifrar el nombre.

—¿Y?

—Se llama *Diario de Rosa*.

Por un instante Jar tiene la sensación de que está agarrando la mano de Rosa por debajo de la mesa, en lugar de la bolsa de plástico. Rosa está allí, en el hotel, con ellos, hablando sobre Ladakh, sobre su deseo de visitar algún día la región en invierno, de caminar por los hielos del Zanskar.

—Rosa debió de grabarlo en mi portátil la última noche, cuando se quedó en casa —explica Amy—. Solía pedirme prestado el ordenador para ver su correo cuando estaba aquí. Seguramente no es nada pero... —Se interrumpe en mitad de la frase.

Jar siente pena por ella, por el mundo distorsionado en el que habitan ambos, un mundo en el que no existen las coincidencias, en el que solo hay vínculos y correlaciones. Los dos saben que es muy extraño que Rosa grabara su diario en el ordenador de Amy.

—Hemos pensado que quizá conozcas a alguien que pueda abrirlo —continúa ella con más convicción—. Uno de tus compañeros de trabajo, a lo mejor. Ese tal Carl del que me has hablado otras veces. Sé que Martin no siempre estaba de acuerdo con Rosa... —Esboza una sonrisa forzada—. Pero al día siguiente de llevar el ordenador al técnico, después de darse un paseo en bici especialmente largo, porque dice que cuando mejor piensa es cuando va en la bici, volvió a casa muy animado y empezó a hablar de Rosa en... bueno, en términos muy cariñosos. Y dijo que tú eras la única persona que de verdad la entendía.

Jar desvía la mirada.

—Quizá fuera por mala conciencia —prosigue ella—. Esa noche me dijo que teníamos que darte su diario. Que era lo correcto y lo más decente, dado que erais pareja. Y me pidió que te lo entregara. —Hace una pausa mientras da vueltas a su anillo de casada—. Creo que Rosa quería que alguien lo encontrara algún día, Jar. Puede que contenga alguna respuesta.

*Cambridge, trimestre de verano, 2012 (continuación).*

Era tarde cuando llegamos a casa de Jar. Llevábamos más de una hora caminando por las calles de Cambridge. Nos habíamos parado en All Saints Passage a tomar un kebab que compartimos y del que luego nos arrepentimos, y después, por fin, él me preguntó qué quería hacer.

Yo seguía helada después de mi chapuzón en el Cam, pero no quería que la noche acabara. Jar sabe escuchar, o quizá sea que no le dejé meter baza. Había algo en su actitud que me daba ganas de desahogarme, de contarle más cosas de las que le había contado a nadie desde que llegué a Cambridge. Ojalá pudiera hablarle de eso que se cierne sobre mi vida y que se agranda cada vez más, no sé si iluminando mi horizonte o ensombreciéndolo.

—¿Me enseñas tus aguafuertes? —pregunté, dándole el brazo por primera vez.

Me miró y sonrió mientras nos cruzábamos con un grupo de estudiantes borrachos en King's Parade.

—¿No se supone que eso tengo que preguntarlo yo?

—Vale, entonces.

—¿Te apetece subir a...? —Un estudiante le dio un empujón en el hombro y su enorme corpachón se tambaleó, pero Jar no reaccionó.

—¿A qué? —Yo sonreí.

—A tomar un café —contestó Jar—. O mejor un *whisky*.

Sus habitaciones eran espaciosas comparadas con las mías, y también mucho más limpias y ordenadas. Grandes ventanales que daban a King's Parade, un dormitorio y un cuarto de estar de tamaño decente: el tipo de alojamiento al estilo *Brideshead* que imagina la gente cuando piensa en Cambridge. Di una vuelta por la sala, pasando la mano por el desgastado sofá y por el sillón de piel de color burdeos. Incluso había chimenea. Las paredes estaban forradas de libros (Yeats, Synge, Heaney) y su portátil descansaba cerrado sobre el escritorio, en el rincón, junto a un flexo que agachaba la cabeza, avergonzado. Sobre la repisa de la ventana había una fila de botellas de *whisky* irlandés, y un disco de los Villagers apoyado en vertical junto a una de ellas.

Yo seguía sin saber adónde iría a parar aquello pero me sentía a gusto con Jar, tan a gusto que le pregunté si podía quitarme la ropa mojada para que acabara de secarse.

—Te prepararía un baño, pero el cuarto de aseo está un par de kilómetros pasillo

abajo —dijo al ofrecerme una bata con estampado de cachemira que había descolgado del perchero de detrás de la puerta—. Y no queremos ser la comidilla del vecindario. Puedes cambiarte ahí dentro —añadió señalando el dormitorio.

—Aquí está bien —dije yo. Estábamos de pie en el cuarto de estar, junto al sofá—. De todos modos ya me has visto desnuda en el Cam.

—No he mirado. ¿Te apetece un *whisky*?

—¿No has mirado ni siquiera un poquito?

No contestó. Fue a buscar una botella y un vaso a la repisa de la ventana y me sirvió una generosa ración de *whisky*.

—Ten, esto te hará entrar en calor —dijo al darme el vaso—. Un Redbreast de doce años. Puro *whisky* irlandés destilado en alambique. Barricas de jerez y *bourbon* reutilizadas. Afrutado y picante, con matices de roble.

—¿Cómo voy a resistirme? —susurré yo.

Estábamos muy cerca, uno frente al otro.

—Eso dice siempre mi padre. Todos los años me regala una botella, acompañada de extensos comentarios de cata.

—¿Tú no tomas? —pregunté.

—Yo ya he bebido *whisky* para toda una vida.

—Eso no es justo.

—Yo no me he quejado.

—No es justo para mí, quiero decir.

—Además, escribo mejor cuando estoy sobrio.

—No sabía que pensabas escribir esta noche.

Estábamos tan cerca que nuestras caras casi se tocaban.

—Por lo visto un escritor no descansa nunca. Deja que te ayude —dijo mientras empezaba a desabrocharme la camisa.

Sus dedos grandes, de uñas limpias y bien cuidadas, eran firmes, no temblaban. Me pregunté si le sorprendía que no llevara nada debajo, si me habría etiquetado ya como una feminista enemiga del sujetador.

Bebí un sorbo de *whisky*, sentí que me abrasaba la boca y lo retuve allí. Mientras él me quitaba la camisa sin dejar de mirarme los labios, me incliné para besarle, cerré los ojos y me sentí por primera vez verdaderamente feliz, con esa felicidad delirante de la juventud, desde mi llegada a Cambridge. Compartí con él mi *whisky*. Dejó que entrara en su boca y tragó.

—No me ha parecido que te resistieras mucho —susurré.

Me atrajo suavemente hacia sí, me besó en el cuello y luego otra vez en la boca. Paramos para que yo me quitara su chaqueta y la camisa. No tenía prisa, quería saborear aquel ritmo pausado, pero los dos nos aceleramos cuando volvimos a besarnos y sentí su piel desnuda pegada a la mía. Metí la mano dentro de sus vaqueros, agarré con fuerza su polla mientras él deslizaba los dedos por delante de mi bragas. Fuimos tambaleándonos hasta la cama, riéndonos por lo bajo de aquella

danza nuestra, torpona y apremiante. Jar se detuvo un momento encima de mí y entonces me dieron ganas de contárselo todo, pero sabía que sería injusto: soy yo, nada más que yo, quien debe cargar con el peso de mi decisión.

Después, mientras bebíamos otra copa de *whisky* en la cama, le pedí disculpas por si le había apartado del camino de la abstinencia. No me daba la impresión de ser un alcohólico, ni reformado ni de ninguna otra clase, pero quería que me hablara más de su pasado en Dublín, de esa vida de excesos aparentemente tan en contradicción con su apariencia serena.

—Es muy sencillo de explicar —contestó como si me leyera el pensamiento—. Mi padre tiene un bar en Galway, así que he bebido toda mi vida. Luego fui a la Universidad de Dublín, donde seguí bebiendo, normalmente en The Pav, el bar deportivo del campus, pero a veces también fuera del campus, en el John Kehoe's, donde sirven la mejor pinta de Guinness de todo Dublín.

—¿Y ahora?

Miró el *whisky* de su vaso.

—No había probado ni una gota desde que llegué.

Le di un codazo en las costillas, señalando la fila de botellas de la repisa de la ventana.

—Eso es puramente medicinal. Ahora llevo una vida mejor, más ordenada.

—Hasta esta noche.

—Lo de esta noche es distinto. No estoy solo.

Me rodeó con el brazo y nos quedamos así, en apacible silencio, yo con la pierna sobre la suya, bajo las sábanas, hasta que se dio la vuelta y me miró a los ojos.

—Hay algo que no me estás contando —dijo sin tono de reproche.

A mí se me encogió el estómago.

—Hacía mucho tiempo que no le contaba a nadie tantas cosas como te he contado a ti.

—¿Eres feliz?

—Esta noche, sí.

Más feliz de lo que él sabrá nunca, pero sus palabras hicieron desaparecer de repente la alfombra mágica que nos había sostenido hasta entonces.

—¿Y sueles acostarte con un chico tan pronto después de conocerle? —preguntó con una sonrisa.

Yo no le estaba escuchando. ¿Qué había hecho?

—¿Rosa?

—No, nunca —contesté, pero se dio cuenta de que algo había cambiado.

Aquella sensación de intimidad se había evaporado súbitamente.

—Yo tampoco.

Nos quedamos callados.

—¿Te importa que anote una cosa? —dijo como si me preguntara si podía encender la luz—. Siempre creo que voy a acordarme y luego nunca me acuerdo.

—¿Qué hora es?

—Tarde. Quédate a dormir esta noche. Por favor.

Le vi levantarse de la cama, ponerse la bata que yo había llevado un rato antes y acercarse a su escritorio, donde abrió su portátil y comenzó a teclear de inmediato. No era un espectáculo apasionante que digamos, pero aun así me quedé allí tumbada, preguntándome qué estaría escribiendo.

—Ya casi he terminado —dijo mirando hacia atrás.

Puede que suene a engreimiento, pero pensé sin poder remediarlo que estaba escribiendo sobre nosotros, sobre la emoción de nuestro primer encuentro. Se me saltaron las lágrimas y apreté los labios hasta que me dolieron. Sabía que estaba siendo injusta con él. Había prometido no apegarme demasiado a nadie, y menos aún a alguien como Jar.

Me levanté, crucé la habitación y, rodeándole con los brazos, le besé en la coronilla.

—Tengo que irme —logré decir, notando el picor de las lágrimas en los ojos.



Jar sale del hotel diez minutos después que Amy, que ha insistido en que se marchen por separado. Su nerviosismo le inquieta, más que tranquilizarle: es un reflejo de su propia paranoia.

Se dirige a la playa diciéndose que quiere llenarse los pulmones de aire, escuchar *el susurrante oleaje*<sup>[2]</sup>. Pero el muelle le atrae al instante con una fuerza a la que no puede resistirse.

No debería tener ninguna relevancia (Rosa no murió allí, se dice), pero al pasar junto al teatro Pavilion y detenerse en el extremo del embarcadero, junto a la caseta del bote salvavidas, le acomete un acceso de llanto y se le doblan las rodillas. Da rienda suelta a las lágrimas: hace tiempo que no llora. Los acontecimientos de los últimos días han sido un punto de inflexión, le han obligado a asumir lo que siempre ha sabido: que no podrá seguir con su vida hasta que averigüe qué fue de Rosa.

Se agarra a la barandilla mientras mira los pilares de abajo, donde largas hilachas de sedal roto se agitan al viento como telarañas. Hay mucha distancia hasta el agua: doce metros como mínimo. Trata de no calcular el tiempo que tardaría un cuerpo en tocar la superficie. A su lado hay un salvavidas y un cartel que dice *Prohibido lanzarse al agua*. Más allá, un teléfono de emergencias. ¿Pensó Rosa en utilizarlo?

Dirige la mirada hacia mar abierto, donde las siluetas lejanas de los aerogeneradores interrumpen la línea del horizonte. Luego da media vuelta y se acerca a un grupo de pescadores de la localidad y a algunos turistas que se han congregado a su alrededor. Unos pescan cangrejos con cubos transparentes y sedales de un naranja vivísimo; otros pescan con caña. Uno de los pescadores se ha tomado un descanso y está sentado en un banco que casi parece una marquesina de autobús. Tiene a sus pies una caballa decapitada y un cuchillo corto de mango negro, y sostiene en la mano una botella de Guinness medio vacía. A su lado hay un iPad, sin duda para immortalizar sus capturas, y un bote vacío de una bebida energética.

Jar oye sonar un móvil y tarda un momento en darse cuenta de que es el suyo.

—Jar, soy Amy. ¿Dónde estás?

—En el muelle —contesta protegiendo el teléfono del viento.

—Aléjate de ahí, márchate de Cromer.

Jar mira a su alrededor, echa una ojeada al grupo de pescadores cubiertos con capuchas. Su mirada se cruza con la de uno de ellos.

—¿Pasa algo? —pregunta con un nudo en el estómago.

—Está aquí la policía.

—¿Dónde? —Jar recorre la playa con la mirada en busca de los destellos azules de las sirenas de policía—. ¿Qué pasa?

—Se han llevado mi ordenador nuevo. Y están preguntando por el disco duro del viejo. Buscan el diario de Rosa, Jar. Estoy segura.

—¿Les has dicho algo?

Su mente funciona a marchas forzadas, barajando cálculos y consecuencias.

—Martin cree que el informático del pueblo ha tenido que darles el soplo.

—¿Por lo de Rosa? ¿Por qué?

—A lo mejor ha pensado que su diario era una prueba, no sé. Me preguntó por Rosa, estaba enterado de su muerte.

Se corta la comunicación antes de que Jar pueda responder. De pronto se siente muy expuesto allí, en el muelle. «Están buscando el diario de Rosa, Jar. Sé que lo están buscando». Ellos (las personas que registraron su piso, el hombre del café de enfrente de la oficina) no quieren que sepa lo que le sucedió a Rosa esa noche, no quieren que lea su versión de los hechos. ¿Le han seguido desde Londres en el tren? ¿Han vigilado su encuentro con Amy en el hotel? Echa a andar por el otro lado del muelle, alejándose de los pescadores, con la cabeza bulléndole como el mar allá abajo.

—¡Jar! ¿Dónde vas?

Se para en seco y se vuelve. Detrás de él, a unos diez metros de distancia, cerca de donde se hallaba un momento antes, Rosa se ha subido al travesaño de abajo de la barandilla. No se le ve la cara, tiene los brazos estirados por encima de la cabeza.

—¿No te encanta cuando el viento fustiga así las olas? —grita.

—Rosa —dice Jar caminando hacia ella—, bájate de ahí, por favor.

—Me recuerda a Cornualles, cuando el mar se estrella en el malecón del puerto.

—Me estás asustando. —Echa a correr mientras ella sube otro travesaño, inclinándose hacia el mar para mantener el equilibrio.

—No voy a hacer lo de la canción, si es eso lo que te preocupa. —Se vuelve a él sonriendo, con los brazos estirados como si fuera a ponerse a cantar—. Solo estoy bromeando.

Jar la agarra por la cintura y la sujeta así, la cabeza apoyada contra su espalda. Entonces ella se vuelve a mirarle, se baja de la barandilla y le abraza escondiendo la cara en su cuello.

—¿Se encuentra bien? —pregunta una voz.

Jar se vuelve y ve a un hombre parado a su lado. Es el pescador en el que se ha fijado unos minutos antes.

—Sí —responde—. Estoy bien.

Suelta la barandilla. No hay nadie más allí.

En la oficina de correos, camino del autobús, Jar compra un sobre acolchado y llama

a Carl sujetando el móvil con la barbilla mientras empuña un bolígrafo.

—Soy Jar. Necesito tus señas.

El disco duro apenas cabe en el sobre, sus esquinas afiladas tensan el papel, pero no queda otro remedio: tendrá que ir así.

—¿Estás bien? Tu *e-mail* decía que habías tenido que ir a urgencias porque te has hecho una herida en la lengua con una percha.

—Estoy bien —contesta confiando en que su excusa haya despertado algunas risas en la oficina—. Solo necesito tu dirección. Es la calle Gibson, ¿verdad?

—Número nueve —contesta Carl, y le da también el código postal de Greenwich—. ¿Vas a mandarme flores? Cómo mola.

*Cambridge, trimestre de primavera, 2012*

Aquí, justo cuando crees conocer a una persona, te das cuenta de que no tienes ni idea de cómo es. Pensaba que Phoebe y yo éramos amigas, la primera amiga de verdad que he hecho en la universidad, pero esta noche, en la cena de gala, han cambiado las cosas entre nosotras de un modo que no me esperaba.

Congeniamos en cuanto nos conocimos, la primera semana de curso: Phoebe desconfía tanto como yo de los clubes alcohólicos, de los listillos y de sus ritos de iniciación. Le gusta tomarse una copa, o dos, sin necesidad de ingresar en un club estudiantil del siglo XVIII, y no se estresa ni por su peso ni por su pelo, que lleva rapado por detrás pero que por arriba es como un macizo de zarzas sujeto con una diadema de colorines.

Además está muy metida en política (lo que creo que a mí me vendrá muy bien) y asegura que los servicios de inteligencia ya la tienen fichada por sus actividades antisistema. («Es como una medalla de honor», me dijo cuando le pregunté si le preocupaba. «Y así, por lo menos, si acabo en el fondo del Cam, sabrás por qué ha sido»).

Es una de las mejores personas que conozco, y muy buena oyente además (conmigo hay que serlo). Una noche que estaba especialmente triste por lo de papá, llamó a mi puerta para preguntarme si podía prestarle el cargador del móvil y se dio cuenta de que había estado llorando. Me dio un abrazo y me preparó una botella de agua caliente (es lo que hace su madre cuando la ve tristona).

Al final nos pasamos toda la noche charlando, hablando de mi padre y de la muerte, y de las ganas que te dan de que el mundo muestre un poco de respeto y deje de girar aunque solo sea unos minutos cuando alguien se muere, y de cómo sigue la vida adelante. Le conté que la noche que murió papá llamó a casa un teleoperador. «¿Está el señor Sandhoe?», preguntó. No fue culpa del vendedor. Todo el mundo tiene que ganarse la vida. Me dieron ganas de ponerme a gritar, de decirle que mi padre acababa de morir, pero colgué sin decir palabra y me eché a llorar.

—Fuiste muy generosa —comentó Phoebe mientras rompía el alba—. Yo le habría mandado a tomar por culo.

Estaba sentada sobre mi mesa, con las piernas abrazadas, bebiendo una botellita de Drambuie que yo había encontrado en algún sitio (así de desesperadas estábamos).

El caso es que esta noche, en la cena de gala, me he encontrado sentada enfrente de Nick, un chico de segundo curso que se ha sentado allí aposta para intentar ligar conmigo. Se suponía que yo iba a cenar con otra gente, pero me han dejado plantada y Nick me ha visto allí sola.

Tiene fama de querer llevarse a la cama a todas las chicas de primero. (Su táctica favorita consiste en invitarlas a darse un baño con él quitándole importancia a la cosa, como si les estuviera proponiendo una inocente partida de *scrabble*). Yo estaba decidida a no mostrar ningún interés, pero luego empecé a picar el anzuelo. Puede que fuera por el entorno. Cenar en un gran salón de banquetes es una experiencia rara, muy medieval, pero creo que era una de las cosas en las que pensaba papá cuando me animó a probarlo todo. No hay iluminación eléctrica, solo velas en candelabros de plata (encima de las mesas, no flotando como en *Harry Potter*) y tenemos que ponernos nuestras togas del *college*. Los camareros, con guantes blancos, surgen de las sombras llevando la comida y trayendo vino de las bodegas, y la vajilla lleva estampado el escudo de armas del *college*. En cuanto a la bendición de la mesa, la recita uno de los profesores (en latín, naturalmente) y puede durar un minuto largo.

Así que allí estaba yo, cada vez más cautivada por aquel chico a pesar de mis prevenciones, escuchándole hablar de Ladakh y de su panteón prebudista como si lo conociera al dedillo aunque no hubiera estado allí en toda su vida. También parecía saber mucho de Neemu, la aldea donde papá y yo nos aclimatamos a la altitud cuando llegamos a Leh desde Nueva Delhi. Y hablaba con desparpajo del valle de Nubra, de la Guerra de Kargil de 1999 y de cuánto le gustaría visitar un pueblecito fronterizo llamado Turtuk sobre el que había leído muchas cosas: el mismo que visitamos papá y yo una vez.

—Dicen que los albaricoques de Turtuk son los más dulces —añadió.

Yo solo pude decir que sí con la cabeza. Es patético, se mire por donde se mire. Ahora me doy cuenta de que había visto mi página de Facebook y había echado un vistazo a la Wikipedia. Pero yo estaba tan embobada que no vi acercarse a Phoebe.

Noté que se quedaba un momento parada mientras Nick hacía hueco para que se sentara a su lado. La semana pasada estuve burlándome de esa ambición que según dice tiene Nick de tirarse a todas las chicas de primero del Saint Matthew's. Y entonces ocurrió algo. Al sentarse Phoebe a su lado, se besaron en los labios.

Miré a Phoebe, que me sonrió. Tenía las mejillas sonrosadas como manzanas maduras y el aliento le olía a alcohol. La miré en busca de una explicación pero no me dio ninguna. El vino le sonrojaba los párpados y parecía más desvalida que exultante.

—La semana pasada —dijo—. Empezamos a salir la semana pasada.

—Es genial —dije yo mientras me limpiaba los labios con una servilleta.

Cuesta imaginar una pareja más extraña, pero puede que esté equivocada respecto a Nick. Por lo visto, la primera semana de curso convenció a Genevieve, una

estudiante de primero de Clásicas, para que se tendiera desnuda con él en el suelo de su habitación, rodeada por más de cien velas. No se acostaron: simplemente, le gustaba aquella estampa.

Y ahora, esta noche, tengo la cabeza llena de ideas irracionales y mezquinas. ¿Por qué no me ha dicho Phoebe que estaban saliendo? Debería alegrarme por ellos. Nick no es mi tipo: solo he estado hablando con él durante la cena. Pero sé que, al menos durante unos minutos, mientras estábamos allí charlando sobre la India a la luz de las velas, me he olvidado de que papá está muerto.

—Quedé con ella anoche —dice Carl tendiéndole una tarjeta de visita—. Con esa psicóloga especializada en duelos de la que te hablé.

—¿La que pone música *jungle* en la sala de espera? —pregunta Jar al coger la tarjeta.

Lee el nombre: *Kirsten Thomas*. Están sentados debajo del puente de Westway, viendo a un grupo de chavales dar clase de monopatín. Más allá de la alambrada, al otro lado del parque de *skate*, los trenes de Hammersmith y la City penetran en Paddington entre paredes cubiertas de grafitis.

—Kirsten es una mujer madura, y da la casualidad de que está buenísima —continúa Carl.

—Eso no tiene mucho que ver con la terapia —responde Jar.

—Pero le pone un puntito de interés cuando te pide que te tumbes en el diván.

—El del diván era Freud.

—Freud no se habría resistido.

—¿A qué?

—A sentirse atraído por su psicoterapeuta. «¿Me permite llamarla “mamá”?».

Jar sabe que debería reírse, sobre todo porque Carl se está esforzando por ayudarle, pero no está de humor para bromas.

—El caso es que la tal Kirsten —continúa Carl pronunciando su nombre con fruición— está especializada en trastornos relacionados con la pena por la muerte de un ser querido. Alucinaciones postduelo. ¿Te he comentado ya que está buenísima y que además es americana, igual que la *pizza*? ¿Tienes hambre?

Jar bebe un sorbo de su café con leche. Carl siempre tiene hambre.

—Y que conste que no descartó mi teoría sobre las citas funerarias. Kirsten dijo que es inmoral, irrespetuosa y de muy mal gusto, pero que como planteamiento científico estaba bien.

Jar confía en que Carl encuentre el amor algún día, por el bien de las mujeres afligidas por la pérdida reciente de un ser querido.

Llevan ya media hora sentados aquí, tratando de guarecerse del viento gélido que se escabulle por el parque de *skate* con agilidad de carterista. Carl asegura que vale la pena esperar.

Jar volvió de Cromer el jueves, convencido de que nadie le había seguido en el autobús a King's Lynn ni en el tren de regreso a Londres. El viernes no fue a trabajar, prefirió quedarse en casa y no dejarse ver. Hoy es sábado por la mañana y es la

primera vez que sale.

A pesar de su formidable destreza informática, Carl no ha sido capaz de abrir el diario de Rosa, pero el reto le intriga y conoce a un tipo que sí puede abrirlo. Por eso están esperando en el parque de *skate*, fuera de lugar entre un montón de papás y mamás de la zona oeste de Londres, tratando de no parecer un par de pederastas.

Anton, con su enorme gorro rastafari elevándose como un globo tras él, levanta una mano con los cinco dedos abiertos al pasar por su lado montado en el monopatín. Lleva unos gruesos auriculares en la cabeza. Jar mira su reloj. Unos cuantos niños (no pueden tener más de seis años, calcula Jar) siguen a Anton como una fila de patitos, impulsándose en sus monopatines minúsculos, con los enormes cascos bamboleándose.

Los padres esperan sentados en las gradas, igual que ellos: bancarios de Notting Hill —adivina Jar— con gorras de visera puestas del revés y chaquetas con coderas y hombros acolchados, de uso exclusivo para el fin de semana. Algunas madres que prefieren conocer el lado cutre de su barrio desde el confort de sus automóviles esperan sentadas en todoterrenos atravesados en la acera.

Cuando acaba la clase, un niño mayor resbala y su monopatín sale disparado hacia las gradas y cae a los pies de Carl. Él se agacha para devolverle el monopatín al niño, pero luego parece pensárselo mejor. Levanta los ojos, ve al chico, que se ha levantado, ileso, y viene hacia él.

—¿Puedo? —le pregunta.

El niño sonríe con petulancia pero no protesta.

—¿Tú crees que es buena idea? —pregunta Jar.

—Yo en mis tiempos era un *crack* del monopatín —dice Carl al subirse a la tabla e impulsarse con sorprendente suavidad.

—¡De eso hace diez años! ¡Cuando tenías *quince*! —grita Jar a su espalda.

Pero es demasiado tarde. Muy ufano, Carl trata de dar un salto en el aire levantando el monopatín pero cae al suelo como un fardo. El niño que le ha prestado la tabla corre a ayudarlo.

—Estoy bien —dice Carl—. Solo tengo el orgullo herido, nada más.

Cinco minutos después están en un extremo del parque de *skate*, dentro del oxidado contenedor de carga donde se reparan los monopatines. Anton, que ya ha terminado la clase, les conduce más allá de un banco de trabajo cubierto de ruedas, tablas y ejes, hasta una mesa que hay al fondo. Sobre ella hay tres ordenadores, numerosas herramientas y el disco duro que Amy le dio a Jar.

Anton se sienta en el taburete y se impulsa con una pierna para pasar de una pantalla a otra como un estresado corredor de bolsa de la City.

—La carpeta no está dañada —dice con marcado acento jamaicano. Jar tarda un momento en entenderle—. Está encriptada.

—¿Cómo que está encriptada? —Jar mira a Carl, que no parece tan sorprendido—. Bueno, sé lo que es la encriptación pero...



—Alguien ha hecho que parezca un archivo corrupto —responde Carl.

Durante los cinco minutos siguientes actúa como intérprete, no del dialecto rastafari de Anton, sino de su jerga informática. Por algún motivo que solo conoce Rosa, todas las entradas de su diario fueron cifradas por separado. Anton se ha pasado la noche trabajando y por fin ha conseguido descifrar un par de ellas elegidas al azar.

—Esto no va a salirte barato —susurra Carl.

Anton ha vuelto a ponerse sus auriculares y escucha música meneando la cabeza. (Carl lleva los suyos colgados del cuello).

Jar adivina cierta excitación en el tono de su amigo. Anton le pasa un lápiz de memoria con las dos entradas del diario. Luego anota una dirección de Hotmail y una contraseña en un trozo de papel. A medida que vaya extrayendo entradas del diario —explica— las irá guardando en la carpeta de borradores de la cuenta de Hotmail, donde Jar podrá consultarlas. De ese modo no circularán por Internet.

Jar se pregunta si le están tomando el pelo (Carl dice que el sistema de la carpeta de borradores lo utilizan mucho las células terroristas para evitar ser detectadas por los servicios de inteligencia), pero los dos parecen tomarse el asunto muy en serio.

Tras ponerse de acuerdo en el pago (que adelanta Carl), salen del parque de *skate* y bajan hacia Ladbroke Grove. Al llegar al punto donde el puente de Westway pasa por encima de Portobello Road, se paran a mirar un puesto de discos de vinilo.

—Yo creía que iba a cobrarme más —comenta Jar.

—A Anton le gustan los retos. No todos los días te encuentras con un cifrado así, a no ser que trabajes para los servicios de seguridad. Una vez intentaron reclutarle, ¿sabes?

—¿A quién? ¿A Anton?

—Les dije que no. No quería pasarse la vida dando chivatazos.

Jar no quiere parecer desagradecido, pero el lápiz de memoria le quema en el bolsillo. Cada vez que lo rodea con los dedos está cogiendo la mano de Rosa, como le ocurrió en Cromer cuando Amy le pasó el disco duro por debajo de la mesa.

—Debería irme —dice con toda la naturalidad de que es capaz—. Puedo devolverte el dinero la semana que viene. El día de paga.

Carl sigue mirando viejos discos *jungle*: DJ Dextrous, Remarc, Ragga Twins.

—Tengo que preguntártelo, Jar. ¿Rosa estudió algoritmos de generación de claves?

—No que yo sepa.

Es una cuestión que a él también le preocupa. ¿Cómo sabía Rosa cifrar archivos? No recuerda que mostrara nunca el menor interés por la informática.

—¿Y por qué descargó el diario en un ordenador que no era suyo?

—No quería que lo encontrara nadie. Por lo menos enseguida.

—Ni que lo leyeran. Sé que se trata de Rosa y que erais uña y carne y todo eso, pero aun así esto es meter las narices en el diario íntimo de otra persona, ¿no?

—Me parece que no me lo he planteado.

—¡Hala, Rebel MC! —exclama Carl cogiendo un viejo vinilo—. *Rastafari*.

Jar le sonríe y se da la vuelta. No hay duda de que, en su próxima vida, Carl se reencarnará en *rastafari*. Vuelve a dejar el disco en su sitio y se apoya contra el tenderete.

—Esto va a remover muchas cosas —dice—. Leer su diario, digo.

—Puede que así encuentre una explicación.

—¿Eso es lo que esperas?

—Sería agradable saber el porqué, aunque no sepa el cómo.

—Llama a Kirsten, por favor.

Jar no se atreve a decirle que sí, pero la mirada que le lanza al marcharse da a entender que tal vez lo haga.

Cuando echa a andar por Ladbroke Grove suena su móvil. Es Amy. Jar la ha llamado varias veces desde que se vieron en Cromer, pero siempre tiene el teléfono apagado. Piensa por un segundo que se ha cortado la llamada, pero luego ella responde:

—Están intentando inculparle, Jar. Él no es así.

—¿Cómo? Te oigo muy mal.

Se detiene frente a la estación de metro y mira a un lado y otro de Ladbroke Grove mientras comprueba la cobertura de su móvil. Amy habla como si estuviera borracha.

—¿Es por el disco duro? —pregunta Jar.

Le cuesta unos minutos comprender lo que ha pasado. Han detenido a Martin por posesión de pornografía ilegal. Es una imputación absurda, asegura Amy, una trampa, pero ha bastado para que ella vuelva a atiborrarse de pastillas. Además, hay una complicación.

—Martin no les ha dicho lo del disco duro —dice Amy.

—¿Dónde cree la policía que está?

—En la basura.

«Eso está bien», piensa Jar. Muy bien.

—¿Y dónde está Martin ahora?

—En Norwich. Todavía le están interrogando. ¿Qué hacemos, Jar? No se trata de pornografía. Van detrás del diario y creen que lo tiene escondido. Tendrá que decírselo tarde o temprano, explicarles que te lo dimos.

—Necesito más tiempo, Amy. Un par de días más.

—¿Has conseguido abrir el diario?

—Una parte sí. Está costando acceder a los archivos. No pueden imputar a Martin si no ha hecho nada malo.

El «si» condicional de Jar queda suspendido en el aire y se hace un silencio antes de que Amy conteste.

—Ya te llamaré —dice por fin.

Mientras se dirige al andén del metro, a Jar se le pasa por la cabeza que quizá Martin sí guarde pornografía ilegal en su ordenador. No con niños, pero quizá sí con esos dos chuchos que tenía antes (los «beagles fumadores», los llamaba Rosa). Pero la cosa no cuadra. Martin no es de esos. A las autoridades les interesa Rosa, no su tío. Rosa, y sus propias tentativas de demostrar que está viva. Y ahora le vigilan, ansiosos por apropiarse del diario, sabedores de que hay algo que Rosa desea confesarle desde hace tiempo.

*Cambridge, trimestre de primavera, 2012*

No he venido a Cambridge para graduarme en juegos alcohólicos. Y tampoco me interesa el *rugby*, aunque a papá le encantara. Así que, ¿por qué salí anoche con un grupo de jugadores y de *groupies* de colegio pijo cuya idea de pasárselo en grande es coger un buen pedo en The Pickerel y luego prenderse fuego al pubis con sambuca?

Mi problema es que no quiero enfrentarme a nadie. Y cuando toda la gente de mi residencia va a salir por ahí, me parece de mala educación negarme, ponerme en el papel de la aguafiestas, decirles que tengo cosas que hacer. A nadie le gusta que le dejen solo, y menos aún en primer curso. Además, pensé que me vendría bien salir de mi habitación. Últimamente paso mucho tiempo aquí metida, con la luz apagada y las cortinas corridas, escribiendo este diario con la esperanza de que me ayude a disipar la oscuridad que cada vez oprime más mi existencia, rodeándola casi por completo.

Por lo menos anoche conseguí marcharme temprano. Me escabullí cuando estaban todos usando sus vasos de cerveza vacíos como prismáticos, y me fui andando por King's Parade, tratando de imaginar cómo se habían conocido mis padres en Cambridge. Ojalá le hubiera preguntado más cosas a papá sobre sus tiempos de estudiantes.

Aquel día, cuando me llevó a remar, fuimos también a merendar a The Kettle Pot, frente al King's. Con el brazo sobre mis hombros, papá me llevó a una mesa junto al gran ventanal con vistas a la famosa capilla. Insistió mucho en que nos sentásemos allí, dijo que fue el primer sitio donde se citó con mamá.

—Tu decano es un buen hombre —comentó mientras embadurnaba de mermelada su tortita caliente.

—¿Le conoces?

El doctor Lance: barbudo, serio, una autoridad mundial en Goethe.

—Estudiamos juntos —contestó papá—. Y cuando los demás nos marchamos, él se quedó. Decidió dedicarse a la vida académica.

—En la entrevista me cayó bien.

La verdad es que no me había impresionado mucho, y me costaba trabajo recordar su cara. Yo esperaba que hiciera alguna cosa rara cuando me entrevistó (como prender fuego al periódico que estaba leyendo, o saltar por la ventana en plena conversación), pero fue un diálogo muy normal, nada que ver con esas leyendas que

corren sobre las entrevistas en Oxbridge.

—Algunos de los mejores colaboradores del Foreign Office han sido reclutados por recomendación suya.

—Lo tendré en cuenta cuando necesite un empleo.

—Le he pedido que te vigile.

—Papá... —suspiré, pero él tenía razón.

Me habían invitado a marcharme de un par de centros escolares a lo largo de mi vida, incluido mi último colegio, pero fue después de la reválida de bachillerato, y además era una mierda de colegio.

—En el buen sentido —añadió—. La mayoría de los estudiantes solo ven a su decano cuando cometen alguna infracción. Él te echará un ojo. Estará ahí por si alguna vez necesitas ayuda.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —inquirí, saciada después de nuestro festín de tortitas.

—Claro.

Hice una pausa. Me sentía culpable por sacar a relucir la muerte de mamá, que se suicidó cuando yo tenía un año. El médico de cabecera dijo que nadie tenía la culpa, que había sido un caso de psicosis posparto, pero papá seguía cargando con esa pena.

—Si mamá no hubiera muerto, ¿habrías llegado más lejos profesionalmente?

Se rio, echando hacia atrás la cabeza como en la foto que tengo de su boda, durante el discurso del padrino. Tenía una risa espontánea y contagiosa.

—¿Es que sabes algo que yo no sepa?

—Lo que quiero decir es que mucha gente en tu situación habría buscado más ayuda para criarme.

—Tu madre y yo habíamos hecho votos de criarte por nuestros propios medios. Si lo que quieres saber es si mi trabajo habría ido por otros derroteros... —Se quedó callado un momento—. Es una pregunta para la que no tengo respuesta.

—Pues yo siento haber sido un lastre para ti.

—No seas absurda. Uno tiene que jugar con las cartas que tiene sobre la mesa. Si mamá no hubiera muerto, seguramente habríamos tenido más hijos, menos dinero... ¿Quién sabe? Quizás hubiera buscado otro trabajo completamente distinto, fuera del Foreign Office.

—Tuvo que ser muy duro. Los primeros meses.

—Esta iba a ser una conversación desenfadada.

—Es que necesito saberlo.

—Claro que sí. Un capítulo nuevo, ya no eres mi pequeña...

Le corté en seco con una mirada de reproche: «ni se te ocurra», parecía decirle. Se hizo otro silencio. Siempre nos sentíamos a gusto juntos. No hacía falta hablar si no queríamos.

—¿Tú también pensaste alguna vez en acabar con todo? —pregunté por fin.

Me miró antes de responder. Su semblante se volvió serio de pronto. Triste. Era la primera vez que le preguntaba algo así, y no sé por qué decidí preguntárselo en ese momento. Era una pregunta cruel y egoísta. Yo sabía que había sufrido mucho a lo largo de los años, que había días que llegaba a casa y no decía ni una sola palabra, que se quedaba levantado hasta tarde en su despacho, que a la mañana siguiente se levantaba con los ojos colorados y que en el cubo del reciclaje había una botella vacía de *whisky*.

—A veces me parecía lo más sencillo. ¡Pero ella se habría puesto furiosa! —Se rio otra vez, menos efusivamente—. Y no soportaba pensar que nos perdieras a los dos.

Puse la mano sobre la suya. Se le estaban humedeciendo los ojos.

—Gracias.

—Lo único que te pido a cambio es que cuides de mí cuando sea viejo y babee.

El doctor Lance quiere verme mañana. Nos reunimos un par de veces por trimestre (está claro que se siente aún más responsable de mí desde que murió papá), pero esta vez tengo la sensación de que va a ser distinto. Me ha escrito una nota muy cariñosa. Dice que le han comentado que no soy feliz (y subraya «feliz»). El eufemismo del año.

Estos últimos días pienso mucho en papá, en lo que le impidió seguir el ejemplo de mi madre y quitarse la vida. «A veces me parecía lo más sencillo». ¿Se pondría él «furioso» conmigo? ¿Y alguna vez se puso furioso con mamá? Yo no sabía que se podía estar tan deprimida, echar tanto de menos a alguien, sentirse tan desilusionada con la vida. Quizá sea porque soy consciente de que debería estar pasándomelo en grande en Cambridge.

Mañana veré también a la nueva psicóloga del *college*, además de al doctor Lance. Ni siquiera sabía que había una psicóloga hasta que me enteré de que todos los chicos andan fingiendo que están al borde del suicidio para poder pasar un rato con ella. Por lo visto está buenísima. Es un bombón, que diría papá.

Jar siempre ha dudado del gusto de Carl respecto a las mujeres, pero en lo tocante a Kirsten Thomas tiene que reconocer que su amigo estaba en lo cierto. Es lunes por la mañana y está sentado en una sala de techo alto, en una casa georgiana de Harley Street. Deja que sus ojos se posen en Kirsten Thomas más de lo necesario mientras ella le explica sus condiciones.

—Nunca cronometro la primera sesión —dice con ligereza.

Nueva Inglaterra, deduce Jar. Boston, tal vez.

—Pero en su caso me gustaría hacerle una oferta —añade.

«A mí también», piensa él mientras corresponde a su sonrisa, y luego se refrena. «Santo cielo, te estás comportando como Carl». Se fija en su entorno preguntándose si todas las consultas de Harley Street son como esta. La doctora Thomas está sentada a un lado de un gran escritorio de roble, y él ocupa el borde de una silla en el centro de la habitación luminosa y ventilada. Del alto techo cuelga una lámpara de araña y el suelo es de tarima de pino restaurada.

No hay diván (Jar toma nota de que debe decírselo a Carl), pero sí un sofá y un sillón colocados bajo la alta ventana. Una persiana veneciana los protege de la vida de Londres, que bulle allá fuera. En el rincón hay un lavabo y en el suelo, junto al sillón, una caja de pañuelos de papel. Jar piensa en todas las personas que han pasado por esta sala, que han desembalado aquí sus problemas durante una hora para luego volver a embalarlos y echarse de nuevo a la calle.

—Estoy escribiendo un artículo con el que confío pueda ayudarme. Se titula «El duelo en personas imaginativas: respuestas a la pena, alucinaciones postduelo y calidad de vida».

—Un título muy pegadizo.

—No es la primera vez que escribo sobre esta dolencia, pero ahora mismo me interesa especialmente cómo afecta a los artistas. A los novelistas.

—¿Cree usted que son imaginaciones nuestras? ¿Que nos lo inventamos todo? —Jar no pretende ponerse agresivo, pero le molesta esa referencia a un posible factor creativo.

—En absoluto. Muy al contrario, de hecho. Es posible que la dolencia se manifieste de manera más inequívoca en los temperamentos artísticos.

—¿Qué es lo que propone, entonces?

—Seis sesiones gratis de una hora, empezando desde mañana mismo. Antes de que vea a mi primer paciente. ¿Es usted madrugador?

Jar no responde. Vuelve a mirar su cabello rubio muy corto y sus ojos azules y trata de adivinar qué edad tiene: ¿unos cuarenta y cinco? Sus facciones, lejos de ser infrecuentes, poseen el atractivo convencional de una modelo de revista: pómulos altos y esculpidos, boca ancha, nariz respingona. No hay en ella nada de misterioso ni de exótico, pero hay que decir en su favor que no hace ningún esfuerzo por realzar su incuestionable belleza física. Lleva un maquillaje muy tenue (un poco de brillo en los labios carnosos, quizá) y su ropa dista mucho de ser provocativa: blusa de color crema bajo una americana marrón, falda hasta las rodillas, zapato plano.

—Si le soy sincero, no estoy muy seguro de por qué estoy aquí —comienza a decir Jar.

—No pasa nada por eso.

—Mi amigo...

—Carl le dijo que viniera. Me alegro de que lo haya hecho. Me dijo que insistiría.

—Esperaba escuchar música —comenta Jar señalando hacia la puerta con una inclinación de cabeza—. *Therapy* de All Time Low o algo así.

—Conque humor británico, ¿eh? —dice ella esbozando con esfuerzo una sonrisa.

—Irlandés, en realidad. Los irlandeses tenemos tendencia a buscar el lado cómico de las cosas, incluso de la muerte.

La mención a la muerte consigue lo que pretende Jar: remansar la conversación como se remansa el aceite sobre el agua. Mira hacia la ventana, la señal de que ha llegado el momento de pasar página, de entrar en materia. Es entonces cuando cobra conciencia de una leve agitación en la respiración de la doctora Thomas: de vez en cuando toma aire bruscamente y lo retiene como si algo la asustara.

—Si mi oferta le parece bien —continúa ella—, me gustaría que viniera a la consulta simplemente a hablar.

—En mi tierra, hablar es una forma de vida.

¿Qué está diciendo? ¿Intenta sacar partido a sus raíces irlandesas para impresionar a la rubia americana?

—Es de Dublín, imagino —responde ella.

—Galway. —Sabe que debe detenerse ahí, pero no puede refrenarse—. El corazón cultural de Irlanda —añade—. Cuna del gran Peter O'Toole, que en paz descanse.

Ella le sostiene la mirada, desvía los ojos y toma aire de nuevo antes de hablar, haciendo otra vez aquel curioso sonido.

—Tengo formación de psicoanalista, Jar. Empleo el método de libre asociación desarrollado por Sigmund Freud. Usted dice lo primero que se le pasa por la cabeza y yo busco elementos inconscientes que puedan explicar su conducta.

Carl no andaba tan desencaminado después de todo, piensa Jar.

—Voy a necesitar que me hable con detalle de su duelo y de las subsiguientes apariciones —prosigue ella—. Para mí será de gran ayuda, y confío en que para usted también.



—¿Qué le ha contado Carl?

—¿Le importa que no demos nada por sabido?

—Si así es más fácil... Aunque imagino que le habrá contado que mi novia, Rosa Sandhoe, murió hace cinco años, que tuvimos una relación breve en la universidad y que posteriormente me di al alcohol en un desafortunado intento de superar su muerte. La verdad es algo más compleja. Rosa y yo nos amamos apasionadamente los pocos meses que estuvimos juntos, con una intensidad que yo no había sentido antes ni he sentido después. Ahora bebo menos, pero sigo echándola en falta cada día. Es más, estoy convencido de que está viva. Rosa era una persona feliz cuando la conocí, a pesar de que acababa de perder a su padre. El suicidio no se avenía con su carácter. Es una convicción mía que se ha visto reforzada por diversos avistamientos que se han ido haciendo paulatinamente más concretos y palpables en estos últimos meses.

¿Ha hablado demasiado? ¿Ha sido demasiado franco? Antes de venir, había decidido ponerse límites. No piensa hablarle del diario de Rosa, al menos de manera concreta, aunque su descubrimiento (y los efectos que puede tener sobre su vida) sea lo que le ha traído aquí. Ya se siente suficientemente culpable por estar leyéndolo. De momento, Anton le ha pasado seis entradas descifradas del diario (cómo se conocieron en el restaurante, su baño desnuda en el Cam, su primera noche juntos), y no tiene intención de violar aún más la confianza de Rosa revelándole su contenido a otra persona. Además, le preocupa la versión que da Rosa de los hechos.

—¿Trato hecho? —pregunta Kirsten con una sonrisa.

Una hora después Jar está sentado en el garaje, ante su ordenador, a punto de leer por tercera vez la última entrada del diario que ha recibido, cuando suena su teléfono. Es Amy, y parece más despejada que la última vez que le llamó. Hablan sobre Martin (la policía le ha puesto en libertad sin cargos) y luego del disco duro. Han pasado cuatro días desde que Amy se lo entregó en Cromer.

—Martin tuvo que decirles que te lo dimos —explica Amy—. Lo siento. Es el diario de Rosa lo que buscan, Jar.

—¿Qué más les ha dicho?

—Tu nombre y tu dirección. No le quedó más remedio. ¿Todavía no has conseguido leerlo?

Jar siente cómo se le agota el tiempo mientras hablan. Le habla de Anton, de que está descifrando los archivos uno por uno y guardándolos en la carpeta de borradores.

—Pídele que haga copia de todos los archivos —sugiere Amy mientras Jar entra en la dirección de *e-mail* que le facilitó Anton—. Eso es lo que andan buscando. Y Jar... —Hace una pausa—. El diario va a remover muchas cosas. Sé que no estás nada convencido, pero creo de verdad que deberías pedir ayuda. Hablar con un psicoterapeuta. Puedo recomendarte a varios.

—Ya estoy viendo a una. Hoy he tenido mi primera sesión.

—Eso es fantástico. ¿Quién es?

—Una americana de Harley Street. —Hasta a él le impresiona cómo suena.

—¿Te ha sido de ayuda?

—Todavía es pronto para saberlo. Ya te contaré.

Después de un par de minutos de charla, Amy le dice que va a ir a Londres dentro de unos días y que estaría bien que pudieran verse. Jar le dice que sí y cuelgan.

Las entradas del diario que aparecen en la carpeta de borradores nunca siguen un orden concreto. La que acaba de abrirse en su pantalla es del segundo trimestre de Rosa en Cambridge. Jar detesta hacerlo, pero al mismo tiempo no puede evitar leer primero el texto por encima para ver si Rosa menciona su nombre, si le ha dejado algún mensaje, una migaja de consuelo.

Cuando leyó esta anotación por primera vez, sintió una punzada de desilusión al darse cuenta de que Rosa la había escrito durante el trimestre de primavera, antes de que se conocieran. Y también antes de una conversación importante con el decano de su *college*, el doctor Lance, un hombre al que Jar ha escrito en numerosas ocasiones durante estos últimos cinco años. Lance es, según se rumorea, un agente de reclutamiento de los servicios de inteligencia británicos, de esos que —según cuentan— te dan una palmadita en el hombro mientras te invitan a un jerez. Jar, por su parte, solo sabe que el doctor Lance nunca ha contestado a sus cartas, a sus correos electrónicos ni a sus llamadas, y que se niega a verle cada vez que se persona en su oficina.

Vuelve al principio del documento y empieza a leer, impresionado de nuevo por la enorme tristeza que Rosa consiguió ocultarle, por lo poco que la conocía en realidad.

¿Estaba fingiendo aquel cálido día de verano cuando fueron en bici a Grantchester Meadows con una botella de cava barato? Rosa se llevó un chasco cuando él le preguntó si no tendrían que haber llevado copas o vasos: el padre de Jar es muy puntilloso con los vasos en el bar, solía pedirle que les sacara brillo todas las mañanas antes de irse al colegio («Nunca se sabe cuándo puede venir el Papa a hacernos una visita», decía).

—Pero qué antiguo eres —contestó ella en broma antes de beber directamente de la botella; estaba tumbada al sol, junto al río.

Jar nunca se había sentido tan feliz como aquel día, tumbado a su lado en la larga hierba, planeando su futuro juntos. ¿Significó lo mismo para Rosa? ¿Escribió sobre ello? Está seguro de que también era feliz, de ahí que la discordancia entre sus recuerdos y los de ella resulte tan turbadora.

*Cambridge, trimestre de verano, 2012*

¡Qué cosa tan rara son los bailes de mayo! Para empezar se celebran en junio, no en mayo, y cuestan más de lo que pueden permitirse la mayoría de los estudiantes. Yo nunca había visto un surtidor de champán, ni siquiera en esas fiestas diplomáticas a las que me llevaba papá, y anoche vi uno. Vi cómo a varias personas les sostenían la cabeza debajo del grifo hasta que se atragantaban (tortura por ahogamiento, versión pija).

Parecía que casi toda la gente de mi curso iba a ir al baile de nuestro *college*, así que pensé: «Qué demonios, papá se llevaría un disgusto si no fuese». Además, tenía tres posibles acompañantes que se habían ofrecido a pagarme la entrada.

Al final fui con Tim, el guapo de Tim, aunque le dije sin rodeos que tenía novio. Él lo encajó tan deportivamente que me sentí culpable, pero pensé que, si mentía, era solo para ser fiel a mí misma: para cortar de raíz cualquier expectativa sexual (tanto mía como suya).

Para ser sincera, también decidí ir porque pensé que me sentaría bien. No había vuelto a ver a Jar desde nuestro encuentro después del chapuzón en el Cam, pero no podía quitármele de la cabeza. Tenía que recordarme continuamente que no era momento de enamorarse. Que si Jar pensaba en mí solo una fracción del tiempo que yo pensaba en él, sería una crueldad imperdonable por mi parte. (Y también tenía que recordarme continuamente que, como es lógico, cabe la posibilidad de que le importe un bledo).

Tim se empeñó en que tomásemos una copa en su habitación con unos pocos amigos íntimos antes de cruzar la calle para ir al baile. Yo había estado en su casa un par de veces. Es un sitio bastante bonito, aunque no pueda compararse con la de Jar. Cuando llegué con mi vestido de gala de tafetán color crema comprado en una tienda de segunda mano de Bene't Street, la fiesta ya se había desbordado y había invadido el pasillo. Por un momento dudé de si sería yo la única chica a la que le había pagado la entrada. Tim es uno de los estudiantes más sociables del *college*, gracias en parte a El Bar de Tim, una fiesta que monta todos los viernes en su habitación a altas horas de la noche y en la que sirve cócteles a mansalva. Su padre es un comerciante de vinos de la City, de modo que conseguir cantidades ingentes de alcohol no supone ningún problema para él. El dinero tampoco es problema. Tim es además muy

deportista (más aficionado al críquet que al *rugby*) y tan guapo como una deidad griega, pero yo ni siquiera me habría fijado en él cuando nos conocimos si no hubiera sido porque también es profundamente sordo.

—He pensado que a lo mejor te asustabas si era un *tête à tête* tranquilito —me dijo al darme dos besos cuando le encontré en el rincón de la habitación, agitando la coctelera.

Como todos los chicos presentes, vestía frac negro y pajarita blanca.

Por lo general pronuncia bastante bien (algunas palabras le salen un poco nasales), pero tiene que leer los labios y fiarse de la casi nula capacidad auditiva de su oído izquierdo para comprender lo que le dicen. Cuando le conocí, me sentí halagada por la atención que me prestaba, por ese empeño en mirarme fijamente a la cara, hasta que me di cuenta de que lo hace con todo el mundo. Necesita verte bien los labios para entender lo que dices.

—*Moscow mules* —dijo señalando la hilera de vasos llenos de licor que había sobre la mesa—. Coge uno mientras puedas. —Luego, dirigiéndose a todos los invitados, me pasó un brazo por los hombros y gritó, para mi vergüenza—: ¡Chicos, esta es Rosa! ¡Vamos a ir juntos al baile!

Se oyeron vítores, se alzaron copas y yo sentí una especie de picor en la piel. Solo cabía hacer una cosa: me bebí una copa de un trago y cogí otra.

—Así que tú eres Rosa Sandhoe —dijo una chica que llevaba un vestido mucho más caro que el mío.

Se había acercado a la mesa para coger otra copa y tenía pinta de piragüista: espaldas anchas, mentón fuerte, piel rojiza.

—Qué afortunada —comentó.

Intuí entonces que Tim era mejor partido de lo que yo imaginaba. Después, su sonrisa se endureció.

—No olvides mover los labios cuando chilles de placer —dijo.

Diez minutos más tarde estábamos haciendo cola frente a la portería para entrar en el *college*. Delante de nosotros se oía el runrún de la juerga alcohólica y la música: sitar, tabla y, de fondo, el latido de la música *dance*.

Al ver el Primer Patio, me quedé sin respiración. Lo habían transformado en un suntuoso palacio rajastaní: olía a incienso, había colgaduras de raso que relucían a la luz de los focos y grandes imágenes de elefantes con *howdahs* de pedrería proyectadas sobre los edificios engalanados de hiedra.

En una esquina, los músicos tocaban el sitar y la tabla sentados sobre cojines de terciopelo, mientras los camareros descorchaban el champán: filas y filas de botellas alineadas sobre una mesa como un ejército de marionetas. El lugar de honor lo ocupaba, sin embargo, una magnífica fuente que vertía burbujeante champán sobre tres pilas. Varios camareros hundían copas en ella para ofrecérselas a los invitados a medida que llegaban, mientras otros rellenaban ceremoniosamente el surtidor vaciando botellas por la parte de arriba.

—Espero que no te importe que no haya una actuación estelar —me dijo Tim cuando cogimos nuestras copas y entramos en el Segundo Patio—. El Trinity ha pagado veinte de los grandes para contratar a Pixie Lott. Por mi parte, prefiero beber un champán decente.

—Creía que iban a tocar los Villagers —contesté.

—Bueno, no son precisamente U2, ¿no?

Aquello tuvo el efecto de recordarme a tiempo lo poco que teníamos en común Tim y yo. Jar me descubrió a la banda de Dublín aquella noche y desde entonces no escucho otra cosa. Para mí, su concierto era el plato fuerte de la fiesta.

Decidimos dar una vuelta, a ver qué había, antes de ir a reunirnos con sus amigos en el Huerto de Catedráticos para comer cerdo asado. El Segundo Patio también estaba decorado exóticamente, aunque tenía una temática más marroquí. En los rincones en penumbra había estudiantes arrellanados sobre cojines, fumando en narguile mientras veían contonearse a bailarinas que ejecutaban la danza del vientre.

Phoebe estaba allí con Nick, sentado en una alfombra, a su lado. Ella no llevaba vestido de fiesta: habría sido demasiado burgués para sus parámetros. Nos habíamos visto varias veces desde la cena de gala, pero las cosas habían cambiado entre nosotras. Ya no nos hacíamos confianzas. Yo tenía mejor opinión de Nick desde que salía con ella. Podría haber salido con cualquier chica del Saint Matthew's, pero escogió a Phoebe, no por su físico sino por su forma de ser: por su temperamento combativo y su compromiso político. La miré con una sonrisa cariñosa cuando pasamos por su lado. Se la veía muy pedo, tenía los ojos vidriosos. Estaba fumando en narguile y no pareció fijarse en mí. Nick levantó una mano como un jefe indio cansado, con la cara envuelta en humo.

Vimos magos y faquires que escupían fuego al cruzar el Jardín de los Estudiantes, uno de cuyos lados discurre paralelo al Cam. Había hamacas, farolillos marroquíes y, colgadas de los árboles, sartenas de lucecitas que brillaban suavemente, como luciérnagas. Entre las sombras ardían braseros de carbón. Abajo, cerca del río, había un pequeño parque de atracciones y un casino flotante que Tim dijo que quería visitar más tarde. También quería pasarse por la carpa de los monologuistas, y por la tienda de la pitonisa. A mí me apetecía echarle un vistazo a la discoteca silenciosa. Y quizá también a la zona de *spa*.

—Cuanto más cortas son las colas en un baile de mayo, mejor es el baile —comentó Tim cuando pasamos junto a un puesto de creps. (El año pasado fue a tres bailes, y este año va a ir a dos).

Vimos puestos de perritos calientes, de gofres, de hamburguesas, de ostras y de algodón de azúcar. Más tarde, al amanecer, servirían salmón ahumado y huevos revueltos, desayuno inglés, arenques y *kitchiri*. No había colas, ni había que pagar. Era todo gratis (es un decir, claro).

—Gracias —le dije a Tim dándole el brazo mientras volvíamos a cruzar el Huerto de los Catedráticos.

«He hecho bien viniendo», me dije. «Para eso estoy en Cambridge, ¿no? De eso se trata. Por lo menos ya lo he conocido, aunque haya sido brevemente».

La primera persona con la que hablamos fue aquella chica con hombros de piragüista que se me acercó en la habitación de Tim. Estaba borracha y consiguió apartarme de Tim mientras él hablaba con su pareja.

—¿Cómo le encuentras? —preguntó agarrándome firmemente por el brazo.

—¿A Tim? —Yo intenté no apartarme de él, pero ella era fuerte y me llevó hacia abajo, por el prado. No quise armar un escándalo.

—Te aviso —dijo— de que cuando te está follando mantiene los ojos abiertos para verte la boca, como si así pudiera oírte gemir. La primera vez puede ser muy desconcertante.

—Debería volver. —Miré hacia atrás, a Tim, que seguía hablando con la pareja de ella.

—Este es tu primer baile, ¿verdad? —preguntó apretándome más el brazo.

—Me estás haciendo daño.

—Perdona. —Aflojó un poco la presión—. En estas cosas siempre hay un rato de parón, después de la cena y antes de que empiece la actuación principal. Es cuando Tim espera una recompensa a cambio de su inversión.

—Eso no puede ser —dije yo.

«Solo tengo que alejarme de ella», pensé, pero era mucho más fuerte que yo.

—Y además le gusta hacerlo a lo bruto, armar mucho ruido. Hay un sitio tranquilo en un extremo del Jardín de los Estudiantes. Siempre va ahí. Está pasada la barca del casino. Estate preparada. Puede que así te duela menos. Y acuérdate de mover los labios cuando grites.

Exageró el movimiento de los labios al decir esas últimas palabras y se pasó la lengua por los dientes de arriba.

—¿Va todo bien? —preguntó Tim cuando volvimos a reunirnos con él. Me pasó el brazo por los hombros suavemente—. ¿No te habrá llevado Hannah por el mal camino?

Sonreí débilmente mientras él cambiaba una mirada con la piragüista que había hecho presa en mi brazo.

Cenamos lubina salvaje en una carpa iluminada con velas y a mí empezó a darme vueltas la cabeza, no solo por los cócteles que habíamos tomado previamente y por el vino que eligió Tim, sino por lo que me había dicho Hannah. Después de cenar, Tim propuso que fuéramos al casino flotante y a mí me dio un vuelco el estómago. Hannah, que estaba sentado frente a mí, en diagonal, me miró levantando las cejas mientras bebía un sorbo de vino.

Yo me había imaginado un inocente beso en los labios en la pista de baile al amanecer, si estaba lo bastante borracha. Nada más. Tim se había comportado hasta entonces como un perfecto caballero y, de no ser por la advertencia de Hannah, yo no tenía motivos para sospechar que esperara algo más de mí.

Mientras íbamos hacia el Jardín de los Estudiantes, apartó el brazo de mis hombros y lo deslizó hasta mi cintura. Yo me dije que era porque estaba un poco mareada y no quería que resbalara.

Cuando entramos en el jardín, había por todas partes parejas tendidas sobre las alfombras, bajo los árboles, algunas despiertas, otras dormidas. Hannah y su chico se habían quedado atrás. Decían que iban a ir a dar un paseo en barca a la luz de la luna.

—Rosa, quiero despejarme un poco antes de jugarle mi herencia familiar a la ruleta —dijo Tim—. ¿Te importa que vayamos a dar un paseo por el río?

Pensé que iba a vomitar. «Me estoy comportando como una mojigata», me dije. «Y Hannah es una chalada, lo que le pasa es que está celosa». Miré a Tim, tan guapo, con su pajarita blanca todavía impecable debajo de las puntas del cuello de la camisa, las lucecitas de los árboles, el reflejo de la luna en el río, la *jeunesse dorée* de Cambridge en todo su privilegiado esplendor.

A papá le habría encantado todo aquello por lo efímero que era: un instante fugaz, lleno de ilusiones juveniles e ingenuas aspiraciones antes de que saliéramos al mundo y descubriéramos que nada de eso es real.

¿Por qué no puedo disfrutar de Cambridge sin más, como todo el mundo? Yo, al contrario, he elegido dar la espalda a todo esto. Ojalá papá entienda mis motivos.

—Espérame aquí —le dije a Tim—. Enseguida vuelvo.

Cuando acaba de leer la entrada del diario, Jar vuelve a buscar *Kirsten Thomas* en Internet para asegurarse de que no se le ha escapado ningún dato relevante cuando esta mañana ha buscado información sobre ella antes de su cita.

Es una psiquiatra freudiana plenamente cualificada, miembro del Colegio de Psiquiatría y Neurología de Estados Unidos. Hizo los cuatro años de residencia en la Facultad de Medicina de la Universidad de Carolina del Sur y, a juzgar por los comentarios de su página web, su consulta de Harley Street atiende sobre todo a estadounidenses residentes en Londres. Llegó al Reino Unido hace un año.

Jar se levanta para estirarse, tocando casi con los brazos las paredes del garaje, y se pregunta vagamente si la psicóloga de Rosa todavía trabaja en su antiguo *college*. Rosa nunca le dijo que hubiera buscado ayuda psicológica (ese era el problema), ni que el doctor Lance estuviera preocupado por su estado anímico. Ello disminuye su hostilidad hacia el Saint Matthew's, al que siempre ha acusado de negligencia y falta de sensibilidad.

En la página del *college* no figura ningún psicólogo. Se anima a los estudiantes a hablar con su tutor, con el capellán, con la enfermera o con el mediador social. La universidad ofrece un servicio de atención psicológica, pero Rosa menciona concretamente a la psicóloga del *college*. Un detalle menor pero al que Jar, sin poder evitarlo, concede importancia.

Tras apagar el ordenador y cerrar la puerta del garaje, vuelve a pie a su edificio y mira a ambos lados de la calle antes de coger el ascensor. Desde su regreso de Cromer siente más que nunca que le están vigilando pero confía en que nadie haya descubierto su escondite en el garaje. De ese modo se le hace más llevadero que entraran en su piso. Fueron buscando pruebas relacionadas con Rosa y con sus investigaciones y no encontraron nada, pero sabe que volverán: están deseando apoderarse del disco duro.

Sabe también que debería ir a la oficina. Se está quedando sin excusas plausibles y no tardarán en despedirle. Normalmente le gusta quedarse en casa los lunes por la mañana: abrir los paquetes de libros que acaba de recibir, hacer algún que otro enigmático crucigrama, echar un vistazo a su valoración en Amazon. Pero desde que entraron en el piso no se siente a salvo en él: ha dejado de ser un puerto de abrigo.

Carl se alegra de verle cuando por fin se presenta en la oficina justo antes de la hora de comer. (Llega tan tarde que la escalera mecánica de subida está en reposo). Y se alegra aún más cuando Jar le dice que esta misma mañana ha ido a ver a Kirsten.



—No tiene diván —le informa Jar mientras retoma un artículo acerca de los finalistas de un premio literario. (Los artículos sobre posibles candidatos son los más pesados de escribir, en su opinión: todos esos títulos con su correspondiente enlace...).

—Aun así, seguro que se ha derretido contigo —comenta Carl—. Con esa labia que tienes.

—Creo que hemos quedado en tablas.

—Apuesto a que sí. Espero que te haya servido de ayuda.

—Gracias, ahora en serio —dice Jar mientras pugna con su ordenador—. ¿Has tenido problemas para entrar hoy en el sistema?

—Mi ordenador no vas más lento de lo normal.

Jar está acostumbrado a que el ordenador de la oficina renquee, pero nunca ha visto este mensaje: *Esta cuenta ya está siendo utilizada*. Lo lee para sí, pero lo bastante alto para que Carl lo escuche. Carl sabe de estas cosas. Se inclina desde su mesa para echar un vistazo.

—¿Te has conectado desde casa y has olvidado salir de tu cuenta? —pregunta.

—Yo nunca me conecto fuera de la oficina, Carl. Es una cuestión de principios. Ni siquiera estoy seguro de saber cómo se hace.

Carl se levanta y se sitúa delante del teclado de Jar. Sus dedos se mueven deprisa. Sale del sistema y vuelve a entrar utilizando el nombre de usuario genérico para los empleados de la oficina.

—Está claro que es tu contraseña —dice—. El ordenador va bien. —Carl vuelve a salir del sistema—. Prueba ahora.

Jar introduce su nombre de usuario y su contraseña, pero el mismo mensaje aparece de nuevo en la pantalla.

—¿Estás seguro...?

—Sí, estoy seguro.

—Entonces te sugiero que llames a soporte técnico porque hay alguien metido en tu cuenta.

—¿Lo dices en serio?

—Seguramente no es nada. Claro que a lo mejor son los de dirección, que están leyendo tus *e-mails*. Esas cosas pasan.

A Keith, el de soporte técnico, le interesa más aplastar caramelitos que resolver el problema de Jar, pero después de escucharle (sin dejar de jugar en su ordenador) le dice que pruebe a entrar con la cuenta genérica de la oficina.

—Ya lo he hecho —contesta Jar, mirándole—. Me siento al lado de Carl.

Mencionar a Carl lo cambia todo. Carl sabe más de ordenadores que el departamento de informática.

—¿Cuál es tu nombre de usuario? —pregunta Keith minimizando el Candy Crush y abriendo la ventana de inicio de sesión de la empresa.

—JarlathC.

—¿Contraseña?

—¿Eso es normal? ¿Darla así, sin más?

—¿Quieres que te lo arregle o no?

—Rosa081192 —contesta en voz baja.

Keith se incorpora en su silla, interesado al fin por su caso. Sin dejar de mirar la pantalla, estira el brazo, levanta el teléfono y marca una extensión.

—Me parece que los sirios han vuelto —dice.

Pide a Jar que le siga a una zona de la oficina que ni siquiera sabía que existía: una sala sin ventanas ni ventilación en las laberínticas y mal iluminadas entrañas del edificio, junto al cuarto del correo. «Así que aquí es donde se ignoran todas las peticiones de ayuda técnica», piensa Jar mientras contempla la hilera de terminales y los rostros macilentos que asoman tras ellas.

Ve que Keith y otros dos técnicos se reúnen en torno a un monitor.

—JarlathC —le dice Keith al que maneja el teclado, y luego añade dirigiéndose a él—: ¿Cuál era la contraseña?

Jar se siente aún más incómodo por tener que revelarla.

—Ya la escribo yo —dice.

Los informáticos se apartan de mala gana cuando se inclina y escribe Rosa081192. Sabe que todos están observando qué teclas pulsa, pero aun así lo siente como un pequeño acto de rebeldía.

—¿Quién es «Rosa»? —pregunta Keith.

—No olvides su fecha de cumpleaños —comenta otro.

Jar hace oídos sordos. Mira fijamente la pantalla. Aparece el mismo mensaje: *Esta cuenta ya está siendo utilizada.*

—¿Y estás seguro de que no te has conectado desde otro sitio? —pregunta Keith.

Jar está a punto de responder cuando interviene un técnico sentado delante de otro monitor, a su izquierda.

—No. Según la dirección IP, se han conectado desde Estados Unidos.

—A los sirios se les da bien suplantar direcciones IP —le dice Keith a Jar, y luego, volviéndose a uno de sus compañeros, añade—: Adiós a tu nuevo filtro de paquetes, Raj.

Jar lamenta que Carl no esté allí para hacer de traductor. Hace una semana, su amigo le habló de un grupo de piratas informáticos que se hace llamar Ejército Electrónico Sirio, partidarios de Bachar el Asad que atacan los sistemas informáticos de diversos grupos mediáticos del Reino Unido. Pero esto tiene pinta de ser algo personal. Lo que sucede a continuación le seca la boca de golpe.

—Esa es mi bandeja de entrada —dice mirando la pantalla, en la que ahora aparece su cuenta de correo electrónico del trabajo—. ¿Cómo habéis conseguido entrar?

—No hemos entrado —explica Keith—. Podemos ver lo que están haciendo pero no podemos desalojarlos a no ser que cerremos todo el sistema de *e-mail* de la

empresa.

—¿Y qué están haciendo? —pregunta Jar.

—Tiene pinta de que están accediendo a tu cuenta de correo para ver tus mensajes.

—¿Eso es legal?

Se oyen resoplidos a su alrededor. «Puede que se pasen el día así», piensa Jar: viendo cómo el personal se manda mensajes entre sí poniendo a parir a los jefes. Toma nota de que debe fustigar un poco más al departamento informático en sus mensajes.

—¿Mandamos una alerta general? —pregunta Keith.

—Estos no son los sirios —dice Raj.

Jar observa la pantalla, que acaba de cambiar a su bandeja de enviados: mensajes de trabajo dirigidos a Carl, a su editor, a otros compañeros y colaboradores, mezclados con cientos de *e-mails* enviados al doctor Lance, a Amy, al Comisionado de Información, al Instituto Nacional de Salvamento Marítimo, a la guardia costera de Cromer, al Departamento de Personas Desaparecidas del Reino Unido y al Foreign Office. Se pregunta si alguno de los presentes repara en esos mensajes y si les importa que estén ahí. La mayoría de la gente utiliza su cuenta del trabajo para enviar *e-mails* personales, ¿no? El cursor empieza a recorrer hacia abajo la lista de correos y luego se traslada rápidamente a la esquina superior derecha, cierra el *e-mail* y sale de la cuenta de Jar.

—Se han dado cuenta de que estábamos observándolos —comenta Keith como si él solito hubiera rechazado al enemigo.

—¿Sabemos quiénes eran? —pregunta Jar.

—¿La Agencia de Seguridad Nacional? —responde Keith, actuando para la galería—. Te sugiero que te busques otra novia.

*Cambridge, trimestre de verano, 2012 (continuación).*

Pensaba ir derecha a la portería, salir del baile e ir a casa de Jar. Sabía que no estaba bien, ni por Tim (cuyas intenciones, hasta donde yo sabía, eran irreprochables), ni por Jar, que no necesitaba que volviera a presentarme en su casa a las dos de la madrugada. Pero últimamente estoy intentando ser lo más fiel a mí misma que puedo, da igual el poco tiempo que me quede.

En el Primer Patio todo se había desmadrado. Una estudiante bebía a morro de la fuente de champán, atragantándose, sujeta por dos chicos, con la cabeza echada hacia atrás y los pechos saliéndosele del escote. Al llegar a la portería me encontré con Nick, al que había visto un rato antes con Phoebe fumando en narguile. Parecía muy alterado, tenía los ojos dilatados por el miedo.

—Rosa, es Phoebe. No la encuentro por ninguna parte.

Nunca le había visto tan nervioso. No sabía que Phoebe le importara tanto.

—¿Dónde estaba la última vez que la has visto? —pregunté mirando hacia la portería.

—En el Segundo Patio. Quería ir a dar un paseo por el Jardín de los Estudiantes. Le dije que esperara, que iba a por unas copas, y cuando he vuelto ya no estaba. De eso hace media hora.

—Parecía un poco...

—Esta noche ha estado muy rara, Rosa. Se le ha ido la olla. La verdad es que me estaba asustando. Decía cosas muy raras. ¿Me ayudas a buscarla?

Yo no quería volver al Jardín de los Estudiantes y encontrarme con Tim, pero no podía marcharme así como así.

—Vale —dije, y volví a cruzar el Primer Patio y el Segundo.

En cuanto entramos en el Jardín de los Estudiantes comprendimos que pasaba algo malo. Había mucho revuelo al fondo, en el lado opuesto al río, y dos guardias de seguridad pasaron corriendo por nuestro lado con sus radios en la mano.

Los seguimos junto con un grupo de curiosos. Es extraño cómo se da una cuenta de que ha ocurrido una desgracia antes de tener pruebas empíricas. Puede que sea algo que está en el aire, un regusto metálico en la boca. Las lucecitas de las ramas de los árboles ya no parecían tan suaves y acogedoras, los braseros ardían de pronto con más fuerza.

Se había reunido un gentío cerca del muro, al fondo mismo del jardín, donde no había luces. Aquella zona, en la que raleaba el césped, había estado toda la noche cercada por vallas de madera y cuerdas. Cuando nos acercamos la gente se apartaba llevándose las manos a la boca. No reinaba una sensación de pánico, sino una especie de silencio embotado que iba extendiéndose por el jardín como una bruma densa. Instintivamente eché mano de Nick y le cogí del brazo.

—Ay, Dios; ay, Dios —susurraba él.

Yo no veía nada desde donde estaba, pero se desasíó de mi brazo y se abrió paso entre la gente. Un guardia de seguridad estaba intentando despejar la zona.

—Todo el mundo atrás. Retírense todos, por favor.

Y entonces la vi, en un árbol a nuestra izquierda, la cabeza colgando, el cuerpo suspendido de una rama baja. Se movía, pero solo porque un guardia de seguridad la tenía agarrada por las piernas y trataba de sostenerla, de alzarla para que el nudo no siguiera apretándole el cuello.

No pude seguir mirando. Nick se adelantó y ayudó al guardia a sostener el cuerpo de Phoebe.

—¡Que alguien llame a una ambulancia... por favor! —le oí decir, pero ya era demasiado tarde.

Todo el mundo parecía saberlo menos él.

Recé una oración y caí de rodillas mirando a mi alrededor: silencio, lágrimas, perplejidad. «Así que esto es lo que sienten los que se quedan atrás», pensé.

No quiero que mi muerte sea así, un desgarró para otros, pero no me queda otro remedio.

—¿Te reconforta ver a Rosa? —pregunta Kirsten sentada a su mesa.

—Me resulta frustrante.

Jar está en el sofá de la ventana, en la consulta de Harley Street. Su primera sesión oficial no le está resultando fácil. Después del inquietante incidente de ayer con su cuenta de *e-mail*, salió a tomar algo con Carl y bebió demasiado para ser lunes por la noche. La luz diurna le hace daño a la vista.

—¿Hablas con ella? —pregunta Kirsten.

—¿Cuando la veo?

—No es infrecuente que la gente intente comunicarse con su ser querido cuando tiene una alucinación. Que intente hablar con esa persona.

—De vez en cuando, sí.

—¿Puedes hablarme de ello?

Jar se queda callado, escucha el ruido de la calle: una moto que pasa, una sirena de policía que se aleja. No ha tenido tiempo de asimilar lo que pasó en el muelle, cuando Rosa se subió a la barandilla. Cierra los ojos cansados, se acuerda de otra vez que la vio junto al mar.

—Estaba en casa de un amigo de mi familia en Cleggan, en la costa de Connemara. Fue justo después de que amaneciera. Había salido a dar un paseo hasta Cleggan Head para ver la bahía y las islas, que se extienden por el mar como lirios gigantescos. Recuerdo que en cierto momento pisé terreno pantanoso. Fue entonces cuando la vi. De reojo, a la izquierda, caminando a mi lado. No quería volverme a mirarla por si desaparecía. Fue reconfortante, sin duda: tenerla allí, a mi lado. Su entierro había sido unas semanas antes y yo todavía tenía los sentimientos a flor de piel.

—¿Qué te dijo?

—Habló ella primero, se refirió a una conversación que tuvimos poco después de que nos conociéramos en Cambridge, cuando le dije que yo era un *bogger*: alguien que no vive en Dublín, un paleta. Un pueblerino. Se rio, me dijo que nunca había oído esa palabra.

—¿Qué dijo exactamente?

—Fue después de que yo resbalara en el barro. Dijo en broma: «Además de pueblerino, eres un patoso. Deberías haberte quedado en Dublín». «Entonces no te habría conocido», contesté yo. Después no dijo nada más. Pero yo seguí hablando, le pregunté qué le parecía la música que habíamos elegido para su funeral. Salimos de la

iglesia al son de *What a wonderful world*.

Se hace un silencio. Jar oye el rasgueo de la pluma de Kirsten mientras escribe y, un instante después, de nuevo aquel extraño sonido que hace al respirar. Se pregunta si emite un sonido parecido (más fuerte, quizá, más parecido a un gemido) cuando hace el amor. Trata de no imaginárselo, de atajar aquella idea y concentrarse en sus preguntas.

—¿Por qué te sientes frustrado cuando la ves?

Otro silencio. Jar intuye que le está arrinconando como a un testigo de la defensa.

—¿Porque sabes que es una alucinación?

Jar asiente a su pesar. La atmósfera de la sala cambia imperceptiblemente. El silencio consiguiente ya no le violenta, más bien le invita a reflexionar. «Ese es tu trabajo», piensa Jar: conducir a la gente a un punto en el que siente que desea abrirse. Una astuta labor de manipulación. De ahí la caja de pañuelos de papel que hay a sus pies. Oye de nuevo respirar a Kirsten justo antes de que diga:

—¿A qué has venido aquí hoy, Jar?

Jar nota un latido doloroso en los párpados. ¿Debe decirle que el convencimiento de que Rosa no ha muerto está destrozándole la vida? ¿Que el amor que se tenían era más fuerte que la atracción que ejercía sobre ella el mar de Norfolk, y que su presunto suicidio no cuadra con su carácter? ¿Que todavía bebe en exceso y que sospecha que le siguen a todas horas? ¿Que se ha convertido en una persona descreída y estragada, socavada por un trabajo que detesta y por el declive de un talento antaño prometedor para hilvanar palabras?

¿O le confiesa que le agrada la idea de pasar una hora a la semana hablando de Rosa? (Aunque sea con una mujer madura que a ella le habría caído mal: Rosa sentía antipatía por las rubias teñidas). Carl le escuchaba al principio, pero Jar nota que ahora el tema le aburre, y no se lo reprocha. Amy todavía le hace caso. Y también su padre, pero Jar se siente culpable cada vez que Rosa sale a relucir en la conversación. Sus padres son demasiado mayores: no deberían tener que preocuparse por un hijo adulto. Es a ella, a Kirsten, a quien le corresponde la tarea de escucharle.

—Hablar de ella mantiene vivo su recuerdo —dice por fin.

—¿Y también la esperanza de que no haya muerto?

Jar no responde.

—Tengo que ser sincera contigo, Jar —dice Kirsten—. Ninguno de mis pacientes con alucinaciones postduelo cree que su ser querido siga vivo de verdad. Consideran sus alucinaciones más bien como vestigios etéreos, como una estela dejada en el cielo.

¿Dónde ha oído antes hablar de estelas en el cielo?

—¿Se refiere a una aparición? Esto no es una historia de fantasmas.

Escucha el rasgueo de la estilográfica de Kirsten y, mientras se devana los sesos, adivina que su letra es nítida y redonda.

—Voy a hacerte una pregunta muy directa. No quiero pecar de insensible, solo

necesito que me contestes con una palabra, la primera que se te venga a la cabeza.

—Adelante.

«Aquí viene Sigmund», piensa Jar.

—¿Qué habrías sentido si hubiera aparecido el cuerpo de Rosa?

Jar se queda en suspenso. A pesar de la advertencia de Kirsten, su pregunta le turba.

—Desconfianza —contesta en voz baja pero firme.

Se miran en silencio. Kirsten empuja su silla hacia atrás y va a sentarse a su lado en el sofá.

—Lo siento —dice poniéndole un instante la mano en el brazo.

No es un gesto de seducción, pero Jar no está preparado para la inevitable intimidad que conlleva: la cara de Kirsten tan cerca de la suya, su olor cítrico. Ella se apoya la libreta sobre el regazo y se tira del bajo de la falda (¿es más corta que ayer?).

—Para que estas sesiones nos sirvan a los dos, necesito comprender tu estado anímico actual, hacerte de vez en cuando una pregunta comprometida, analizar tus respuestas. Forma parte del método de libre asociación del que te hablé ayer. Así podremos hablar con más fundamento de las alucinaciones. ¿Te parece bien?

Jar hace un gesto afirmativo, vuelve la cara y luego mira de nuevo a Kirsten, que sigue observándole atentamente.

—¿Desconfianza por qué? —pregunta.

Jar se fija en que tiene desabrochado el segundo botón de la blusa. Debe de habersele desabrochado accidentalmente cuando se ha trasladado del escritorio al sofá. No puede haberlo hecho adrede: su actitud es absolutamente neutra, profesional, despojada de todo erotismo, pero aquel atisbo de carne le distrae, basta para que baje la guardia, para que confíe más en ella de lo que pretende.

—Porque creo que su muerte fue fingida.

—¿Fingida por quién?

—Si lo supiera, no estaría aquí.

Mira su reloj, enfadado de pronto, por la conversación, por ella, por la insistencia de Carl en que viniera, por la facilidad con que se ha dejado engatusar.

—No es mi especialidad, pero ¿fingir la muerte de una persona no es bastante difícil? —insiste ella.

—Nunca lo he intentado.

Pero se ha informado con más detalle de lo que Kirsten sabrá nunca: conoce cada método de desaparición y a quienes los practican o los han practicado, como un tal Umberto Gallini de Milán que puede hacer evaporarse a la gente por un precio astronómico, o John Darwin, *el piragüista*. Perderse en el mar es tan buen método como otro cualquiera.

—¿Eres desconfiado por naturaleza? —pregunta Kirsten.

—Antes no lo era.

—¿Qué otras cosas te producen desconfianza?



El guardia de tráfico del otro lado de la calle que hoy le ha visto llamar al portero automático de la consulta, piensa Jar. Los operarios de mudanzas que había en la escalera de su piso esta mañana.

—Todas estas preguntas —contesta tragando saliva con esfuerzo.

Acaba de acordarse. La primera entrada del diario que le envió Anton: *No deben quedar registros escritos, ninguna estela en el cielo de Fenland*.

—¿No es lo que esperabas? —pregunta ella al levantarse del sofá para regresar a su mesa. Sus caderas oscilan sutilmente.

—No sé qué esperaba —responde él esbozando con esfuerzo una sonrisa mientras sus pensamientos se atropellan entre sí. *Ninguna estela en el cielo de Fenland*—. Lo siento, no quiero parecer desagradecido. Es agradable poder hablar de todo esto. Hablar siempre me ha parecido útil.

Pero no le agrada y ella lo sabe.

—¿De veras? —pregunta.

—Soy consciente de que hablar ayuda —miente. Necesita alejarse de ella.

—Eso es fantástico. Te agradezco tu sinceridad. ¿Puedo hacerte una última pregunta? ¿Te escribió Rosa una carta de despedida, alguna explicación?

—¿Una nota de suicidio, quiere decir?

—No quería llamarla así.

—Sí, lo hizo.

¿Adónde quiere ir a parar? *Ojalá no tuviera que dejarte atrás, mi niño: el primer amor de mi vida y el último*. Se ha prometido a sí mismo no hablarle a nadie de la última carta de Rosa.

—¿Te fue útil?

—Era ambigua.

—Pero ¿a Rosa le gustaba escribir?

—¿Que si le gustaba escribir? ¿A qué se refiere? Siempre dejaba sus trabajos de clase para el último momento.

La siguiente pregunta le pilla desprevenido.

—¿Qué me dices de un diario? ¿Llevaba Rosa un diario?

Sus palabras resuenan en el aire quieto y fresco. «¿Llevaba Rosa un diario?».

—A veces, leer el diario de una persona fallecida puede ayudar a sus seres queridos —añade Kirsten.

Jar levanta los ojos, sostiene su mirada intensa. ¿Qué sabe esta mujer? ¿Qué le ha contado Carl?

—¿Un diario? —pregunta, pensando en las últimas entradas que leyó anoche acerca de Phoebe y del baile en el *college*. Confía en que haya más entradas esperándole en la carpeta de borradores—. No, no llevaba ningún diario.

*Cambridge, trimestre de verano, 2012 (continuación).*

No fui la única que se marchó temprano. El comité del baile de mayo, aconsejado por la policía, decidió dar por terminado el festejo.

No volví a ver a Nick, ni tampoco a Tim. Podría haberle buscado, haber puesto a Phoebe de excusa para no volver al casino flotante, donde le había dejado, pero solo quería alejarme del *college* lo antes posible.

Crucé el puente y bajé hacia King's Parade con la esperanza de que a Jar no le importase que le despertara a esas horas. Había más gente deambulando por las calles, vestida con sus mejores galas: la diáspora de los privilegiados de Cambridge. Una chica lloraba y su pareja intentaba tranquilizarla. Una pareja hablaba en voz baja junto a la pared, al lado de la portería del King's College, con una botella de champán a sus pies.

Tuve que llamar varias veces al timbre pero Jar me abrió por fin la puerta, en bata. Yo estaba llorando, llevaba puesto un vestido de fiesta y eran las dos de la madrugada, pero aun así me dejó entrar sin decir palabra. En cuanto se cerró la puerta, caí en sus brazos sollozando. Me abrazó con fuerza hasta que dejé de llorar y luego me condujo delicadamente al piso de arriba y me hizo sentarme en el sofá del cuarto de estar, apartando unos cojines y una manta.

Mientras me tomaba un *whisky*, le conté lo que había pasado: primero, lo de Phoebe; luego, lo de Tim. Mis celos respecto a él parecían de pronto insignificantes comparados con la tragedia que había tenido lugar en el Jardín de los Estudiantes.

—Si han encontrado pronto a Phoebe, quizá pueda salvarse —comentó él.

—No, está muerta, Jar, estoy segura. La ambulancia se marchó sin encender la sirena.

—No hay tráfico a esta hora de la noche.

—La cabeza le colgaba tanto...

No conseguía olvidarme de aquella imagen. Jar me sirvió otro *whisky*.

—No puedes culparte por lo que ha pasado, Rosa.

—Podría haberme portado mejor con ella. Y con Nick. Él no se va a recuperar nunca de esto. La cara que ha puesto al verla...

Jar me estrechó con fuerza cuando me eché a llorar otra vez, y me sentí a salvo en su cálido abrazo. Pensé que no debería haber ido al baile, ni haberme marchado de

casa de Jar aquella noche.

Mientras estaba así, abrazándole con todas mis fuerzas y pensando que aquel era el sitio donde mejor se estaba del mundo, oí un ruido en su dormitorio, detrás de nosotros. Tragué saliva y me aparté de él.

—¿Hay alguien ahí? —conseguí susurrar, preguntándome si sería posible que la noche empeorara todavía más.

Pero no podía reprocharle que tuviera a alguna chica en su cuarto.

—Es Niamh, mi prima —contestó mientras me limpiaba una lágrima del ojo.

No estoy segura, pero es posible que en sus labios se dibujara una sonrisa tenue e irónica.

—Ha venido de Dublín a pasar unos días —añadió.

Me eché a llorar otra vez.

—Abrazame fuerte, Jar —dije—. Y no me sueltes. No debería haber dejado plantado a Tim, haberme marchado así —añadí cuando conseguí recobrar la compostura—. Que yo sepa, solo quería apostar un poco en el casino.

—Y esa tal Hannah, ¿cabe suponer que es su ex?

—Seguramente.

—En ese caso, yo no creería una palabra de lo que te ha dicho esa zorra.

De pronto empezó a sonar el timbre de abajo.

—Una noche movidita —comentó Jar, y se levantó del sofá cuando su prima apareció en la puerta del dormitorio—. Niamh, esta es Rosa. Rosa, Niamh.

Niamh se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndome una mano sobre el brazo.

Dios mío, ¿tan evidente era? Debía de tener un aspecto horrible.

—Voy a hacer té, ¿te apetece uno? Ya que estamos todos levantados...

—Sí, claro —contesté.

Niamh tenía una mirada bondadosa, como la de Jar, y un fuerte acento irlandés. Pero era bajita, ligera y ágil, carente por completo de la corpulencia de su primo. Recordé que Jar me había dicho que era pintora.

Mientras ella iba a buscar el hervidor al dormitorio, me pregunté si habría oído nuestra conversación. No me sentía con fuerzas para contarle lo de Phoebe.

Quiera Dios que Phoebe sobreviva. Cabe esa posibilidad, como dijo Jar. No podía llevar allí mucho tiempo.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Niamh.

Escuchamos las dos. Yo oía la voz de Jar, pero no la de la otra persona. Luego se cerró la puerta de abajo y Jar volvió a subir las escaleras. Levanté la vista y le vi en la puerta, con Tim a su lado, con la pajarita deshecha, los ojos colorados y el pelo revuelto.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —dijo tímidamente.

Le miré primero a él y luego a Jar, preguntándome cómo me había encontrado y por qué le había dejado entrar Jar.

—¿Te apetece un *whisky* irlandés? —le preguntó Jar, y luego me sonrió como diciéndome que estaba todo controlado.

—¿O un té? —añadió Niamh.

Tim me miró y luego miró a Jar.

—Un *whisky* largo.

Pensé por un momento que quizá se conocían, que tal vez todo aquello había sido otra trampa, otra emboscada, pero resultó que Jar solo quería darle a Tim la oportunidad de explicarse. Un rasgo de solidaridad masculina que me molestó, pero Jar sabía también lo mal que me sentía por haberle dejado plantado. Creo que sobre todo se compadecía de Tim, de mí y de todos los que habíamos ido al baile y, acompañados por otra botella de Yellow Spot de doce años («malta tostada, heno recién segado, un matiz a uvas»), nos animó a hablar de Phoebe.

Cuando se hizo de día preparó huevos revueltos con beicon para todos (el desayuno inglés que no habíamos podido tomar en el baile), y los devoramos como si lleváramos días sin comer. Además, puso a los Villagers, a los que no pude ver en el baile.

En un momento de sosiego, mientras estábamos en el sofá, Tim me pidió disculpas por lo de Hannah. Dijo que esperaba que no me hubiera disgustado. Jar tenía razón, claro. Salieron juntos hace tiempo y ella no le ha perdonado por romper. No sabía que estuve a punto de dejarle plantado, creía que simplemente estaba afectada por lo ocurrido en el Jardín de los Estudiantes, y yo preferí dejarlo así.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunté.

—Pregunté a varias personas por la calle si habían visto a una chica que iba sola, muy guapa, con traje de fiesta. —Hizo una pausa, miró a Jar y a Niamh, que estaban fregando los platos—. Entonces ¿Jar es el elegido?

Asentí con la cabeza. Me sentí culpable por haberle juzgado mal, y agradecida con Jar por haber hecho posible que la noche tuviera un cierre, una conclusión, como diría mi psicoterapeuta.

Me pregunto si el doctor Lance convocó alguna vez a Phoebe, si ella llegó a ver a la despampanante psicóloga del *college*. Phoebe siempre tuvo una relación complicada con la autoridad. Ahora me doy cuenta más que nunca de lo afortunada que soy. Podría haber sido yo la que colgara de un árbol.

Jar se despeja en cuanto sale al ajetreo cotidiano de Harley Street. El cielo es de un azul eléctrico y la gente va a trabajar aferrada a un vaso de café o hablando por teléfono, con grandes bolsos colgados en bandolera. Algunas personas corren con mochilas ligeras a la espalda. En la esquina, una mujer con un bronceado de tono anaranjado («abrigo de pieles, pero sin bragas», piensa Jar) para un taxi.

A él también le vendría bien un café, se dice mientras mira las placas bruñidas colocadas junto a las puertas de las casas georgianas por las que pasa, la panoplia completa de la hipocondria y la vanidad de las clases pudientes: implantes dentales, hidroterapia del colon, cirugía estética, hipnoterapia y *mindfulness*, extirpación de varices, terapia con sanguijuelas, blanqueamiento dental con láser. Él no está tan mal, a fin de cuentas.

Pero la sesión con Kirsten le ha puesto nervioso. Le extraña el curso que han seguido sus preguntas, incluso teniendo en cuenta a Freud: preguntarle si Rosa llevaba un diario. Y esa referencia a las «estelas dejadas en el cielo». Pero lo que más le preocupa es haber confiado en ella, haber caído fugazmente bajo su hechizo carnal.

Al llegar a la esquina de Harley con New Cavendish Street ve que un coche para a su lado. Un momento después se abren las puertas y dos hombres aparecen en la acera cortándole el paso.

—¿Jarlath Costello? —pregunta uno de ellos.

Jar asiente.

—Policía —añade el desconocido mostrándole una insignia.

A Jar le parece ver las palabras *Policía Metropolitana*, pero no está seguro.

—Por favor, suba al coche.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jar con el corazón desbocado.

Pero antes de que contesten, se le acerca otro hombre por detrás, le agarra por los brazos y le pone las esposas a la espalda.

—Por Dios, esto es absurdo —dice mientras le hacen entrar por la puerta trasera del coche agachándole la cabeza.

—Jarlath Costello, queda usted detenido bajo sospecha de haber infringido la Ley de Delitos Sexuales y la Ley de Publicaciones Obscenas —dice el hombre sentado a su lado en el asiento de atrás—. No tiene por qué decir nada, pero no responder a las preguntas que se le formulen durante el interrogatorio podría ser perjudicial para su defensa posterior ante un tribunal de justicia. Cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra. ¿Lo ha entendido?

—No, no entiendo nada —responde, aunque sabe muy bien qué está pasando.

La policía está buscando el disco duro que le dio Amy. Es la única explicación. Apoya la cabeza en el respaldo y trata de conservar la calma y de asimilar las implicaciones de su detención. Por fin, después de cinco años, las autoridades se están tomando en serio sus pesquisas sobre la muerte de Rosa.

Se siente extrañamente eufórico mientras se abren paso a gran velocidad entre el tráfico del West End. Al llegar a Oxford Circus, el conductor enciende la sirena. Suena como si procediera de otro coche, de otro mundo.

Jar nunca ha sentido mucho respeto por la policía, y menos aún desde que vio la desgana con que investigaban la muerte de Rosa. Por eso, entre otros motivos, no denunció que hubieran entrado en su piso.

La sirena vuelve a callarse. «Debería pedir un abogado», se dice. Es lo que hace la gente en estas circunstancias. Pero no lo necesita. Solo necesita oírsele decir («Buscamos el diario de Rosa porque puede que en él explique lo que sucedió, por qué está viva aún») y será feliz.

Cuando el coche llega a la comisaría de Savile Row le introducen en el vestíbulo, donde le hacen entregar la cartera y el teléfono y le toman los datos. Acto seguido le conducen a una celda vacía, donde se sienta en el suelo de cemento con la espalda pegada a la pared.

Al menos estando solo puede barajar posibles escenarios y llegar a una conclusión insoslayable: le han detenido por infringir la Ley de Delitos Sexuales y la de Publicaciones Obscenas, de lo que se deduce que las imputaciones contra Martin, el marido de Amy, tienen un fundamento sólido. Si el informático encontró, en efecto, pornografía ilegal en su disco duro además del diario de Rosa, la cosa no pinta bien ni para él, ni para Anton, ni para Carl. Y Jar no tiene intención de implicar a nadie más en este asunto.

Dos horas después de su detención, le sacan de la celda y le llevan a una salita de interrogatorio con una mesa, una grabadora y dos sillas de madera. El hombre alto y anguloso sentado en la silla del fondo se levanta al entrar él.

—Miles Cato —dice con acento escocés.

«De los Borders», piensa Jar, tratando de no dejarse embaucar por la amable bienvenida: la mano tendida y este hombre que se presenta como Miles, con sus modales educados y su traje de raya diplomática. No se parece a ningún policía que Jar haya conocido, y su cordialidad resulta sospechosa en un británico.

Se sientan a la mesa. Miles se inclina hacia la grabadora con los brazos cruzados y dice su nombre, la fecha y la hora del interrogatorio. Jar mira el aparato inerte. No tiene luces, nada que dé a entender que está encendido.

—Creo que no funciona —dice Jar.

—Nunca funcionan, lo sé por experiencia.

Jar se sobresalta al ver su sonrisa de labios finos. «Por eso insiste la gente en tener un abogado», piensa.

—Siento lo de antes —prosigue Miles.

Se pasa una mano por el escaso pelo rubio al tiempo que echa la silla hacia atrás, arañando con las patas de madera el suelo de cemento, un chirrido que devuelve a Jar a una fría aula escolar de Galway.

—Cuanto antes podamos sacarle de aquí, mejor. ¿Puedo llamarle Jar?

Le han estado llamando Jarlath desde su detención. ¿Cómo sabe este hombre que le llaman Jar?

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta.

—Necesitamos su ayuda.

—¿Quiénes?

Jar observa que Miles se educó en Oxbridge, que tiene cuarenta y pocos años y que luce un lujoso bronceado más propio de un ejecutivo de banca que de un funcionario policial. Sus calcetines de color carmín y sus zapatos de cordones marrones tampoco parecen hechos para patear las calles.

No responde a su pregunta. Al menos directamente.

—Creo que conoce usted a Martin, aunque seguramente tenga más trato con Amy. Le detuvieron hace unos días por posesión de pornografía ilegal. ¿Está usted familiarizado con esas cosas?

Formula la pregunta con naturalidad, como si le preguntara si quiere el té con azúcar.

—Por supuesto que no.

—Creemos que se trata de material de grado cuatro, el segundo más grave. No es un asunto agradable.

—Solo sé lo que usted me cuenta. Amy me dijo que habían puesto en libertad a Martin.

—Amy ha sido de gran ayuda. Nos contó que se había visto con usted en Cromer el jueves pasado y que le había hecho entrega del disco duro de su ordenador viejo. Por lo que a mí respecta, no era necesario que le detuvieran. El diario de la difunta sobrina de Amy también se hallaba en el disco duro, corrupto según creo, y Amy pensó que querría usted leerlo, dado que fueron pareja en la universidad. Conmover.

Miles le dedica una sonrisita afectada. A Jar no le agrada, no le gusta su nariz aguileña, ni adonde conduce esta conversación. Rosa no ocupa el lugar central del escenario, permanece en la periferia.

—Lo que ustedes dos ignoran es que llevamos tiempo siguiéndole la pista a Martin y creemos que el disco duro podría haber contenido una carpeta con imágenes contrarias a la Ley de Publicaciones Obscenas. El técnico que trataba de arreglar el ordenador de Amy encontró algunos... —vacila—, algunos rastros sospechosos en un disco duro externo y posteriormente descubrió indicios documentales de una serie de archivos de imagen cifrados en otro disco duro, posiblemente el que le dieron a usted. Fue él quien nos llamó para alertarnos.

«O bien llamó a alguien para hablarle del diario», piensa Jar, «y su llamada disparó una alarma en Whitehall que atrajo tu atención, Miles Cato, seas quien seas».

—No es la primera vez que nos da una pista. Es increíble lo que se puede encontrar arreglando ordenadores domésticos. —Miles hace una pausa—. Solo necesito que nos entregue el disco duro, Jar. El diario de Rosa no nos interesa.

Es un farol calculado teniendo en cuenta que es demasiado tarde para impedirle que lo lea. «El diario de Rosa no nos interesa». Jar trata de hacer oídos sordos a esas palabras, de borrarlas de su mente. Miles intenta deducir qué sabe, si Rosa se fue de la lengua respecto a su desaparición.

—¿No tienen ya pruebas suficientes para imputar a Martin? —pregunta.

—Todavía no. Es hábil con la informática, sabe borrar su rastro, pero creemos que cometió un error de cálculo al copiar ciertas imágenes encriptadas en el ordenador de su esposa. Doy por sentado que ha llevado usted el disco duro a alguien que sabe cómo recuperar archivos corruptos. Queremos recuperarlo, Jar. Intacto. Podría ser una prueba material importante.

«Una prueba de que ella está viva», piensa Jar.

—¿Incluido el diario?

Clava la vista en el policía buscando un indicio de que está en lo cierto, de que se trata únicamente de Rosa. Pero el semblante de Cato permanece inmóvil, inescrutable.

—Exactamente como estaba cuando se lo entregó Amy —responde con frialdad—. Tiene hasta las nueve de esta noche.

—¿Y si no puedo entregárselo?

—Haremos público su arresto. Y me temo que una detención por infringir la Ley de Publicaciones Obscenas nunca causa buen efecto, especialmente si va acompañada de una posible infracción de la Ley de Delitos Sexuales.



*Cambridge, trimestre de primavera, 2012*

Hoy por fin he podido ver al doctor Lance después de posponer varias veces nuestra cita. La psicóloga del *college*, una americana llamada Karen, se pasó por el despacho al final y estuvimos charlando un rato, pero dentro de un momento hablaré más de ella.

Sigo sin explicarme para qué quería verme el doctor Lance. Fue una conversación distinta a nuestras charlas habituales, siempre tan forzadas, en las que nos sentamos a comer las pastas de jengibre que hace su mujer y a beber té verde mientras él me pregunta si estoy bien y si necesito hablar con alguien sobre la muerte de papá.

Le preocupa cada vez más que haya rechazado todos los ofrecimientos de ayuda psicológica, el de la universidad cuando llegué y el de nuestro médico de cabecera el verano pasado, justo después de que muriera papá. Supongo que no era el momento más indicado. Papá murió un mes antes de que empezara el curso y tuve que tomar una decisión: o posponía un año mi ingreso en Cambridge mientras intentaba asimilar lo que había pasado (demasiada introspección) o me lanzaba de cabeza con la esperanza de que la emoción de empezar la universidad me hiciera olvidarme de todo (lo que me traería problemas más adelante).

Opté por lo segundo y no sé por qué me pareció contraproducente empezar a ir a terapia mientras trataba de amortiguar el dolor con los festejos de la primera semana de clase. No ha funcionado, claro. Mis dos primeros trimestres en Cambridge han sido un desastre sin paliativos: demasiadas ansias de pasarlo bien y una realidad que no cumple ni de lejos mis expectativas. La sensación constante de que donde de verdad se logran cosas es en otra parte.

Debería haber pospuesto la universidad hasta haber asimilado la muerte de papá. Ahora me doy cuenta. Un año, dos, lo que hiciera falta. Pero me he cerrado en banda, he dejado que su muerte se enconara en un rincón desde el que proyecta sombras cada vez más alargadas sobre mi vida en Cambridge.

Esta vez el doctor Lance no se anduvo con rodeos. Nada de silencios violentos mientras esperábamos a que se calentara el agua de ese lentísimo hervidor que tiene. Le han dicho que soy infeliz y parece creer que hablar de papá (del tiempo que pasaron juntos en la facultad, de la labor tan especial que hacía en el Foreign Office, etcétera) me animaría un poco.

Me eché a llorar enseguida, que quizá era lo que pretendía él desde el principio. Quería que diera rienda suelta a mi pena y lo consiguió: meses de tristeza reprimida, nadie con quien hablar. (Siempre hablaba con papá de las cosas que me preocupaban, incluso durante los «años del terror», como los llamaba él, cuando la pubertad me convirtió en un monstruo adolescente).

El doctor Lance no parece un hombre acostumbrado a las muestras de emoción, pero no podría haberse mostrado más tierno, ni menos avergonzado: me ofreció un pañuelo de cuadros (limpísimo) y me puso la mano en el hombro mientras yo intentaba rehacerme. Puede que sea por su amado Goethe por lo que parece sentirse tan a gusto en presencia de la pena.

—Lo siento —dije mientras me sonaba la nariz.

—No pasa nada. Lamento no haberme dado cuenta antes de que no estabas bien. Parecías tan entera... Y tan independiente, hasta hace poco. Tu última evaluación nos dejó muy preocupados.

Seguramente porque no terminé mi trabajo sobre *Hero y Leandro* de Marlowe, aunque eso no se lo dije. El doctor Lance juntó las yemas de los dedos bajo su barba recortada, rubia con hebras grises.

—Creo que ha llegado el momento de que hables con alguien, Rosa. Ahora tenemos una excelente psicóloga en el Saint Matthew's, y puede que sea más sencillo que recurrir a los servicios de bienestar de la universidad.

—Le echo de menos todos los días —dije yo. Tenía la cara colorada y se me había corrido el rímel.

—Es lógico. Todos le echamos de menos.

—Y me siento tan culpable cuando me lo paso bien aquí, cuando hago las cosas que sé que él querría que hiciera...

—Hay mucha presión para que estos tres años sean los mejores de la vida de los estudiantes. Y nunca lo son, invariablemente. En mi caso no lo fueron. Lo que explica en parte que me quedara en Cambridge.

—A veces tengo la sensación de que es una especie de eclipse, una oscuridad que cruza los campos, como si se apagara el sol en pleno día cuando se supone que tengo que estar contentísima.

—¿Piensas alguna vez en el suicidio?

Me quedé parada, sorprendida por el cambio de tema.

—Por desgracia, perdemos a demasiados jóvenes en esta etapa tan delicada de la vida —añadió.

Me pregunté si iba a sacar a relucir el suicidio de mi madre, a pesar de que ella murió unos años después de acabar la universidad. Por lo visto en Cambridge eran los tres uña y carne.

—Mi padre sí pensaba en el suicidio a veces, en sus momentos más bajos. Hablamos de ello una vez. Mentiría si le dijera que no lo he pensado.

—Karen, la psicóloga, está especializada en duelo. Le he pedido que se pase por

aquí. ¿Te parece bien que la llame?

Dije que sí con la cabeza, le vi levantar el teléfono y llamarla.

Dos minutos después estaba estrechándole la mano a Karen y el doctor Lance nos condujo al sofá que hay enfrente de su chimenea.

—Voy a dejarte en manos de Karen, unas manos muy capaces —dijo, y volvió a tocarme el hombro antes de salir.

Yo estaba un poco cohibida, me daba cuenta de la cara que debía de tener después de tanto llorar, pero seguro que Karen está acostumbrada a las caras llorosas de los estudiantes.

Enseguida vi claramente por qué todos los alumnos del *college* fingen estar deprimidos para pedir cita con ella. Tiene el pelo rubio a media melena, los pómulos envidiablemente altos y los ojos de color azul claro. Es muy guapa, con una belleza un poco obvia. No es que eso tenga nada de malo, supongo. Ni tampoco el hecho de que sea estadounidense. La verdad es que no conseguí identificar su acento (¿de la Costa Este, quizá?), pero tiene una actitud que te tranquiliza al instante sin ser condescendiente.

—El doctor Lance me ha hablado mucho de ti —dijo—. Y de tu madre y de tu padre, un hombre maravilloso por lo visto. Creo que puedo ayudarte, si me dejas.

—Me gustaría, sí —contesté yo.

—Tenemos muchas alternativas a nuestra disposición —agregó—. Maneras distintas de mejorar tu vida.

Había una sola cosa que me ponía nerviosa de Karen: esa manera que tiene de tomar aire por la nariz justo antes de empezar a hablar, como si de repente se acordara de que tiene que respirar. Cuanto más hablaba (sobre las sesiones a las que quiere que vaya, sobre su experiencia tratando a jóvenes y su interés en las alucinaciones postduelo), más me fijaba yo en aquella forma de respirar, hasta que empecé a oírla como un jadeo ensordecedor.

A papá le habría hecho gracia.

Jar busca un teléfono público en cuanto le permiten salir de comisaría. Tras diez minutos de búsqueda, encuentra una cabina en New Bond Street y llama a Carl a la oficina. No quiere arriesgarse a llamarle al móvil.

—¿Qué pasa? —pregunta Carl con su tono de falso macarra—. El jefe está cabreado contigo. Llevo toda la mañana llamándote al móvil.

—Me han detenido.

—¿Que te han detenido? ¿La policía?

«¿Quién va a ser si no?», piensa Jar. «¿El Ejército de Salvación?».

—¿Por qué?

Jar le cuenta lo del marido de Amy y nota que el tono de emoción de su amigo se evapora, que el miedo empieza a insinuarse en su voz.

—Pero eso son un montón de chorradas, Carl. Andan detrás del diario.

—Claro que sí. Es evidente. —Carl hace una pausa—. Pero, oye, supongamos solamente que sí hay pornografía ilegal en el disco duro. ¿Podrían empapelarnos a nosotros por manipularlo?

—No la hay, te lo digo yo.

—Aun así tengo que llamar a Anton, avisarle.

—Quieren tener el disco duro a las nueve de la noche. ¿Puedes ir a buscarlo antes de esa hora? Iría yo mismo, pero... —Jar se asoma fuera de la cabina, escudriña la calle.

Carl acepta de mala gana ir a recoger el disco duro, dice que se pasará por Ladbroke Grove después del trabajo y que se reunirá con Jar en la comisaría de Savile Row a las ocho y media.

—Esto no me gusta, Jar. Y a Anton tampoco va a gustarle. Solo voy a pedirle que me devuelva el disco duro, le ahorraré los detalles.

—También necesito que copie el diario antes de devolvérselo. ¿Podrá hacerlo?

—Puedo preguntárselo. ¿Vas a venir a la oficina?

—Dile al jefe que tengo astillas clavadas en ambas córneas y que la última vez que me han visto estaba caminando desorientado entre los coches, buscando una clínica oftalmológica.

—Uf. ¿Cuántos días te interesa estar de baja?

Jar quiere mucho a su amigo, pero no tiene tiempo de discutir estrategias de absentismo. Y su trabajo le parece más irrelevante que nunca. Tiene que volver a su piso, ver si le han llegado más entradas del diario de Rosa. Quizá sean las últimas que

pueda leer si Anton no consigue copiar los archivos. También tiene un plan para impedir que Miles Cato lea el diario. O al menos para impedírselo durante un tiempo.

*Cambridge, trimestre de otoño, 2011*

Hoy ha venido un hombre a verme, un compañero de trabajo de papá. El doctor Lance me lo ha presentado en su despacho. Se llama Simon no sé qué, no me dio su tarjeta.

Mientras tomábamos jerez dulce (sí, todavía hay personas que lo toman, todas ellas entradas en años) ante la chimenea del doctor Lance, en la que refulgían las brasas, me ha preguntado si conocía la naturaleza exacta del trabajo que hacía mi padre en el Foreign Office, lo que había hecho por su país. Le dije lo que me decía siempre papá: que trabajaba para la Unidad Política, escribiendo aburridos informes sobre países lejanos que nadie se molestaba en leer.

—Nada de eso —dijo Simon lanzándole una mirada al doctor Lance.

Tenía una cara simpática, casi traviesa, que no cuadraba con un hombre de su edad. De no ser por su traje oscuro, podría haber pasado por un animador infantil, o quizá por un veterinario especializado en cachorritos.

Yo me puse frívola, mi mecanismo de defensa habitual cuando estoy deprimida («el bajón de la quinta semana» lo llaman, por lo visto). Cualquier referencia a papá me hace llorar, sobre todo si alguien canta sus alabanzas. Estaba además un poco enfadada porque me hubieran hecho volver al *college* cuando estaba en Sidgwick Site (el doctor Lance me mandó un mensaje de texto cuando por fin me había puesto a redactar mi trabajo sobre Coleridge).

—Se ha decidido rendir homenaje póstumo a su padre nombrándole miembro de la Orden de San Miguel y San Jorge —anunció Simon mientras mecía su copa de jerez.

—Suenan impresionantes.

La Orden de San Miguel y San Jorge. A papá le habría gustado.

—Ha sido nombrado Caballero Comendador, KCMG.

—Estoy segura de que habría estado muy orgulloso. Habría dado saltos de alegría.

No era la expresión más correcta (cosas del jerez), pero no estaba preparada para aquella charla acerca de caballeros y comendadores. Simon me dedicó una sonrisa fugaz.

—Queríamos saber si estaría usted dispuesta a recoger la condecoración en

nombre de su padre —continuó—. La semana que viene.

—¿Dónde?

—En la catedral de San Pablo. Capilla privada, una ceremonia muy discreta.

—Parece que mi padre era más importante de lo que daba a entender —comenté.

Siempre he sabido que papá no era del todo sincero conmigo cuando me hablaba de su trabajo, pero parecíamos haber llegado a un acuerdo tácito: yo no le hacía demasiadas preguntas y él no me daba detalles.

No creo que fuera un espía (solía hacer comentarios despectivos sobre los «fisgones» del Alto Comisionado de Islamabad). Supongo que yo pensaba simplemente que su labor era importante y que, si no quería hablar de ella, seguramente era por un buen motivo. Lo único que sé es que gracias a su trabajo pudimos visitar sitios increíbles a lo largo de los años: la India, Pakistán, China, Hong Kong...

—Hacía una labor excelente con los jóvenes —añadió el doctor Lance, mirando a Simon para que confirmara sus palabras. ¿O buscaba acaso su aprobación?—. Salvó muchas vidas.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

Papá nunca me había dicho que trabajara con jóvenes, aunque una vez comentó que le habría gustado ser maestro.

—Una labor extraordinaria. Su muerte ha dejado un enorme vacío en la vida de muchas personas —dijo Simon.

Miré la chimenea con los ojos llenos de lágrimas. Han pasado alrededor de dos meses desde que murió papá, y mentiría si dijera que estoy empezando a asumir que ya no está aquí, no tenerle ya al otro lado del teléfono. Siempre cogía mis llamadas, aunque estuviera en una reunión importante. Creo que era una promesa que se había hecho a sí mismo.

—Será un honor recibir la condecoración en nombre de mi padre —conseguí decir por fin—. Gracias.

—Estupendo. Pero hay una cosa más —agregó Simon—. Hemos sabido que algunos periodistas han estado haciendo preguntas acerca de su padre, de las circunstancias concretas de su fallecimiento. Le agradecería que me avisara si alguien trata de ponerse en contacto con usted directamente.

—¿Qué es lo que quieren saber?

—Cosas típicas de la prensa. Si era un espía. Por nuestra parte no estamos haciendo comentarios, y usted tampoco debería hacerlos.

Todavía tengo la tarjeta de un periodista que se me acercó en el entierro de papá. Debería haberla tirado. No estoy segura de por qué la guardé, ni de por qué no lo mencioné entonces. Puede que sea porque también yo tengo ciertas dudas sobre la muerte de papá, no porque fuera sospechosa ni nada por el estilo, sino porque hay muchas cosas sobre su vida que desconozco.

Ahora mismo no me siento con ánimo de hacer preguntas. Lo único que sé es que

el Foreign Office abrió una investigación interna que dictaminó que la muerte de papá fue fortuita: un accidente de coche en el Himalaya, a las afueras de Leh, en Ladakh, uno de mis lugares preferidos del mundo a pesar de lo traicioneras que son sus carreteras. Estaba tratando de evaluar hasta qué punto constituía China una amenaza para la India en la frontera con el Tíbet. Por lo menos eso fue lo que me dijo, con esas mismas palabras, cuando me llamó desde Heathrow.

—Dale recuerdos de mi parte al Dalai Lama —bromeé yo.

Creo que fueron las últimas palabras que le dije.

—No era un espía, ¿verdad? —pregunté cuando Simon se volvió hacia el doctor Lance dando a entender que la conversación se había terminado. En realidad no esperaba que me contestara.

—No —dijo—. Era algo mucho más importante.



—No es más que una coincidencia —dice Carl mientras bebe una pinta recién servida.

—Eso dices tú —contesta Jar, más borracho de lo que debería un martes por la noche—. Pero ¿cuántas psicoterapeutas conoces que *a)* sean estadounidenses, *b)* sean rubias y estén buenísimas y *c)* tomen aire por la nariz haciendo un ruidito justo antes de hablar? Contéstame a eso.

—Así que ahora Kirsten está buenísima, ¿eh? Parece que has cambiado de idea.

—No la echaría a patadas de mi cama. Tú lo sabes, yo lo sé. Me limito a constatar un hecho evidente. «La belleza es verdad, la verdad belleza. Eso es cuanto sabes y cuanto saber necesitas<sup>[3]</sup>».

Jar solo se permite citar a poetas —sobre todo si son británicos— cuando está borracho.

—No me crees, ¿verdad? —continúa—. Pero ¿no te parece raro?

—No, no me parece raro, Jar. No creo que sea raro en absoluto. Es pura coincidencia. Pura serendipia.

Jar está demasiado borracho para volver a exponer sus argumentos, o para burlarse de Carl por haber empleado la palabra «serendipia», pero lo intenta.

—Sé que tus intenciones son buenas, Carl, pero eres tú el único que no lo ve —insiste—. Esta mañana me detuvo la policía nada más salir por la puerta de la consulta de Kirsten en Harley Street. Estaba literalmente a tres pasos de su consulta. Cogió el teléfono y los llamó en cuanto salí.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque le mentí sobre el diario. Me preguntó si Rosa escribía un diario y le dije que no. Fue la última pregunta de la sesión, y toda nuestra conversación anterior solo tenía por objeto tocar ese tema.

Carl le lanza una mirada. Jar sabe cómo deben de sonar sus palabras (paranoicas, delirantes), pero ya no le importa.

—¿Por qué le dijiste que no? —pregunta.

Jar mira a su amigo mientras bebe otro trago de su pinta de Gat. Por un momento se le pasa por la cabeza que quizá también Carl esté metido en esto. No es la primera vez que pasa: de vez en cuando tiene sospechas irracionales, fugaces, que amenazan con envenenar el pozo de su amistad, pero ha aprendido a sacudírselas tan pronto como le asaltan.

Esta vez le cuesta más. Carl fue quien le presentó a Kirsten, quien le convenció

para que hablara con ella. Carl y él se conocen desde hace mucho tiempo, se dice tratando de tranquilizarse. Cinco años. Se conocieron poco después de que él se mudara a Londres. Al poco tiempo de morir Rosa.

—¿Qué me dices a esto? —dice, tratando de olvidarse del tema—. Kirsten utilizó una expresión muy concreta. Dijo que la mayoría de la gente ve las alucinaciones postduelo como «una estela dejada en el cielo». Rosa escribió algo casi idéntico en su diario: *Ninguna estela en el cielo de Fenland*. Como diría su psicoterapeuta, añadía.

—¿Y qué? —Carl levanta las cejas.

—¿No te parece raro? ¿No es curioso que emplearan las dos esa expresión?

—Pues no, no me lo parece.

—He buscado esa frase en Google y solo aparecen setecientos resultados en toda la red.

—Tengo que serte sincero, colega. Lo que tú tienes no es un simple TOC ni una fantasía obsesiva, es un problema grave. Te ha detenido la policía.

—Dímelo a mí. Y además han pirateado mi cuenta de *e-mail*...

—Y también podrían haberme detenido a mí —le interrumpe Carl, sin hacer caso de sus problemas informáticos—. Y a Anton.

—En ese disco duro no hay pornografía ilegal.

—Eso es lo que tú dices, pero ¿cómo lo sabemos?

—Porque todo ese rollo de la pornografía no es más que una tapadera. Lo que buscan es el diario de Rosa, Carl.

Se hace un silencio mientras beben ambos de sus pintas, viendo al barman mezclar Bacardi con Red Bull para dos estudiantes asiáticos. Normalmente no entrarían en un *pub* de Piccadilly (territorio turístico), pero necesitaban echar un trago después de que Carl, jadeando como un perro, le entregara el disco duro a las nueve menos cinco frente a la comisaría de Savile Row. Carl ha esperado en la calle, tratando de recuperar el aliento, mientras Jar entraba y hacía entrega del disco al agente de guardia, que parecía estar esperándolo. Miles Cato no se ha dejado ver.

Han cumplido el plazo, aunque por los pelos. Anton se ha enfadado por tener que copiar el disco y le ha preguntado a Carl por qué de pronto quería que se lo devolviera. Ha protestado aún más cuando Carl le ha pedido que añadiera otra capa de encriptado a la carpeta original. Jar confía en que eso retrase a Miles Cato, en que le permita ganar unos días, o incluso unas horas, pero Carl lo duda.

—Gracias por recoger el disco duro —dice Jar a modo de ofrenda de paz.

—A Anton no le ha hecho ninguna gracia.

—Pero lo ha cifrado, ¿no?

—Desapareció de mi vista una hora.

—¿Qué se le debe?

—Una provisión de por vida de hachís al agua.

—¿Eso le has prometido?

—Ya sabes: si no burbujea, no vale la pena —responde Carl, borracho, mientras

echa una ojeada a su reloj y rodea a Jar con el brazo—. Está al caer.

—¿Quién? —Jar recorre con la mirada el *pub* atestado de gente, pero no reconoce a nadie.

—Kirsten, la tía buena, claro.

—Carl... —No puede creer lo que acaba de decir su amigo.

—Relájate. No está de servicio. Ha prometido no hablar de lo de esta mañana.

—Pero...

—No voy a decir ni una palabra de su doble de Cambridge. Ni de estelas en el cielo. Ni de esa manera tan rara que tiene de respirar. Te doy mi palabra. Tranquilo.

Le ofrece el puño a Jar para que los entrechoquen, pero él se niega de nuevo. Busca en sus ojos algún indicio de traición. ¿Por qué diablos le ha pedido a Kirsten que se reúna con ellos? ¿Y por qué él acaba de contarle tantas cosas?

—Esto no me gusta. Soy su paciente. O por lo menos lo era. No sé si quiero volver a su consulta.

—Razón de más para que disfrutes de su compañía esta noche.

—Podrías habérmelo dicho.

—Creía que acababa de hacerlo.

—Cuando está a punto de llegar.

—Si te lo hubiera dicho antes habrías salido corriendo. Le caes bien. Y está como un tren.

—Es toda tuya.

—Yo no estoy libre.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche. Si te hubieras molestado en venir a la oficina esta mañana en lugar de hacer que te detuvieran, te lo habría contado todo acerca de Tatiana de Odesa.

—Yo me largo. —Jar siente de pronto la necesidad imperiosa de marcharse del bar, de estar solo, de despejarse.

—Jar... —Carl le agarra del brazo—. Quédate un rato. Te sentará bien. Diviértete un poco. Disfruta de la vida, eres irlandés.

—Tú no lo entiendes —contesta haciendo oídos sordos a la burda apelación de Carl a su idiosincrasia nacional. No va a picar el anzuelo—. Hoy le he mentado, no veía la hora de salir de allí.

—Pues míentele otra vez. No va a preguntarte nada sobre lo de esta mañana.

—¿La has llamado tú?

—Me llamó ella. Por el artículo que estoy escribiendo sobre música y psiquiatría. Luego me preguntó si estabas bien.

—¿Cuándo?

«Carl es tu mejor amigo», piensa Jar. «Relájate».

—Esta tarde, cuando estaba donde Anton. Le dije que te vendría bien tomar una copa, aunque los dos estuvimos de acuerdo en que no era muy profesional. Prometió

no hablar del trabajo. Además, no vas a pagarle, así que entre vosotros no hay una verdadera relación de psicoterapeuta y paciente, ¿no?

—¿Eso te dijo ella?

—Es mi análisis imparcial de la situación.

—Santo cielo. Por Dios, Carl.

—Venga, Jar. Tienes que superar esto. Seguir adelante con tu vida.

—¿Seguro que no molesto?

Jar se gira bruscamente y ve a Kirsten de pie a su lado, sonriendo de un modo que hace que se le encoja el estómago. Lleva un vestido rojo cereza con mucho escote y tacones altos, irradia simpatía y encanto. «Igual que una sirena», piensa Jar.

—Justamente estábamos hablando de ti —dice Carl guiñándole un ojo a Jar—. ¿Qué quieres que te traiga Jar de beber?

*Cornualles, verano de 2011.*

No sé si podré escribir mucho esta noche. Me siento embotada, rara, fracturada, como si estuviera viviendo en un mundo paralelo a la vida que llevaba antes de que muriera papá. Un mundo idéntico al mío en todos los aspectos, menos en uno.

Esta mañana enterramos a papá al lado de mi madre en el cementerio de Paul, en lo alto de Mousehole: el único punto de referencia constante en la vida trashumante de nuestra familia. Mi madre se crio en este pueblecito de Cornualles en el que escribo ahora. Su madre vivió aquí sesenta años, aunque los lugareños seguían considerándola una recién llegada («la forastera», la llamaban).

Mamá heredó una casita de pescadores y venía aquí con papá siempre que estaban en el Reino Unido. Solían pasear por el camino de la costa hasta Lamorna o ir en coche por los páramos hasta Saint Ives a comprar algún cuadro que llevarse a las desangeladas viviendas que les facilitaba el Foreign Office en Pekín, Islamabad o Nueva Delhi. Papá me contó una vez que había tenido que devolver un cuadro a una galería al día siguiente de comprarlo. Era un cuadro de una playa con tres franjas de color (amarillo, verde y azul), y esa noche, ya tarde, cuando estaban admirando su sencillez abstracta mientras compartían una botella de vino, a él le pareció distinguir en las dunas el perfil de una gigante reclinada, desnuda y de enormes pechos. No era un efecto intencionado, solo una forma ambigua, pero en cuanto lo vio el cuadro quedó arruinado para siempre.

—Mamá se enfadó muchísimo, me dijo que tenía una mente calenturienta —me contó mi padre.

En los meses y años que siguieron a la muerte de mamá, papá me trajo aquí muchas veces. Recuerdo ir a limpiar su tumba, cortar la hierba con unas tijeritas de plástico para niños, mirar las letras pulcramente grabadas en la lápida y preguntarle a papá por qué había un hueco tan grande debajo del nombre de mamá. Solo cuando me hice mayor me explicó que ese espacio estaba reservado para él.

—El enterrador nos hizo una rebaja: dos por uno —bromeó.

Hoy no ha habido bromas. Puede que hasta a papá le hubiera costado ver el lado divertido de su muerte a los cuarenta y seis años, en la flor de la vida y de su carrera. Muerto en el Himalaya, un lugar que amaba, por culpa de un camionero que se quedó dormido al volante. Me estoy obligando a escribir estas palabras con la esperanza de

que así todo esto me parezca más real. *Muerto en el Himalaya, un lugar que amaba, por culpa de un camionero que se quedó dormido al volante.* Ahora mismo mi cerebro se niega a asimilar su muerte. Papá ha muerto. Ya no está. No volveré a verle. No volveré a oír su voz. A cogerle del brazo.

Mañana iré a visitar el sitio al que me dijo que fuera en caso de emergencia, si acaso el mundo se salía de su eje. No he estado nunca, pero una vez me dio indicaciones exactas para llegar. A él le funcionó algunas veces a lo largo de su vida (me contó que había pasado varios días allí después de perder a mamá, acampado, caminando por el monte) y confío en que a mí también me sirva de consuelo. Me hace mucha falta.

Amy, que hoy estaba tristísima y muy sedada, me ha dicho que habrá un funeral en Londres dentro de unos meses, en cuanto superemos todos el *shock*. Entonces sí habrá bromas, supongo: anécdotas compartidas, risas que recordar. También me ha dicho que puedo ir a verla todos los fines de semana a su casa de Cromer si necesito salir del *college*. Echa muchísimo de menos a papá, pero está intentando hacerse la fuerte por mí. Sé que no se veían tanto como hubieran querido, por culpa de Martin. Amy ha prometido que conmigo no pasará lo mismo.

He conseguido acabar de leer mi texto durante el servicio religioso: *Qué es el éxito*, uno de los poemas preferidos de papá (*Reírse mucho y a menudo, buscar lo mejor en los demás, eso es haber triunfado*), aunque a él le gustaba puntualizar que se atribuye erróneamente a Ralph Waldo Emerson. No sé qué les habrá parecido el poema a los demás. Amy intentó convencerme de que no leyera nada en público, pero yo sentía que se lo debía a papá.

Lloré antes de ponerme en pie, cuando trajeron el ataúd, y también después, cuando cantamos *Amado Señor y padre de la humanidad*, pero no mientras leía. Entonces me sentía fuerte. Me imaginaba a papá al fondo de la iglesia, con los brazos cruzados, asintiendo con la cabeza para darme ánimos como le había visto hacer una vez en la puerta del teatro del colegio, cuando llegó de Londres justo a tiempo de verme cantar *Oh, look at me*, un tema del musical *Salad Days*.

En la iglesia, robusta y castigada por la intemperie, había una extraña variedad de gente. Había un montón de compañeros de trabajo de mi padre del Foreign Office, muchos de los cuales vinieron en tren desde Paddington a Penzance, aunque también vi que varias personas que parecían ocupar cargos importantes se marchaban después en discretos coches oficiales.

El doctor Lance, el que me entrevistó en Cambridge, ha venido a charlar un rato conmigo en el King's Arms, el *pub* del otro lado de la calle donde Amy ha ofrecido un tentempié (sándwiches de cangrejo, vino blanco, flores silvestres que recogimos juntas esta mañana entre los setos). Ha estado muy amable, me ha dicho que estaba deseando darme la bienvenida al Saint Matthew's en octubre, aunque lo entendería perfectamente si decido posponer mi ingreso en la universidad. Me guardarán la plaza.

Están volviendo los barcos de pesca: cruzan Mount's Bay de regreso a Newlyn, las luces de navegación apenas visibles en la penumbra salpicada de lluvia. Estaba sentada en la misma ventana a la que solía encaramarse papá para mirar con los prismáticos, señalándome barcos en el horizonte. Ojalá hubiera prestado más atención. El fuego de carbón humea de lo lindo: papá siempre se quejaba de lo mal que «tiraba» la estufa (nunca he entendido muy bien cómo funciona) y hace frío en esta casa vieja de paredes de madera, pero me alegro de poder pasar unos días sola. Ha sido agotador tener que poner buena cara cuando en realidad solo quería echar a correr por los páramos y maldecir a los dioses por haberme quitado a mi padre.

Hay cosas que nunca olvidaré de papá:

—Esa voz tan tonta que ponía cuando me leía *El Lorax* y hacía el personaje de Una-vez.

—Haberle sorprendido una noche abajo, en su despacho, llorando mientras miraba fotos en las que salíamos mamá, él y yo de bebé, de vacaciones en Sevilla. Mi madre llevaba quince años muerta.

—Oírle reír a carcajadas en el cuarto de estar cada vez que veía una reposición de *Dad's Army*<sup>[4]</sup>.

—Que se chamuscara las cejas un día que encendió una hoguera con gasolina.

—Que se presentara en una reunión de padres del colegio con el clip que se ponía para sujetarse los pantalones cuando montaba en bici todavía puesto en una pierna.

—Que en pleno chaparrón me animara desde la banda en un partido de *netball* como si fuera un partido internacional de *rugby* (seguro que le habría gustado que lo fuera, pero nunca se quejó).

Justo cuando salíamos del King's Arms se me ha acercado un hombre y me ha dicho que le gustaría hablar conmigo cuando me sienta con fuerzas.

—Estaba tratando de entrevistar a tu padre para un reportaje en el que estoy trabajando —me ha dicho junto a la barra, con una pinta en la mano (y sospecho que no era la primera que se tomaba). Tenía cincuenta y pocos años y veinte kilos de más. Debía de haber sido guapo en sus tiempos, antes de que la cerveza enrojeciera su cara e hinchara su barriga.

—No creo que este sea el momento ni el lugar —le he dicho.

Los únicos periodistas que he conocido en mi vida eran los corresponsales extranjeros que se presentaban en el Alto Comisionado de Pakistán porque allí podían beber gratis. Eran gente divertida. Quizá por eso no me he sentido amenazada por ese hombre. Ha echado un vistazo a la sala, y yo he hecho lo mismo.

—¿Estaba usted en el funeral? —le he preguntado.

—No habría sido oportuno. Ni siquiera debería estar aquí, hablando contigo. ¿Puedes llamarme dentro de un mes o dos? ¿O dentro de un año? Cuando te sientas con ánimos. Te lo agradecería.

Me ha dado una tarjeta (*Max Eadie, periodista free lance*) y se ha apartado al acercarse una de las compañeras de trabajo de papá.

—¿Va todo bien? —ha preguntado la mujer.

—Sí —he contestado yo estrujando la tarjeta a mi espalda.



Jar echa la silla hacia atrás, se pasa la mano por el pelo. Está delante de su ordenador, en el garaje, sobrio después de darse un baño frío pero incapaz de dormir. Recuerda muy borrosamente el tiempo que ha pasado en el *pub* de Piccadilly. Confía en haberse comportado, en no haber revelado aquello de lo que está convencido: que Kirsten es Karen, la psicoterapeuta del *college* que el doctor Lance le presentó a Rosa hace cinco años. Está seguro de ello. Fue Kirsten quien contactó con él a través de Carl; Kirsten quien le preguntó por el diario de Rosa. Y quien llamó a la policía cuando le mintió. Ojalá supiera por qué se le ha acercado, para quién trabaja.

Mira el monitor. Son las tres de la madrugada y quizá no disponga de mucho más tiempo. Si la policía le ha detenido una vez, puede volver a detenerle. Miles Cato querrá volver a charlar con él cuando su gente se tope con el cifrado de Anton.

«Max Eadie», piensa, dando vueltas a ese nombre. ¿Podría ser el mismo periodista? Durante los primeros meses tras la muerte de Rosa, un periodista anduvo por Cambridge preguntando por ella, pero Jar nunca ha podido localizarle.

Fue en el propio *college* de Rosa donde se lo dijeron. Un portero extrañamente indiscreto. Jar fue a Cambridge en agosto, un mes después de morir Rosa, decidido a hablar con el doctor Lance. El decano no contestaba a sus correos electrónicos ni a sus llamadas, y a Jar se le ocurrió presentarse en su despacho. No tuvo éxito.

—¿Quién le digo que quiere verle? —preguntó el hombre vestido de negro de la portería.

Era lo que su madre llamaría «un mariposón que da el pego», pensó Jar.

—Jarlath Costello.

El portero le observó mientras levantaba el teléfono y marcaba una extensión.

—No será otro periodista, ¿verdad?

—No soy periodista. Soy estudiante. Del King's.

Técnicamente era mentira. No volvería a Cambridge en octubre para hacer el doctorado, como tenía previsto. No se sentía con fuerzas después de lo que había pasado. Y acababa de conseguir su primer trabajo en una página web cultural.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ha venido un periodista de Londres husmeando, haciendo preguntas.

—¿Sobre qué?

—El doctor Lance no contesta al teléfono. —El portero volvió a marcar.

—¿Por qué preguntaba ese periodista? —repitió Jar, sorprendido por su propia insistencia.

—Por la muerte cuyo nombre no ha de pronunciarse. Suicidios de estudiantes. El doctor Lance no contesta.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—Será mejor que pida usted cita, señor.

Eso fue todo. Un periodista de Londres que había estado «husmeando». Puede que fuera Phoebe quien le interesara, claro. Su espantoso suicidio en el baile de mayo había salido en todos los periódicos ese verano. Y unas semanas después había muerto Rosa. La prensa local informó de la noticia como si se tratara de otro trágico suicidio juvenil. De su padre solo se decía que había trabajado para el Foreign Office.

Jar sabe que Rosa y su padre estaban muy unidos. Desearía haber conocido a Jim Sandhoe. Rosa le contó tantas anécdotas divertidas sobre él... Al principio, echando mano de las pocas habilidades periodísticas que había adquirido trabajando en la página web, trató de descubrir más pero no sacó nada en limpio. En Internet apenas había menciones a su padre, como no fueran los informes públicos acerca de la economía del sudeste asiático en los que figuraba como colaborador. No había ningún indicio de que hubiera trabajado en otro lugar, aparte de la Unidad Política del Foreign Office, aunque Jar descubrió enseguida que ese departamento ministerial solía servir como tapadera a los servicios secretos. De pronto, sin embargo, su trabajo parece ser «más importante» que el de un espía. Respecto a su condecoración póstuma, nunca ha visto una noticia que la corrobore.

Jar busca a Max Eadie, contento de que su nombre sea relativamente raro. No encuentra a ningún periodista con ese nombre, solo al propietario y gerente de una empresa de comunicación y relaciones públicas con sede en Londres. Abre la página web, pincha en *Sobre nosotros* y ve la foto de un individuo mofletudo de cincuenta y tantos años. Su biografía menciona que anteriormente se dedicó al periodismo de investigación, un trabajo que le permitió «comprender las complejidades de la gestión publicitaria corporativa en momentos críticos desde ambos lados de la barrera». Entre sus clientes se cuentan varios bancos de escasa popularidad. Debajo de la biografía de cada miembro del personal figura un número «de emergencia». Entre ellos, el móvil de Max Eadie.

Jar echa un vistazo a la calle antes de salir del garaje y regresar andando a su piso, procurando evitar los cercos de luz naranja de las farolas. Hay una furgoneta aparcada al final de la calle que antes no estaba ahí. Y uno de los coches que había aparcados enfrente de su manzana ha desaparecido. «Relájate», se dice. Llamará a Max Eadie a primera hora de la mañana.

*Retiro de silencio, Herefordshire, trimestre de primavera, 2012*

La vista desde mi habitación es preciosa: brilla el sol sobre la sierra, por encima de nosotros, y en el valle, abajo, reina una quietud primaveral. Estoy aquí para «aquietar mi mente», para entrar en contacto con mi «calma interior». Por lo menos es lo que dijo Maggs, el tipo tan simpático de la recepción, cuando nos reunimos todos para la charla de bienvenida. Llevaba vaqueros y una camisa de algodón blanca sin cuello, nada de túnicas vaporosas. Desprendía una serenidad envidiable y no paró de hablar de concentración y autoconciencia, de vivir el momento y de deshacerse de las cosas que nos agobian: pensamientos, emociones... Por lo visto era un loco del esquí antes de «encontrarse a sí mismo» en Bali.

De momento no nos han soltado ningún rollo místico, aunque no me molestaría que lo hicieran. Soy bastante abierta para estas cosas: he vivido en el Himalaya. Cuando estábamos en Pakistán, papá tenía costumbre de meditar todas las mañanas, y cuando murió estábamos empezando a debatir acerca de las grandes cuestiones de la existencia. Aquí me siento curiosamente cerca de él.

La única pega es que es un retiro silencioso, lo que para mí puede ser todo un reto. Podíamos hacer preguntas durante la charla de bienvenida, pero a partir de ahora tenemos que mantener la boca cerrada. Entregamos nuestros teléfonos al llegar y no está permitido hablar ni leer.

Confío en que este diario me ayude a sobrellevarlo. Es extraño lo necesario que nos es hablar para vivir. Cuando conocí a los demás abajo, me dieron ganas de saludarlos, de preguntarles de dónde eran. Había una chica con un resfriado espantoso, tenía muy mala cara pero no pude preguntarle si se encontraba bien.

Comparto la habitación con otra chica. Después de subir a dejar nuestras maletas, nos saludamos con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Yo tuve que mordirme el labio. Quería saber cosas de ella, cambiar impresiones sobre Maggs (vale, voy a ser sincera: está bastante bueno, así que quizá me distraiga un poco cuando intentemos meditar, tendré que mantener los ojos cerrados), preguntarle dónde se había comprado unas pulseras muy bonitas que llevaba y que parecían indias.

Fue idea de Karen que viniera aquí. Después de nuestra conversación en la salita del doctor Lance, quedamos en que iría a mi primera «sesión» en su despacho, cerca del Segundo Patio. Fui yo quien habló, sobre todo: de papá, de cómo había intentado

en vano zambullirme en la vida universitaria en vez de entregarme a la pena, de la posibilidad de que dejara los estudios en verano y viajara tal vez a la India para visitar el lugar donde murió papá. Le hablé también de mis bajones, de las noches en que no pego ojo, de esa idea de ponerle fin a todo que me ronda por la cabeza.

—No creo que deba subestimarse el efecto que produce perder a un padre o una madre —comentó—. A ambos, en tu caso. Si necesitas tomarte un descanso y alejarte de la vida universitaria, pasar un año viajando, estoy segura de que el doctor Lance lo entenderá.

—¿Tú crees?

—Ya lo hemos hablado. Y todos creemos que sería buena idea que hicieras un paréntesis. El primer año de universidad ya es bastante estresante de por sí sin necesidad de añadirle lo que implica emocionalmente haber perdido a tu padre.

—¿Y qué pasa con mis estudios?

—Pueden esperar.

—¿El *college* volvería a aceptarme?

—Claro que sí. Creo que visitar la India sería un gran consuelo para ti.

Hizo una pausa y en ese instante empecé a intuir que nuestra cita tenía otro propósito, además del evidente. Hubo algo en su actitud que me hizo sentir que estaba esperando el momento oportuno para llevar la conversación por otros derroteros. Lo que dijo a continuación no me sorprendió del todo.

—O... —Se levantó y fue a sentarse a mi lado en el sofá. Sus ojos eran extraordinariamente azules y desprendía un olor sutil a limones. A verano—. Podrías llegar a la conclusión de que la universidad no es lo tuyo, dejar los estudios cuando acabe el próximo trimestre y dedicarte a algo completamente distinto.

—No entiendo.

—Hay ciertas personas que no están hechas para la vida universitaria, sobre todo en un lugar como Cambridge, donde las expectativas son tan altas. Sé por experiencia, porque he trabajado tanto aquí como en Oxford, que los estudiantes que peor lo pasan son los más dotados: para los idiomas, para las ciencias, para la filosofía. Por lo que me ha dicho el doctor Lance, eres una alumna excelente. De matrícula de honor.

—Yo no estoy tan segura —respondí, y noté que me ponía colorada.

Fue extraño, pero el solo hecho de pensar que quizá no tuviera que pasar los próximos dos años en Cambridge me levantó el ánimo.

—Sin embargo, la perspectiva de abandonar los estudios puede ser en sí misma muy angustiada. Puede producir un sentimiento de fracaso, y no queda bien en el currículum. El doctor Lance es muy consciente de ello. Quiere que todos los alumnos que salen de aquí continúen progresando y alcancen los mayores logros de que son capaces. Hemos hablado mucho de ti, de lo valiente que has sido por venir a Cambridge tan pronto después de morir tu padre.

—Demasiado pronto, quizá —respondí yo. Otra vez se me saltaron las lágrimas.

—Eso nunca lo sabremos. Personalmente, creo que has hecho bien en intentarlo. Y es un acierto que ahora reconozcas que quizá no haya salido bien. El doctor Lance quiere ayudarte. Por eso me ha pedido que intervenga. Le tenía un gran cariño a tu padre y le preocupa verte tan triste. Quiero que te marches de aquí unos días, que te tomes un tiempo para pensar en lo que quieres hacer, en qué camino quieres seguir. Que las cosas se calmen un poco en ese cerebro tuyo tan brillante y activo. Cuando vuelvas, podemos seguir hablando de las alternativas que tienes a tu disposición, sopesar qué es lo mejor para ti, para tu bienestar a largo plazo.

Lo dejó ahí. Y aquí estoy ahora, sentada en una casa rural perdida en Herefordshire, a punto de bajar a nuestra primera sesión de meditación. Mañana nos despertarán a las seis de la mañana para empezar la jornada a las seis y media, y después de comer (toda la comida es vegetariana) habrá otra sesión de meditación. Taichí o yoga al final de cada sesión, dos horas libres a mediodía para salir a caminar, y a la cama a las nueve.

El *college* me ha pagado el viaje (un tren hasta Londres y luego otro: en total, tres horas de transporte hasta Hereford) y solo hay una condición para mi visita: que no hable de ella con nadie. No sé muy bien por qué. Puede que el doctor Lance tema que haya una estampida de estudiantes dispuestos a pasar unos días de reposo en Herefordshire.

Mi compañera de cuarto ha subido mientras estaba escribiendo esto y también se ha sentado en su cama a escribir. Una carta, creo. No he podido evitar pasarle una hojita de papel con mi nombre escrito, junto con un trocito de chocolate negro. Se suponía que no debíamos traer comida, pero he colado de contrabando una tableta de chocolate con un ochenta y cinco por ciento de cacao. A fin de cuentas es un producto saludable, alimento para el alma.

Ha escrito su nombre en el papel (se llama Sejal) y me lo ha devuelto, dándome la gracias por el chocolate. Al pasarme el papel he visto lo que esconden sus pulseras: tiene unos cortes profundos en las muñecas, cicatrizados pero recientes. Me asombra que haya sobrevivido.

Se ha dado cuenta de que los he visto y nos hemos quedado paradas un momento, fijándonos la una en la otra por primera vez. Luego he cogido mi boli y he escrito en el papel: *¿A qué universidad vas?* Ha dudado antes de responder: *A Oxford.* He cogido el papel y he escrito: *¿Te ha mandado Karen?*

Me ha mirado con sorpresa y ha asentido con la cabeza.

—Gracias por hacer un hueco para verme —dice Jar.

—Tu mensaje me dejó intrigado.

Jar se fija en la espaciosa oficina de Max Eadie con vistas a los Docklands, en dirección a Greenwich. Ha pasado muchas horas en el balcón de su piso mirando este mismo edificio, viendo la luz de su cúspide parpadear de madrugada, iluminando las nubes bajas con su parsimonioso relampagueo.

Es la primera vez que entra en One Canada Square y durante unos segundos de tensión, mientras estaba en el vestíbulo, ha pensado que no lo conseguiría.

—¿Documentación? —ha dicho el guardia de los torniquetes.

Jar ha sacado su permiso de conducir, preguntándose si sus datos activarían alguna alarma. ¿Iban a detenerle otra vez? ¿A llevárselo esposado en un vehículo policial para que le interrogara Miles Cato? Pero le han dejado pasar, observado por los guardias mientras se acercaba a los ascensores y esperaba para subir al piso veinte.

Media hora antes se había sentido vigilado al salir de su bloque de pisos, esa misma sensación de desasosiego que tuvo en Cromer. Un hormigueo ha persistido mientras iba en el tren ligero a los Docklands, después de que un hombre se subiera a su vagón en el último momento. Sabe que se está poniendo paranoico, pero el trayecto le ha crispado los nervios.

—¿Café? ¿Té? —pregunta Max.

—No, gracias —contesta Jar.

Le gusta darse medio minuto cuando acaba de conocer a una persona para empaparse de primeras impresiones y sopesar su reacción instintiva al hallarse ante un desconocido. Max está gordo (al pensarlo, Jar se tira de la camisa) y sus mejillas, más coloradas de lo normal, denotan *joie de vivre* o una adicción a la bebida inducida por el estrés. Un poco de ambas cosas, quizá.

Lleva unas gafas de leer colgadas al cuello y en un rincón del despacho hay un juego de palos de golf. Un juego viejo y muy usado, nada flamante. Encima de los palos, sobre una estantería, una fila de directorios de empresas y un ejemplar muy manoseado de *An Indian Summer* de James Cameron. El arrugado traje de lino le queda grande, y tiene una mancha de comida en medio de la corbata de flores.

—No estoy aquí para contratar sus servicios, lo sabes, ¿verdad? —pregunta Jar.

—Me lo figuraba —contesta Max mientras se limpia las gafas con la corbata—. Mierda —dice al ver la mancha. Escupe en la corbata y frota la mancha con los dedos

—. ¿Tienes hijos?

—No, que yo sepa.

—Pues no dejes que te abracen cuando vas con traje y están comiendo ketchup. O sea, siempre, por lo menos en nuestra casa.

—Trataré de recordarlo.

—Sé lo que estás pensando. Un carcamal como yo, con hijos pequeños.

—En absoluto.

—No es mi segundo matrimonio ni nada de eso.

Jar levanta las manos afectando una protesta que parece decir «lejos de mí el juzgarte».

—La verdad es que es el tercero. —Max sonríe—. ¿Te he ofrecido ya algo de beber?

—No, gracias.

Jar se pregunta cómo ha llegado Max a dirigir una empresa de publicidad y comunicación especializada en situaciones de crisis, teniendo en cuenta que su vida privada parece algo caótica.

—Creo que hace tiempo escribiste un reportaje sobre Jim Sandhoe —dice, ansioso por centrarse en el tema que le ha traído aquí.

—Por desgracia no llegó a publicarse. En la prensa, por lo menos.

—¿Todavía se puede leer?

—Eso fue hace mucho tiempo. En otra vida. —Pasea la mirada por el lujoso despacho como para recordarle a Jar que sus circunstancias vitales han cambiado.

—Yo salía con Rosa Sandhoe, la hija de Jim, en la universidad. El trimestre de verano, antes de que muriera.

A Max le cambia la cara al oír el nombre de Rosa: frunce el labio inferior como el pico de un jarro de leche.

—Tengo entendido que la viste una vez —prosigue Jar—. En el entierro de su padre.

Max da un respingo.

—Me acuerdo de su cara. Era una chica muy guapa.

—¿De qué trataba el artículo?

Max se reclina en la silla y se hurga en una muela. Pasan unos segundos antes de que conteste.

—Tengo una imaginación muy vívida, Jar. Ahora la empleo para idear situaciones catastróficas, para intentar predecir cómo pueden descontrolarse las cosas, hasta qué punto puede torcerse una situación. Mis clientes me contratan porque creen que soy un periodista de pura cepa: tengo la pinta que ellos imaginan que deben tener los reporteros de Fleet Street.

Levanta una pierna, subiéndose la pernera del pantalón.

—Suelas desgastadas de tanto patear las calles llamando de puerta en puerta y esas cosas —añade—. *Déshabillé*. Yo no les digo que hoy en día el periodismo lo

hacen jovencitos de veintitantos años que se han criado con un iPad en la mano. Cuando yo era periodista, a mi editor jefe solo le interesaban los datos fehacientes. En cierta ocasión me tropecé con una historia acerca del padre de Rosa, pero no conseguí publicarla. No había pruebas.

—¿De qué?

Max se queda callado un momento.

—Siento lo de Rosa. De verdad. No quería presentarme así en el entierro de su padre pero... ¿Hasta qué punto le conocías?

—Nunca coincidimos. Murió un mes antes de que Rosa y yo empezáramos a salir en Cambridge. Pero tengo entendido que trabajaba en el Foreign Office, en la Unidad Política.

Jar consigue esbozar una sonrisa sagaz, de periodista a periodista. Max no le corresponde, pero entorna los ojos como si le tomara en serio por primera vez.

—¿Era su padre un espía? —dice Jar—. ¿O algo más importante?

Observa cómo encaja Max la pregunta, busca un destello de reconocimiento. ¿Le han preguntado alguna vez lo mismo? Si así es, no da muestras de ello.

—Voy a darte la respuesta corta. La versión larga puede que todavía esté en la red oscura, aunque lo dudo. Seguramente a estas alturas habrán cerrado la página que publicó mi reportaje.

—¿Quién la habrá cerrado?

Max levanta las cejas como si la pregunta fuera demasiado obvia para merecer respuesta.

—Yo fui a una universidad de segunda fila, a Warwick. Oxford y Cambridge no eran para mí, aunque me da la impresión de que tampoco son para mucha gente que va allí. ¿Alguna vez has visto las estadísticas de suicidio en Oxbridge?

—No, no las he visto.

Max se mete el dedo en la oreja y lo mueve vigorosamente.

—Lo que quiero decir es que los estudiantes más brillantes son también con frecuencia los que peor lo pasan.

Rosa empleó esas mismas palabras en su diario, piensa Jar, al citar a Karen.

—Me fijé en varios casos muy concretos. Casos en los que no se encontraron los cadáveres.

Jar lamenta de pronto no haber seguido la pista de Max mucho antes, pero hasta hace pocos días no ha sabido su nombre. Y tampoco ha visto nunca su artículo. La red oscura ha sido siempre territorio vedado mientras investigaba: un lugar de depravación y bajeza moral. Debería haber sido más valiente.

—Había ciertas coincidencias, vínculos entre los suicidios y el padre de Rosa. No evidentes, pero sí lo bastante llamativos como para tirar del hilo. Indicios de que esos estudiantes desgraciados pudieron conocerle meses antes de su presunta muerte. Yo estaba convencido de que les habían abierto otro camino. Pero no pude demostrarlo. El cuerpo de Rosa nunca se encontró, ¿verdad?



—No.

—No puedo darte una respuesta concluyente, Jar, si es a eso a lo que has venido. Mis teorías conspirativas solo pueden empeorar las cosas. Remover asuntos que quizá deban permanecer en el olvido.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. ¿Vas a ayudarme a encontrar a Rosa?

—Jar hace una pausa y mira a Max—. Puede que tenga la prueba que estabas buscando.

*Retiro de silencio, Herefordshire, trimestre de primavera, 2012.*

Segundo día de retiro de silencio, y me he pasado casi toda la mañana oyendo a Maggs hablar de *mindfulness*. He hecho una hora de taichí, he meditado (me ha despertado al final un gong tibetano), he dado un paseo de dos horas por Hatterall Ridge yo sola y... eh... he firmado la Ley de Secretos Oficiales.

Todavía no sé si he hecho bien. Ni siquiera debería estar escribiéndolo aquí, pero como esto no va a leerlo nadie creo que no pasa nada. (Y dentro de poco van a enseñarme a cifrar archivos, así que este diario será todavía más íntimo).

Karen me dijo que dentro de poco se aclararía todo. Y supongo que ha sido así. En resumen: el próximo trimestre será el último que pase en Cambridge. (Cuánto me alegro de escribir esto). En lugar de seguir estudiando, tengo la oportunidad de trabajar unos meses en el extranjero, con tiempo de sobra para asimilar mi pena. Luego veré cómo me siento respecto al trabajo que me han ofrecido, la universidad, papá, etcétera.

Karen vino a verme después de la sesión de meditación, dijo que quería hablar conmigo. Me llevó a un cuartito que hay cerca de la cocina y que da a lo que antes era un huerto tapiado, cerró la gruesa puerta de roble y nos sentamos. Sacó una hoja de papel (la Ley de Secretos Oficiales) y la puso sobre la mesa redonda, entre las dos.

Fuera zureaba una paloma torcaz. A papá le encantaban los pájaros, era aficionado a observarlos. «¿Sabes lo que dicen las palomas torcaces?», me preguntó una vez mientras estábamos tumbados en el césped de atrás, recién segado. «No, dímelo», contesté. «Me sangran los pies, Betty. Me sangran los pies».

—No te alarmes —dijo Karen al verme mirar de la ventana al papel estampado con el símbolo de la corona. Me tocó el brazo y dejó la mano allí un momento—. Ha surgido una oportunidad muy especial —añadió.

—¿Una oportunidad de qué tipo?

—Debo pedirte que firmes esto antes de que continuemos.

—¿Hablas en serio? —Di la vuelta al papel para leerlo.

—Es una prueba de que te tienen en muy alta estima.

—¿Quiénes?

Karen no respondió.

—¿O sea que no puedes decírmelo?

Me reí, confiando en que esbozara una sonrisa, en que me dijera que era todo una broma, un tratamiento nuevo (terapia de espionaje), pero se quedó callada, con la cara impasible. Le sostuve la mirada, inmovilizada por su seriedad, miré la hoja de papel y leí el primer párrafo.

Cualquier persona que pertenezca o haya pertenecido a los servicios de seguridad e inteligencia, o a la que se le haya notificado que se encuentra sujeta a las cláusulas y términos de este artículo, incurrirá en un delito si, sin previa autorización legal, revela cualquier información, documento u otros materiales relativos a los servicios de seguridad y espionaje que obren o hayan obrado en su poder en virtud de su posición como miembro de cualesquiera de dichos servicios o en el desempeño de su labor en tanto se halle en vigor dicha notificación.

—Es solo por precaución —dijo Karen.

Así que firmé el papel y volví a escuchar a la paloma torcaz mientras me preguntaba qué había hecho y de qué iba en realidad este retiro en Herefordshire. Me dije que papá también debía de haber firmado aquella hoja cien veces. «Me sangran los pies, Betty. Me sangran los pies». ¿La había firmado también Sejal, mi compañera de habitación? ¿Por eso no nos dejaban hablar entre nosotros?

Durante los siguientes diez minutos, Karen me dio algunos detalles básicos sobre esa oportunidad de la que me había hablado. Me explicó que estaría destinada en el extranjero, en territorio estadounidense, y que pasaría los primeros seis meses, al acabar el trimestre de verano, haciendo exámenes y formándome. El salario es, según dijo, «competitivo», por decir algo: no volveré a superar el límite de mi tarjeta de crédito.

—En cuanto se hayan analizado y evaluado tus competencias básicas, recibirás información más detallada —añadió Karen, hablando como una consultora empresarial más que como una psicoterapeuta.

—¿Trabajaré para los servicios de inteligencia? —pregunté mientras volvía a mirar la Ley de Secretos Oficiales.

La opacidad de la información que me había dado resultaba tan frustrante como la del texto de la ley.

Ella ignoró mi pregunta.

—Si lo que te he contado hasta ahora te parece bien, dentro de poco te conducirán a otro lugar no muy lejos de aquí, donde te darán más datos. Si no, regresarás al *college*, donde dirás que te has tomado unos días de vacaciones porque estabas deprimida por la muerte de tu padre. En esta fase, mi labor consiste en determinar tu conformidad con la oferta que se te ha hecho.

—¿Y te importaría recordarme exactamente cuál es esa oferta?

Podría haberle molestado el tono de mi pregunta, pero me repitió los detalles encantada, como una camarera recitando otra vez el menú del día.

—Abandonarás Cambridge al final del próximo trimestre y pasarás un año en el extranjero, primero formándote y después, al embarcarte en tu nueva vida, desempeñando un trabajo del que no podrás hablar con nadie, ni con tus amigos, ni con tus familiares, ni con tus parejas.

Estoy segura de que sabía el efecto que tendrían sus palabras sobre mí, mi alegría por no tener que volver a la universidad.

—Si aceptas, tendrás que romper con todo el mundo —prosiguió como si me leyera el pensamiento.

¿Me puse colorada?

—¿Tienes alguna relación íntima en estos momentos?

Me quedé callada unos segundos.

—No —contesté.

«Me sangran los pies, Betty».

—Jar, son las dos de la mañana.

—Lo sé. Perdona. ¿Puedo pasarme por tu casa?

—¿Qué pasa ahora?

Jar sabe que le está pidiendo mucho a Carl, pero necesita hablar de las últimas entradas del diario de Rosa. Y, aunque le pese, no consigue sacudirse la sospecha de que Carl tiene más relación con Kirsten de la que aparenta. ¿Por qué la invitó a tomar una copa con ellos?

Media hora después está sentado en el suelo del piso de Carl. Es un sitio pequeño y agobiante, atestado de discos que ocupan cada centímetro disponible, apilados en las estanterías de Ikea y elevándose del suelo como estalagmitas de vinilo. Huele ligeramente a marihuana.

—¿Recuerdas que Rosa te hablara alguna vez de un retiro en Herefordshire? —pregunta Carl al darle una taza de té.

Viste camiseta de Congo Natty y calzoncillos *boxer*.

—Seguramente me habló de ello. Recuerdo que me dijo que una vez pasó unos días fuera de Cambridge, para despejarse un poco. Me parece que dijo que fue una especie de retiro de meditación. Y lo de Herefordshire me suena vagamente. Fue antes de que nos conociéramos, en su segundo trimestre.

—¿Te sorprende que diga que estaba tan deprimida?

Jar le mira. Es una pregunta que le atormenta desde hace cinco años: no haberse dado cuenta de su depresión, haberla tomado por simple tristeza por la muerte de su padre.

—Había veces en que estaba rara. Tenía altibajos, eso seguro.

—Pero ¿nunca te pareció que pensara en suicidarse?

—No era propio de ella.

—Pero sí de su madre.

—Rosa se parecía más a su padre.

Jar vuelve la cara, pensando de nuevo en la última anotación del diario. Rosa los estaba protegiendo a ambos de otra cosa, de un nuevo comienzo. Encaja con el *e-mail* que le dejó (*Ojalá no tuviera que dejarte atrás, mi niño: el primer amor de mi vida y el último*) y es una explicación menos dolorosa que el suicidio. Estaba metida en algo de lo que no tenía escapatoria.

—Su psicóloga le hizo firmar la Ley de Secretos Oficiales, Carl. Dime si eso no es raro.

—Confidencialidad médica.

Jar le mira, mira su sonrisa infantil y luego baja los ojos, avergonzado por haber dudado de su amigo.

—No sé qué pensar, colega —dice Carl sentándose a la mesa.

Comienza a leer el diario de Rosa en su portátil. Antes de venir, Jar le ha enviado por correo electrónico las últimas anotaciones, las del retiro en Herefordshire.

—¿De verdad crees que esto cambia las cosas? A Rosa le ofrecieron un trabajo. Normalmente te lo ofrecen cuando te gradúas, pero en su caso se adelantaron un par de añitos. Era una estudiante con mucho talento, una de las mejores. Y no sería la primera vez que los servicios de inteligencia reclutan a alguien de Oxbridge. Pero Rosa no aceptó el puesto porque murió, Jar. Porque, por desgracia, optó por quitarse la vida. Esto no cambia nada.

Jar piensa por un instante que tal vez su amigo tenga razón, pero enseguida aleja de sí esa idea.

—Hoy he conocido a una persona que estaba investigando al padre de Rosa antes de que muriera. Antes era periodista. Ahora tiene una empresa de comunicación corporativa.

—¿Y?

—Escribió un reportaje que no quiso publicar ningún periódico. Trataba de ciertos estudiantes que se suicidaron en Oxford, Cambridge y otras universidades de primera línea. El de Rosa no fue el primer cadáver que no se encontró. Ha habido otros casos.

—¿Y por qué nadie publicó el reportaje?

—Porque su autor no podía demostrarlo.

—O porque era una gilipollez.

Jar sabe de nuevo que puede que su amigo tenga razón. Comprende sus motivos, no puede reprocharle su escepticismo.

—El periodista estaba convencido de que esos suicidios tenían alguna relación con el padre de Rosa, de que todos esos estudiantes le conocieron meses antes de su muerte.

—¿Y eso por qué, según él?

—Porque les dieron la oportunidad de hacer tabla rasa, de empezar de cero y llevar una nueva vida. Como dice Rosa en su diario.

—Ese reportaje no se publicó porque era absurdo, Jar. Los servicios de inteligencia hacen muchas cosas raras, pero no van por ahí fingiendo suicidios de estudiantes y dándoles otra identidad.

—El padre de Rosa trabajaba para la Unidad Política del Foreign Office, una tapadera de espías.

—¿Y qué?

—Que el artículo *sí* se publicó.

—Creía que habías dicho que no.

—Se publicó en la red oscura. Y necesito que me ayudes a encontrarlo.

—Las cosas no funcionan así. En la red oscura no se buscan las cosas como si fuera Google. De eso se trata, precisamente.

—Tiene que haber una manera. Por favor.

—La red oscura tiene muy mala prensa —prosigue Carl—. Sí, está llena de sicarios, de traficantes de armas y de drogas, de muñecas humanas grotescas, de pederastas y de contrabandistas de Silk Road. Están todos ahí, claro, pero también hay muchas otras cosas que no son tan malas. La Primavera Árabe empezó en la red oscura. Los blogueros de Pekín la utilizan para saltarse la Gran Barrera china. El *New Yorker* tiene una página, StrongBox, para sus soplones. Y si te va Stravinski, hay cincuenta mil páginas dedicadas a la «emancipación de la disonancia». Escribí sobre eso la semana pasada.

—El periodista dijo algo acerca de una página clandestina con una dirección con dominio «punto onion».

—Algo es algo.

Jar ve que minimiza su ventana de correo, suspira y abre su programa Tor.

—Bienvenido a Onionland —dice, restregando las manos a los lados de los calzoncillos por la emoción.

—¿Onionland? —pregunta Jar.

Carl le lanza una mirada fulminante.

—El país donde todas las direcciones acaban en «punto onion».

Jar confiaba en que su amigo aceptara el reto. Ha oído contar cosas sobre Tor («The Onion Router»), que oculta las direcciones IP y que permite a la gente comunicarse anónimamente por Internet, pero nunca ha probado a entrar. Edward Snowden lo utilizó para descubrir el pastel, lo que resulta paradójico teniendo en cuenta que Tor se creó en los años noventa con financiación de la Marina de Estados Unidos.

Dos minutos después, Carl se ha zambullido en la Internet profunda y empieza a buscar en diversos directorios de Tor (Hidden Wiki, TorDir y TorLinks) en los que figuran listados de páginas web ocultas. A Jar le da la impresión de que la Internet oscura es muy parecida a la «red visible» a la que está acostumbrado.

—Los espías odian el anonimato de Tor, como es lógico —comenta Carl, hablando para sí tanto como para Jar—. Uno de los documentos de la NSA que reveló Snowden usando Tor, claro, era una presentación de diapositivas titulada *Tor apesta*. Pero no es infalible. Puede proteger tu página del control de tráfico web, el análisis de los patrones de comunicación, pero no puede hacer nada para impedir ataques correlacionales si alguien puede ver ambos extremos del canal de comunicación, el tuyo y el de la página web de destino.

Como le sucede otras veces, Jar no tiene ni idea de qué está hablando su amigo, pero se contenta con dejarle hablar.

—Si esa página de espionaje tiene algún elemento delator, puede que también

pueda accederse a ella a través de un buscador estándar, utilizando Tor2Web.

Son algo más de las cuatro de la madrugada cuando Carl encuentra por fin el artículo. Jar está dormido en el sofá.

—¡Sí, chaval! —grita Carl dándose una palmada en la pierna—. ¡Ya te tengo!

Jar se incorpora y mira la pantalla soñoliento.

—Está en una página oculta de Tor para frikis del espionaje —prosigue Carl—. Hay que ser miembro, el acceso es restringido. Me ha costado un rato entrar, pero lo he conseguido. ¿Quieres que imprima el artículo?

—Sí, gracias.

Jar está de pie junto a Carl, mirando la foto de carné de Rosa que aparece en la pantalla. Bajo el encabezamiento *Suicidios de estudiantes* aparecen otras cinco fotografías. Al lado de la de Rosa está la de una chica asiática llamada Sejal Shah. Así se llamaba su compañera de habitación en Herefordshire.

Es la primera vez que Jar ve esta foto de Rosa y se pregunta dónde fue tomada. Se detiene a mirarla un segundo antes de leer la entradilla del artículo.

Según informa Max Eadie, un alto funcionario del Foreign Office británico está vinculado a un programa de espionaje estadounidense encargado de reclutar a algunos de los estudiantes más brillantes (e insatisfechos) de Oxford y Cambridge con la promesa de facilitarles una nueva identidad. Los alumnos idóneos para ingresar en dicho programa son identificados por los psicólogos y orientadores de los *colleges* y enviados a un «retiro» en Herefordshire —no muy lejos del cuartel general del SAS— antes de que se finja su suicidio y se les proporcione una nueva vida.

Leído así, aisladamente, parece un disparate (o «una gilipollez», según Carl) dirigido a un público de obsesos del espionaje con la cabeza llena de teorías conspiranoicas. Pero hay demasiadas coincidencias con el diario de Rosa para que Jar lo descarte de un plumazo: la alusión a un posible centro de reclutamiento en una base militar en Herefordshire, la utilización de los servicios de orientación psicológica y bienestar de universidades de prestigio para identificar a estudiantes con tendencias suicidas a los que pueda seducir el mundo del espionaje. Y la mención a seis estudiantes, entre ellas Rosa y Sejal, como posibles reclutas.

Los cadáveres de los estudiantes nunca han sido hallados.



*Retiro de silencio, Herefordshire, trimestre de primavera, 2012*

Las cosas se precipitaron en cuanto firmé la Ley de Secretos Oficiales. Karen me dijo que recogiera mis cosas y salió de la salita llevándose el documento.

Diez minutos después un coche negro me recogió en la parte de atrás de la casa rural, en un patio que en tiempos debió de estar reservado al servicio y a los recaderos. Solo íbamos el chófer, y Karen y yo en el asiento de atrás.

Nadie vio llegar el coche y nadie, que yo sepa, nos vio marcharnos. Los demás alumnos estaban profundamente relajados (o dormidos, quizá) en una de las sesiones de meditación de Maggs, en la biblioteca de la parte delantera de la casa.

—¿Has cogido todo lo que tenías en tu habitación? —preguntó Karen.

Parecía distraída, miraba por la ventanilla como para asegurarse de que nadie nos veía marcharnos.

—Lo llevo todo en la bolsa —contesté.

Menos el chocolate, que me había acabado la noche anterior con Sejal.

Volví a preguntarme si ella también habría firmado la Ley de Secretos Oficiales. Se había marchado a primera hora de la mañana. No se me había ocurrido preguntarle adónde iba y ella tampoco me lo había dicho.

—¿Vamos muy lejos? —pregunté.

—No.

Karen parecía cambiada: estaba distante, nerviosa.

Al poco rato el coche se detuvo ante una barrera, a la entrada de lo que parecía un cuartel del ejército.

—¿Dónde estamos?

En realidad no esperaba que me contestara.

—Descuida, no vas a ingresar en el ejército.

Se cerró la barrera y un hombre uniformado, con bigote y un arma en la cintura, nos miró pasar. No sonreía.

Aquello era, desde luego, más interesante que asistir a una clase magistral, pero aun así percibí una atmósfera de formalidad institucional de la que creía haberme librado. No soy muy amiga de órdenes, uniformes y acrónimos. Por todas partes se veían carteles del Ministerio de Defensa con letras y números ininteligibles.

—Esta va a ser la única vez que estés en un entorno militar —me aseguró Karen,

percibiendo mi ansiedad. (Tendré que mejorar mis habilidades interpretativas).

Diez minutos después estaba sentada en una especie de aula con otros cinco estudiantes, de los que solo reconocí a Sejal. No sé si alguno de los demás estaba también en el retiro.

Karen se puso delante de nosotros, acompañada por un hombre al que estoy segura de haber visto en otra parte, aunque no recuerdo dónde. El hombre echó un vistazo a la clase y fijó los ojos en mí durante unos instantes que se me hicieron eternos. Había algo en él que me resultaba vagamente familiar. ¿Estaba en aquella fiesta a la que me llevó papá en el jardín de Buckingham Palace?

—Quiero presentaros a Todd —dijo Karen—. Sé que estos últimos días han sido bastante extraños, pero creo que os daréis cuenta de que estáis en muy buenas manos en cuanto Todd os haya explicado un poco más.

Él sonrió y esperó unos segundos antes de tomar la palabra. Cuarenta y tantos años, pantalones chinos, camisa con el cuello desabrochado. Daba la impresión de que nada podía sorprenderle. Siempre despierto, siempre alerta, como decía papá.

—Me alegro mucho de veros a todos —comenzó—. En serio.

No sé por qué pero esperaba que fuera británico, y sin embargo hablaba con un acento de la Costa Este muy parecido al de Karen.

—No voy a extenderme mucho porque ya habéis tenido suficientes novedades por hoy. En primer lugar, bienvenidos. Bienvenidos al Programa Eutico. Realmente es un privilegio estar entre estudiantes tan brillantes como vosotros.

Un ligero arrastrar de pies, manos atusándose el pelo. ¿Quién es Eutico? Miré a Sejal, y ella me sonrió.

—Se os presenta una ocasión única, una segunda oportunidad, algo de lo que muy pocos disfrutamos en esta vida. Dentro de poco se os dará a elegir entre aprovechar con entusiasmo esa oportunidad o regresar a vuestra vida de antes. Es una decisión enorme, la mayor que tendréis que tomar. Pero hasta que llegue ese momento olvidaos del asunto. Todos venís recomendados por vuestros *colleges* y por Karen, pero también hemos estado observándoos estos últimos meses, analizando vuestros puntos fuertes y vuestras debilidades, vuestro bienestar espiritual, vuestras actitudes, vuestro carácter. Puedo aseguraros que no estáis aquí por casualidad.

Esa vez no nos miramos. Creo que a todos nos impresionó saber que nos habían estado vigilando.

El doctor Lance ha tenido más que ver en todo esto de lo que yo pensaba. Pero no estoy preocupada. La presencia de Todd resulta tranquilizadora. Y no puedo evitar sentirme halagada porque me hayan elegido.

—Durante los próximos días vamos a haceros más pruebas. Confiamos en haber acertado, pero cabe la posibilidad de que alguno de vosotros tenga que irse. Sería trágico que os lo tomarais como algo personal. Lo habéis hecho de maravilla hasta ahora, podéis creerme.

Sejal levantó la mano.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego. Tendréis que hacer muchas en los próximos días.

—¿Vamos a trabajar para el gobierno estadounidense o para el británico?

—¿Tienes alguna preferencia? —Todd contestó en tono ligero y desenfadado, pero noté que le irritaba la pregunta—. Que yo sepa, somos aliados.

—Es simple curiosidad —contestó ella.

A mí me admiró su descaro.

—Digamos que vais a trabajar para los dos. Confío en que eso despeje tus dudas.

Sejal me miró. Las dos sabíamos que no despejaba ninguna duda. Que en los próximos tiempos va a haber muchas más preguntas que respuestas.

—Pareces cansado —dice Amy mientras se toma un café.

Después de ver a Carl, Jar ha vuelto a su piso y al garaje para asegurarse de que no ha entrado nadie y luego ha ido a encontrarse con Amy en una cafetería de Greenwich Park elegida por ella. Hace exactamente una semana que estuvo en Cromer. De nuevo ha tenido la impresión de que le seguían: mientras iba en el tren ligero, un hombre sentado al fondo de su vagón no paraba de mirarle, así que se ha bajado en Mudchute, ha cruzado el túnel que pasa por debajo del Támesis hasta el *Cutty Sark* y ha seguido hasta el parque a pie.

—Aún no te he dado las gracias por darme el diario de Rosa —dice al sentarse a la mesa.

Echa un vistazo a la cafetería mientras Amy le sirve un café de la cafetera francesa. Le tiembla la mano.

Jar piensa por un segundo que un hombre al que le están sirviendo un té en la barra es el mismo que se ha subido a su vagón en Canary Wharf.

—¿Sigues viendo a esa psicóloga americana? —pregunta Amy sin hacer caso de lo que Jar acaba de decirle acerca del diario.

—He pasado un par de veces por su diván —dice, mirando de nuevo al hombre de la barra antes de fijar los ojos en Amy.

No sabe si hablarle de Kirsten, de su convicción de que es la misma persona que atendió a Rosa en Cambridge.

—¿Y tú? ¿Qué tal vas?

—Confío en que la terapia sirva de algo. Estoy dejando poco a poco la medicación.

—Eso está bien. ¿Qué ha pasado al final con Martin?

—La policía le dejó en libertad en cuanto consiguió lo que quería —responde—. Era una acusación absurda y lo saben.

—¿Él está bien?

Amy baja la mirada. Jar se fija en la cutícula enrojecida y en carne viva de su dedo índice. Rosa le habló una sola vez del matrimonio de su tía. Le dio a entender que había en él un desequilibrio poco saludable.

—Sigue furioso conmigo por haber llevado el ordenador a reparar —dice Amy—. Porque le detuvieran por eso. No para de decirme que debería haberle pedido a él que lo arreglara. Pero está siempre tan ocupado...

—¿En su cabaña?

Amy asiente con la cabeza y luego vuelve la cara. Jar recuerda cómo tienen organizada su vida doméstica Martin y ella, por las veces que ha visitado Cromer: la casona victoriana a las afueras de la ciudad y la «cabaña» de Martin al fondo del jardín, un despacho en el que no ha escatimado en gastos y en el que parece pasar día y noche, trabajando en su gran novela cuando no está montando en bici.

—A mí también me detuvieron después de una sesión con mi psicóloga en Harley Street. Un asunto arriesgado, la terapia. Me interrogó un tal Miles Cato en la comisaría de Savile Row. Me preguntó por el disco duro. ¿Te suena su nombre?

Amy dice que no con la cabeza. No parece sorprendida de que le hayan detenido. Es como si se lo esperara, y su actitud desconcierta a Jar.

—¿Te preguntó por Martin?

—Sospecha que está en posesión de imágenes pornográficas de nivel cuatro.

Amy se echa hacia atrás en la silla.

—Entonces, ¿por qué no le han imputado?

Jar no puede evitar preguntarse si ella también tiene sus dudas.

—Creen que las pruebas incriminatorias están en el disco duro. Imagino que todavía no han podido acceder a él.

Amy se incorpora un poco, se inclina hacia él. Por primera vez parece animada, como Rosa antaño.

—Te das cuenta de que esto no tiene nada que ver con pornografía ilegal, ¿verdad, Jar? Ni tu detención, ni la de Martin, ni lo de ese Miles Cato. Se trata de Rosa, de su muerte —prosigue—. Tiene que haber algo en su diario.

Se trata de un comentario propiciatorio: Amy está ansiosa por saber algo más, pero Jar no sabe por dónde empezar. Antes de que empezaran a llegar los pasajes del diario, todavía cabía la posibilidad de que estuviera engañándose a sí mismo, de que el interés de las autoridades en el disco duro no tuviera nada que ver con Rosa. Pero el contenido del diario lo ha cambiado todo.

Empieza por hablarle a Amy de la preocupación del doctor Lance por Rosa, y después de su encuentro con Karen, la psicóloga del *college*, pero no le habla en cambio de su parecido con Kirsten, su psicoterapeuta americana. Todavía no. Las palabras de Carl («Es solo una coincidencia, Jar») siguen zumbándole en los oídos y no quiere echar piedras sobre su tejado. Amy le escucha inclinada hacia él.

Jar le habla del viaje de Rosa a la casa de retiro en Herefordshire, de cómo firmó la Ley de Secretos Oficiales y de la «segunda oportunidad» que le ofrecieron. Y luego le habla del artículo de Max Eadie en la red oscura y de sus sorprendentes coincidencias con el diario de Rosa.

—He buscado en Internet —dice—. Sejal, su compañera de habitación en Herefordshire, «murió» un par de semanas después que Rosa y su cuerpo nunca se encontró.

—Ten cuidado, Jar —dice Amy poniéndole una mano en el brazo.

Jar desvía los ojos, echa un vistazo a la cafetería y luego se vuelve hacia ella y le

sostiene la mirada.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice.

—¿Qué?

—¿Rosa te habló alguna vez de nosotros, como pareja?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Suenan un poco a vanidad —comienza a decir Jar, y se interrumpe de pronto—.

Es solo que no habla mucho sobre nosotros. En el diario. Cuenta cosas sobre cómo nos conocimos, claro, pero nunca...

—Jar, Rosa te quería —dice Amy cogiéndole de las manos—. Con todo su corazón.

—Te agradezco que digas eso, pero...

—Recuerdo que me dijo una vez, antes de empezar la universidad, que esperaba encontrar a alguien en Cambridge con quien compartir el resto de su vida, igual que Jim encontró a la madre de Rosa cuando estudiaban juntos. No fue inmediato, pasó algún tiempo, porque Rosa echaba muchísimo de menos a Jim, pero luego, durante el tercer trimestre, un día que vino a Cromer, aprovechando un momento en que estábamos solas, me dijo muy emocionada que había encontrado a esa persona. Nos dimos un abrazo muy largo, lloramos un poco, nos reímos. Yo insistí en que trajera a ese chico tan afortunado la próxima vez que viniera de visita. Y así fue como nos conocimos tú y yo.

*Cromer, trimestre de verano, 2012*

Esta noche estoy deprimida. Creía que salir de Cambridge con Jar y pasar unos días con mi tía me sentaría bien, pero mis bajones son cada vez peores y siempre dudo de que sea capaz de salir de nuevo a flote. Es como resbalar al borde de un acantilado y caer en un inmenso lienzo de tela negra, sin límites, que te envuelve al caer, tapando la luz hasta que no ves más que negrura y ya no hay aire para respirar. Mi único consuelo es que esto acabará muy pronto. Sé que he tomado la decisión correcta, aunque suponga dejar a Jar y no vaya a recuperar a papá.

Jar está durmiendo a mi lado. Martin y él se han pasado un poco con el *whisky* después de la cena. Se llevan bien, hablan mucho de escritura. Puede que yo no le haya prestado suficiente atención a Martin, que me haya dejado influir demasiado por la mala opinión que papá tenía de él. En parte quiero contarle a Jar lo triste que estoy por papá, pero me siento tan culpable por estar con él sabiendo lo que va a pasar... Si las circunstancias fueran otras (en otra vida), Jar podría haber formado parte de mi futuro, pero eso ya no es posible. No debería haberle pedido que me acompañara este fin de semana.

Hoy ha pasado algo raro cuando ha venido Martin a recogernos a la estación de Norwich. (Siempre conduce él porque con tantos fármacos como toma Amy es un peligro al volante, aunque ahora está intentando dejarlo). Había un faisán tendido en la carretera. No sé si estaba vivo o si era el viento el que agitaba sus plumas, pero en lugar de esquivarlo Martin ha girado el volante para pasar justo por encima de él, y se ha vuelto a mirarme cuando hemos oído ese horrible golpe sordo en los bajos del coche. Ninguno ha dicho nada. Después, cuando hemos hablado de ello, Jar me ha dicho que le parecía que le doy demasiada importancia, que el faisán estaba herido y que Martin solo quería ahorrarle sufrimientos. Que no tendría que ser tan dura con él. Puede que tenga razón. Martin es un solitario por naturaleza, es feliz estando solo en su torre de marfil.

Hace unos minutos, mientras estaba aquí tumbada, le he oído discutir con Amy. Jar ni se ha movido. (Está tan en paz cuando duerme que me parece un crimen despertarle). Papá solía decir que todavía no se explicaba por qué se habían casado Martin y Amy. Claro que él no era imparcial. Amy y él estaban muy unidos y papá siempre fue el hermano mayor, el que salía en su defensa y la protegía, sobre todo

desde que ella tuvo una especie de crisis al final de la adolescencia (demasiados excesos, al parecer).

Así que era imposible que papá y Martin se llevaran bien. Papá le tenía mucha manía a la industria farmacéutica, decía que había visto muchos horrores en el tercer mundo: ensayos clínicos que atentaban contra la ética, medicamentos básicos a precio de oro. Decía que Amy también sentía una aversión natural hacia la industria farmacéutica hasta que, al acabar la universidad, sus neurosis adolescentes se convirtieron en un trastorno de ansiedad en toda regla. El estrés de restaurar cuadros famosos, imagino: raspar un Brueghel de diez millones de libras con un bisturí y un microscopio le causaría ansiedad a cualquiera. Entonces fue cuando apareció Martin en escena y la «salvó».

Amy está mucho mejor que antes, pero aún no ha vuelto al trabajo y eso me apena.

El caso es que he intentado oír por qué estaban discutiendo esta noche, pero esta casa es muy grande («una casa construida a base de Valium», solía decir en broma papá) y nuestro cuarto está lejos de la cocina. Así que he cruzado el rellano sin hacer ruido hasta más allá de las estanterías (que están ordenadas alfabéticamente: Knausgaard junto a Le Carré) y me he quedado escuchando en lo alto de la escalera, acordándome de no pisar una tabla concreta del suelo que siempre cruje.

—Pasas años sin verla y ahora viene casi todos los fines de semana —estaba diciendo Martin.

—Soy la única familia que tiene. Deberíamos haberla visto más a menudo.

—Se sienta detrás como si yo fuera su chófer y no dice ni una palabra en todo el camino. No sé qué ve Jar en ella.

La voz de Martin rezumaba resentimiento. No sabía que Amy no estaba siendo del todo sincera, que antes solíamos quedar en Londres en secreto para ir de compras, animadas por papá, que era muy consciente de que a mí me hacía mucha falta una influencia femenina. Durante mis primeros años de adolescencia íbamos juntas a Oxford Street a comprar sujetadores. Desde la muerte de papá hemos quedado más para tomar algo que para ir de compras. Amy me enseñaba los garitos de Cambridge a los que iba en su juventud.

—Se ofrecieron a venir en tren —ha dicho Amy.

—Rosa podría ayudar en algo. Sacar a las perras. Preparar la comida. No entiendo por qué te tomas tantas molestias con ella.

—Para eso está la familia —le ha respondido Amy como si intentara salvar la conversación a toda costa—. Para velar unos por otros.

Luego ha habido un silencio, quizá porque se han trasladado a otra parte de la cocina, pero enseguida han empezado otra vez.

—Sé que estás pasando un momento difícil —ha dicho Amy—. Y lo entiendo. Solo digo que estaría bien que te esforzaras un poco más con ella.

Otro silencio.



—Si tú prometes esforzarte un poco más conmigo... con nosotros.

Otro silencio. Luego Amy ha dicho:

—Ahora no, Martin. Tenemos invitados.

Su voz sonaba juguetona, pero luego he oído romperse un plato. Me he quedado escuchando, pero por más que me he esforzado no he conseguido oír lo que decían. No sabía si despertar a Jar y bajar a ver si Amy estaba bien. Martin es alto y fuerte, pero nunca se ha puesto violento, por lo menos delante de mí. Me ha parecido oír que alguien lloraba en voz baja, aunque puede que me lo haya imaginado. He vuelto a mi habitación sin preocuparme ya de que crujiera la tarima.

Jar ha pasado una pierna por encima de la mía cuando he vuelto a meterme en la cama, hace un momento. He intentado contarle lo que he oído, pero apenas se ha despertado.

—Todas las parejas discuten —ha dicho con una sonrisa soñolienta—. Menos nosotros, claro.

—Te debo una disculpa. Bebí demasiado.

—A todos se nos fue un poco la mano.

—No fue muy ético por mi parte. No debería haber ido.

Kirsten está sentada detrás de su mesa. Jar, en el sofá. Ella vuelve a mostrarse como en su primer encuentro: seria, profesional, con la camisa abrochada hasta arriba.

—¿Podemos obviarlo, como si no hubiera pasado? —pregunta.

—Podemos intentarlo.

—Estupendo. Sigo queriendo hacerte preguntas sobre tus alucinaciones postduelo, para mi investigación.

Jar no dice nada. Sabe que Kirsten no esperaba que viniera a la cita de esta mañana después de que se emborracharan juntos hace tres días, y ha sentido que controlaba la situación desde que ha llamado al portero automático de la consulta, aunque tiene que reconocer que ella ha disimulado muy bien: enseguida le ha abierto la puerta.

Se le hace raro estar otra vez en esta habitación georgiana de altos techos, sobre todo porque sabe que está a punto de encararse con Kirsten por lo de Rosa. Está bastante tranquilo, sin embargo. Ha pensado mucho en su encuentro de hoy desde que se despidió de Amy en la cafetería, ayer. Lo que le sorprende es que Kirsten todavía se empeñe en mantener la farsa.

—¿Podemos volver a la aparición más reciente, cuando la viste en Paddington?

—¿Es necesario?

—¿Disculpa?

—¿Tenemos que seguir así? ¿Tienes que seguir fingiendo?

—No te entiendo, Jar.

Él traga saliva. De pronto está nervioso.

—Sé lo de Karen.

—¿Quién es Karen?

Ya está harto. Se levanta del sofá y se acerca a la mesa. Sabe que la está asustando. Se está asustando a sí mismo. No es un hombre violento, nunca le ha gustado el conflicto, pero algo acaba de quebrarse dentro de él: cinco años de frustración, de incredulidad cerril.

—Te mentí. La última vez que estuve aquí. Rosa sí escribía un diario. Y tú apareces mucho en él. Cuenta cómo os presentó el doctor Lance, cómo la llevaste a

ese retiro en Herefordshire, cómo le hiciste firmar la Ley de Secretos Oficiales.

—Jar, no tengo ni idea de qué...

—¡Ya basta! —Jar da una palmada en la mesa.

Se miran el uno al otro un instante mientras el golpe resuena a su alrededor. Luego, Kirsten endereza una taza que se ha caído. Le tiembla la mano. ¿Tiene una alarma debajo de la mesa —se pregunta Jar— para llamar cuando un paciente se vuelve loco? ¿Están a punto de entrar dos fornidos celadores para llevárselo envuelto en una camisa de fuerza? O quizás aparezca Miles Cato. A fin de cuentas Jar sabe que ella le llamó la última vez que estuvo aquí, que lo dispuso todo para que le detuvieran y le metieran en un coche policial frente a la consulta.

—Necesito encontrar a Rosa y sé que tú también la estás buscando. Si no, no me habrías seguido la pista, no te habrías cambiado de nombre, no habrías fingido que conocías a Carl por casualidad, no te habrías ofrecido a ser mi psicoterapeuta ni habrías intentado convertirte en mi amante.

Kirsten respira hondo como si tratara de calmarse, no como otras veces, cuando aspira bruscamente por la nariz solo un instante. Eso aún no lo ha hecho hoy. Cierra los ojos y tarda un rato en hablar de nuevo.

—Está bien, tienes razón. No fue casualidad que nos conociéramos.

Jar siente un arrebató de satisfacción inmediato y deja escapar un suspiro hondo, más parecido a una tos ronca. La insistencia con que ella lo negaba todo había empezado a sembrar en él la semilla de la duda. Se acerca a la ventana y, dando la espalda a Kirsten, mira Harley Street por las rendijas de la persiana, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿A qué viene entonces toda esta farsa, esta pérdida de tiempo? Necesito saber qué le pasó a Rosa. ¿Estás aquí porque crees que yo podría encontrarla primero? ¿Es eso? ¿Que quizá no esté satisfecha con su nueva vida y esté tratando de recuperar la antigua, de buscarme? ¿Para quién trabajas, Kirsten, Karen o como te llames? ¿Para quién coño trabajas?

Se gira y luego se vuelve de nuevo hacia la ventana sin detenerse el tiempo suficiente para mirar a Kirsten. Adivina que sigue con los ojos cerrados, tratando de recomponerse.

—Está bien, Jar, voy a decírtelo. «Trabajo» para Amy, la tía de Rosa, ya que insistes en llamarlo así.

Él se da la vuelta.

—¿Para Amy?

—Somos amigas. Estudiamos juntas en Cambridge, hace veinte años. Está muy preocupada por tu bienestar. A fin de cuentas, salías con su sobrina. Cuando se enteró de que ahora paso consulta en Londres y de que siguen interesándome las alucinaciones postduelo, me pidió que te buscara, como tú dices. Yo acepté. También me pidió una vez que hablara con Rosa.

—¿Con Rosa? ¿Hace cuánto tiempo?

—Cuando yo todavía vivía en Estados Unidos.

—¿Y ella estaba en Cambridge?

—Sí.

—Pero no llegaste a verla.

—No. Ahora, claro, lamento muchísimo no haber hablado con ella. Creo que por eso le dije que sí a Amy esta vez. Ella sabe que eres muy terco, que no tienes costumbre de aceptar la ayuda que te ofrecen, así que contacté con Carl como si fuera una desconocida, me inventé esa historia acerca de la música en las salas de espera de los psicoterapeutas cuando en realidad su nombre me lo había dado Amy. Tú le has hablado de él varias veces, según creo. Y fue bastante fácil contactar con él a través de vuestra empresa. Fue una deshonestidad por mi parte, lo reconozco, pero las dos nos dijimos que solo aceptarías ver a un psicólogo si creías que lo habías decidido tú, o al menos si te lo recomendaba Carl, la única persona del mundo en la que pareces confiar. Y cuando empecé a temer que dejaras de venir a las sesiones, fui a tomar una copa con vosotros, lo cual fue una falta de profesionalidad por mi parte, pero estaba preocupada por ti. Igual que Amy, que, por cierto, te quiere muchísimo.

Jar se vuelve de nuevo hacia la ventana. «Por lo menos Carl no está metido en el ajo», se dice. Sabe lo que viene a continuación y esta vez teme que Kirsten no esté mintiendo.

—No sé nada de esa tal Karen, ni del doctor Lance, ni de Herefordshire. —Su voz suena ahora más serena, más calmada, más segura de sí—. No tengo ni idea de qué estás hablando. De verdad.

—Pero... —Jar sabe lo ridículas que van a sonar sus palabras antes incluso de decirlas—. Rosa escribió con detalle sobre Karen, su psicóloga del *college*. Era estadounidense, tenía el pelo rubio...

—Hay muchas yanquis rubias, ¿sabes?

—Y ella... —Se interrumpe otra vez—. A veces respiraba igual que tú, tomando aire por la nariz bruscamente antes de hablar.

Se le están saltando las lágrimas, su voz suena entrecortada.

—Eso no es tan raro, ¿no? —pregunta ella.

Jar se rehace, se pasa la mano por los ojos.

—Según Rosa, Karen empleó una vez una expresión muy concreta: «No deben quedar registros escritos, ninguna estela en el cielo de Fenland». Tú dijiste algo muy parecido cuando nos conocimos.

—Seguramente porque hace unos años escribí un artículo titulado «Alucinaciones postduelo: estelas en la mente creativa».

Jar se queda callado, tratando de asimilar lo que está oyendo.

—Fue cuando vivía en Estados Unidos. Desde entonces mis títulos son mucho más aburridos. Más académicos. —Kirsten rodea su mesa y se reúne con él junto a la ventana, de cara a la calle—. ¿Quieres que sigamos hablando de su diario? Parece que ha removido algunas cosas.

Los antiguos temores de Jar vuelven a aflorar (¿por qué quiere Kirsten que hablen del diario?), pero esta vez los ignora. Oye ya la voz de su padre: «Te estás portando como un puto imbécil». Ha tomado por pruebas concluyentes lo que no eran más que coincidencias. Pero eso no cambia nada, se dice. Rosa tenía una psicóloga en el *college* llamada Karen. Solo que no es la misma persona que ahora tiene delante.

—El cronómetro sigue sin estar en marcha —añade ella.

El teléfono de Jar vibra en el bolsillo de su chaqueta. Lo saca para ver quién es.

—Y si no te importa que te lo diga —prosigue Kirsten mientras regresa a su escritorio—, no tienes muy buen aspecto.

Pero Jar ya no la escucha. No escucha su voz, ni el ruido de la gente que pasa por Harley Street, ni el acelerón de un coche. Lo único que oye es el ruido ensordecedor de su corazón, que crece con cada latido. Mira de nuevo el nombre que aparece en la pantalla por si acaso se lo está imaginando. Pero no.

Es Rosa.

*Cromer, trimestre de verano, 2012 (continuación).*

No he podido dormir después de oír discutir a Amy y Martin. Me obsesionaba el ruido de ese plato roto. Sigo sin saber con exactitud por qué se ha prejubilado Martin, pero papá tenía varias teorías: crueldad excesiva con los animales de laboratorio («Beaglegate», lo llamaba él), acoso sexual, motivos de salud. A saber. El último era su favorito (papá tenía un sentido del humor muy negro): creía que Martin había dejado el trabajo porque sufría depresión crónica, lo cual sería tremendamente paradójico teniendo en cuenta que se dedicaba a investigar fármacos antidepresivos justo antes de que le «dejaran marchar».

A eso de las dos de la mañana me he hartado. Como estaba desvelada, me he puesto los vaqueros y una chaqueta, he abierto la puerta de mi cuarto y he bajado las escaleras sin hacer ruido, con cuidado de no despertar a Jar.

Mi vida sería mucho más sencilla si no le hubiera conocido. Me ha complicado mucho las cosas desde que nos conocemos, ha enturbiado las aguas. Antes tenía clarísimo lo que quería hacer. Ahora, en cambio, ha introducido un elemento de duda, y a veces hace que me cuestione si he tomado la decisión correcta. Cuando estoy con él me siento más feliz de lo que creía posible serlo, pero me asusta mi capacidad para desconectar en cuanto nos separamos. Es como si pudiera borrarlo de mi mente como se borra un archivo. Sé que no hay vuelta atrás.

He abierto la puerta trasera y he cruzado la zona de baldosas que hay detrás de la casa. La noche era clara y el jardín se distinguía bastante bien a la luz de la luna: el césped bien recortado (a Martin le encantan las franjas) y luego un huerto de frutales largo y estrecho, bordeado a ambos lados por altos muros de piedra. Detrás de los manzanos, a más de quinientos metros de la casa, se ve la «cabaña» de Martin. En realidad es una oficina en toda regla, del tamaño aproximado de un garaje doble, con ventanas que dan al huerto. Pensaba bajar por Hall Road hasta la playa (un paseo de unos veinte minutos) y ver amanecer desde el muelle, pero me ha picado la curiosidad. En vez de salir por la cancela lateral, he tirado por el césped, pegándome a las sombras del muro, y he echado un vistazo a la casa. Estaban todas las luces apagadas.

He seguido andando por el huerto, agachando la cabeza para pasar bajo las ramas cuajadas de fruta madura, hasta que he llegado a un lateral de la cabaña. La puerta

estaba cerrada con cadena y candado. Hace un par de años le robaron los ordenadores y evidentemente no quiere arriesgarse a que vuelva a pasar. He vuelto a mirar la casa y luego me he acercado a las ventanas a echar un vistazo. He visto una zona diáfana con varias sillas de jardín apiladas y más allá un tabique. Un luz roja, muy suave, se colaba por debajo de la puerta de la habitación del fondo. Estaba a punto de alejarme cuando he oído algo: un gemido quizás, más animal que humano. Se me ha erizado el vello de la nuca y he aguzado el oído por si volvía a oírlo, pero no, así que he pensado que habían sido imaginaciones mías.

He vuelto a cruzar el jardín apretando el paso, con menos cuidado de pegarme a la zona de sombras, he abierto la verja y he echado a andar por la carretera en dirección al pueblo, sacudiéndome el miedo que se había posado sobre mí como una niebla. Los dos *beagles* pasan la noche en la casa, en la habitación de Amy y Martin. «Martin no saca a pasear a sus perras, las saca a fumar un pitillo», solía bromear papá, aunque no tiene gracia cuando piensas que en ciertos laboratorios obligan a cachorros de perro a inhalar humo de tabaco. Dios mío, echo de menos a papá más que nunca.

Abajo, en el pueblo, he ido derecha a la playa y he estado un rato caminando por la arena, al borde del agua, buscando conchas y pasando por encima de los rompeolas de madera que jalonan la costa a intervalos regulares. Eran casi las tres de la madrugada y la luna brillaba tan fuerte que proyectaba sombras.

No había nadie por allí, ni siquiera se veían barcos en el horizonte, así que se me ha ocurrido acercarme al Hotel de Paris y recorrer el muelle, pasar por el teatro Pavilion y llegar hasta el final, hasta la caseta del bote salvavidas, donde he visto que por las tardes van a pescar padres con hijos pequeños.

Según me dijeron, cuando llegue el momento me daré cuenta. No ha llegado aún, claro, pero aun así he sentido un subidón de adrenalina al apoyarme en la barandilla y mirar el mar, notando el viento salobre en la cara. Me he agarrado al hierro oxidado de la barandilla y luego me he subido al primer travesaño y me he quedado allí encaramada, sin nada que me impidiera caer al mar. Hacía una noche tranquila pero el agua se agitaba con fuerza alrededor de los pilares del muelle. He empezado a sentirme mareada y por un segundo me he preguntado si había llegado la hora quizá, pero aún queda mucho por hacer. Quiero dejarlo todo en orden, que no queden cabos sueltos, escribir a Jar, contarle lo que pueda, que es muy poco. Despedirme.

Me he bajado de la barandilla y he vuelto a subir por Hall Road, hacia casa. Me temblaban las piernas.

—¿Quién es? —pregunta Jar, mirando a un lado y otro de Harley Street.

Está parado en la acera, frente a la consulta de Kirsten, hablando por teléfono.

—¿Por qué llama desde este número?

Solo se oye silencio al otro lado de la línea. Lo primero que piensa es que alguien ha logrado hacerse con el teléfono de Rosa (que nunca se encontró), pero, mientras escucha, su ira da paso a la esperanza. Aquel silencio le parece femenino, de una manera indefinible.

—¿Rosa? —pregunta casi en un susurro, temiendo que la llamada se corte en cualquier momento—. ¿Eres tú?

Aguza el oído tratando de escuchar el sonido de una respiración, cualquiera cosa, pero no se oye ningún ruido. Cuelga y se apoya contra la puerta con los ojos cerrados.

Cuando los abre ve a Kirsten en la ventana delantera, mirándole. Echa a andar hacia Oxford Circus.

—¡Espera, Jar! —Oye que grita ella, pero no se vuelve.

Sigue sin saber si está siendo sincera con él. Un momento después Kirsten aparece a su lado.

—¿Quién te ha llamado? —pregunta, tratando de mantenerse a su paso.

—¿A ti qué más te da?

—Estoy preocupada, Jar. Es mi trabajo.

—La última vez que estuve en tu consulta me detuvo la policía. Espero que comprendas que el hecho de que estés aquí me está poniendo un pelín nervioso. — Para demostrarlo, mira a un lado y otro de Harley Street sin dejar de andar.

—Yo no tuve nada que ver con eso. ¿Era Rosa quien te ha llamado? —insiste ella. Jar se detiene en la acera y la mira.

—¿Era ella? —repite Kirsten—. ¿Era Rosa?

—¿Por qué crees que era ella?

—Por cómo has reaccionado. No es la primera vez que veo una reacción así. Yo puedo ayudarte, Jar.

—¿Crees que ha sido una llamada imaginaria? ¿Es eso?

—La pena se manifiesta de muchas maneras, Jar. No dudo de que te haya llamado alguien.

—Pero no crees que haya sido Rosa. ¿Y esto qué es, entonces?

Le muestra el teléfono con el nombre de Rosa claramente visible en la lista de llamadas recibidas. Kirsten lo mira y luego fija los ojos en él.



—Alguien habrá encontrado su teléfono y me ha llamado por error. Habrá marcado sin querer. Era su número, sigo teniéndolo grabado en mis contactos aunque, como se empeña todo el mundo en repetirme, lleve cinco años muerta.

Está ofreciendo una explicación, pero no solo para Kirsten: también intenta explicárselo a sí mismo. Su mente no ha dejado de girar como un torbellino desde el momento en que ha visto el nombre de Rosa en la pantalla. «No era ella, claro que no era ella», se dice mientras echa a andar de nuevo.

Kirsten no se da por vencida, sigue correteando a su lado.

—Vuelve mañana por la mañana —dice—. Yo estaré temprano en la consulta. Por favor. Puedo ayudarte.

Jar se aleja, nota su mirada fija en él hasta que desaparece entre el gentío.

Su teléfono vuelve a sonar cuando está cerca de Oxford Street. Es Carl.

—¿Vas a venir a trabajar? —pregunta—. No puedo seguir excusándote delante del jefe.

—¿Puedes hacerme el favor de localizar un teléfono?

—Te dije que activaras la función «Busca mi iPhone»...

—No es el mío, Carl. Es el de Rosa.

Carl se queda callado unos segundos antes de responder.

—¿Dónde estás?

—Necesito que preguntes a ese amigo tuyo, el de la operadora telefónica.

—Ya hemos pasado por esto, Jar. Su teléfono está muerto.

Es cierto. Jar le pidió el mismo favor hace tiempo, al principio, después de que le despertara una llamada en plena noche. El número de la llamada entrante estaba bloqueado, pero él, medio dormido (y seguramente todavía borracho), tendido a oscuras en su piso, escuchó a Rosa hablarle de todos los buenos ratos que habían pasado juntos. Por la mañana, cuando se despertó, pensó que había sido un sueño, pero echó un vistazo a su teléfono y vio que había contestado a una llamada a las 2:05 de la madrugada y que la llamada había durado veinticinco minutos. Llamó a Carl, que tenía un amigo de la universidad que trabajaba en el departamento de informática de su operadora de telefonía móvil, pero al parecer no quedaba ni rastro del terminal de Rosa en las redes de la compañía.

—Acaba de llamarme alguien desde su número —dice Jar—. En la pantalla ponía Rosa, como cuando estábamos juntos en Cambridge.

Se hace un silencio momentáneo al otro lado de la línea.

—¿Te han dicho algo? —pregunta Carl. Su voz suena ahora más baja y comprensiva.

—No, nada. Imagino que alguien habrá encontrado el teléfono.

—Cinco años es mucho tiempo.

—Puede que hayan metido la tarjeta SIM en otro terminal. No sé, Carl. Dímelo tú.

—Ya hablaremos cuando vengas. Porque vas a venir, ¿no? El jefe me está dando la lata, como si yo fuera el responsable de que no aparezcas por aquí.

—Hablaré con él. Pero ¿puedes llamar a tu amigo, por favor?

—Solo si prometes venir a la oficina.

—Claro. Y, Carl... Tenías razón sobre Kirsten y Karen, la psicóloga de Rosa en el *college*. Era solo una coincidencia.

—Vaya, qué sorpresa.

—Pero a los dos nos ha tendido una trampa la tía de Rosa. Kirsten no apareció por casualidad. Fue cosa de Amy, que pensó que necesitaba ayuda.

Vuelve a hacerse otro largo silencio antes de que Carl conteste.

—¿Quieres decir que no les pone a Congo Natty a sus pacientes?

—Esta mañana, por lo menos, no.

—Qué lástima, con lo buena que era la historia... Entonces, ¿sigues viéndola? Profesionalmente, digo.

—Acabo de estar tumbado en su diván.

—Luego te llamo. Por lo del teléfono. —Jar percibe cierto fastidio en la voz de su amigo—. Pero ¿vas a venir?

—Te doy mi palabra. Y gracias. Por todo.

Carl ha echado el resto por él esos últimos días: se ha zambullido en la red oscura, ha soportado más teorías conspiranoicas que nunca, le ha excusado en el trabajo. Jar está a punto de colgar cuando ve a alguien al otro lado de la calle. Es el hombre que se sienta en la cafetería de enfrente de la oficina. Esta vez no hay duda de que es él.

—Ahora mismo voy para allá.

Por favor, perdóname, Jar. He probado a llamarte esta mañana pero no he me atrevido a hablar después de tanto tiempo. Ha sido bonito oír tu voz. Ha sido precioso. Y no te culpo si has seguido adelante con tu vida. Pero es importante que hablemos. Creo que es mejor que nos veamos cara a cara. Así podré intentar explicártelo todo desde el principio.

Reúnete conmigo donde dije que iría si alguna vez el mundo se salía de su eje. ¿Te acuerdas de dónde era? No puedo arriesgarme a escribir el nombre aquí. Te estaré esperando. Dame por lo menos la oportunidad de explicarme. Corres peligro, y yo también. Cuídate mucho, mi niño. Tuya siempre.

Jar se queda mirando la pantalla y luego mira a su espalda. El mensaje que aparece en la bandeja de entrada de su correo electrónico (su cuenta privada de Gmail, la que tiene desde hace años) es tan irreal que se pregunta si no habrá una cámara oculta grabándole, si en vez de estar en su oficina no estará en un plató, participando sin saberlo en algún despreciable *reality show*.

Reúnete conmigo donde dije que iría si alguna vez el mundo se salía de su eje. ¿Te acuerdas de dónde era? No puedo arriesgarme a escribir el nombre aquí.

Mira a Carl, que aporrea el teclado de su ordenador con sus gruesos dedos índices. Cuando vuelve a mirar su monitor cree que el mensaje va a haber desaparecido, pero sigue allí. Lo lee despacio, desde el principio, vocalizando en silencio cada palabra, y cuando llega al final vuelve a leerlo otra vez. Y luego otra. Es la manera de expresarse de Rosa (escribió algo parecido en su diario después del entierro de su padre), y la dirección es la de su antigua cuenta de Gmail, pero ¿de verdad es suyo el mensaje?

«Piensa, piensa». Se pone de pie, se pasa una mano por el pelo, recorre la oficina con la mirada. Carl le mira y luego vuelve a fijar los ojos en su monitor. En algún remoto rincón de su mente atormentada Jar guarda el recuerdo de una conversación con Rosa acerca de un lugar al que retirarse en momentos de crisis. *Si alguna vez el mundo se sale de su eje*.

Todavía en pie, se inclina hacia delante y va pasando las páginas del diario de Rosa, leyendo al azar pasajes fugaces de sus conversaciones en Cambridge. Luego vuelve a mirar el *e-mail*. Solo puede significar una cosa: que Rosa está viva. La llamada también era suya. Está intentando contactar con él, recordarle un punto de encuentro disparatado del que le habló una vez. Si pudiera acordarse de dónde era...

—¿Te pasa algo? —pregunta Carl.

—No, nada —contesta, pero se ha puesto pálido.

Se deja caer en la silla. Tiene arcadas.

—No te preocupes. Límitate a decirle la verdad, que estabas enfermo.

Jar no ha faltado al trabajo por estar enfermo, pero lo deja correr. Tiene que reunirse con su jefe dentro de diez minutos, explicarle por qué esta última semana solo ha escrito un artículo (los mejores *nudies* —que no *selfies*— de famosos). Va a

intentar echarle cara al asunto, pero se teme lo peor. Por lo menos si se queda sin trabajo tendrá más tiempo para buscar a Rosa. Su vida ha cambiado irreversiblemente, ahora ya no importa nada más.

Y entonces se acuerda. La noche que estuvo tomando una copa con Rosa en The Eagle. Ella había quedado con sus amigos actores, pero se habían marchado en grupo dejándola sola, y le llamó porque se sentía abandonada. Estaba muy pedo cuando se reunió con ella, no paraba de hablar de una noticia que había visto acerca de un meteorito que iba a pasar casi rozando la Tierra.

—Sé que no va a estrellarse contra nosotros por un par de cientos de miles de kilómetros —dijo mientras bebía otra pinta de cerveza amarga—, pero por si acaso alguna vez pasa algo así y el planeta recibe un impacto y se sale de su eje, tú y yo necesitamos tener un plan.

—¿Y se te ocurre alguno?

—Podríamos ir a alguna parte, lejos del caos, de las ciudades. A un sitio donde podamos refugiarnos juntos en un mundo postapocalíptico.

Hizo varios intentos de pronunciar «apocalíptico» («acopalíptico», «alopaquíptico») y luego se dio por vencida y apoyó la cabeza en el cuello de Jar, riendo, y cerró los ojos.

—Propongo que vayamos a Galway —dijo él rodeándola con el brazo.

Sus amigos los actores se habían portado muy mal, pensó. No deberían haberla dejado así.

—Galway está demasiado lejos —contestó ella más animada y, poniéndose derecha, apoyó una mano sobre su pierna—. Y además los aviones no podrán volar. Habrá nubes de polvo en la atmósfera.

—Lo tienes todo pensado, ¿eh?

—Hay un sitio en Cornualles al que fue mi padre cuando murió mamá. Yo también fui allí después de su entierro. Un sitio en el que esconderse... y recuperarse. Deberíamos quedar en vernos allí.

Se volvió hacia Jar, le miró con sus grandes ojos. Era la primera vez que le hablaba de la muerte de su madre. Jar estaba a punto de preguntarle por ella cuando Rosa se inclinó y le besó: un beso largo, lento, alcohólico.

—Se llama Gurnard, que es el nombre de un pez feísimo, pero es uno de los lugares más mágicos del mundo —dijo sentada a su lado, con la rodilla pegada a la suya, cogiéndole de las manos. Se inclinó y le besó de nuevo—. Es muy importante que te acuerdes —le dijo en tono severo, y luego soltó un hipido.

Jar sonrió. Seguía sin prestarle del todo atención, estaba pensando en lo guapa que estaba esa noche, con ese toque veleidoso a lo Carmen.

—¿Me estás escuchando? En esta vida nunca sabe uno cuándo va a necesitar un punto de encuentro de emergencia.

—Me acordaré.

Rosa bebió un sorbo de cerveza y añadió:

—Se baja por un caminito de tierra muy empinado, después de tomar una copa en el *pub* de arriba. Las paredes están pintadas de amarillo ocre claro, no tiene pérdida. Si la marea está baja hay una playa de arena fina y unas calas maravillosas, pero lo mejor es rodear la bahía a pie, pasando por las ruinas de una capilla antigua, y subir hasta Gurnard's Head. Verás unos peñascos en el cabo y un sitio en el que puedes agacharte para resguardarte del viento. ¿Quedamos allí? Podemos ver las focas abajo, y puede que hasta marsopas con un poco de suerte. Y el aire es tan puro...

—Gurnard's Head —dice Jar.

—¿Qué? —Carl ha dejado de teclear y le mira.

—Tengo que irme.

—Jar, tienes que ver al jefe dentro de cinco minutos.

—Solo va a despedirme. Y yo tengo que coger un tren —dice echando a correr.

Pero antes de que llegue a la salida, le para uno de los empleados que reparten el correo.

—¿Puedes firmar esto antes de irte, Jar?

Jar coge el paquete (un libro para reseñar, supone) y sale corriendo de la oficina.

## *Retiro de silencio, Herefordshire, trimestre de primavera, 2012*

Es el último día de nuestra estancia en Herefordshire. Esta noche regresamos a nuestros *colleges*, a empezar a poner en orden nuestros asuntos... y a esperar.

Todd nos lo explicó todo esta mañana. Volvieron a convocarnos en el aula en la que le conocimos y nos explicó con detalle el programa completo. Estaba más relajado que la vez anterior, creo que porque éramos menos. Casi a la mitad de los candidatos se les ha «permitido volver» a sus *colleges* antes de tiempo, y ya solo quedamos unos pocos elegidos.

Jar vuelve a mirar su móvil con la esperanza de que haya otro correo, pero no hay ninguno. Solo un mensaje en la carpeta de borradores: una entrada del diario, muy breve, que parece cortada.

Mira el indicador de andenes del vestíbulo de Paddington. El próximo tren a Penzance sale dentro de una hora, de modo que tiene el tiempo justo para ver a Anton. Tardará veinte minutos en llegar al parque de *skate* de Ladbroke Grove. Quiere darle las gracias y preguntarle por la última entrada, por qué motivo está incompleta.

No parece haber nadie en el parque cuando llega, así que se va derecho al contenedor en el que estuvo con Carl hace seis días. Está aún más desordenado que antes. ¿Es aquí donde ha descifrado Anton el diario de Rosa? Pero los ordenadores han desaparecido y solo quedan cajas de ruedas de monopatín, ejes, herramientas y tablas rotas dispersas por todas partes.

—¿Buscas a alguien?

Jar se gira bruscamente. Un hombre al que reconoce de la taquilla del parque le está mirando.

—¿Está Anton por aquí?

—¿Quién pregunta por él?

—Un amigo... de un amigo. Me estaba ayudando con un problema informático.

—Pues ahora no está. —El hombre coge una tabla de monopatín del suelo.

—¿Le ha pasado algo?

—Pregúntaselo a la policía.

—¿A la policía? —repite Jar, empezando a asustarse.

El hombre sonrío con petulancia.

—Se largó a toda prisa. Anoche. Y se llevó todos sus ordenadores.

Jar ya ha oído suficiente. Dos minutos después camina bajo el puente de Westway en dirección a la estación de Ladbroke Grove mientras habla por teléfono.

—Carl, soy Jar. Anton ha desaparecido.

—Sí, desaparece a veces.

—Creo que es por el diario, Carl.

Cuelga y entra en el metro. Cuando el tren entra en Paddington, se acuerda del paquete que lleva en el bolsillo. No es un libro. Dentro hay una hoja tamaño DIN A4, una especie de impreso oficial repleto de palabras. En la parte de arriba se lee



*PRECINTO DE ALTO SECRETO. NIVEL 3. EXCLUSIVAMENTE PARA LECTURA DE AGENTES BRITÁNICOS.* La hoja está envuelta en unas láminas de cartón duro, por eso ha pensado que era un libro de bolsillo. Echa un vistazo al vagón y, con el corazón desbocado, empieza a leer.

PRECINTO DE ALTO SECRETO. NIVEL 3. EXCLUSIVAMENTE PARA LECTURA DE AGENTES  
BRITÁNICOS

**Programa:** Eutico (EE. UU.).

**Fecha de nacimiento:** 08/11/1992.

**Universidad:** Saint Matthew's College, Cambridge.

**Fecha de fallecimiento:** 01/07/2012.

**Situación actual:** Jefes de delegación de los Servicios Secretos de Inteligencia, informados. Agencia de Control de Fronteras, alertada. Sin familiares cercanos. Una tía paterna en Cromer y un exnovio en Londres en vigilancia permanente (A4/MI5).

Jar se guarda la hoja de papel en el bolsillo de la chaqueta y echa un vistazo al vagón. No quiere que le vean leyendo un documento confidencial si está bajo vigilancia. El hombre del fondo del vagón, el que está de pie junto a la ventanilla abierta, no tiene nada de particular. Es solo un transeúnte más que intenta tomar el aire y que le mira por casualidad. ¿Y la mujer que habla por teléfono, que cruza la mirada con él y desvía los ojos?

¿Quién, en nombre del cielo, le ha mandado esta hoja de papel? «Relájate». Debería haber preguntado en la sala del correo. El sobre no lleva ninguna anotación, aparte de su nombre impreso. ¿Se lo ha mandado Rosa? «Respira». Son sus fechas de nacimiento y muerte, pone «programa Eutico», el mismo que ella menciona en su diario, y se refiere indirectamente a él. Si Rosa ha pasado cinco años participando en una operación de espionaje, debe de tener acceso a secretos de Estado, quizás haya visto cosas que no debía ver.

El papel parece auténtico, pero él nunca ha tenido en sus manos documentos de los servicios de inteligencia, solo ha leído algunos en Internet por cortesía de Edward Snowden. Al llegar a Paddington, se baja del tren de la línea Hammersmith-City. Le da un vuelco el estómago al ver que el hombre y la mujer también se apean. Cuando baja la rampa a toda prisa para llegar al vestíbulo principal de la estación, está tan mareado que casi tiene náuseas. Oye entonces el sonido de su teléfono, perforando su aturdimiento. Es Max Eadie. Jar quiere contárselo todo, hablarle del documento que ha recibido y de la repentina desaparición de Anton, pero Max se le adelanta.

—Jar, tenemos que vernos.

—¿Pasa algo? —pregunta tratando de ignorar la tensión que percibe en la voz de Max.

—He acabado de leer el diario.

Después de pensárselo mucho, Jar le ha facilitado la contraseña de la cuenta de correo que usaba Anton, alegando ante sí mismo que no podía esperar que Max le ayudara si no le ponía al corriente de todo, incluso del diario de su difunta novia guardado en la carpeta de borradores.

—¿Y?

—Tenemos que vernos. Hoy. Ahora.

Jar vuelve a mirar a su alrededor. La mujer se ha esfumado, pero el hombre todavía parece seguirle.

—Estoy en Paddington, a punto de coger un tren.

—Pues no lo cojas. Yo estoy en el West End. Puedo estar ahí dentro de un cuarto de hora.

La seriedad con que habla Max le preocupa. Confiaba en que el diario contuviera pruebas suficientes para que retomara su reportaje, eliminara incongruencias y volviera a publicarlo. Pero por teléfono no parece muy satisfecho.

Jar cuelga y se va en busca de algún sitio donde fotocopiar el documento que guarda en el bolsillo de la chaqueta, como medida de precaución. Tras encontrar una papelería en Praed Street, donde hace una copia, regresa a la estación.

El vestíbulo principal está abarrotado incluso para ser viernes por la tarde. Alguna incidencia ha retrasado los trenes que salen de la estación y los transeúntes pululan por todas partes esperando información. Si pierde el tren, tendrá que coger el nocturno e ir en busca de Rosa al día siguiente (el coche cama es más caro, pero ha cobrado esta semana). De todos modos, Rosa no pasará la noche a la intemperie en el cabo. Se alojará en el *pub*, desde donde puede vigilar a la gente que pasa hacia Gurnard's Head.

Mira su reloj, se fija en el grupo de fumadores que hay junto a la entrada de la estación. Ahora mismo le vendría bien un cigarro. Nota todo el cuerpo en tensión. Y entonces Rosa aparece a su lado.

—Ni se te ocurra —dice con una sonrisa.

Jar se queda allí parado, atónito, confiando en que, si no se mueve, quizás ella se quede. Pero ya se ha ido. Por lo menos parecía estar bien. Le brillaban los ojos como cuando estaba en la universidad, no como cuando la vio correr para coger el tren, la última vez que estuvo en la estación. Sabe que ha sido una alucinación, pero le da esperanzas. Rosa ya no está muy lejos.

Cinco minutos después, Max Eadie camina hacia él vestido con un traje de lino arrugado.

—¿Damos un paseo? —pregunta en tono serio, apremiante—. Odio las aglomeraciones.

—Yo también. —Cuando dejan atrás a los fumadores condenados al exilio y toman Praed Street, Jar se vuelve hacia él—. Creo que me han seguido hasta aquí.

—¿Hablas en serio?

—Mis amigos dicen que estoy paranoico.

—¿Cuántos? —Max sigue andando, aprieta el paso mientras se abrocha el botón central de la chaqueta—. ¿Cuántos te han seguido?

Antes de que Jar tenga tiempo de contestar, Max echa a correr y se sube de un salto a la parte trasera de un autobús rojo de dos pisos que está parado en la calle. Jar le sigue y salta al estribo justo cuando arranca el autobús.

—Así dispondremos de unos minutos —dice Max, tratando de disimular que le falta la respiración—. Vamos arriba.

Jar quiere preguntarle a qué viene todo esto, pero Max ya está subiendo los peldaños de dos en dos. Ocupan los asientos delanteros (solo hay otros dos pasajeros:

dos señoras mayores sentadas al fondo) y contemplan Edgware Road mientras el autobús avanza hacia Marble Arch.

—Si de verdad queremos darles esquinazo —prosigue Max sin más explicaciones, jadeando todavía—, tendríamos que apearnos en la siguiente parada, cruzar la calle, coger otro autobús en sentido contrario, cruzarlo rápidamente, volver a salir por la puerta delantera, parar un taxi y meternos en alguna calle con mucho tráfico. Pero ya no estoy para esos trotes.

—¿Has hecho esto otras veces? —pregunta Jar, creyendo que Max va a revelar que él también era espía en sus tiempos.

—Siempre he creído que el espionaje y el periodismo son casi lo mismo: en ambos casos se trata de conseguir que la gente revele cosas que debería callarse. No me sorprende que te estén siguiendo. Quizá no dispongamos de mucho tiempo —añade, más serio—. Hay una cosa que debes saber sobre el diario de Rosa.

—¿Te ha ayudado? ¿Con tu reportaje?

—No exactamente. ¿Recuerdas que Rosa te dijera alguna vez que había ido a un retiro?

—Una vez. Eso fue antes de conocernos.

—¿Algo más?

—Fue un comentario de pasada, nada más.

—¿No te dijo dónde era?

—Puede que en Herefordshire, no estoy seguro.

Max se queda callado unos segundos.

—No me enorgullezco de lo que voy a decir, pero había... ¿cómo diría yo?... elementos de mi artículo para esa página web que estaban... retocados... adornados... embellecidos. —Tose teatralmente—. Inventados, vamos.

—¿Como cuáles? —pregunta Jar—. La mayoría de lo que contabas coincidía con lo que cuenta Rosa en su diario.

—Eso es lo que me preocupa.

—No te entiendo.

—Tú has leído el artículo. Yo creía, y sigo creyendo, que hubo varios suicidios de estudiantes en Cambridge y Oxford que eran sospechosos. Cuerpos que nunca se encontraron. Y escribí que a esos estudiantes los habían reclutado los servicios secretos a través de una red de orientadores y psicólogos universitarios.

—Que es lo que se deduce también del diario de Rosa.

Y del documento que le quema en el bolsillo de la chaqueta, piensa Jar, pero no dice nada al respecto. Aún no conoce a Max lo suficiente para enseñárselo, no se fía del todo de él.

Max levanta la mano como un policía de tráfico y echa una ojeada a su alrededor para ver si alguien los oye.

—También escribí que a esos estudiantes los mandaban a un retiro en el campo, en Hereford.

—Eso también encaja con lo que cuenta Rosa —le interrumpe Jar.

Max vuelve a carraspear como si estuviera a punto de confesar un crimen.

—Y que posteriormente algunos fueron transferidos a un edificio de alta seguridad en la base militar que actualmente ocupa el SAS. —Hace una pausa—. Eso fue lo que me inventé. No era más que una hipótesis, y reconozco que no muy brillante. Un tipo de por allí me contó que el dueño de esa casa de retiro era un americano que había estado en las Fuerzas Especiales, eso es todo. En aquel momento me sorprendió, no cuadraba con lo de la casa de retiro. Pero sabía que, si metía al SAS en la historia, a ser posible en la entradilla, el reportaje podía venderse. Por lo menos eso esperaba yo.

—¿Qué quieres decir con que te lo inventaste? Rosa dice...

—Lo sé. Da a entender con todo tipo de indicios que la llevaron al cuartel general del SAS. No estoy orgulloso de ello, Jar, pero no tenía ni una sola prueba que respaldara esa parte de la historia. Solo sabía que varios estudiantes de Oxford y Cambridge que estaban deprimidos pasaron unos días en un retiro espiritual a las afueras de Hereford.

—Eso no significa que no trasladaran a algunos de ellos a la base del SAS.

—Lo siento, Jar. Creo que no entiendes lo que trato de decirte. No tengo ni idea de quién escribió ese diario, pero la persona que lo escribió había leído mi reportaje y copió algunos detalles.

—Pero eso no puede ser. El diario lo escribió Rosa.

—Mi artículo se publicó en la red oscura en julio de 2013, un año después de que muriera Rosa.

—Recuerdo las cosas que cuenta en el diario sobre nosotros. El desayuno después del baile de mayo, su baño en el Cam, la primera vez que nos vimos en el restaurante. Nadie más podría haber escrito esas cosas.

Max se queda momentáneamente callado cuando se detienen en medio del denso tráfico. El autobús está tan inmóvil que Jar empieza a preguntarse si su motor híbrido se habrá parado. Luego, sin embargo, se estremece y arranca de nuevo. En la calle, allá abajo, un grupo de hombres fuma en narguile en la terraza de un bar, viendo pasar a los transeúntes con una mezcla de indiferencia y desdén.

—La verdad es que no sé qué pensar, Jar. Fue hace mucho tiempo y no investigué gran cosa. En aquel momento tenía muchos problemas económicos, me urgía publicar el artículo donde fuese. Por eso, entre otras cosas, me pasé al mundo de la publicidad. Lo que sí sé es que no había ningún orientador psicológico en el *college* de Rosa. Husmeé mucho por allí, me puse muy pesado con los porteros. Su decano, el doctor Lance, trabajaba como captador para los servicios de inteligencia, eso era cosa bien sabida, pero no encontré ninguna prueba de que hubiera un psicólogo o un orientador de ninguna clase en el Saint Matthew's. Lo cual es muy extraño. Pero preferí pasarlo por alto al escribir el artículo y me centré en los *colleges* que sí tenían orientadores.

—Pero Rosa habla mucho de Karen en el diario. No puede habérselo inventado.

Jar trata de ignorar el hecho de que a él tampoco le habló nunca de una psicóloga; que no ha encontrado ninguna prueba de que Karen pasara por el Saint Matthew's o de que Kirsten sea Karen, como pensaba al principio.

—Pero eso confirma tu hipótesis. Es una prueba, un motivo más para que vuelvas a publicar el artículo.

—Lo único que sé con seguridad es que la parte que me inventé, eso del SAS, ha aparecido como por arte de magia, casi palabra por palabra, en el diario de Rosa. —Max se queda callado un momento antes de añadir—: Y hay una cosa más.

—¿Qué? —pregunta Jar, pero Max guarda silencio—. Dímelo.

—El nombre de ese americano, el dueño de la casa de retiro. No quería usar su nombre auténtico, así que me inventé uno. Ten en cuenta que pisaba terreno peligroso.

—¿Qué nombre le pusiste?

Max espera unos segundos antes de contestar.

—Todd.

—¿El instructor que menciona Rosa?

—Lo siento, Jar. Creo que alguien te está manipulando.

No debería escribirte esto, Jar, pero si nos vemos no dispondremos de mucho tiempo. Ellos me encontrarán. Sé que me encontrarán.

No sé por dónde empezar, cómo explicarte las decisiones que tomé. Te debo mucho más que una disculpa, pero al menos déjame empezar por darte una explicación (espero que hayas recibido el documento que te mandé a la oficina). Tú sabías que no estaba a gusto en la universidad, pero nunca te dije lo deprimida que estaba, no te hablé de mis días negros. Cuando estaba contigo salía el sol y los árboles del Jardín de los Estudiantes relucían como después de un aguacero. En cambio cuando estábamos separados volvían los nubarrones y me daban ganas de acabar con todo.

¿Te acuerdas del doctor Lance, el decano del *college*, el especialista en Goethe? También era un buen amigo de mi padre. Fue él quien puso todo esto en marcha. Se dio cuenta de lo deprimida que estaba y me ofreció la oportunidad de empezar de cero. Él y Karen, la psicóloga del *college*, la americana rubia que tanto les gustaba a los chicos. Y yo aproveché la oportunidad, renuncié a nuestra relación y miré hacia el futuro. Elegí el camino de mi padre. Porque lo primero que me dijeron fue que papá había formado parte de un programa para ayudar a estudiantes deprimidos. Creo que no me habría metido en esto de no ser por eso. Para mí era un modo de estar más cerca de él.

El trabajo era aburrido al principio. No puedo decirte dónde estábamos porque el solo hecho de citar el nombre en este *e-mail* dificultaría las cosas durante las próximas horas, a pesar de que estoy usando un «enrutamiento cebolla» para mandarte esto. (No te creerías las cosas que he aprendido a hacer, Jar). Pero en cuanto acabamos el periodo de formación las cosas se pusieron más interesantes.

El único problema era que nos estaban entrenando para descubrir cosas que no debíamos saber y que un día, unos años después, averigüé algo sobre mi padre que lo cambió todo. Mi padre descubrió algo que no debía descubrir. Descubrió que, pasado un tiempo, los americanos que dirigían el programa consideraban prescindibles a personas como yo, estudiantes británicos reclutados en Oxbridge. A fin de cuentas estábamos oficialmente muertos, así que ¿qué más daba que muriésemos otra vez? Éramos carne de cañón, candidatos perfectos para las misiones más peligrosas. Papá estaba a punto de dar el soplo, pero al final se lo impidieron. Hicieron que pareciera un accidente de coche en Ladakh. Desde que lo supe empecé a buscar una salida, un modo de escapar, pero de aquí no puede uno marcharse sin más. Las cosas no



funcionan así.

Un día, sin embargo, se presentó una oportunidad (cometieron un error) y la aproveché. Pensé que era libre cuando por fin conseguí llegar al Reino Unido, pero ahora me doy cuenta de que solo estaban vigilándome, esperando a ver lo que hacía. Los americanos me detuvieron pasados un par de días y me mantuvieron aislada en un base aérea estadounidense, en el Reino Unido, creo. No me trasladaron a ninguna parte durante meses. Puede que años, incluso. No sabría decir. Me torturaron, física y mentalmente.

Pero luego, la semana pasada, conseguí escapar otra vez. Estaba fuera, huyendo. Y así sigo.

Necesito verte, mi niño, demostrarte que estoy viva. Si conseguimos vernos aunque sea solo un rato, tienes que contar mi historia. Van a volver a cogerme y me harán desaparecer, es muy probable que me maten. Ya estoy muerta, a nadie le importará. Pero ahora al menos lo sabes tú. Lo que hagas con esa información es cosa tuya. Búscame, Jar, búscame en el sitio del que hablamos, el sitio al que iríamos si el mundo se salía de su eje.

Dos personas se le acercan, una por cada lado, cuando llega a los torniquetes para tomar el tren nocturno a Penzance. Jar las reconoce de inmediato: son el hombre y la mujer que le siguieron en el metro, entre Ladbroke Grove y Paddington.

—Hay una persona que quiere hablar con usted —dice el hombre agarrándole por el brazo y conduciéndole hacia la parada de taxis que hay junto al andén uno.

La mujer se sitúa al otro lado justo cuando arranca un coche, y entre los dos levantan a Jar del suelo en el instante en que se abren las puertas traseras.

Miles Cato le sonríe suavemente desde el fondo del asiento.

—Disculpe la escenita de película de misterio —dice cuando le introducen en el coche.

Jar mira hacia delante mientras se incorporan al tráfico de Londres. Está anonadado, demasiado furioso para hablar o para asustarse. Aún tiene la cabeza puesta en el *e-mail* que estaba leyendo en el móvil segundos antes. En el coche solo van el conductor, separado de ellos por una gruesa mampara de cristal, y Miles. El hombre y la mujer se han quedado en la acera, camuflados entre la multitud.

—Creo que no es usted consciente de a qué se está enfrentando —dice Miles pasado un momento.

Él también mira hacia delante. Jar quiere decirle que tiene una idea bastante aproximada de a qué se enfrenta, que sabe que Cato no es un simple policía y que todo esto está relacionado con Rosa. Pero se calla.

—Es una adicción, una enfermedad. Llevamos bastante tiempo siguiendo a Martin. La gente como él opera formando gremios. Comparten imágenes obscenas en la red oscura, cientos de miles de ellas. Y son capaces de hacer cualquier cosa para conseguir más. No se trata de una especie de fantasía virtual. Hay vidas en juego.

—No sé de qué me está hablando —contesta Jar con voz más trémula de lo que querría.

—Trate de verlo desde mi punto de vista, Jar. Recibimos un soplo acerca de Martin y sus ordenadores. Investigamos y resulta que acaba de darle a usted un disco duro que podría contener pruebas decisivas. Usted nos lo entrega de mala gana, no sin antes cifrarlo exhaustivamente. Resulta chocante, se mire por donde se mire, ¿no le parece? Hay quien diría que se trata de un caso clarísimo de obstrucción a la justicia. Trato de darle el beneficio de la duda, Jar. Otros no lo harían.

Jar se dice que debe aferrarse a lo que sabe. El *e-mail* de Rosa que acaba de leer; el documento confidencial que guarda en el bolsillo de la chaqueta; la llamada

anónima de esa mañana; el diario de Rosa; el artículo de Max...

—¿Podemos dejar esta farsa de una vez? —pregunta levantando la voz—. Deje de fingir que su interés por el disco duro no tiene nada que ver con Rosa y con su diario. Sé lo que le pasó, adónde fue.

Se hace un silencio mientras Cato lee un mensaje en su teléfono móvil y deja que las palabras de Jar se marchiten en el aire sofocante del coche. «Se le da bien esto», piensa Jar. Ha afinado su técnica a lo largo de muchos años en salas de interrogatorio sin ventanas.

—Siento lo de Rosa —dice por fin Cato—. Y siento que le esté costando tanto aceptar su muerte. No debe de ser nada fácil. Pero le aseguro que si estoy aquí no es por eso. Solo necesito acceso al disco duro. Y necesito saber por qué le pidió usted a su amigo que lo encriptara. Tal y como están las cosas, tenemos bases legales para acusarlos a usted y a Anton de obstrucción a la justicia y de posible complicidad en la comisión de un delito. Nos ampara la Ley de Delitos Sexuales.

Jar vuelve la cabeza, tratando de olvidarse de la posibilidad de que Cato le esté diciéndole la verdad y no tenga ningún interés en Rosa. Parecen estar dando un amplio rodeo en torno a Paddington, subiendo por Edgware Road y bajando por detrás de la estación.

—Anoche le hicimos una visita a Anton —prosigue Cato—. Necesitamos que nos enseñe cómo eliminar el encriptado del disco duro o, mejor aún, que nos entregue la copia sin encriptar que estaba utilizando. Solo que parece haber desaparecido. Es como si se le hubiera tragado la tierra. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

—¿Por qué no se limitan a detener a Martin? —pregunta Jar. Se pregunta si Cato está jugando de farol, si ya han interrogado a Anton acerca del diario.

—Todavía no tenemos pruebas suficientes para imputarle. —Cato se interrumpe un momento—. Escúcheme atentamente, Jar: tiene que hacerle llegar un mensaje a Anton, dígame que se ponga en contacto con nosotros. Por el bien de los dos. Le pido disculpas si ha perdido su tren.

Han vuelto a Paddington. Las puertas traseras del coche se abren automáticamente. Jar sabe que es un error pero no puede refrenarse, no puede impedir que su brazo se doble y que su mano se deslice dentro del bolsillo de la chaqueta. Se pregunta por un instante si Miles cree que va a sacar una pistola, pero no: Cato no se inmuta, no reacciona ni siquiera cuando Jar saca el informe confidencial que le han enviado. Es una jugada irreversible, el impulso inmediato de enseñar todas sus cartas, pero Jar no puede permitir que la farsa se prolongue.

—Para que vea todo lo que sé —dice pasándole el papel a Cato. Se alegra de haber hecho una copia, que lleva en el otro bolsillo—. No se trata de Martin. Se trata de Rosa, que quiere volver. Y si usted y sus agentes continúan siguiéndome, si intentan impedir que la encuentre, hay otras personas que conocen la existencia del programa Eutico. Que saben que Rosa está viva.

Ahora es él quien juega de farol. Solo lo saben Carl y Max, y ni siquiera está

seguro de poder confiar en este último.

—¿De dónde ha sacado esto? —pregunta Cato con el papel en la mano.

Jar le mira buscando ansiosamente una señal, algo que le convenza de que está en lo cierto. Cato casi susurra. ¿Se ha quedado sin aire de pronto? Sus mejillas infantiles han palidecido y la duda ha sustituido a su ecuanimidad habitual. ¿O solo es lo que Jar desea ver?

—No voy a decírselo. Herefordshire, Karen, Sejal... Estoy al corriente de todo lo que usted se empeña en negar. Esa es la fecha de nacimiento de Rosa, por cierto —añade clavando un dedo en el documento, casi sin respiración—. Y esta de aquí es la fecha de su muerte.

—Es usted consciente de que está quebrantando la Ley de Secretos Oficiales al hallarse en posesión de este documento.

Por lo menos ahora le toma en serio, piensa Jar.

—Por eso se lo estoy dando, se lo devuelvo, como un buen ciudadano. Es un objeto perdido, como todos esos portátiles que el MI5 va dejando en los trenes.

—Es un precinto de nivel 3, el grado más alto de secreto.

—Lo que hizo Rosa fue algo muy serio —continúa Jar, que intenta controlar su respiración, ansioso porque Cato deje de fingir, porque descubra sus cartas.

Pero Cato no dice nada, sorprendido por el vuelco que han dado los acontecimientos —se dice Jar—, por la prueba irrefutable que tiene entre las manos. ¿Qué puede hacer? ¿Detenerle por infringir la Ley de Secretos Oficiales? Eso solo demostraría que Rosa sigue viva.

—Solo una cosa más —añade Jar antes de salir.

Necesita alejarse de Cato, que sigue mirando el documento. ¿Por qué demonios no ha reaccionado ya, por qué no ha hecho una llamada, por qué no le dice que ha tenido razón estos últimos cinco años?

—Si encuentra a Rosa antes que yo, trátela bien. —Ahuyenta de nuevo la idea de que a Cato solo le interesa Martin—. Significa mucho para mí. —Ahora está en la acera, inclinado hacia el coche—. Nunca se lo perdonaré si la trata mal.

Ten mucho cuidado con MC. Sé, por lo que he aprendido estos últimos cinco años, que será él quien te aborde, si no lo ha hecho ya. Seguramente se hará pasar por policía de paisano. Y le encanta simular un acento escocés. No tengo ni idea de qué te contará, pero no creas ni una palabra de lo que te diga. Está tratando de encontrarme, igual que los demás.

Los estadounidenses presionarán a los servicios secretos británicos para que hagan todo lo posible por dar con mi paradero. No hace falta que te diga que el programa se acabará si se hace público, igual que se acabarán las carreras de todos los implicados. Esto eclipsaría hasta las revelaciones de Snowden, ¿no crees? Y seguramente también supondría el fin de la relación privilegiada entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

Es importante que nos veamos, aunque sea solo un rato. Ven pronto. Estoy asustada, Jar. Me da miedo que me lleven otra vez donde me tenían presa. Asesinarme sería un acto de piedad.

Parado junto a la puerta del vagón, Jar respira el aire salobre del mar a través de la ventanilla abierta. El tren bordea Mount's Bay acercándose a su destino final, la estación de Penzance. Saint Michael's Mount queda a su izquierda: sus almenas de cuento de hadas se alzan sobre un manto azul de niebla marina. Por encima de él giran plañideras gaviotas.

Rosa solía contarle cómo llegaba a Penzance en el coche cama, con su padre, cuando era pequeña. En aquellos tiempos también podías llevar tu coche en el tren. Tomaban la carretera de la costa en su furgoneta Volkswagen y, cruzando Newlyn, llegaban a Mousehole, donde se alojaban en la casita de pescadores que había sido de su madre.

Jar tiene previsto tomar el autobús en la parada que hay enfrente de la estación. Tendrá que ir primero a Saint Ives y coger luego otro autobús que le llevará por la costa norte, hasta Gurnard's Head, pasado Zennor.

En Paddington, tras despedirse de Cato, hizo todo lo posible por dar esquinazo a quienes le seguían, pero no conoce tan bien como Max las técnicas de despiste. ¿Y cómo sabía Max tantas cosas al respecto? Él se subió al tren de última hora con destino a Swansea en el andén cinco, donde los torniquetes estaban abiertos, y se quedó allí sentado tanto tiempo como se atrevió. Un minuto antes de la hora de partida de su tren a Penzance, se apeó, corrió al andén número uno y, haciendo oídos sordos a los gritos del vigilante para que se apartara, montó en él de un salto.

Jadeando todavía, bajó la ventanilla y miró por el andén mientras esperaba a que el tren arrancara. Pero hubo un retraso. Fue como si el tren se burlara de él, de su paranoia. Jar se dijo que era una idea absurda y se apartó de la ventanilla. «Escenitas de película de misterio», como había dicho Cato. ¿Cómo se le había ocurrido? Aquel no era su mundo. Nadie le seguía. Luego echó otro vistazo por la ventanilla. Un hombre alto le estaba enseñando su billete al vigilante mientras señalaba hacia el tren. Hubo una discusión. Jar consultó su reloj. El tren ya llevaba dos minutos de retraso. «No es nada», se dijo, pero entonces el hombre pasó junto al vigilante dándole un empujón y corrió hacia su vagón. Jar se apartó de la ventanilla como si hubiera visto acercarse otro tren. Después se atrevió a asomarse de nuevo. El tren se movía por fin.

Era el mismo hombre al que había visto tantas veces en la cafetería de enfrente de la oficina, no había duda, y había llegado casi a la altura de su ventanilla. Se miraron el uno al otro, Jar paralizado, tratando todavía de calcular si aquel individuo que llevaba tanto tiempo siguiéndole podría subirse al tren, que iba ganando poco a poco

velocidad.

Subió la ventanilla. Su perseguidor era más joven de lo que había imaginado: treinta y pocos años, la piel enrojecida como por un sarpullido, ojillos penetrantes, un rostro en cierto modo inarmónico, embotado, contraído quizá por el esfuerzo de la carrera y desprovisto de toda emoción. Al darse cuenta de lo inútil de sus esfuerzos y quedarse atrás, sus facciones parecieron desinflarse, perforadas por el cansancio y la desesperación. Fue extraño, pero Jar intuyó que aquel hombre no sentía ninguna hostilidad personal hacia él mientras veía alejarse el tren, que solo experimentaba una sensación de fracaso profesional por haber perdido a su objetivo.

Veinticinco minutos después, cuando el tren pasaba por Reading, se sintió al fin lo bastante tranquilo para apartarse de la ventanilla y ocupar su asiento. La primera parada era Exeter, y ya la temía. Sin embargo, el resto del viaje transcurrió sin incidentes. En cada parada buscaba al mismo individuo en el andén por si había logrado de algún modo alcanzar el tren, pero no lo vio por ningún lado y no hubo nadie más que despertara sus sospechas. Quizá no fuera el hombre de la cafetería. Tal vez fuera un tipo corriente que trataba de coger el tren a Cornualles.

Ahora, al salir de la estación de Penzance una luminosa mañana de sábado, observa a la gente que se ha congregado a la entrada, esperando la llegada de amigos y familiares que vienen a pasar el fin de semana. De no haber estado tan tenso, podría haberse detenido a admirar la escena: la recia estación de paredes de granito que marca el fin de la línea, el confín de la epopeya ferroviaria victoriana. No hay más estaciones al oeste de Penzance. De pronto le asalta la nostalgia, desea estar de vuelta en casa, en Galway. Puede que sea el olor del mar, el cielo inmenso.

Fuera, al sol, un taxista que espera junto a la puerta de su coche levanta las cejas esperanzado, pero Jar se dirige a la marquesina que hay más allá. Faltan veinte minutos para que pase el siguiente autobús a Saint Ives, de modo que cruza la calle y entra en una cafetería en la que pide un sándwich de beicon. Nadie parece seguirle.

Mientras se toma sin prisas un té negro, pasea la mirada por el local pensando en el hombre que ha tratado de subirse a su tren. Debe de trabajar para Cato, cuyo papel en todo esto consiste en encontrar a Rosa y cerrar el caso acallando a cualquiera que, como él, pueda saber demasiado. Su presunta investigación policial en torno a Martin no es más que una tapadera, como ha confirmado el último *e-mail* de Rosa.

Recuerda su conversación con Max, la posibilidad de que alguien le esté manipulando. Le parece imposible, sobre todo desde que empezaron a llegar los *e-mails*. Rosa está huyendo de sus captores, se esconde en Gurnard's Head, donde le espera. *Si alguna vez el mundo se sale de su eje...* Traga saliva al pensar que va a volver a verla después de tantos años y procura alejar de sí las dudas que ha sembrado Max.

Una hora después divisa las paredes ocre del *pub* de Gurnard's Head, destacándose

como un faro de esperanza. «O puede que como una señal de advertencia», piensa. Tiene los nervios a flor de piel desde que cambió de autobús en Saint Ives, y ahora es el único pasajero. Se pone en pie.

—¿Va al *pub*? —pregunta el conductor. Tiene acento del norte, piensa Jar.

—Sí, gracias.

—Un poco más adelante hacen un té con crema buenísimo. En el Rosemergy, como a dos kilómetros de aquí —añade el conductor.

Es la primera vez que hablan y Jar se pregunta por qué han tardado tanto.

—El mejor de Cornualles. Con la crema por encima, claro.

—Puede que lo pruebe.

Jar se queda parado en la cuneta, viendo alejarse el autobús por el desnudo paisaje del páramo. Debería haber hablado más con el conductor, haber disfrutado de la compañía de otro ser humano, pero ya no se fía de nadie. No se ve un alma y el *pub* parece cerrado. Luego, detrás de él, a lo lejos, oye acercarse un coche desde Zennor. Se pega a las sombras del edificio, a un lado, junto a un camino de tierra, y ve que un Mini de color verde aminora la marcha al pasar frente al *pub*. No ve al conductor, que tiene la cabeza girada. Espera a que el coche se pierda de vista en el horizonte antes de salir de las sombras.

El *pub* resulta estar abierto, y en la barra traba conversación con una camarera muy joven. Al principio hablan solo de tés con crema, y de los rumores de que cerca de allí se sirven los mejores bollitos de la región. Le sienta bien hablar. Ha pasado demasiado tiempo encerrado en sí mismo estas últimas horas. La chica le recomienda también el *pub* de más adelante y deja que sus ojos de color jade se posen en los suyos un momento más de lo que exige una conversación trivial sobre té.

Jar sonríe, se fija en lo guapa que es: en su piel bronceada, en su cabello descolorido por el sol y recogido hacia atrás.

—También estoy tratando de localizar a una amiga —dice mientras da vueltas en las manos a un posavasos—. Una mujer de veintitantos años, pelo negro, ojos grandes.

La chica levanta la mirada, su sonrisa es ahora más tenue, más formal que íntima.

—No sé si se aloja aquí —continúa Jar.

—Ahora mismo solo hay parejas —contesta ella echando un vistazo al libro que tiene delante—. Y una familia con dos niños.

Jar asiente con un gesto. Naturalmente, Rosa no podía alojarse en el *pub*. ¿Cómo se le ha ocurrido?

—Bueno, gracias.

Al girar el pomo de la puerta de salida, ella le llama.

—Pero sí que vino alguien anoche.

Jar se para, la mano posada en el canto de la puerta.

—Vino una mujer sola, caminando por la senda de la costa. Creo que está acampada en alguna parte.



—¿Qué edad tenía?

—Veintitantos años. Y tenía los ojos grandes.

Jar consigue esbozar una sonrisa que le es devuelta. A Rosa le encantaba acampar, solía ir de *camping* a los Lagos en vacaciones con su padre.

Hay unos dos kilómetros de bajada hasta la playa y Jar recorre gran parte de esa distancia a la carrera, notando la brisa del mar en la cara. Trata de recordar cómo le describió Rosa este lugar, su disparatado plan de emergencia por si un meteorito chocaba contra la Tierra. Dios, cuánto la quiere, cuánto echa de menos su cabecita chiflada.

«Hay una playa de arena fina y unas calas maravillosas, pero lo mejor es rodear la bahía a pie, pasando por las ruinas de una capilla antigua, y subir hasta Gurnard's Head. Verás unos peñascos en el cabo y un sitio en el que puedes agacharte para resguardarte del viento. ¿Quedamos allí? Podemos ver las focas abajo, y puede que hasta marsopas con un poco de suerte. Y el aire es tan puro...».

Puede que sea puro, pero también le revienta los pulmones. Se ha descuidado físicamente estos últimos meses. Desde que murió Rosa, en realidad. Su vida entera se le ha escapado de las manos: no tiene interés en el trabajo, bebe demasiado, le falta disciplina. Rosa solía hablarle de grandes caminatas, a veces por los Lagos, y también en Ladakh.

Se detiene al final de la senda, junto a las ruinas de una edificación de piedra que mira hacia el mar. Debe de ser la casa de máquinas de la antigua mina de cobre sobre la que ha leído en el tren, buscando en Internet. A su derecha hay una caleta empinada y justo enfrente un cúmulo de rocas. A su izquierda se abre una ensenada delimitada por un cabo rocoso: Gurnard's Head.

Tras echar un vistazo a la ladera por la que ha bajado, se acerca a lo alto del acantilado, fijándose en unas viguetas de hierro incrustadas en las rocas. Parecen vestigios de un cabrestante o de una grúa que debía de bajar el cobre hasta los barcos.

Da media vuelta, regresa a la edificación en ruinas y toma un sendero que bordea la cala y lleva hasta el cabo. Cuando está a medio camino, se tropieza con los restos, casi a ras de suelo, de una pared. Chapel Jane, imagina, su silueta apenas visible entre la hierba crecida. Se detiene un momento, preguntándose si Rosa se ha detenido en este mismo sitio hace poco. Le gustaban todas estas cosas: el pasado antiguo de Cornualles, los pozos y las ermitas, los manantiales y los *fogous* de la Edad de Hierro.

La senda de la costa está desierta en ambas direcciones cuando echa a andar hacia Gurnard's Head. Por el norte, en dirección a Zennor, van congregándose oscuros y amenazadores nubarrones, pero el cabo se recorta aún vívidamente contra lo que queda del cielo azul. Allá abajo, las olas del Atlántico se estrellan contra las rocas levantando una lluvia de espuma que centellea al sol.

Por lo menos, si alguien le ha seguido hasta aquí, no los pillaré desprevenidos. No hay ningún otro sitio al que ir, ningún lugar al que escapar, pero dispondrán de unos minutos preciosos para estar juntos después de cinco años de separación.

Jar se está acercando a la punta del cabo, baja por una precaria vereda que discurre paralela al promontorio rocoso, hasta el extremo de Gurnard's Head. Le recuerda a Cleggan, en la costa de Connemara, aquel día que creyó que Rosa caminaba a su lado, cuando le dijo que además de ser un pueblerino era un patoso. Sonríe al recordarlo.

A su izquierda, acantilados cortados a pico y una caída de sesenta metros hasta el mar. A su derecha, una ladera más suave conduce a los barrancos del otro lado. Por allí, atravesando la hierba, el camino es más fácil, pero él prefiere ir por las rocas. Desde aquí arriba el panorama es más amplio.

Solo al llegar a la última afloración rocosa, al verdadero Gurnard's Head, se da cuenta de lo nervioso que está. Y de lo tonto que es. ¿Por qué iba a estar Rosa precisamente aquí? Trata de repasar los motivos otra vez: porque le encantaba Cornualles, el país de su infancia; porque temía que un meteorito chocara contra la Tierra y una vez le dijo que se reuniera aquí con ella si el mundo se salía de su eje. Pero eso no es suficiente y él lo sabe.

Hay una cosa más que le ha traído hasta Cornualles, algo de lo que ha intentado olvidarse desde que sucedió. La mujer de la escalera mecánica de Paddington, la de la mochila y la cabeza rapada, la que subió al tren de Penzance: era Rosa, por supuesto. No era una alucinación postduelo, ni una proyección de su dolor, ni una *spéirbhean*, como le habría hecho creer su padre. Era la mujer a la que amó en la universidad, la que presuntamente se quitó la vida una noche en Cromer y cuyo cadáver nunca apareció.

Ve primero la tienda, baja y con un estampado de flores, montada en una estrecha franja de hierba alta, al abrigo de unos rocas, de cara al Atlántico. Podría ser cualquiera, se dice mientras avanza, pero ha visto antes aquel dibujo de flores, oscilando colgado de una mochila en el vestíbulo de la estación de Paddington.

Mira automáticamente hacia atrás, recorre con la mirada el sendero hasta las ruinas de la antigua casa de máquinas, al pie de la vereda. Sigue sin verse ni un alma. Luego se vuelve de nuevo hacia la tienda, casi esperando que haya desaparecido: que sea otra alucinación causada por cinco años de aflicción, por la pérdida de una mujer que se marchó sin despedirse. Pero la tienda sigue allí, estremecida por la brisa del mar.

Jar se acerca atajando por las piedras y las franjas de hierba, y un instante después se encuentra a su lado. ¿Está Rosa dentro? Se asoma a la entrada abierta. Hay una esterilla, un saco de dormir y una mochila.

Trata de controlar su respiración y se vuelve para mirar en torno. El cabo está desierto. Se acerca al borde del acantilado, desde donde sale otra vereda que lleva a la punta más lejana, un grupo de peñascos desnudos bajo la enorme y fea roca que da a

este lugar su nombre de pez.

Allí, sentada en una piedra con las rodillas pegadas al pecho, mirando al mar, hay una mujer. Lleva la cabeza rapada, pantalones anchos, y se mece suavemente. Está de espaldas a Jar. Él duda, siente el pálpito de su corazón en los párpados cansados y se agarra a una roca para no perder el equilibrio. Piensa primero en llamarla a gritos pero se refrena por si la asusta, por si no es real. La mira fijamente, sentada al borde mismo del despeñadero. A veces, cuando tiene una alucinación, cierra los ojos y vuelve a abrirlos, y entonces ella ha desaparecido.

Cierra los ojos y empieza a contar hasta cinco, pidiéndole para sus adentros que no se vaya. Esta vez sabe que es real, que por fin la ha encontrado. Al llegar a cuatro abre los ojos, se esfuerza por contener las lágrimas.

—¿Rosa? —pregunta en un susurro, de cara al viento—. Rosa —dice otra vez, más alto.

Ella se vuelve y le mira, dibuja una sonrisa distante, entorna los ojos al sol. Jar ha pensado tantas veces en este momento... Quiere correr hacia ella, estrecharla en sus brazos por si desaparece, por si se desvanece *entre el aire iluminado*<sup>[5]</sup>.

—¿Verdad que es precioso? —dice ella, volviéndose a mirar el mar.

Un estremecimiento de alegría recorre a Jar. Es Rosa. No está delirando.

—Hoy he visto muchísimas focas —añade ella—, tantas que no he podido contarlas. Veníamos mucho aquí. Papá hablaba con las focas, se hacía bocina con las manos, se metía los pulgares en la boca y soplabla. Hacía unos ruidos que parecían más de búho que de foca.

—Rosa —repite él. Siente ya que su euforia se difumina, que deja paso al temor—. Rosa, por favor, apártate del borde.

Ella se levanta, casi tambaleándose, y se retira del precipicio. Jar no puede moverse mientras ella baja entre las rocas, mirando por dónde pisa, y pasa a su lado hacia la tienda. Lleva los ojos bajos, como si él no existiera.

—Siempre se me olvida cerrarla —dice al agacharse para bajar la cremallera.

Jar mira su espalda tratando de comprender qué ocurre. Observa con atención su apariencia, la curvatura de sus hombros, el sonido de su voz.

—¿Dónde has estado, Rosa? —pregunta mientras la ve esforzarse por cerrar la tienda—. ¿Dónde te llevaron?

Ella no responde. Sigue forcejeando con la cremallera.

—Es una tienda de festival —dice—. Papá siempre me decía: «No te compres una barata, es tirar el dinero». Creo que la cremallera se ha roto.

Jar se agacha para ayudarla.

—Espera, deja que lo intente yo.

Sus manos rozan las de Rosa, y aquel roce la hace real. Un momento después, ella llora sobre su hombro, abrazada a él. Jar la estrecha entre sus brazos, absorbe los temblores de su cuerpo frágil sin atreverse a creer que es de carne y hueso. Luego empieza a sollozar. Sabe que debe mantenerse fuerte, pero cinco años de

incertidumbre es mucho tiempo.

Siguen así un buen rato: diez minutos, media hora, Jar no está seguro, ni le importa. Abrazándose en silencio, sentados bajo las rocas mientras el viento fustiga las olas allá abajo. Por fin, él se aparta y mira a los ojos a Rosa, toca su cara, le seca las lágrimas con sus gruesos pulgares. Y luego besa sus labios. Ella vuelve la cara.

—Lo sé todo, Rosa. Y no te culpo por haber aprovechado la oportunidad de empezar de cero. Quiero que lo sepas.

—Entonces es cierto.

—¿Qué es cierto?

Ella fija la vista en el suelo.

—Mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Dímelo, cuéntame todo lo que sepas sobre mí. Por favor.

Jar escudriña sus ojos buscando una explicación y luego desvía la mirada. Comprende enseguida que no habrá respuesta rápida, ni fácil. Rosa tiene esa misma mirada distante que ha visto en Amy: perdida, desorientada.

Empieza por el principio: su descontento en la universidad, el doctor Lance, Karen la psicóloga del *college*, sus viajes a Cromer, el retiro en Herefordshire, la oferta de empezar otra vez. Luego le cuenta cómo se conocieron en el restaurante. Su reacción es la misma: una indiferencia vacua, una mirada mortecina. Están sentados muy juntos, de cara al mar, pero no hay intimidad entre ellos.

Jar vuelve a mirarla. Si se hubiera fiado de sí mismo al verla en Paddington... Porque ahora está seguro de que era Rosa la que corría para coger el tren. Debería haberla seguido a Penzance, haberse fiado de su instinto. Se habría ahorrado tantas cosas esas últimas dos semanas...

—¿Es así? —pregunta—. ¿Lo del retiro en Herefordshire? ¿Lo de Karen?

Ella hace un gesto afirmativo con la cabeza. Jar suelta involuntariamente un suspiro de alivio: nadie le está manipulando. El diario lo escribió Rosa.

—No sabía lo infeliz que eras en el *college* —dice.

Ella desvía la mirada, la fija en el mar.

—Sabía que echabas de menos a tu padre, claro, pero no me daba cuenta...

—No pasa nada.

Jar la mira de nuevo, allí sentados los dos mientras el viento agita sus pantalones holgados. Y de pronto una idea surge como una náusea. Rosa aún no ha dicho su nombre.

—Rosa...

Se vuelve hacia él con la misma mirada que le dirigió en el tren: como si viera a un desconocido.

—¿Sí?

—¿Sabes quién soy? ¿Cómo me llamo?

Otra vez se le saltan las lágrimas y aparta la cara. Jar la rodea con el brazo y,

pasados unos segundos, Rosa apoya la cabeza sobre su hombro.

—Jar, me llamo Jar. Jarlath Costello. Estábamos juntos en Cambridge.

—Sé quién eres, mi niño. A veces lo sé todo. Y luego todo se nubla.

—¿Qué te han hecho, Rosa?

Ella tarda un momento en responder.

—Estaba sola.

—¿Dónde?

—No lo sé, Jar. No recuerdo que me llevaran en avión a ninguna parte, pero oí hablar de una base aérea. ¿Lakenheath? Creo que alguien dijo Lakenheath alguna vez.

La base aérea estadounidense en Suffolk, piensa Jar.

—Había una luz suave. Me raparon la cabeza y me obligaron a ponerme un mono naranja. Día y noche, me ponían la comida en el suelo como si fuera un perro.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—¿Seis meses, seis años? No lo sé, Jar. Lo siento.

—No pasa nada —dice él, acunándola. Pero sabe que no es cierto.

—Van a venir a por mí otra vez, ¿verdad?

Jar mira hacia el otro lado de la bahía.

—¿Le has dicho a alguien que ibas a venir aquí? —pregunta.

—No.

—¿Tienes teléfono?

—No.

—¿Estás desconectada?

Rosa le mira de nuevo, sus ojos parecen brillar un momento como si comprendiera lo que dice.

—Pero en el *pub* hay *wifi* —dice.

Debe de haber usado el *wifi* del *pub* para mandarle los *e-mails*, piensa Jar. Le habrá pedido prestado el teléfono o el iPad a alguien.

—No pueden localizarte si no tienes teléfono —añade.

—No, no pueden.

Jar se levanta, mira la vieja casa de máquinas del otro lado de la bahía. Una figura alargada ha aparecido al pie de la senda. Jar se dice que debe intentar controlar su paranoia.

—¿Tienes frío? —pregunta ella—. Está empezando a refrescar.

—Estoy bien. —Jar se sienta en el suelo a su lado, como dos amigos del colegio en un banco del parque. No esperaba que su reencuentro fuera así, no se lo imaginaba tan prosaico—. Así que este es el lugar donde quedamos en vernos «si alguna vez el mundo se salía de su eje» —dice mientras contempla el mar—. He recibido tus *e-mails*.

Ella se queda callada, sonríe como si recordara algo muy lejano.

—He visto algunas estrellas fugaces. Pero meteoritos no. Todavía no.

—Escribiste sobre eso en tu diario una vez, pero no decías dónde estaba.

—A ellos nunca se lo dije —añade ella—. Nuestro secreto.

«Y ahora yo lo he revelado», piensa Jar, y mira de nuevo aquella figura cuyo paso le resulta familiar. Se le encoge el corazón. Es el hombre que trató de subirse a su tren en Paddington. Camina a buen ritmo por el sendero, hacia el cabo donde están sentados. Jar mira a su alrededor buscando una vía de escape, pero no hay donde esconderse, ningún lugar al que huir. El cabo está rodeado por precipicios y por el mar. Él ha traído a los captores de Rosa hasta aquí.

—Tienes que contarme todo lo que puedas sobre dónde has estado, sobre lo que ha pasado —dice en tono apremiante.

—Está todo en mi diario. Mi vida entera está anotada ahí.

—¿Lo llevas encima? —Jar no sabe si decirle que ya lo ha leído casi todo.

—De todos modos me lo sé de cabo a rabo. Me hacían memorizar una entrada cada día. —Se interrumpe un momento—. «Había una sola cosa que me ponía nerviosa de Karen: esa manera que tiene de tomar aire por la nariz justo antes de empezar a hablar, como si de repente se acordara de que tiene que respirar. Cuanto más hablaba... más me fijaba yo en aquella forma de respirar, hasta que empecé a oírla como un jadeo ensordecedor. A papá le habría hecho gracia».

Karen, la psicóloga que la atendía en el *college*, piensa Jar. Esa de la que nunca le habló. De la que Max no encontró ningún indicio en ninguna parte.

—¿Te acuerdas de Herefordshire? —pregunta—. ¿Del retiro al que fuiste?

—De comer chocolate negro con Sejal.

—¿De lo que te explicaron los americanos?

Rosa se queda callada un segundo.

—Creo que sí.

De eso quiere Jar que le hable: de la última entrada del diario, la que estaba incompleta, cortada, en la que iba a revelarlo todo.

—¿Puedes decirme algo más sobre ese programa? ¿Sobre el programa Eutico?

—Nos apodaban «los invisibles». Todo el mundo nos creía muertos, nadie sabía que existíamos. Papá no quería que fuera así. Se suponía que iban a ofrecernos una nueva vida, y durante un tiempo fue así, pero luego los americanos... —Su voz se apaga un instante—. Tenían otros planes, nos consideraban prescindibles.

—¿Cómo era tu nueva vida?

Ella tarda un momento en contestar. Jar trata de no impacientarse. El hombre ya casi ha llegado a su altura. Jar debería haber tomado un tren de regreso a Paddington en vez de venir desde Penzance, debería haber despistado a su perseguidor, haberle alejado de Rosa y de Cornualles. Pero le ha traído hasta aquí, y ahora están atrapados.

—Pasábamos mucho tiempo estudiando.

—¿Encriptación?

—No me acuerdo.

—¿Fue así como descubriste lo de tu padre?

—Entonces me escapé. Quería hacerlo público. Pero ellos me cogieron y me metieron en... —Se interrumpe otra vez, se le humedecen los ojos.

—No pasa nada. —Jar la estrecha entre sus brazos, se dice que está viva, que es real. ¿Volverán a estar así, juntos, alguna vez? ¿Solos los dos? Mira de nuevo al hombre que se acerca.

—Pasaron cosas horribles —susurra Rosa—. Como no te puedes imaginar.

—¿Te las hicieron a ti?

—Él decía que era dueño de mi alma.

—¿Quién decía eso?

Rosa tarda en responder.

—«Cuando le salvamos la vida a un ser humano, su alma nos pertenece...».

—¿Eso formaba parte del programa?

Ella no parece escucharle.

—Luego me llevaron a otra parte.

—¿A la base aérea?

Otra pausa, esta vez más larga. Luego, Rosa empieza a sollozar.

—Intentaron ahogarme —dice casi en un susurro.

—Dios mío, Rosa, lo siento muchísimo.

La curiosidad está dando paso a la ira.

—Crees que vas a morir. Te meten un trapo en la boca, vierten agua. No puedes respirar, te entra el pánico y entonces es peor aún...

La tortura del agua, piensa Jar. Una especialidad americana en Guantánamo. No sabía que también se utilizara en Lakenheath.

—Y luego me... —susurra Rosa—. Una y otra vez, y otra.

Jar cierra los ojos, recuerda las palabras de advertencia de Cato. «Creo que no es usted consciente de a qué se está enfrentando».

—Tenemos que hacerlo público, Rosa. Contarle a todo el mundo lo que ocurrió. Lo que te pasó a ti, y a tu padre. Tenemos que demostrar que estás viva.

—¿Lo estoy? —Ella consigue proferir una risa débil, esboza una sonrisa.

Jar la abraza más fuerte por si desaparece.

—Confiaba en que vinieras —susurra Rosa—. A nuestro punto de encuentro secreto. Sabía que vendrías. Es una de las pocas cosas que sabía sobre mi vida. Sobre mi antigua vida. Entre nosotros había algo muy serio, ¿verdad? Entre tú y yo.

—Tenemos que hacernos una foto —dice Jar.

Las lágrimas vuelven a aflorar. Las entradas del diario de Rosa habían empezado a hacerle dudar de si su relación era tan fuerte como recordaba. Saca su teléfono, estira el brazo y lo sostiene ante ellos. Le tiembla la mano. Se apoyan el uno en el otro.

—Un *selfie* —dice Rosa sonriendo.

—Rápido. Mira a la cámara.

Hace la foto y echa un vistazo al teléfono.

—No hay cobertura. Antes había cobertura.

—Espera a que sople el viento —dice Rosa.

—No hay tiempo. —Jar se pone en pie y levanta el teléfono estirando el brazo como si fuera a hacer una pregunta en clase—. Con una rayita de cobertura basta.

Ya ha escrito el mensaje dirigido a Carl. La foto lleva un texto adjunto que dice *Rosa y yo hoy*, con la fecha entre paréntesis. Pulsa «enviar».

—¡Dios, envíala de una vez! —grita, viendo cómo gira la ruedecilla del programa en el teléfono.

Un momento después, el hombre aparece en las rocas, por encima de ellos, destacándose contra el cielo azul. Lleva un pasamontañas negro y empuña una pistola. Jar le mira tratando de distinguir sus rasgos por debajo del pasamontañas: los ojos penetrantes, la piel enrojecida. Luego lanza el teléfono al aire, por encima del precipicio y lo ve girar al sol y perderse de vista al caer al mar. Un segundo después el hombre salta y cae a su lado. Jar se adelanta para proteger a Rosa, pero el otro es más rápido, le golpea en la cara con la culata de la pistola. Jar cae al suelo, su mejilla choca con la hierba blanda y musgosa. Trata de levantarse, de impedir que se lleve a Rosa, pero no puede moverse. Le pesan las piernas, la cabeza le da vueltas.

—¡Rosa! —gime—. ¡Rosa!

Ve impotente cómo se la lleva por las rocas con las muñecas sujetas a la espalda, apretando un trapo contra su boca. Le ha fallado, piensa. Y entonces todo se oscurece.



## Segunda parte

—¿Has recibido la foto? —pregunta Jar.

La joven de la barra del *pub*, la de los ojos verdes, finge no mirar. Jar se ha ofrecido a pagarle la llamada, pero ella no ha querido ni oír hablar del asunto. Parece más preocupada por la brecha que tiene en la cabeza (Jar le ha dicho que se la ha hecho al caerse en el sendero del acantilado) y por el tiempo que ha estado inconsciente.

—¿Qué foto? —dice Carl.

—Te he mandado una foto mía con Rosa. Carl, está viva. Acabo de estar con ella.

—¿Se te ha ido la olla o qué, tío? Te noto muy acelerado. ¿Dónde estás?

Jar sabe lo que está pensando su amigo. Que ha tenido otra alucinación, como la de Paddington (no va a intentar convencerle de que aquella también era Rosa). Confiaba en que la foto despejara sus dudas de una vez por todas, pero no la ha recibido. Jar está seguro de que la envió antes de arrojar el teléfono al acantilado.

—¿Te importa mirar tus mensajes otra vez, por favor? ¿Estás seguro de que no te ha llegado? A veces tardan un rato en llegar. Puedes comprobar la fecha y la ubicación cuando la recibas.

Se hace un largo silencio.

—Jar, oye, tío, no hay ninguna foto. Para serte sincero, no sé de qué estás hablando. Tenemos que solucionar esto, de verdad, este rollo de que veas a Rosa por todas partes. Tienes que volver a Londres, hablar con la policía... Y seguro que Kirsten quiere volver a verte. Como terapeuta, quiero decir.

—Tú no lo entiendes. Esto es distinto, Carl. Tienes que publicar la foto. Cuélgala en nuestra página web. Mándasela a los periódicos. Lo que sea. Pero publícala en cuanto te llegue.

Mira a la camarera y se obliga a sonreír. Sabe que está hablando muy deprisa, que no le llega suficiente oxígeno a los pulmones. Antes su vida nunca iba tan deprisa.

—Puede que no parezca Rosa pero era ella. Tiene la cabeza rapada, ha perdido mucho peso. No era una alucinación, Carl. Esta vez no. He estado con ella hace un rato. Antes de que se la llevaran.

—¿Ahora estás con alguien?

—Carl, escúchame. No me pasa nada. Rosa está viva. No está bien, pero está viva.

Cuelga y sujeta firmemente el teléfono fijo sobre su soporte durante diez segundos, tal vez más, como si ahogara a un gatito hasta extinguir su vida por

completo. Cuando aparta la mano, la camarera le está mirando.

*Cromer, 2012*

Esta mañana he ido a Norwich a recoger a Rosa. Se ha empeñado A, a pesar de que hay un servicio de tren estupendo, aunque lento, que hace el trayecto Norwich-Cromer. Rosa estaba más arisca que nunca. Ha salido a su padre. A dice que estos últimos meses lo ha pasado muy mal, que no me compadezco de ella. Sé que tendría que preocuparme más, pero cuesta tenderle la mano a alguien que no acepta tu ayuda. Le he hablado de las ventajas de las benzodiacepinas, pero no le interesan.

Mi nueva tarea en el curso de escritura creativa consiste en llevar este diario, mezclando poco a poco la ficción con la realidad cotidiana de mi inesperada prejubilación. Es mi placa de Petri literaria, antes de empezar la gran novela. Tengo que escribirlo como si me estuviera dirigiendo a alguien en particular, a una persona en una habitación. Como una carta, solo que más directa: a la cara, a bocajarro. El peligro está en caer en un estilo excesivamente autorreferencial: «una primera persona inflada de esteroides», como dijo mi tutor *online*, en lo que supongo fue una conmovedora tentativa de enlazar mi vida anterior en el laboratorio con mi futura dedicación a la escritura. («Una primera persona inflada de nootrópicos» habría sido una definición más correcta).

Preferiría sentarme a hablar un par de horas con un autor publicado, en vez de hacer todos estos ejercicios tan aburridos. Lo de la semana pasada fue peor: redactar el *curriculum vitae* de cada uno de tus personajes principales. Y yo que creía que había dejado atrás el mundo empresarial.

Lo bueno es que Rosa se ha buscado un nuevo novio. Está claro que el chaval no la hace muy feliz, pero ha escrito un libro de relatos. Y lo ha publicado (no él mismo, sino una editorial). He intentado sonsacarle alguna información a Rosa en el coche, pero tenía todavía menos ganas de hablar que de costumbre, así que he buscado el libro en Amazon cuando hemos vuelto.

No estoy seguro de que sea muy de mi estilo, pero tiene un montón de reseñas de cinco estrellas. (¿Qué sería de nosotros sin la familia y los amigos?). Ya he encargado un ejemplar. Si es medio decente, invitaré a Jar a pasar en casa un fin de semana con Rosa, para charlar sobre literatura. Mi problema no es inventar un *curriculum vitae* para mis personajes, es dar con una historia original. Puede que solo tenga que revisar material preexistente. Contarlo de una manera nueva.

Mi tutor dice también que debería tener siempre a mano un cuaderno para anotar observaciones acerca de mis personajes, esbozos de diálogos y tal, y luego añadirlos a mi diario. Solía hacerlo antes de ir a Cambridge, cuando pensaba que iba a ser escritor y trataba en vano de escribir una novela *beatnik*: anotaba cosas que pescaba al vuelo y luego las pasaba por el prisma del peyote y otros alcaloides psicodélicos. Así que hoy me he comprado un cuaderno en Norwich, cuando esperaba a que apareciera Rosa (llegó tarde, como siempre). Es un Moleskine. Ya que estaba allí, he comprado también un bloc de dibujo nuevo, para la clase de dibujo al natural de la semana que viene. A dice que me vendrá bien. Está empeñada en que tengo la crisis de la mediana edad y cree que así la bandearé mejor. Intenté escaquearme, pero no hubo manera: dice que tengo que mantenerme ocupado. Si ella supiera...

Las cosas están bastante tensas entre nosotros ahora mismo, sobre todo porque ella ha decidido tomarse nuestro «cambio de circunstancias vitales» como una oportunidad para reducir el consumo de benzodicepinas y el resto de la medicación que llevo dándole veinte años. «Un nuevo comienzo» dice constantemente, aunque no me ha confesado que está tratando de dejar las pastillas, y yo finjo que no me he dado cuenta.

Nadie debería pasar tanto tiempo tomando ansiolíticos, claro, pero así se han solventado sus problemas de ansiedad durante años. Y, como le he dicho muchas veces, no es fácil dejarlo: hay que hacerlo poco a poco y con cuidado para evitar síntomas de abstinencia incapacitantes, que suelen ser muy parecidos a los efectos primordiales de las benzodicepinas: insomnio más que efectos sedantes, ansiedad más que calma, tensión en vez de relajación muscular.

También paso mucho más tiempo en casa, aunque esté casi siempre aquí, en mi cabaña. Le he explicado que me he apuntado a un curso de escritura, para reavivar la pasión que hace años me llevó a considerar la posibilidad de estudiar Filología en Cambridge. Es el primer paso en el largo camino hacia la publicación —le he dicho—, pero los dos sabemos que eso no explica que pase tanto tiempo aquí. Es demasiado buena para decírmelo a la cara, y además se da cuenta de que necesito espacio para aclarar mis ideas ahora que me han «dejado marchar». (Yo prefiero el verbo «despedir»: suena a propulsión, a finalidad). Si pudiera comer, beber y dormir solo en la cabaña, lo haría.

Pensaba que tener tiempo para dedicarme por fin a lo que siempre he querido hacer (escribir una novela) sería un bálsamo, pero había olvidado que ir ordenando palabras en un papel es un proceso lento y penoso después de pasar años manejando datos. Nunca he aflojado mi ritmo de lectura, devoro varios libros a la semana, pero eso no sustituye al proceso de escritura. Para ser sincero, paso más tiempo navegando en Internet que trabajando en mi libro: me mantengo al día de lo que hacen antiguos colegas (hoy he estado leyendo lo último sobre receptores 2C de serotonina en *Molecular Psychiatry*) y también —lo reconozco— miro Strava para comparar mis cronos en la bici con los de otros ciclistas. Es lo que tiene la vida de escritor: la

infinita variedad de estímulos que pueden servirte de distracción. Ahora tengo más horas al día para salir con la bici, por ejemplo. Pero no tantas como pensaba: Internet me roba mucho tiempo.

Hoy he empezado a limarme las uñas. No fue adrede, por lo menos al principio. Se me partió una cuando estaba aporreando la pared con los puños.

Me miré las otras uñas, algunas rotas, una arrancada, varias de un centímetro y pico de largo (empiezan a enroscarse como mondas de fruta), y me acordé de cuando le enseñaba las manos a papá los domingos antes de la comida: ternera asada, salsa casera de rábanos picantes, (solos él y yo). Solía cogerme los dedos y darles la vuelta como si fueran las cosas más preciosa del mundo. ¿Qué pensaría de ellos ahora?

Así que me puse a restregarme las uñas contra la pared hasta dejarlas suaves. Jar tenía unas manos preciosas, con las uñas como mármol pulido.

Jar tiene que refrenarse constantemente mientras baja por el sendero hacia Gurnard's Head. La camarera (Morvah, le ha dicho que se llama) se esfuerza por seguir sus zancadas impetuosas y de cuando en cuando arranca a correr a su lado.

Jar ha pasado media hora esperando en el *pub*, hasta las cuatro de la tarde, cuando terminaba el turno de Morvah. Ella ha buscado algo con que vendarle la herida de la cabeza y le ha sujetado el vendaje con un imperdible de los grandes, dejando que sus manos se demoraran más de lo necesario en el contacto. Luego, Jar se ha sentado junto a la barra a beber una Guinness y a intentar calmarse, y le ha hablado de Rosa cuando ella no estaba sirviendo a los clientes. Morvah le ha escuchado con paciencia, lanzándole miradas sugerentes que en otras circunstancias podrían haber despertado alguna emoción en él. Jar se ha alegrado de que la conversación derivara hacia la literatura. Morvah lee mucho cuando no está surfeando, dice: a Proust, a Joyce, a Sebald.

Estaba disfrutando de la charla hasta que ha visto a Rosa sentada en un rincón. Ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos, pero no sin que antes la viera arrugar el ceño y, aunque sabía que era una alucinación, se ha parado en seco. Estaba borracho, fingía admirar a autores a los que nunca ha leído. Y seguía hablando atropelladamente. Carl tenía razón: parecía haber tomado anfetaminas. Después de hablar con su amigo por teléfono, la cabeza le iba a mil por hora. La negativa de Carl a creerle le ha obligado a poner en duda lo ocurrido en Gurnard's Head, la convicción de que Rosa había estado, en efecto, allí. Estaba impaciente por volver a ver el sitio con alguien, con una tercera persona, para tranquilizarse, para convencerse de la autenticidad de aquel instante, y Morvah se ha ofrecido a acompañarle. Jar es consciente de que se siente atraída por él, pero nadie puede acusarle de haberle dado pie. Le ha dejado muy claro lo que siente por Rosa.

Ahora, al llegar a la antigua casa de máquinas, se cruzan con un señor mayor que va paseando a dos perros. Cuando los saluda con una inclinación de cabeza y echa una ojeada a su vendaje, Jar se detiene a hablar con él, esforzándose en vano por aparentar normalidad y mostrarse cordial.

—Qué día tan soleado. ¿Ha visto usted a alguien por aquí hace un rato?

«Domínate», piensa. El hombre, cuyos mechones de pelo gris agita la brisa marina, le mira y luego mira a Morvah, que acaba de acercarse. Parece reconocerla.

—Hola, Morvah —dice.

—No pasa nada, es amigo mío, señor Thorne —contesta ella advirtiéndole su



intranquilidad.

Jar piensa que debe de ser una buena camarera: que se desvive por los demás, que se preocupa por la gente del pueblo cuando no está surfeando. Había quedado en encontrarse con unos amigos en Sennen Cove, pero los ha dejado plantados para acompañarle.

—Solo quería preguntarle si ha visto usted algo raro hace un rato —insiste Jar—. Hará una hora, quizá.

—Depende de lo que entiendas por «raro» —responde el señor Thorne, más tranquilo, y le hace un guiño a Morvah, señalando con la cabeza a Jar.

—El señor Thorne vive un poco más arriba, por este camino —explica Morvah.

El hombre los mira y añade:

—Subió un coche por la carretera hace cosa de una hora. No lo vi llegar.

—¿Qué clase de coche era? —pregunta Jar.

—Un Mini verde. Alquilado en Penzance. Llevaba una pegatina en la luna trasera.

El mismo vehículo que vio pasar Jar al apearse del autobús.

—¿Vio quién iba dentro? —pregunta—. ¿Cuántas personas?

El señor Thorne parece un hombre de los que se fijan en esas cosas: sería un buen patrullero de barrio.

—Una, delante. Parecía un tío muy grandullón.

Jar consigue sonreír, tratando de parecer menos trastornado. Tiene que animar al señor Thorne a que siga hablando.

—Mi amigo está buscando a una chica —explica Morvah.

Jar repara en que ha dicho «mi amigo». Toma nota de que debe darle las gracias.

—Cree que podía ir en ese coche —añade ella.

El señor Thorne parece advertir que ninguno de los dos está siendo muy sincero con él. Y tiene razón, se dice Jar. Pero ahora mismo solo puede pensar en Rosa acurrucada en el maletero, con las manos y los pies atados y una mordaza en la boca.

—¿Es que pasa algo? —pregunta el señor Thorne, mirándolos a ambos.

—¿No se habrá fijado en el nombre de la empresa de alquiler de vehículos? —dice Jar.

—Es la que hay junto al puerto.

Morvah asiente con la cabeza como si supiera a cuál se refiere. Jar ya ha preguntado suficiente. Si sigue interrogándole el señor Thorne quizás llame a la policía, y eso es lo último que quiere Jar. Preguntará a Morvah por la agencia de alquiler de coches.

Dan las gracias al señor Thorne y siguen a toda prisa hacia Gurnard's Head, Morvah trotando a su lado. Se la imagina corriendo de cara a las olas con la tabla bajo el brazo. ¿Por qué los surfistas siempre se lanzan así al mar?

—¿Adónde vamos exactamente? —pregunta ella.

—Quiero enseñarte dónde estaba, dónde tenía montada la tienda.

—Pero si yo te creo.

—Lo sé, y te lo agradezco. De veras. Y gracias también por decirle al señor Thorne que soy amigo tuyo. ¿Conoces esa empresa de alquiler de vehículos? Tenemos que ir a hacerles una visita en cuanto acabemos aquí.

Diez minutos después están en lo alto de Gurnard's Head. A Jar empieza a dolerle de nuevo la herida de la cabeza, ya sea porque los efectos del analgésico que le ha dado Morvah en el *pub* empiezan a disiparse, o por hallarse de nuevo en el lugar donde le han golpeado.

—Estaba aquí, justo aquí sentada —dice, indicando la franja de hierba junto al acantilado donde ha visto por vez primera a Rosa un par de horas antes—. Y aquí es donde estaba su tienda —agrega.

—Sería lógico que la hierba estuviera aplastada —comenta Morvah, y se sube las gafas de sol por encima de la frente antes de mirar el suelo con atención.

«Tiene razón», piensa Jar. ¿Por qué la tienda no ha dejado marcas? Allí la hierba es muy espesa, crece en fuertes matorrales para soportar los temporales, y sin embargo no hay ninguna marca. Quizá Rosa acababa de montar la tienda. Jar se vuelve hacia el mar y mira hacia el otro lado de la bahía, donde se estrellan las olas del Atlántico. El sol sigue alto pero sus rayos empiezan a debilitarse. Si todo ha sido una alucinación postduelo, es la más realista que ha tenido.

Aspira el aire fresco, deseando que Carl haya recibido la foto.

—Nos hemos hecho un *selfie* aquí mismo, unos segundos antes de que se la llevaran.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, entre ellos.

—Creo que deberíamos volver y que te miren ese corte como es debido.

—No tengo una conmoción cerebral, si es eso lo que estás pensando.

—Sé que no la tienes.

—Estaba justo aquí —repite él, pero Morvah ya no le oye.

Ha echado de nuevo a andar por la vereda.

*Cromer, 2012*

Esta noche A ha dado su clase de dibujo al natural. Ha vuelto a dibujar, cree que así podrá dejar las pastillas. Intenté escaquearme otra vez, pero se empeñó. Y yo no podía resistirme a toda costa.

Le dije que no me encontraba muy bien, pero se dio cuenta de que era mentira. La verdad es que estaba mejor que nunca, con los sentidos afilados por el potenciador cognitivo que me tomé veinte minutos antes. Estaba deseando ver cómo afectaba a mi capacidad para dibujar. Con la escritura me ayuda.

—Vamos, mi niño, no puedes pasarte todo el día sentado en tu cabaña.

Ella sabe que me gusta que me llame «mi niño»: hace que me sienta joven, y no como un científico entrado en años. Y, además, así es como llama Rosa a Jar.

Me he calmado, me he ajustado los puños de la camisa y he salido de la cocina. El cuarto de estar estaba lleno. Era gente simpática (a A le encantaban las fiestas, hace tiempo), pero de pronto he sentido la necesidad de marcharme de allí, de alejarme de la chica desnuda (una estudiante) sentada en la mesa delante de mí.

—La semana pasada era un tío —me ha susurrado el único hombre que había, aparte de mí, el novio de una amiga de A, mientras sacábamos nuestros lápices y cuadernos—. Estaba sentado en la mesa del comedor como un frutero muy extraño.

Por la cara que ponía Sasha, la modelo, saltaba a la vista que lo que menos le apetecía en el mundo era estar desnuda en una casa de Cromer, rodeada por un montón de desconocidos que chupaban lápices HB. Y no me extraña. Supongo que era actriz. La mayoría lo son, por lo visto.

En ciertos aspectos me recordaba a Rosa. El mismo melenón, la misma boca carnosa, la actitud arisca. Y tenía buen tipo, además: más de manzana que de pera. Hombros de nadadora, caderas estrechas.

Tres cuartos de hora después he hecho una parada para servir un *shiraz* sudafricano. A ha entrado en la cocina, donde yo estaba llenando las copas que ella ya había colocado en una bandeja.

—¿Qué tal va eso? —ha preguntado poniéndome una mano en el brazo y acercándose a mí.

Se cree que no he notado que ha reducido su dosis y que para compensarlo ahora bebe más.

—Algunas personas han nacido para dibujar. Yo no soy una de ellas.

—Bueno, no sé —ha dicho mientras hojeaba mi bloc, que yo había dejado sobre el aparador.

—No —he dicho cerrándolo con firmeza.

Ha pensado que estaba de broma y me lo ha quitado, tapándolo con los brazos y pegándoselo al pecho mientras contoneaba todo el cuerpo.

—No seas tímido —ha dicho con una sonrisa.

Yo no podía seguir resistiéndome. De mala gana, me he puesto otra vez a servir el vino y he intentado imaginarme lo que había dibujado.

A se ha apoyado contra el aparador al abrir el cuaderno y luego se ha puesto de lado.

—Es bueno. No está nada mal. —Después ha mirado un poco más detenidamente el dibujo. Yo he notado una opresión en el pecho—. No recuerdo que llevara una gargantilla.

—Es una licencia artística —le he dicho, y he llevado el *shiraz* al cuarto de estar.

Por fin he completado de cabeza el palacio de Shahrayar, cada losa de mármol, cada bloque de granito colocado con todo cuidado, con toda precisión, en su lugar correspondiente. No me había dado cuenta hasta ahora de cuánto sé de arquitectura. Los arcos de la Alhambra no me han dado problemas, ni siquiera los mocárabes (es increíble la cantidad de cosas que recuerdo de las charlas que me daba papá en vacaciones).

La última habitación que he construido ha sido el aposento de Sherezade, adonde se retiraba cada noche para idear otro relato con el que mantenerse con vida. Mañana empezaré a contar los cuentos de Sherezade, seguidos por alguno de mi cosecha.

Estoy deseando que llegue el fin de semana. Papá y yo nos vamos de vacaciones, las mejores que hemos tenido nunca. Esta noche voy a hacer la maleta y ya estoy emocionada. Nos iremos temprano al aeropuerto: bocadillos de pan de chapata con beicon caliente envueltos en papel de aluminio para el viaje en coche y luego, diez horas después (36 000 segundos), estaremos en Delhi. El viaje en avión será aburrido, hay que pasar mucho tiempo sentado, pero creo que podré aguantarlo. Por lo menos podré elegir la película.

Pero ahora tengo que seguir escribiendo este diario: no el que me han pedido que me aprenda de memoria, sino este, del que nadie sabe nada. Encontré un trozo de papel y un boli azul por aquí. Procuro no pensar en lo que pasará cuando se me acabe la tinta o si descubren que tengo un papel escondido detrás del lavabo. Escribir un diario es lo único que impide que me vuelva loca. Eso, y los juegos mentales.

Mi pasado se ha convertido en un borrón mareante, pero cuando me concentro todavía distingo unas cuantas instantáneas extraídas de mi memoria que sé que son ciertas, como la noche que Jar y yo anduvimos kilómetros y kilómetros por las calles de Cambridge y acabamos en un restaurante turco de Mill Road a la una de la mañana. A las tres nos pidieron que nos fuéramos, pero a esas alturas yo ya me había dado cuenta de que había encontrado al hombre con el que quería pasar el resto de mi vida.

Estábamos borrachos y en el restaurante no quedaba nadie.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —pregunté poniendo mi mano sobre la suya.

—Un mes entero —contestó.

—Pues ya me parece toda una vida.

—¿Lo dices en el buen sentido? ¿O como si fuéramos un matrimonio aburrido?

Me llevé su mano a los labios y la besé.

—Mi mundo se fracturó cuando murió mi padre. Se partió limpiamente en dos. En uno de los lados, durante una fracción de segundo cuando me despierto, todavía está vivo. En el otro, sé que está muerto. Desde que nos conocemos me siento con más fuerzas para aceptar mi vida tal y como es ahora. Sin mi padre. Gracias a ti.

—Ojalá le hubiera conocido —dijo Jar acariciando mis dedos con sus manos grandotas.

—Sí, ojalá.

—¿Vas a venir conmigo a Irlanda este verano? ¿A conocer a mis padres?

—Claro que sí.

—Puedo enseñarte la costa de Connemara, Cleggan Head...

Me quedé callada un momento, absorta en sus ojos.

—No sé qué habría hecho si no te hubiera conocido. Me asusta pensarlo.

—Pues no lo pienses —dijo él, y se inclinó para besarme—. ¿No me has dicho que una vez estuviste en un retiro de meditación? ¿En Herefordshire o no sé dónde? Seguro que te enseñaron a prescindir de pensamientos negativos. Y de la carne. Y del *whisky*...

No sé qué dije yo. Ojalá me acordara. Pero ya no sé qué recuerdos son de verdad míos, y qué pasó realmente en aquel dichoso retiro.

Jar y Morvah están sentados en silencio en el Volkswagen Escarabajo de ella, mirando el Mini verde desde el otro lado del aparcamiento de Penzance. En la parte de atrás del Escarabajo hay encajada una tabla de surf cuyo extremo asoma entre ellos, presionando el techo del coche. Cuando acaben aquí, Morvah se irá en busca de las olas.

Jar observa atentamente el Mini, convencido de que es el mismo que vio ayer el señor Thorne, el hombre con el que se cruzaron en el camino de la costa. Y el mismo que él vio pasar frente al *pub*. Al llegar al aparcamiento hace cinco minutos y verlo, se ha quedado atónito.

—¿Vas a entrar? —pregunta Morvah mirándole.

Jar se lleva una mano a la tirita que le puso en la cabeza.

Recuerda muy vagamente la noche de ayer. Aceptó el ofrecimiento de Morvah de dormir en un cuarto vacío para empleados que hay en la parte trasera del *pub* y se fue a la cama temprano. Le dolía la cabeza por la herida y por haber bebido demasiada Guinness.

—El anestésico irlandés —bromeó alguien en el bar, y Morvah sonrió con nerviosismo.

Beber parecía ser la única forma de calmarse y afrontar lo sucedido: haber encontrado a Rosa después de cinco años para ver cómo se la arrebatában de nuevo unos minutos después.

Está seguro de que el tipo alto de Gurnard's Head era el mismo que intentó subirse al tren. Y de que ha sido él mismo, Jar, quien le ha conducido hasta Rosa. Siguiendo órdenes de Cato —supone—, el hombre tuvo que llegar a Cornualles en coche después de perder el tren y siguió a su autobús desde Penzance hasta el lugar donde se escondía Rosa en los acantilados. El viaje en el tren nocturno duraba ocho horas. El trayecto en coche desde Londres podía hacerse en seis. Había tenido tiempo de sobra de esperarle.

—Debió de alquilar el Mini al llegar a Penzance —dice—. Cambió de vehículo como medida de precaución.

—¿Por qué no les preguntas? —Morvah señala con la cabeza la pequeña oficina prefabricada que hay más allá del Mini.

Jar sale del coche, cruza el aparcamiento y empuja la puerta de la oficina. Solo hay una persona atendiendo: una mujer de treinta y tantos años, enérgica y con la piel curtida por el sol y el salitre.

—¿El Mini se puede alquilar? —pregunta Jar indicando por la ventana.

—Se podrá alquilar —contesta ella con fuerte acento de Cornualles—, cuando lo haya limpiado.

—¿Te importa que le eche un vistazo? —dice Jar.

«Por mí no hace falta que te disculpes», piensa. ¿Aún no lo ha limpiado? La mujer se vuelve y descuelga un juego de llaves de un tablero que hay a su espalda, al lado de un mapa del oeste de Penwith.

—¿Debería llevarme la aspiradora? —pregunta Jar.

A este paso, lo próximo que le preguntará es si le apetece tomarse una pinta. La cara de la mujer, de altos pómulos y bordes duros, se ablanda en una sonrisa. Jar procura devolvérsela con intereses y entonces ve que ella le mira la frente.

—No es nada grave —dice—. El *pub* donde tomé algo anoche tenía el techo bajo. Mientras se acerca al Mini, ve a Morvah salir de su coche.

—Todavía no lo han limpiado —susurra al abrir la puerta del conductor cuando Morvah se reúne con él.

—¿Qué buscas exactamente? —pregunta ella.

Jar se inclina y observa el asiento del copiloto y los de atrás, tratando de comportarse con naturalidad. «Tranquilízate», se dice a sí mismo. Es un cliente cualquiera que acaba de bajarse del tren y necesita un coche para las vacaciones, pero tiene la sensación de que todos sus gestos despiertan las sospechas de la mujer de la oficina, que le observa a través de la ventana.

—¿Y bien? —pregunta Morvah.

—Si no lo han limpiado desde que se usó por última vez, lo que estamos viendo es el escenario de un delito.

—Me estás asustando, Jar. Deberías llamar a la policía, en serio.

Jar no contesta. Rodea el coche y abre el maletero. Él también está asustado. El maletero está vacío, a excepción del triángulo de emergencia, plegado en su funda de plástico rojo. Se inclina hacia delante poniendo sus cinco sentidos en percibir algún rastro de Rosa. ¿Estaba sedada y no era consciente de que se hallaba en aquel espacio claustrofóbico, o estaba alerta, aterrorizada, y había tratado de salir de allí con uñas y dientes, a la desesperada? Mira de nuevo, aspira el aire sofocante, pasa lentamente las manos por el fondo del maletero. Y entonces ve, en el lugar donde coinciden el suelo del maletero y los asientos de atrás, una piqueta curva de tienda de campaña que se ha colado por el hueco y que brilla suavemente, casi oculta. Prendida a ella hay un trozo minúsculo de loneta con flores.

Jar estira el brazo y saca la piqueta. El corazón le late tan deprisa que tiene la impresión de que se le va a parar.

—Llevó a Rosa aquí —dice, agarrando con fuerza la piqueta mientras cierra el maletero con la otra mano.

Sin esperar a que Morvah reaccione, se acerca a la puerta del copiloto, la abre y se guarda la piqueta en el bolsillo. Echa otra ojeada al interior del coche, pero



únicamente para lanzar una mirada subrepticia a la oficina. La mujer ya no los observa. Sin dudar un momento, se quita el reloj, el que le regaló su padre cuando cumplió dieciocho años. Unos segundos después está otra vez en la oficina.

—He encontrado esto detrás del asiento del conductor —dice al poner el reloj sobre el mostrador.

La mujer empuja el reloj, no se atreve a cogerlo. Jar confía en que aquella sea una complicación de la que prefiere librarse.

—¿Tienes los datos de contacto de la persona que alquiló el coche? —pregunta.

«Te lo estoy poniendo fácil», añade para sus adentros.

La mujer se queda mirándole un segundo. Luego se gira hacia la pantalla del ordenador y teclea desganadamente. No pone mucho empeño en su trabajo, piensa Jar, y eso puede beneficiarle.

—Fui yo quien lo alquiló, ayer por la mañana —dice ella con un suspiro.

Jar se inclina sobre el mostrador y mira el monitor con una sonrisa. Ella le lanza una mirada y tuerce la pantalla antes de seguir tecleando. Pero es un gesto desganado, casi coqueto.

—Una vez trabajé en una empresa de alquiler de coches —comenta Jar con los brazos cruzados sobre el mostrador, como si estuviera charlando en un bar—. En Avis, en Dublín.

—Es un asco, ¿verdad? —dice ella sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Esto es una franquicia?

—Estás de broma, ¿no?

—El negocio no va muy bien, ¿eh?

—Tengo una dirección, de Leeds.

—¿De Leeds? ¿En serio?

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Es que voy para allá. Al final de la semana. Podría llevarle el reloj.

Ella le mira un momento, haciendo cálculos, imagina Jar. La molestia de tener que ir a la oficina de correos cuando llame el cliente, de embalar el reloj, de mandarlo... Le tocará hacerlo a ella —adivina Jar—, la única empleada aparte del jefe, que es un vago y nunca trabaja los domingos, no como ella. O puede darle el reloj a Jar y asunto concluido.

—Te he entregado el reloj —dice Jar al verla dudar—. Si quisiera quedármelo no te lo habría traído, ¿no? Me lo habría...

Se detiene cuando ella le lee un nombre (John Bingham) y una dirección en Leeds. Jar da por sentado que ambas cosas son falsas. Quien alquiló el coche quería borrar su pista y por tanto habrá usado un permiso de conducir falso.

—¿Quieres que te lo anote? —pregunta ella.

—Eres muy amable —contesta Jar.

«Y tampoco estás mal», piensa, pero se contiene. Ya ha conseguido lo que quería: no hace falta comportarse como un cretino libidinoso.

—¿Cómo reconoceré a su dueño? —Hace una pausa—. ¿Te acuerdas de qué aspecto tenía?

—Era alto. —Ella recorre con la mirada la oficina vacía: un gesto innecesario de complicidad—. Y un poco rarito —añade levantando un poco la voz al final de la frase.

—Espero que eso no sea una indirecta —contesta Jar sonriendo otra vez y, echándose hacia atrás, se estira en toda su estatura.

La mujer no hace caso de su intento de coquetear y termina de anotarle los datos en una hoja de papel.

—Además, tenía los ojos muy pequeños —añade al pasarle la hoja.

Se quedan los dos callados un momento, mirando el reloj que descansa entre ellos como un alijo incautado.

—Te doy mi número —dice Jar, y coge el reloj, ansioso por poner fin al incómodo silencio—. Por si hay algún problema.

—Seguro que no lo habrá —responde ella.

Solo quiere dar carpetazo al asunto, piensa Jar, y librarse de este tipo alto y raro con una tirita en la cabeza que no para de sonreírle.

—Y si no le encuentras, siempre puedes quedarte con el reloj —añade ella—. Parece que te vendría bien.

Le mira la muñeca izquierda, donde se ve claramente una franja de piel más clara. Luego le mira a la cara. ¿Se ha dado cuenta?

—No nos llevamos el Mini —dice Jar al encaminarse hacia el coche de Morvah.

*Cromer, 2012*

A está preocupada por Rosa, dice que le recuerda a ella en sus peores momentos. Rosa está triste, echa de menos a su padre, pero no va a suicidarse. Por lo menos todavía. Ojalá pudiera compadecerme de ella, pero no puedo. A no para de hablarle de las maravillas de la terapia conductista y la chica está menos receptiva que nunca a la idea de medicarse.

Tener a Rosa en casa ha trastornado un poco a A. No dice nada, pero yo me doy cuenta de lo que pasa, de lo maternal que se pone con ella: la hija que no ha tenido.

Empiezo a hablar como Kirsten, esa amiga de A, de cuando iban a la universidad, que de pronto se ha puesto en contacto con ella después de tantos años. Anoche, cuando yo estaba remoloneando abajo, esperando a que A se durmiera, llamó a Kirsten a Estados Unidos por FaceTime. Todavía estaba hablando con ella cuando me fui a la cama, charlando por su iPad nuevo.

Kirsten es psiquiatra, experta en «terapia del duelo». Con eso está todo dicho. Fueron a Cambridge juntas, pero yo no la conozco. Sé que está intentando convencer a A de que deje la medicación, como si la psicoterapia pudiera sustituir a las benzodiacepinas.

Intenté concentrarme en *El topo*, que estoy releando, pero no paraba de fijarme en Kirsten. A le estaba hablando de Rosa, de que había perdido a su padre y de lo deprimida que se la ve. Le preguntó si iba a venir al Reino Unido dentro de poco y si podría atender a Rosa, dedicarle un par de sesiones porque seguro que le resultará más fácil aceptar consejos de alguien ajeno a la familia.

Desde que empecé el curso de escritura, me descubro constantemente midiendo a todo el que veo, calibrando a la gente para ver si puedo utilizarla como base para un personaje. Mi tutor dice que busque características distintivas, tics, ademanes: un rasgo que capte su personalidad, como el trazo rápido de un caricaturista. Se convierte en una adicción en cuanto te pones a ello, estoy llenando el cuaderno de anotaciones. No me sentía tan vivo desde que intenté (sin resultados) escribir una novela cuando era más joven. Mis observaciones eran bastante agudas, el problema era que no daba con una historia decente, con un principio, un desarrollo y un final. Espero que el curso *online* que estoy haciendo me ayude en ese aspecto.

Kirsten es rubia y guapa, pero su belleza es demasiado estereotipada hasta para un

escritor como yo. Pero desprende una intensidad, una inmediatez que me gustan. No siempre, pero sí de vez en cuando, respira tomando el aire bruscamente, con una aspiración corta justo antes de hablar, como si se hubiera olvidado de respirar.

Dejé a Le Carré y cogí mi Moleskine.

Que empiecen los juegos mentales.

Llegamos pronto al aeropuerto para evitarnos colas pero hay mucho retraso en Control de Pasaportes. Paso media hora en la fila (1800 segundos) y cuando por fin llego al escáner de seguridad, junto a un lavabo maloliente, la mujer que me cachea ni siquiera sonrío (será por mi mono naranja).

No es fácil irte de vacaciones con tu padre muerto cuando estás prisionera en una celda, pero tengo que intentarlo. Es lo único que tengo, el único modo de matar el tiempo, de intentar aferrarme a un rastro de cordura.

Abro los brazos todo lo que puedo pero las cadenas me impiden estirarlos por completo. La mujer frunce el ceño y luego me indica que pase a la sala principal, donde espero a papá junto a la cama. Tenemos tiempo de sobra, como esperábamos. A papá le encantan los aeropuertos, igual que a mí. Pero no es de los que visitan las tiendas *duty free*. Nada de eso: nosotros vamos a la librería que hay en el rincón de la sala y pasamos cuarenta y cinco minutos (2700 segundos) buscando libros interesantes para aprovechar la oferta dos por uno.

La azafata de la puerta del avión se muestra más amable, sobre todo cuando le enseño nuestros billetes.

—Por aquí —dice señalando a la izquierda.

¡A la izquierda! Siempre soñábamos con ir a la izquierda.

Papá deja que me siente junto a la ventana, y nos acomodamos los dos con nuestros libros antes de que empiece la película. Una vez en el aire, vemos una de las películas preferidas de papá. Y yo grito sus diálogos favoritos, olvidándome por un momento de que estoy en primera clase.

«—Estamos a casi doscientos kilómetros de Chicago, tenemos el depósito lleno, medio paquete de cigarrillos, es de noche y llevamos gafas de sol.

»—¡Tira<sup>[6]</sup>!».

Silencio. Luego, un grito lejano que he oído infinidad de veces.

Jar repara en los dos hombres en cuanto sube al tren en Exeter. Entran juntos en el vagón y, aunque no se dirigen la palabra, sus movimientos denotan una extraña sincronía: uno toma asiento junto a la salida más cercana a Jar y el otro se dirige al fondo y se sienta cerca de la puerta, más allá de un montón de asientos vacíos, de modo que ahora ocupan ambos extremos del vagón. No le suenan sus caras, pero se camuflan bien entre la mezcolanza de turistas y lugareños que viajan en el tren: uno viste vaqueros y forro polar y el otro chaqueta de cuero y pantalones chinos. Rostros anónimos, anodinos.

Jar se hunde en su asiento. Cato les habrá dicho que le vigilen por si causa problemas. Incluso puede que les haya dado orden de llevarle a mantener una última charla, para poner, quizá, un punto y final a su relación. ¿Ayudaron al hombre de los acantilados a llevarse a Rosa? ¿A trasladarla, atada, desde el Mini alquilado a otro coche? Cato seguirá negando que le interese Rosa, o que se haya encargado de supervisar su captura en Cornualles. Sin duda también le instará a pedir ayudar médica para curarse de sus alucinaciones, hasta que él le enseñe el *selfie* que se hizo con Rosa. Carl ya lo habrá recibido.

¿Por qué su mejor amigo es siempre tan escéptico? Hasta Morvah, que apenas le conocía, ha mostrado más confianza en él, ha creído que había estado con Rosa en los acantilados. Jar se ha despedido de ella en la estación después de su visita a la empresa de alquiler de vehículos de Penzance y de comprar un teléfono barato en Market Jew Street. Se han dado sus respectivos números y a él le ha parecido extraño (desleal, incluso) tener solo un número grabado en el teléfono, el de Morvah, como si hubieran tenido una aventura fugaz, surgida de su común afición por la literatura. Morvah se ha portado muy bien con él en esas últimas veinticuatro horas, y Jar se ha sentido culpable por no querer quedarse más tiempo a su lado.

—No voy a volver a verte, ¿verdad? —le ha preguntado ella en el vestíbulo.

No tenía sentido mentirle.

—Gracias. Por creerme.

—Leeré tu libro —ha contestado ella antes de alejarse.

Ahora, mientras el tren avanza por el campo camino de Londres, Jar echa una ojeada al hombre del vagón, que tiene la cara vuelta hacia la ventanilla, y a continuación mira al que se ha sentado más cerca de él. Está hablando por su móvil, más como un fumador de pipa que como un devorador de *pizza*, piensa Jar: sujeta el teléfono ladeado, inclinado hacia arriba en ángulo de cuarenta y cinco grados. No es

una postura muy normal. A Carl le haría gracia.

Jar empieza a relajarse. La presencia de los dos hombres va tranquilizándole poco a poco. Su encuentro de ayer en Gurnard's Head ha hecho que se sienta más fuerte, más justificado. Incluso la actitud distante de Rosa (que no recordaba su nombre, aunque Jar trate de no pensar en ello) y el hecho de que haya vuelto a desaparecer tan pronto después de su reencuentro le parecen en cierto modo soportables. La mujer que supuestamente murió hace cinco años en Cromer caminaba ayer mismo al sol por la costa de Cornualles. Siente el impulso momentáneo de encararse con los dos hombres, de retarles a que nieguen que está viva. Agarra con fuerza la piqueta de *camping* que lleva en el bolsillo mientras ensaya de cabeza lo que va a decirle a Cato.

Cuando el tren entra en Paddington, empieza a pensar que quizá se haya equivocado respecto a los dos hombres. Los dos hacen cola en la parte delantera del vagón, esperando para apearse, sin mirarse ni mirarle a él. Espera su turno para sumarse a la fila del pasillo y luego recorre el vagón. Al salir, ve que el tren ha parado en el andén uno, donde no hay torniquetes, y donde vio a Rosa. ¿Qué va a pasar si Cato no quiere recibirle? No se le ha ocurrido que tal vez ya no tengan ningún interés en él. Han atrapado a Rosa, se han apoderado del diario sin que haya trascendido ninguna noticia comprometedora. ¿Quién va a creerle, con su historial de alucinaciones postduelo y su conducta paranoica?

Los dos hombres se alejan rápidamente. No podrían parecer menos interesados en él ni aunque lo intentaran. Jar fija la mirada en la espalda de uno de ellos, sigue con los ojos el entramado de arrugas de su chaqueta de cuero envejecida. Desea con todas sus fuerzas que Carl haya recibido la foto.

—¿Nos permite ver su billete, por favor?

Jar no se ha fijado en los dos revisores que se yerguen entre el flujo de pasajeros como dos rocas en medio de un río.

—Claro —contesta distraídamente sin dejar de observar a los dos hombres.

¿Adónde van? ¿Por qué no le han abordado?

Enseña a los revisores su billete de vuelta y trata de no perder de vista a los hombres. «Daos la vuelta», piensa. «Ya habéis disimulado bastante. Podéis quitaros la careta».

Pero siguen andando hasta perderse de vista entre la muchedumbre de viajeros.

*Cromer, 2012*

Jar vino ayer. Siempre es interesante conocer a un autor publicado, pero por desgracia no es mi estilo de escritor. Ni de persona, para ser sincero. (No me extraña que a Rosa le den ganas de suicidarse). Todo lo que dice tiene un tonillo petulante, una elocuencia que le da una seguridad en sí mismo rayana en la arrogancia. No es alborotador, ni tampoco abiertamente engreído, pero sí un pelín demasiado campechano y satisfecho de sí mismo, de sus orígenes surirlandeses, de esa «t» suave que convierte *Thursday* en *Tuesday* y *three* en *tree*, y cita a W. B. Yeats como si le conociera en persona. Pero viste bien, lo que es raro en un estudiante: zapatos de cordones bien lustrados, chaqueta de pana elegante. Tiene pinta de escritor. Voy a intentar olvidarme de sus defectos y a procurar hacerme amigo suyo. Podría serme útil.

Le he llevado al cuarto de estar a tomar un *scotch* antes del asado del domingo, que no ha vuelto a ser igual desde que A decidió hacerse vegetariana. Jar prefiere el *whisky* irlandés, pero todos tenemos nuestras manías. Le he hecho un par de preguntas sobre su libro para animarle a hablar, fingiendo que lo había leído (no pude pasar de los dos primeros relatos).

—Entonces, ¿qué es lo primero? ¿Los personajes o el argumento? —he empezado mientras le servía un buen vaso de Talisker.

Parecía un poco nervioso.

—Bueno, te habrás dado cuenta de que mis relatos no tienen mucho argumento, en realidad —ha contestado.

«Ni que lo digas», he pensado yo, pero he cerrado el pico.

—Me interesa más encontrar la voz de un personaje y ver adónde me lleva. Si surge una historia, estupendo. Pero la verdad es que no me apoya para escribir en un gran impulso narrativo.

—¿Qué hay de la investigación? En mi trabajo de antes era fundamental, y quiero que tenga un papel primordial en mi nueva carrera.

—En mi opinión es otra forma de posponer la tarea de escribir.

—Entonces, ¿solo debería escribir uno sobre lo que conoce?

—No, en absoluto. Eso suele ser aburrido, a menos que hayas llevado una vida excepcional.



—Yo soy un científico.

Según mi experiencia, eso es como decirle a la gente que eres contable: se les ponen los ojos vidriosos y no saben qué decir, sobre todo si añades que trabajas para un gran laboratorio farmacéutico, controlando que los nuevos medicamentos sean lo más seguros posible para los seres humanos, los animales y el medio ambiente. Aunque yo ya no trabajo en eso.

—Mejor me lo pones —ha contestado Jar—. La imaginación es la clave.

Yo no iba a picar el anzuelo, a defender la vida del científico. Además, sus palabras me han parecido curiosamente reconfortantes. Nunca me ha costado fantasear, imaginar cosas.

—¿Tú tienes un cuaderno? —he preguntado, cambiando de tema—. ¿Para anotar cosas?

—Anoto cosas en trozos de papel y luego las paso al ordenador, cuando me acuerdo. Tengo un archivo especial para eso. ¿Qué clase de libro estás escribiendo?

—Jar estaba empezando a relajarse. Ya no miraba hacia la cocina, donde Rosa estaba hablando con A.

—Para empezar a soltarme estoy escribiendo un diario semificticio. Me interesa Karl Ove Knausgaard.

Me estaba exhibiendo, claro. Acabo de empezar a leer al escritor noruego, pero Jar parecía impresionado.

—Ese sí que escribe *solo* sobre lo que conoce —ha dicho—. Para consternación de su exmujer.

—También he pensado en probar con la ficción, a ver adónde me lleva. Soy muy fan de Le Carré —he añadido—. De la novela de espías en general.

—Le Carré es interesante. La trama es fundamental en sus libros, pero todos nos acordamos de Smiley, el personaje.

—Cuando era joven me interesaba más la Beat Generation, claro, la influencia de los fármacos psicoactivos en la creatividad, ese tipo de cosas. Seguro que sabes que Kesey escribió las tres primeras páginas de *Alguien voló sobre el nido del cuco* después de comerse ocho peyotes.

—¿No trabajaba en un hospital psiquiátrico en ese momento?

—Sí, de vigilante nocturno. Decía que el cactus le inspiró para crear a su narrador. Entre diez y veinte gramos de yemas de peyote secas tienen suficiente mescalina para producir un estado de introspección profunda que puede durar hasta doce horas. —Al llegar aquí hice una pausa—. O eso me han dicho.

Justo cuando la conversación empezaba a fluir, ha entrado Rosa y le ha agarrado del brazo.

—¿Qué tal? —ha dicho mirando a Jar con el afecto sin complicaciones de la juventud y luego a mí, sorprendida quizá por lo bien que hemos congeniado.

—Estábamos comentando lo beneficioso para la salud que es escribir —ha dicho Jar levantando su vaso de *whisky* hacia mí.

Papá quiere ir primero a la Vieja Delhi, y a mí me parece bien. Cualquier cosa con tal de olvidarme de lo que me está pasando aquí. Empezamos en lo alto de Chandni Chowk, bajamos zigzagueando por la calle y nos metemos en Wedding Street, uno de mis sitios preferidos cuando era más pequeña.

—¿Podemos ir a comer *jalebi walla*? —pregunto—. Por favor...

El dolor se me ha hecho insoportable a pesar de la medicación.

—Claro que sí —contesta papá.

—Para, por favor —sollocé, pero él no me hizo caso.

Intenté notar el sabor de los *jalebi*, el dulzor del azúcar cristalizado, pero el recuerdo del trapo húmedo presionando mi garganta me impide saborear nada.

—¿Verdad que están dulces? —pregunta papá mientras le chorrea aceite por la barbilla peluda. Me encanta que se olvide de afeitarse: es señal de que de verdad estamos de vacaciones—. La cosa más dulce que he probado.

A papá le gustan los *jabeli* aún más que a mí. Y siempre se pone a charlar con el hombre que los vende, sentado en su silla de plástico detrás de una gran sartén de aceite hirviendo, contento de atender a los turistas y a los paisanos.

Cojo la mano de papá.

—Mira tus uñas —dice dando la vuelta a mis dedos—. ¿A que son bonitas?

En ese momento estuve a punto de ahogarme.

Ya no estamos en la Vieja Delhi. Vamos en una lancha neumática, bajando los rápidos del turbulento Zanskar. Papá se ríe y me dice que me agarre fuerte mientras volamos por encima del agua revuelta y volvemos a caer. Y luego estamos los dos en el río, nadando junto a la barca, agarrados a la cuerda de su costado. El agua se ha remansado pero la noto congelada a pesar de que llevamos nuestros trajes de neopreno. El monitor nos dice que soltemos la cuerda. No hay peligro, dice señalando con la cabeza a su amigo nepalí, que nos observa desde un kayak, río abajo. Eso hacemos: nos soltamos y bajamos flotando boca arriba por el río. Uno de los momentos más felices de mi vida.

Pero ni siquiera papá podía salvarme de él.

—Para —intenté gritar. El agua helada me inundaba los pulmones—. Por favor, para.

Jar empuja la puerta del garaje y mira hacia un lado y otro de la calle. Sabe que algo no anda bien: Nic, el fotógrafo del piso de abajo, le ha puesto sobre aviso cuando se han visto en el portal, hace unos minutos. Esta mañana al amanecer —le ha dicho—, cuando Jar estaba todavía en Cornualles, han visto a la policía llevarse un ordenador de uno de los garajes, junto con varias cajas. Nic es la única persona que sabe que tiene un garaje alquilado.

El candado está roto, pero han hecho que parezca que sigue intacto. A pesar de que está avisado, le sorprende lo que ve al entrar. Han quitado todo lo que había en las paredes: los mapas, las fotografías, los recortes de periódico. El ordenador ha desaparecido y los cajones de la mesa están abiertos. Se han llevado su contenido. A la gente que ha entrado en el garaje (enviada por Cato, supone) le interesaba todo lo que tuviera que ver con Rosa y su desaparición. No han causado desperfectos, no hay señales de violencia, aparte del candado roto. ¿Por qué Cato ya no quiere hablar con él en persona? ¿Por qué no le han detenido los hombres del tren al llegar a Paddington?

Lo primero que piensa es que ya no tiene ninguna foto de Rosa, nada que impida que su recuerdo se difumine. No dejó ni rastro de ella en el piso a propósito, para mantenerla apartada de la vida que lleva de cara a la galería. Y ahora se lo han quitado todo: las cartas, las fotografías, los recortes de periódico sobre su muerte.

Hace una semana se habría desesperado, pero ya no le importa. El garaje vacío, la eficacia del registro, son pruebas de que alguien trata de impedir que Rosa regrese... y que él la encuentre.

Cuando vuelve a su piso, casi se siente desilusionado al no ver señales de que hayan entrado. Los libros están en las estanterías, sin ningún orden, pero colocados en su sitio. Su guitarra también sigue debajo de la cama. Estaba a punto de sacarla cuando se acuerda de la foto que se cayó del libro la noche que entraron en el piso. Se acerca a la estantería y la saca de un ejemplar de *Finnegans Wake*. Se da cuenta de que Rosa ha envejecido. Ayer, cuando la vio, parecía otra.

Se sirve un buen trago de Yellow Spot, uno de los *whiskies* favoritos de su padre. Todavía no va a llamarle para contarle su encuentro con Rosa en Cornualles. Sabe que se llevará un disgusto, que le dirá que tiene que superar de una vez su pena. Tampoco va a llamar a Amy. Está ya muy inestable, y Jar quiere averiguar algo más antes de hablar con ella.

Apura el *whisky* de un trago, se saca del bolsillo la piqueta de *camping* y la deja

sobre la mesa de la cocina. La tela de flores está deshilachada y la piqueta un poco torcida por el medio. Se pregunta si Rosa soltó un taco al golpear la piqueta y toparse con una capa de granito bajo el suelo de Cornualles. No había quien le ganara a soltar tacos, piensa Jar con una sonrisa, recordando aquella vez en que desvió la mirada cuando ella salió del Cam helada hasta los huesos.

Suena su teléfono.

—¿Qué tal le ha ido en Cornualles?

Jar reconoce al instante el comedido acento escocés de Miles Cato. ¿Cómo demonios se ha hecho con su nuevo número? Alguien debe de haber hablado con Morvah después de subir él al tren.

—Estoy haciendo todo cuanto puedo por dejarle al margen de nuestra investigación, Jar —continúa—, pero no nos lo está poniendo fácil. ¿Ha tenido noticias de Anton?

Jar pasa los dedos por las estanterías mientras le escucha, alineando libros descolocados, enderezando los que están torcidos.

—¿Cómo ha conseguido este número? —pregunta.

—Soy policía, Jar.

«Y además es bueno», piensa Jar. «Se pega a su papel como una sanguijuela». Recuerda la advertencia que le hacía Rosa en su *e-mail*: *Ten mucho cuidado con MC. Sé, por lo que he aprendido estos últimos cinco años, que será él quien te aborde, si no lo ha hecho ya. Seguramente se hará pasar por policía de paisano. Y le encanta simular un acento escocés. No tengo ni idea de qué te contará, pero no creas ni una palabra de lo que te diga. Está tratando de encontrarme, igual que los demás.*

—Creemos que Martin puede estar especializado en vídeos de torturas —prosigue Cato.

Su tapadera es cada vez más absurda, piensa Jar. ¿Por qué no acusan a Martin de algo más creíble, como de un interés inmoderado en los *beatniks*? ¿O de ser adicto a Strava?

—Yo sé a quién vi ayer en Cornualles —afirma.

—¿Otra de sus alucinaciones?

—¿Quería algo más? —pregunta, enfadado. Esta farsa ya ha durado demasiado.

—No vuelva a escaparse. Y llámeme a este número en cuanto contacte con Anton. Lamento lo de su ordenador. Procedimiento rutinario. Se lo devolveremos.

Jar sale al balcón y mira hacia Canary Wharf, que titila en medio de la oscuridad. Nic, el fotógrafo del piso de abajo, está tocando el saxo. Si la foto que se hizo ayer con Rosa en Gurnard's Head le hubiera llegado a Carl... Entonces se acuerda de nuevo de los *e-mails* y saca su teléfono.

—Soy Jar, Jarlath Costello. ¿Todavía trabajando? —Confía en haber encontrado a Max Eadie en su despacho. Muchas de las ventanas del rascacielos están todavía iluminadas.

—Yo siempre estoy trabajando, veinticuatro horas al día. Ya has visto mi página

web. ¿Dónde has estado? Llevo dos días llamándote.

—¿Podemos vernos? Han pasado muchas cosas.

—Tu ascensor no funciona —dice Max—. He tenido que subir por la escalera, que por cierto huele a pis de camello.

—¿Quieres una copa? —pregunta Jar al cerrar la puerta, mientras se fija en la estrambótica figura que presenta Max. Por un instante teme por su estado de salud.

—Ponme un poco de eso, sin agua —contesta señalando la botella de *whisky* que hay sobre la mesa—. ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Max, he visto a Rosa —dice Jar mientras le sirve el *whisky*, ansioso por ir al grano—. Ayer, en Cornualles.

Max se queda parado un momento antes de contestar. Está más serio, más respetuoso. Ha prescindido de su aire de fante.

—¿De verdad?

—No era otra alucinación, si te refieres a eso.

—¿En Cornualles? ¿Dónde?

—En un sitio en el que quedamos en encontrarnos en caso de emergencia.

Jar se lo explica todo: los *e-mails*, su encuentro con Cato, el hombre que trató de subirse al tren, su acuerdo de encontrarse en Cornualles en secreto y cómo condujo a los secuestradores de Rosa hasta allí sin saberlo.

—Ella ni siquiera sabía mi nombre —dice con lágrimas en los ojos.

Max le escucha atentamente. No parece sorprendido por su encuentro, ni parece extrañarle que Rosa no recuerde casi nada de su pasado.

—También encontré esto en el coche de alquiler en el que se la llevaron. —Jar coge la piqueta de la mesa de la cocina, la mira y vuelve a dejarla en la mesa—. Rosa estaba acampada en los acantilados.

—¿Y crees que todo esto es cosa de Miles Cato?

—De eso quería hablarte. Me preocupan los *e-mails* que me mandó Rosa pidiéndome que nos viéramos. —Jar le pasa su teléfono—. Hay algo en ellos que no cuadra. Lo normal habría sido que citara el nombre del punto de encuentro. Lee esto.

Ve a Max subirse las gafas hasta las cejas y mirar el teléfono.

—No es de Rosa —afirma Jar—. Es de alguien que se hacía pasar por Rosa, que no sabía dónde se escondía, dónde iría si escapaba, «si el mundo se salía de su eje». —Vacila, nota que su voz está a punto de quebrarse—. Sabían que yo me acordaría de dónde estaba ese sitio y esperaron a que se lo mostrara, a que los condujera hasta ella. Y eso hice... como un idiota.

Max levanta la vista cuando Jar se acerca a la ventana y mira afuera.

—¿Crees que los mandó Cato? —pregunta.

—Lee el segundo *e-mail*. —Jar intenta recobrar la compostura, de espaldas a Max—. «Ten mucho cuidado con MC». O sea, Miles Cato. «Seguramente se hará pasar

por policía de paisano». ¿Por qué iba a querer Cato que desconfiara de él? La persona que me mandó esos *e-mails* trataba de acusar a Cato. Intentaba despistarme.

Jar sabe lo que está pensando Max: que tenía razón al decir que alguien le estaba manipulando.

—Sigo creyendo que el diario lo escribió Rosa —dice, anticipándose a su reacción, pero Max guarda silencio mientras acuna el *whisky* en el vaso.

—Mientras estabas fuera, he repasado mis viejos archivos. Para ese artículo que escribí.

—¿Has descubierto algo?

—Solo que era un vago y un cabronazo. No me extraña que no triunfara como periodista de investigación. Dios santo... Pero sí que hay una novedad. Esa casa de retiro acaba de salir a la venta. Pensaba llamar al dueño mañana. Hacerle una visita. ¿Quieres acompañarme?

*Cromer, 2012*

Cuando acabó de hablar con Kirsten por FaceTime, otra vez, A dejó el iPad encima de su mesita de noche y fue al baño. Yo apagué mi luz y me di la vuelta para dormir, pero A tenía algo de especial esta noche: la forma en que se le movía el camisón de algodón sobre las nalgas. No hemos vuelto a hacer el amor desde que yo perdí mi trabajo y ella empezó a reducir su dosis de medicación. Y ahora dormimos a menudo en habitaciones separadas. Anoche, en cambio, me preguntó si podíamos dormir juntos. Un nuevo comienzo, dijo.

Las benzodiacepinas surten efectos muy variados sobre la gente. Su uso prolongado suele deprimir la actividad sexual, pero hay excepciones. Según un estudio muy interesante de Fava y Borofsky de 1991, una mujer con antecedentes de drogadicción, alcoholismo y promiscuidad sexual durante la adolescencia (un caso no muy distinto al de A) llevó de adulta una vida de abstinencia, casi monástica, hasta que empezó a tener ataques de ansiedad. Le recetaron clonazepam, una benzodiacepina muy potente contra la ansiedad, y no solo se desinhibió sexualmente sino que se aficionó al *striptease*.

Las benzodiacepinas han ayudado a controlar el trastorno general de ansiedad que sufre A, han reducido su insomnio y —hay que reconocerlo— me han facilitado las cosas en la cama. Durante los primeros años, iba alternándole el diazepam con el alprazolam, el clordiacepóxido con el clobazam, e introduciendo compuestos de acción rápida como el flunitrazepam (o Rohypnol) cuando quería estar seguro de que se le olvidara lo que había pasado entre las sábanas.

Cuando cambié de trabajo y pasé de Huntingdon a Norwich, empezamos a testear nuevas benzodiacepinas de vida media muy larga, una de las cuales fue descartada en la última fase de los ensayos clínicos debido a sus efectos secundarios, entre ellos la desinhibición sexual y la pérdida de memoria: una combinación muy interesante que hizo que el fármaco se considerara demasiado peligroso para sacarlo al mercado. Fue una lástima, porque era un producto muy bueno (parecido al clonazepam, pero con una variante en uno de los brazos de la molécula), pero yo tenía acceso al almacén y me aseguré de que tuviéramos en casa una provisión que puede durarnos toda la vida. (Tiene un montón de ventajas, entre ellas que no aparece en los análisis de sangre cuando A va a su médico de cabecera). No fue fácil, pero también conseguí hacerme

con otras benzodiacepinas nuevas muy potentes que aún no se habían ensayado en humanos.

¿Olvidé darle su dosis anoche a A? Suelo sustituirla por una de sus inocentes pastillitas, que se toma puntual como un reloj antes de irse a la cama.

Se tumbó en la cama, a mi lado, y me mordisqueó la oreja. Me quedé parado unos segundos, con los ojos abiertos. Desde que toma benzodiacepinas, siempre he sido yo quien ha tomado la iniciativa, y ella se deja hacer con poco entusiasmo. Me rodó una lágrima por la mejilla cuando noté que deslizaba los dedos por mi tripa y empezaba a bajarlos. Debería haber dormido en otra habitación, o haberme ido a la cabaña.

Me volví hacia ella y palpé su cara en la oscuridad, metiéndole los pulgares entre los labios. Tenía la boca caliente, y su excitación despertó dentro de mí algo de lo que no debía quedar recuerdo en ninguna mente consciente.

—Cuidado —susurró ella.

Yo sabía que debía parar, pedirle disculpas, pero me dije que podía controlar lo que estaba a punto de pasar, como había hecho muchas otras veces. Y durante medio minuto o puede que más seguimos como una pareja normal, bien compenetrada.

Pero luego le hice darse la vuelta y ponerse de cara a mí, le sujeté los brazos por encima de la cabeza apretándole las muñecas y le separé los muslos empujándolos con las rodillas, y ella gritó.

—Martin, ¿qué haces? Me estás haciendo daño.

Intentó salir de debajo de mí, pero la sujeté un momento, apretándola contra la cama, con las piernas y los brazos estirados como san Andrés. Luego la solté y me aparté de ella.

—Perdona —dije—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. ¿Se puede saber qué te pasa? Has estado a punto de romperme las muñecas.

—Ya te he pedido perdón.

Me senté al borde de la cama, pero ella se fue al cuarto de baño y cerró de un portazo.



Lo que me hace humana ha volado de mi cuerpo vapuleado y ha ido a posarse a lo lejos, a una distancia prudencial, desde donde me mira con las alas plegadas, esperando para regresar algún día.

—Solo está descansando —dice papá—. Las manchas de la parte inferior de las alas la ayudan a pasar desapercibida.

Mi carcelero viene por las tardes. Me trae una dosis diaria de dolor, y un mono naranja limpio una vez por semana. Se niega a darme ropa interior, pero por lo menos ya ha entendido que necesito compresas (aunque de todos modos ya casi nunca tengo la regla).

La visita de hoy ha empezado como todas las demás: un examen de lo que memoricé ayer, seguido por nuevas entradas del diario que tengo que aprenderme de memoria.

—«Retiro de silencio, Herefordshire, trimestre de primavera, 2012. Es el último día de nuestra estancia en Herefordshire. Esta noche regresamos a nuestros *colleges* a poner en orden nuestros asuntos».

—¡A empezar a poner nuestros asuntos en orden... y a esperar! —grita él, recalcando «empezar» y «esperar».

—«Esta noche regresamos a nuestros *colleges*, a empezar a poner en orden en nuestros asuntos... y a esperar».

Me castiga cuando cometo errores, me pega y me maltrata, pero ¿cualquier compañía humana, por brutal que sea, es mejor que el aislamiento que sigue a su marcha?

Mientras cruzan el puente colgante del Severn, Jar llega a la conclusión de que puede confiar en Max. Ha pasado durmiendo las primeras horas de viaje (Max ha ido a recogerle al amanecer, frente a su bloque de pisos, en su Land Rover Defender azul marino), pero se ha espabilado en algún punto entre Swindon y Bristol, en la M4, y desde entonces no han parado de hablar.

Puede que haya sido el comentario con que Max ha abierto la conversación lo que le ha convencido:

—Deberías escribir una novela. Me gustaron muchos tus relatos.

Cuando le ha dicho que había encargado varios ejemplares de su libro para unos amigos, Jar ha comprendido que Max está desperdiciando su talento al dedicarse a la publicidad corporativa. Y también que tiene una espinita clavada —la de no haber llegado a ser periodista de investigación— y que su artículo sobre los estudiantes de Oxbridge significa para él mucho más de lo que aparenta. Max desea echarle una mano, pero también quiere concluir su reportaje, demostrarse a sí mismo de una vez por todas que tiene capacidad para escribir un artículo de primera plana.

Jar le ha confesado que estaba escribiendo una novela cuando desapareció Rosa (no se lo había dicho a nadie, solo a ella) y que desde entonces no ha escrito una sola palabra. Luego han seguido hablando de sus libros de relatos preferidos (de todo tipo, desde *Dublinenses* de Joyce a *Diez de diciembre* de Saunders), y a continuación Jar ha vuelto al tema de su encuentro con Rosa en los acantilados de Cornualles, cuarenta y ocho horas antes.

Max no ha dicho nada que sugiera que no le cree. Se ha limitado a escuchar, igual que escucha ahora mientras Jar le habla de los tíos que Rosa tiene en Cromer, de los fines de semana que pasaron allí juntos y de la investigación que Cato está llevando a cabo respecto a las actividades de Martin.

Jar mueve los pies al darse cuenta de que los tenía apoyados sobre un plátano aplastado. El suelo de su lado del coche está cubierto de envoltorios de golosinas y envases de zumo vacíos. También hay una fiambarrera del osito Paddington.

—Estaba convencido de que Cato andaba detrás de su diario —añade—. Pero en realidad solo es un policía que intenta limpiar de porquería los rincones más oscuros de la red. Ahora me doy cuenta.

—Entonces, ¿quién crees que se llevó a Rosa en Cornualles? —pregunta Max mientras se acercan a la fila de cabinas de peaje del final del puente.

Jar espera un momento antes de responder. Observa a Max pagar el peaje y

alejarse velozmente de las casetas.

—Quiero enseñarte una cosa —dice, y se saca del bolsillo una hoja de papel, la fotocopia que hizo del informe confidencial que le entregó a Cato en el coche. La sostiene en alto para que Max la vea.

—Santo cielo, ¿qué es eso? —exclama Max como si acabara de sacarse del bolsillo una bomba de relojería.

—Un documento de alto secreto para lectura exclusiva de agentes británicos.

—¿De dónde rayos lo has sacado?

—Me enviaron el original al trabajo.

—¿Quién? ¿Edward Snowden? ¿Qué es lo que dice?

—Habla de un programa llamado Eutico y contiene la fecha de nacimiento de Rosa y la fecha de su defunción en Cromer.

—¿Cuándo recibiste esto?

—Hace tres días, el viernes, el día antes de ver a Rosa.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¿Por qué no me lo enseñaste anoche?

Jar titubea.

—No estaba seguro de qué lado estabas.

—Es lógico. —Max echa otra ojeada al documento—. Podría ser falso, claro.

—O la prueba que estabas buscando cuando escribiste tu artículo.

—Imagino que sabes quién es Eutico. Un chico que estaba tan aburrido de escuchar los sermones de san Pablo que dio una cabezadita, se cayó desde la ventana de un tercer piso y se mató. San Pablo quedó horrorizado. Y avergonzado también. Como monologuista no tenía mucho futuro. El caso es que se acercó corriendo al cuerpo y consiguió resucitar al chico. Volvió a la vida, Jar. Como Lázaro.

—Ya entiendo.

—Igual que todos esos alumnos tan brillantes que presuntamente se suicidaron y a los que ofrecieron una nueva vida —añade Max—. Si esto es cierto, es pura dinamita. Un auténtico bombazo. «Contenido extremadamente viral».

Su tono burlón hace esbozar una tensa sonrisa a Jar, que vuelve la cabeza y observa el campo por la ventanilla.

—Perdona. Te he ofendido.

—No, no pasa nada —dice Jar—. Hay que hacerlo público. Y como es debido, esta vez. Es la única manera de hacer volver a Rosa.

*Cromer, 2012*

—Deberíamos hablar de lo de anoche —ha dicho A mientras se tomaba una taza de rooibos en la mesa de la cocina.

Nunca hemos hablado de «lo de anoche».

—Ya te dije que lo sentía —he contestado yo, de pie junto al aparador, dándole la espalda.

Me estaba preparando otra cafetera para llevármela a la cabaña. Strava me reclamaba. Esta mañana a primera hora salí a hacer una ruta larga para despejarme y evitar represalias.

—Sé que las cosas no están siendo fáciles —ha insistido ella.

—Estoy bien, de verdad —he dicho yo.

—No me refería a ti.

He esperado a que hirviera el agua.

—Estoy intentando desengancharme, Martin, dejar la medicación. Recuperar mi vida. Nuestra vida.

—Ya lo había notado. Podrías matarte si lo dejas de repente, lo sabes, ¿verdad?

De eso no hay peligro, claro, porque yo sigo administrándole su benzodiacepina principal mediante su «somnífero» diario. (Resulta que anoche olvidó tomárselo y se tomó uno después, cuando por fin salió del cuarto de baño). Pero eso ella no tiene por qué saberlo. Si cree que va a recuperar las riendas de su vida reduciendo algunos otros de los compuestos de efecto rápido que le doy, por mí estupendo: que siga así.

—Puedo sobrellevarlo si no pasan cosas como esta.

A no me estaba escuchando.

—Y la terapia de Kirsten no bastará por sí sola, teniendo en cuenta tu estado.

—Lo de anoche me recordó al principio, cuando empezamos a salir en Cambridge —ha añadido ella.

—¿En el mal sentido?

Yo solo conservo buenos recuerdos de aquel periodo tan inocente de nuestras vidas. Ella acababa de graduarse en Historia del Arte y había empezado a trabajar restaurando cuadros en el Hamilton Kerr Institute de Whittlesford, unos kilómetros al sur de Cambridge.

Yo estaba haciendo el doctorado y repartía mi tiempo entre la universidad y mi

trabajo en el laboratorio de investigación de Huntingdon, muy cerca de allí.

—Una vez me preguntaste si podías atarme las muñecas a la cama. Estábamos borrachos y yo me reí, me olvidé del asunto. No volviste a preguntármelo. Me acordé anoche.

—No fue nada, Amy. Me puse un poco bruto, nada más. Y no recuerdo haberte pedido nunca que me dejaras que te atara las muñecas.

Es mentira, claro. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Ves porno? ¿Es eso lo que haces en la cabaña?

—Estoy intentando escribir un libro.

—Si ves porno, deberíamos hablar de ello. No soy una perfecta ingenua, ¿sabes? Podríamos verlo juntos, mientras sea porno ético. Estuve leyendo sobre eso el otro día y me gustaría saber por qué a la gente le interesa tanto.

—Estoy tratando de escribir una novela, Amy. Por fin. Eso es todo.

Ella ha mirado el periódico que tenía sobre la mesa y ha empezado a hojearlo desganadamente.

—¿Una novela con contenido erótico? —ha preguntado sonriendo.

—Va a ser una novela de espías. Quizá.

Mi primer haiku.  
Medio verano me ha costado.  
¿Una broma? ¡Ojalá lo fuera!

La casa de retiro es más cómoda de lo que esperaba Jar. Durante las tres horas de trayecto desde Londres se ha imaginado un austero establo de montaña donde los estudiantes se sentarían con las piernas cruzadas sobre frías losas de piedra. Por el contrario, Max y él se hallan delante de una antigua granja victoriana rodeada de frutales, con un jardín tapiado y varios cobertizos muy limpios y reformados con abundancia de cristal y vigas de roble vistas.

—La finca se encuentra en terreno elevado, a la entrada de Olchon Valley y a la sombra del magnífico Hatterall Ridge —explica la agente inmobiliaria.

Señala primero hacia el valle y luego monte arriba, como una asistente de vuelo indicando las salidas de emergencia del avión. Jar tiene la impresión de que no es la primera vez que suelta este discurso.

—El famoso Dique de Offa sigue Hatterall Ridge, señalando la frontera entre Inglaterra y Gales. Por aquí solemos decir que, si pones la mano derecha así, con la palma hacia abajo, estás sosteniendo las Black Mountains: el pulgar es Cat's Back, allí, el índice es Hatterall, el corazón es Ffawyddog...

La agente inmobiliaria se ha reunido con ellos en la casa. En el coche han tramado un plan: representan a un cliente extranjero (no hace falta dar detalles; ruso, si les preguntan) que quiere comprar una casa de campo para pasar los fines de semana. Ahora, mientras están frente a la puerta principal esperando a que la agente dé con la llave correcta, Jar se siente presa de la emoción. Quiere confirmar que Rosa estuvo aquí, que el diario no ha sido manipulado como sugiere Max.

—Esta es la sala principal —dice la mujer cuando entran—. Se utilizaba para las clases de meditación más numerosas, pero puede convertirse fácilmente en un cuarto de estar tradicional.

Jar mira las paredes blancas, la moqueta azul clara. No hay cuadros ni librerías, solo un espejo encima de una chimenea tapiada con ladrillos. Al fondo, delante de un par de imponentes ventanales, dos banquetas de meditación constituyen el único vestigio del uso anterior de la sala. Jar trata de imaginarse a Rosa allí sentada, con los ojos cerrados quizá, escuchando atentamente a Karen a la luz de la mañana mientras trata de encontrarle sentido a su vida, de asimilar la muerte de su padre y la decepción que Cambridge supuso para ella.

Arriba, la mujer les enseña varias habitaciones, la mayoría con dos camas; algunas, más grandes, con cuatro. De nuevo les habla de lo fácilmente que podrían reformarse para uso privado.

—A nuestro cliente le preocupa especialmente la seguridad —dice Max, y guiña un ojo a Jar antes de volverse a mirar por la ventana de la habitación que da a Olchon Valley.

Jar mira también, ve un ave rapaz volando allá arriba, dejándose llevar por las corrientes de aire que se elevan en torno a Hatterall Ridge. *Gira que gira en su vasto remolino, ya no oye el halcón al halconero...*<sup>[7]</sup>

—El vecino más próximo vive a casi dos kilómetros de aquí —afirma la agente inmobiliaria—. Y solo hay una carretera para entrar en el valle, así que, si tiene visita, lo sabrá con antelación.

—¿Le importa que eche un vistazo por ahí? —pregunta Jar.

—Claro que no —responde la mujer—. Están en su casa. —Lanza a Max una mirada esperanzada.

Jar deja que Max se encargue de hablar de las exigencias de seguridad de su presunto cliente ruso y sale al descansillo, preguntándose cuál de las habitaciones compartieron Rosa y Sejal. Duda en la puerta de la más pequeña, ocupada por dos camas, y decide echarle un vistazo antes de bajar. Puede que Rosa escribiera su nombre en la pared o que grabara sus iniciales en la cama.

«No era la celda de una prisión», se dice. «Era una casa de reposo, un lugar para el silencio». Mira las dos camas, ambas hechas, con las mantas remetidas y colchas indias estampadas. A Rosa le habría gustado ese detalle. Da media vuelta y está a punto de bajar por la escalera de madera barnizada cuando alguien le llama.

—Ya sabes que se supone que no debemos tener visitas.

Rosa. Jar se detiene, intenta calmarse, mira a su alrededor. Rosa está sentada en la cama. Sonríe, traviesa. Se lleva los dedos a los labios para indicarle que no haga ruido y da unas palmaditas en la cama, a su lado, animándole a sentarse.

—¿Rosa? —dice él, y todo el peso del cuerpo se le agolpa en las piernas.

—Sejal vendrá enseguida. No tenemos mucho tiempo. Aquí pueden ser muy estrictos.

Jar cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, Rosa ha desaparecido. Se acerca a la cama y se sienta, contento de poder descansar las piernas.

—¿Estás bien?

Levanta la vista y ve a Max en la puerta. Tarda un momento en responder.

—Esta es la habitación en la que dormía. Aquí, en esta cama. —Da unas palmaditas sobre la colcha.

—¿Cómo lo sabes? —Max echa un vistazo al pasillo.

—Encaja con lo que decía en el diario.

—¿Vienes? —pregunta Max en tono imperioso.

Abajo, en el vestíbulo, sigue tratando acerca de otros aspectos de la finca con la agente inmobiliaria (el suministro eléctrico, el agua corriente, las restricciones urbanísticas) y Jar pregunta si hay un aseo.

—Al final del pasillo —dice la mujer, y mira a Max como preguntándole si a su



compañero le ocurre algo.

Jar deduce que debe de parecer trastornado después de su alucinación.

—Gracias —dice, y se aleja de ellos todo lo deprisa que puede sin levantar sospechas.

Se ha fijado en una habitación al entrar en la casa: un despachito, al lado del pasillo principal. A través de la puerta entornada ha visto un ordenador y varios libros en una estantería.

Tras comprobar que la agente inmobiliaria no está por allí, abre un poco más la puerta del despacho y entra. Hay una mesa y sobre ella un montón de papeles, un teléfono y un ordenador ya viejo. En la pared, en una pizarra blanca, hay varios números de teléfono anotados en diagonal. Jar saca su móvil y les hace una foto.

Sigue oyendo a Max y a la mujer conversando en la entrada de la casa: reparto de gasoil, luces de seguridad... Max es un actor nato, piensa. Se gira para echar un vistazo detrás de la puerta, donde hay un desvencijado armario archivador de color gris. Todos los cajones están abiertos y las carpetas de color verde oscuro vacías. Incluso les han quitado las etiquetas. Pero lo que de verdad le interesa es lo que hay en la pared, encima del armario: un *collage* de fotografías olvidado. Cincuenta fotos, como mínimo, instantáneas descoloridas de jóvenes que posan con una sonrisa.

Se acerca para verlas más de cerca, pasando rápidamente de una a otra. Tarda un momento en localizar a Rosa, pero allí esta, de pie junto a una chica asiática. Sejal, supone. Hay nieve en el suelo y ambas llevan bufanda. Se inclinan hacia la cámara, sonrientes.

Jar despega la foto de la pared, extrayéndola con cuidado de entre las demás. Coge una del borde del *collage* y la coloca en el hueco que ha dejado la de Rosa. Hay una fecha al dorso: marzo, 2012. Coincide con lo que le contó Rosa acerca de un retiro en Herefordshire, antes de que se conocieran.

Puede que los *e-mails* no los haya escrito Rosa —piensa—, pero Max se equivoca respecto al diario. Rosa estuvo aquí, como ella decía.

*Cromer, 2012*

Por lo visto no soy el único al que le ha entrado el gusanillo de escribir. Esta mañana, cuando bajé, me encontré a Rosa sentada a la mesa de la cocina, tecleando en su portátil.

—¿Estás trabajando? —pregunté, aunque en realidad no esperaba que me respondiera.

Llegó de Cambridge ayer. Tan simpática como siempre: apenas me dirigió la palabra en el trayecto desde Norwich y se pasó toda la cena hablando con A como si yo no existiera. Me esfuerzo por que me caiga bien, pero me lo está poniendo muy difícil.

Tardó un rato en contestar.

—Escribo un diario —dijo sin levantar la vista—. Amy dijo que me vendría bien.

—¿Para qué? —pregunté yo, pensando que ya iba siendo hora de que aireásemos el asunto de su padre aunque solo fuera para constatar nuestro desacuerdo.

—Papá era un hombre especial —dijo casi hablando consigo misma.

—El tiempo lo cura todo —comenté yo, y enseguida me arrepentí de haber abierto la boca.

—Tú no estabas muy unido al tuyo, ¿verdad?

Su pregunta me pilló por sorpresa.

—Depende de lo que entiendas por eso. En mis tiempos las cosas eran distintas.

Ella levantó la vista.

—¿En qué sentido?

—Los padres no trataban de ser los mejores amigos de sus hijos.

—Entonces no estabais muy unidos.

«No, no lo estábamos», pensé, «pero no voy a darte la satisfacción de que creas que tu psicología de pacotilla ha dado en el clavo». El hombre al que yo creía mi padre fue un extraño para mí durante mi infancia.

—No voy a fingir que tu padre y yo nos llevábamos bien —dije para neutralizar su observación—. Pero eso no significa que no entienda lo duro que debe de ser para ti.

Rosa se quedó callada.

—¿Sabes?, hay muchas estrategias clínicas contrastadas que pueden ayudar a

superar el duelo y la depresión.

Siguió tecleando en silencio.

—A Amy la han ayudado a salir adelante y llevar una vida normal —añadí aunque sabía que era una causa perdida.

A se ha confesado con ella, se jacta de que ha reducido su medicación. Esto no acabará bien.

—Yo también estoy escribiendo un diario —agregué para cambiar de tema—. Una especie de cuaderno donde anoto mis reflexiones.

—¿Jar te fue útil? —preguntó ella, menos hostil.

—Estuvimos charlando de literatura.

—Es un buen profesor. Tiene mucha paciencia.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Tu *wifi* funciona? —preguntó—. No puedo conectarme.

—Deja que eche un vistazo.

—Solo tengo que mandar unos *e-mails*.

Busqué la tarjeta, pero no estaba en su sitio de siempre, sobre la repisa de la chimenea. A usa otro *router* en casa: de banda estrecha, pero suficiente para lo que ella lo usa (yo tengo fibra óptica en la cabaña). Entonces vi la tarjeta, junto al teléfono. La cogí, eché un vistazo a la clave de acceso anotada con la letra ilegible de A, se la di a Rosa y salí de la cocina. Dos minutos después salió a la puerta de atrás y me llamó. Yo estaba metiendo en el cubo de reciclaje las botellas de vino. Puede que A esté tomando menos benzodiacepinas, pero bebe cada vez más. Igual que yo.

—Parece que sigue habiendo problemas con el *wifi* —dijo Rosa.

Volví a la cocina, me senté a la mesa y eché una ojeada a su MacBook Air. Rosa se había puesto a un lado y estaba de pie detrás de mí. Mientras yo abría sus preferencias de Internet, sonó su móvil.

—Hola, mi niño —dijo. Se alejó y se detuvo junto a la puerta abierta.

«Mi niño». La miré. Me estaba observando pero se giró como si no quisiera que me inmiscuyera en su conversación. A veces me sorprende lo mucho que me recuerda a A cuando era joven. Ojalá nos lleváramos mejor.

Tenía minimizada la bandeja de entrada del correo electrónico, pero no me interesaba leer sus *e-mails*. Era su diario lo que buscaba. No podía desaprovechar esa oportunidad. Por razones puramente profesionales, claro (quería contrastar mi diario con uno de verdad), pero me dije que era además por otro motivo: necesito comprender mejor a Rosa si quiero tenerle aprecio, entender su mundo, acercarme a ella. A fin de cuentas, es la sobrina de A. Es de la familia. Debo esforzarme más.

Desactivé el *wifi* y seleccioné el *router* de A en sus preferencias. Rosa había escrito mal la clave de acceso. Unos segundos después, el ordenador estaba conectado.

Eché otra ojeada a la puerta. Ella seguía enfrascada en su conversación. Sin

pensármelo dos veces maximicé la ventana del correo electrónico, abrí un *e-mail* nuevo, adjunté el documento del diario, que encontré fácilmente en su escritorio, y lo mandé a mi dirección. Luego abrí su bandeja de enviados, borré el mensaje, abrí la papelera, lo borré también de allí, volví a la bandeja de entrada y la minimicé. Hurto literario. ¿Cuenta como un auténtico delito?

—Todo arreglado —dije mirando a Rosa, que se estaba acercando a la mesa de la cocina. Yo luchaba por controlar mi respiración.

—Gracias. ¿Qué pasaba? —preguntó al sentarse.

—La letra de Amy. Habías escrito mal la clave de acceso.

—Jar te manda recuerdos. Dice que espera que estés progresando con tu novela.

—Acabo de dar un paso importante en ese sentido —contesté yo, incapaz de disimular una sonrisa.

Hoy mi carcelero me ha traído ropa «de civil»: pantalones beduinos y un forro polar. Me trajo la ropa después de la sesión, como recompensa —dijo— por mi buen comportamiento. Al parecer ya no soy una presa hostil y rebelde.

No voy a ponerme la ropa. Quiero guardarla para cuando salga de aquí.

Él no va a dejarme salir después de tanto tiempo. Mi única oportunidad de ser libre es escapar. Intento no emocionarme mucho cuando lo pienso, pero noto cómo me sube la adrenalina al escribir estas palabras. Debo mantenerme indiferente, estable, gris. Sin color, sin alegría ni tristeza. Nada.

Mi carcelero es un hombre de costumbres, de rutina y de orden, pero algún día cometerá un error. Todos cometemos errores, tarde o temprano.

—La he encontrado en el despacho —dice Jar dando vueltas a la foto entre las manos.

Están otra vez en el Land Rover, cruzando Herefordshire.

—Es una foto de Rosa con Sejal, la chica a la que cita en el diario.

Max mira la fotografía.

—Aun así, no demuestra que haya un vínculo con este sitio, ¿no? —Max señala con la cabeza hacia su izquierda al pasar frente a la entrada de un cuartel.

Jar mira la verja, al guardia de servicio. La vida militar, su uniformidad, siempre han sido un misterio para él.

—Demuestra que Rosa estuvo en ese retiro, que se alojó en una casa que estaba a dos pasos del cuartel general del SAS. Y que fue ella quien escribió el diario.

—¿Sí?

—Escribió que había pasado unos días de retiro en una casa de Herefordshire. Prueba número uno: una fotografía en la que se la ve en dicho alojamiento. —Mira la foto que tiene en la mano—. Hasta se ve la fachada de la casa al fondo.

Jar se ha sentido feliz hasta que ha vuelto a subir al coche. Le ha alegrado comprobar que Rosa visitó de verdad la casa que citaba en su diario, pero la actitud malhumorada de Max le preocupa.

—He vuelto a ver a Rosa —dice—. Ahora mismo, en la casa.

Max vuelve la cara hacia él y luego mira hacia delante.

—¿En el dormitorio?

—Ha sido una alucinación. El vestigio de un recuerdo, una estela en el cielo, eso ha sido. Por lo menos, así lo llama mi psicoterapeuta.

—Yo perdí a mi madre cuando tenía catorce años —dice Max después de un silencio—. En aquella época estaba en un colegio interno, al que me mandaron de nuevo solo una semana después de morir mi madre. Todo volvió a la normalidad, como si no hubiera pasado nada.

—¿Y no volviste a verla después de su muerte?

—Las primeras semanas ni siquiera me acordaba de su cara. ¡Mi propia madre, mi querida mamá! Estaba aterrado, pensaba que no podría recuperar ese recuerdo.

—¿Pero lo recuperaste?

—Tenía unos sueños alucinantes. Solo soñaba con los buenos momentos, noche tras noche, cuando por fin me quedaba dormido llorando en el dormitorio del colegio. Soñaba que estábamos de vacaciones y ella siempre sonreía, y se reía y me abrazaba.

Fue un regalo que me hizo. Duró cosa de un mes. Después sentí que podía seguir con mi vida, pasar página y continuar sin ella. ¿Rosa estaba contenta cuando la has visto hace un rato?

—Sí.

Siguen viajando en silencio, ya fuera de Herefordshire.

—No tenemos suficientes datos para publicar el reportaje, ¿verdad? —pregunta Jar.

Saca la piqueta de *camping*, sonrío al ver aquella prueba torcida. No sabe si reír o llorar. Santo cielo, no es gran cosa y lo sabe. No es gran cosa. Max ni siquiera la mira.

—Necesitamos esa foto, el *selfie* que os hicisteis juntos en el acantilado.

—Voy a ver a Carl cuando lleguemos —responde Jar—. Cuando le llamé, no había recibido aún la foto.

El móvil de Max suena en su soporte, debajo de la radio. Está conectado a un micrófono Bluetooth situado en algún lugar por encima de él.

—Dime, Sally —dice.

—El doctor quiere hablar contigo. Urgentemente.

—Ahora mismo no puedo. Dile que luego le llamo.

—Parecía tener mucha prisa.

—Seguro que sí. No debería haberse gastado sus incentivos en cocaína y en putas de a mil pavos la hora. —Cuelga.

—¿Crees que eso ha sido prudente?

—Puede esperar. Esto, no. Hacía años que no me sentía tan vivo.

El teléfono vuelve a sonar.

—Sí, Sally.

—Ha cancelado el contrato. Se va a otro lado. Ha dicho que tenías que estar disponible las veinticuatro horas del día.

—Gracias, Sally —contesta Max, y sonrío a Jar al poner fin a la llamada—. Cuando era periodista, nunca di con una gran historia. Esta fue lo que más se le acercó. Fue un palo muy gordo no poder publicarla en un periódico, así que me di el piro. Fue Orwell quien dijo que «periodismo es publicar lo que alguien no quiere que publiques. Todo lo demás son relaciones públicas». Esto, lo que estamos haciendo, es periodismo, Jar. Es lo que importa.

Jar se queda callado un rato, sonriéndose mientras escucha la respiración sibilante de Max. Luego ve un Vauxhall Astra por el retrovisor lateral.

—Ese coche lleva siguiéndonos desde que salimos de Herefordshire —dice.

Max mira por el retrovisor.

—¿Estás seguro?

—Sí, segurísimo.

Un momento después, Max tuerce bruscamente a la izquierda. Con un chirrido de neumáticos se aparta de la carretera y toma por los pelos un caminito de tierra.

—Agárrate —dice, y Jar se agarra a la puerta—. Esto puede ponerse movidito.



*Cromer, 2012*

A cree que las cámaras son por seguridad. Y lo son, o por lo menos lo eran. Yo sabía que iba a convertirme en blanco de los ataques de los animalistas en cuanto entré a trabajar en el laboratorio de Huntingdon, y lo mismo cuando me trasladé a la otra empresa, en Norwich. La policía me advirtió de que seguiría corriendo peligro durante un tiempo, después de mi despido.

Hace ya dos meses que dejé ese mundo. Da la casualidad de que a uno de los activistas que me tenían en el punto de mira acaban de encerrarle, pero a otros dos los han dejado en libertad condicional. Se lo recalqué a A —que se asusta fácilmente y cree que nos están vigilando—, cuando la semana pasada vino el técnico a instalar nuevas cámaras. Cambió todas las unidades de fuera, y también las de dentro. A odiaba tener cámaras dentro de casa, decía que echaban a perder la decoración, así que le prometí instalar otras más discretas, sin entrar en detalles. Ella estaba fuera en ese momento.

Ahora estoy sentado en mi cabaña, delante de una fila de pequeñas pantallas de televisión, esperando a que Rosa se vaya a la cama. La he dejado hablando con Amy en la cocina. Parece más deprimida que nunca. A le ha recomendado que tome un buen baño y le ha dado un aceite o una esencia o algo así para ponerla en el agua y relajarse. Cinco miligramos de lorazepam habrían sido más eficaces.

El diario de Rosa ha resultado ser fresco, descarnado. Lo he leído casi todo y creo que voy bien con el mío, este relato semificticio. Hay mucho derroche de sentimientos hacia Jar y mucha paja (aquí sí que se puede hablar de «primera persona inflada de esteroides»), pero también hay en él, en alguna parte, una historia que puedo contar, que robar para mi novela. Lo que ocurre es que todavía no estoy seguro de qué es.

Me interesa especialmente su decano del *college*, el doctor Lance, que trabaja para los servicios de inteligencia. He oído muchas cosas acerca de cómo los *colleges* de Oxbridge pasan información al MI5 y el MI6 acerca de posibles candidatos. Será interesante ver si Rosa recibe su palmadita en el hombro. (Lamentablemente, conmigo nunca se molestaron). ¿Escribiría sobre eso en su diario? Habiendo trabajado su padre en el Foreign Office debe de tener más posibilidades de que la recluten, aunque su trabajo no tuviera que ver con el espionaje, por lo menos

oficialmente.

Es la primera vez que echo un vistazo a las cámaras de la habitación de invitados, y me digo continuamente que lo hago solo por motivos de seguridad. Se activan con el movimiento y no quería pedirle a A que hiciera la prueba, por no alarmarla innecesariamente.

He escrito a mi tutor *online* para preguntarle qué le parece que mi novela adopte el formato de un diario, ya que he estado practicando aquí, y dice que solo funcionará si mi uso del tiempo presente es lo más «vívido» posible, razón por la cual confío en que los potenciadores cognitivos me sean útiles. Voy a practicar haciendo comentarios mientras pruebo las cámaras, utilizando un programa de dictado que convierte mi voz en palabras escritas. No tengo más que añadir quinientos miligramos del nootrópico en el que estaba trabajando cuando me marché del laboratorio, dos puntitos de LSD, y listo.

He decidido que no voy a enseñarle este diario a nadie, ni siquiera a mi tutor. A fin de cuentas solo es para practicar, para abrir boca. Desde que empecé a escribir, se ha vuelto más confesional de lo que pensaba (demasiado sincero), lo que entraña varios problemas, por más que lo disfrace como ficción. Para no correr riesgos, en algún momento lo encriptaré, como tuvimos que hacer en el laboratorio con los documentos más delicados.

Rosa acaba de entrar.

Entra en la habitación y se tumba en la cama. Parece cansada, rendida. Mira si tiene mensajes en el teléfono y luego coge su portátil, que está en la mesilla de noche. Lo abre y empieza a escribir. No veo qué escribe, pero quiero pensar que es su diario. Me gusta la simetría, el paralelismo: yo estoy «escribiendo» mi diario al mismo tiempo que ella escribe el suyo. Disfrutaría aún más si se quitara algo de ropa.

Han pasado cinco minutos y estoy tecleando otra vez, mirando de reojo la pantalla que tengo delante. Si fuera un marido más fiel, estaría viendo las imágenes de la cámara nueva de nuestro dormitorio. ¿Me entendería A si me viera en este momento?

Rosa se está moviendo.

Cruza la habitación hasta el cuarto de baño, donde hay una cámara nueva filmando. Empieza a llenar la bañera. Ahora vuelve a la habitación, se quita la camiseta y se sacude el pelo. No lleva precisamente un sujetador de lujo: blanco, práctico. También se quita los vaqueros, se le bajan un poco las bragas (sin volantes) por detrás. Allá vamos: tira el sujetador y las bragas al suelo como si fueran restos de un naufragio. De vuelta en el baño, añade el aceite y se inclina para remover el agua. Ahora está otra vez en el dormitorio, se pasea mientras habla por teléfono, que debía

de estar sonando (las cámaras no tienen sonido todavía).

Debería parar ya, apagar los monitores, dejar de violar la intimidad de Rosa, pero no me decido a pulsar el interruptor.

Puede que sea un *hippy* trasnochado por tomar LSD, pero siempre he admirado sus propiedades dopaminérgicas, que pocas veces se encuentran en los psicodélicos serotoninérgicos. Y su potencial para tratar la depresión y la ansiedad es asombroso, aunque nunca se aceptará como tratamiento médico. Desde los años sesenta la industria farmacéutica tiene miedo de desarrollar terapias psicodélicas consideradas «contraculturales». Además, sería difícil patentar el LSD. El problema del peyote, de efectos parecidos al LSD, es la variación de potencia. Hay que extraer la mescalina de las yemas de cactus previamente secas, lo que es bastante fácil pero requiere tiempo, además de un poco de hidróxido de sodio, benceno y una olla a presión (nunca usar aluminio). Por mi parte, prefiero un micropunto de ácido. Y cuando mezclas el ácido con un nootrópico, el viaje se ve potenciado notablemente de una manera que a mí me encanta: con un subidón más intenso (y un bajón más repentino, por desgracia). La experiencia visual es también más matemática: despejada, ordenada, cohesiva. Nada de esa ensoñación surrealista y ondulante que produce el LSD por sí solo.

He estado usando el nootrópico cuando trabajo en la novela. Estábamos a punto de sacarlo al mercado cuando me marché y estoy seguro de que cambiará por completo el uso de los nootrópicos cuando por fin se comercialice.

La lucidez y el potenciamiento de las capacidades cognitivas están muy bien (en los ensayos clínicos funcionaba de maravilla con enfermos de Alzheimer), pero es su interacción positiva con toda una gama de drogas recreativas lo que lo convertirá en un bombazo comercial.

Rosa se mete en la bañera, remueve el agua al sentarse. Se echa hacia atrás, mira el techo, me mira directamente a mí con una pierna un poco ladeada. ¿Ha visto la cámara? He vuelto la cara, incapaz de sostenerle la mirada. No. Estamos a salvo. Ha cerrado los ojos. Esta va a ser una buena noche.

A veces, cuando una mariposa tiene las alas plegadas, es difícil saber si está descansando o si está muerta.

$$14 \times 9 = 126$$

zyxwvutsrqponmlkjihfedcba

«La edad no puede marchitarla, ni la costumbre enranciar la variedad infinita de sus encantos<sup>[8]</sup>».

Otra vez tengo las uñas largas. Él sigue sin cometer un error.

Carl está esperándole en la parte de atrás de la oficina, cerca de la sala de correo y del muelle de carga. Hay allí un enorme generador pintado de gris metalizado y, más allá, un destartado refugio para fumadores. Al lado de un cubo de basura, hay dos bicis rotas encajadas en un viejo soporte para bicicletas. A Jar le gusta estar allí, donde la imagen corporativa está ausente. También se alegra de estar con Carl, aunque su amigo esté enfadado con él.

El jefe se ha hartado por fin, después de que la policía se presentara en la oficina y se llevara el ordenador de Jar. Ha avisado a todo el mundo de que Jar ya no trabaja allí y de que no se le debe permitir la entrada al edificio bajo ningún concepto.

—Me he quedado sin colegas en el trabajo —dice Carl—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Están los del departamento de informática.

—¿Me estás tomando el pelo o qué?

—En el fondo, eres un friki de la informática, Carl. Reconócelo.

Jar quería que se vieran en otro sitio, pero Carl se ha empeñado en quedar allí. Hay más jaleo del normal —le ha dicho—, y ahora que no está él su carga de trabajo se ha duplicado. Ya no tiene a nadie con quien repartirse los artículos sobre los *doodles* de Google o sobre *X Factor*, esa cruz que sobrellevaban entre los dos. Su mensaje ha despertado a Jar, que volvió tarde de Herefordshire. Carl le ha dicho que era urgente y que no quería contárselo por teléfono.

—¿Qué tal van las cosas por aquí? —pregunta Jar echando un vistazo al guardia de seguridad, en su caseta con goteras.

Solía entrar por aquí a la oficina cuando llegaba más tarde de lo normal. Si tomabas la rampa que hay junto al muelle de carga, podías acceder al edificio sin que te vieran, dejar atrás el vestíbulo principal y entrar en el comedor por una puerta que hay detrás del tostador.

—Ya que lo preguntas, este mes las visitas han bajado un cuarenta por ciento —contesta Carl.

—Nada que no pueda solventarse con una galería de fotos de Jennifer Lawrence —comenta Jar.

Echa de menos el ambiente de camaradería de la oficina, pero no el trabajo.

Carl enciende un cigarro y le ofrece uno, que Jar rechaza.

Desde que le dijo que había visto a Rosa en los acantilados de Cornualles, Carl está enfurruñado con él, molesto seguramente porque siga teniendo alucinaciones y

no busque ayuda profesional. Hoy en cambio está distinto, más comprensivo, como en los viejos tiempos.

—Llegó anoche. Cuando me he despertado esta mañana estaba ahí, en el móvil. Quería decírtelo en persona.

—¿La foto? —pregunta Jar.

—No, un mensaje de Papá Noel anunciándome que existe de verdad. Pues claro que la foto, joder. La foto que te hiciste con Rosa en Cornualles. —Saca su teléfono, abre la imagen y le pasa el móvil a Jar—. Lo siento mucho, tío. Ya sabes... por no haberte creído.

A Jar le tiembla la mano cuando coge el teléfono y oye de pronto el chisporroteo de la radio de un mensajero que anda por allí cerca. Tiene que hacer sombra para ver la pantalla, y entonces ve la imagen con claridad: Rosa y él mirando a la cámara con los párpados entornados y el miedo pintado en los ojos, los de ella con una mirada vacua, momentos antes de que llegara aquel hombre para arrebatársela a Jar.

Deja escapar un largo y lento suspiro. Ya nadie podrá dudar de él.

—¿Y se ve cuándo se hizo la foto? —pregunta con voz baja pero firme.

—La hora, la fecha y la ubicación. Lo tenías todo predeterminado en tus preferencias.

—Gracias a Dios.

—¿Qué significa todo esto, Jar?

—¿Que qué significa? Significa que Rosa está viva. Que no se suicidó hace cinco años.

Carl menea la cabeza mientras da una calada al cigarro.

—No me lo puedo creer, tío. Me lo creo, claro, te creo ahora que he visto la foto, pero es que es tan...

—Sí, lo sé. —Jar mira a su amigo, al que están empezando a saltársele las lágrimas—. ¿Por qué ha tardado tanto tiempo en llegar la foto? —pregunta, llevando la conversación hacia un terreno menos emotivo.

Carl se siente seguro hablando de tecnología.

—Pregúntale a tu operadora. Los mensajes multimedia pueden tardar unas horas, a veces días. En este caso, tres. Rosa no tiene muy buen aspecto, tío.

—No. No lo tiene.

—¿Y se la llevaron justo después de que hicieras la foto?

—Un segundo después yo estaba tendido en la hierba con un golpe en la cabeza y a ella se la habían llevado.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Con la foto?

—¿Puedes mandármela? Quiero enviársela a Max. Se está encargando de escribirlo todo.

—¿Max?

—El experto en comunicación corporativa, el que escribió el artículo sobre Rosa.

Jar se da cuenta de que ha metido la pata cuando ya es demasiado tarde. Debería

haberle pedido a su amigo que le ayudara.

—El embustero, quieres decir —contesta Carl.

—Ahora ya no es tan cutre.

—Trabaja de relaciones públicas para banqueros, Jar. Más chungo no se puede ser. A no ser que además seas promotor inmobiliario.

—O guardia de tráfico.

Carl da otra calada al cigarro y mira a su alrededor.

—O peluquero.

—¿Peluquero? —Jar mira las largas rastas de su amigo.

—Son engendros del diablo.

Jar va a mandarle también la foto a Miles Cato, pero prefiere no decírselo a Carl, que desconfía de la policía aún más que de los peluqueros. Un segundo después, llega a su móvil un mensaje con la foto adjunta.

Jar lo abre y lo mira un momento antes de guardarse el móvil.

—Gracias —dice, luchando por no pedirle a Carl un cigarro—. Otra cosa. Necesito que me enseñes a entrar en la red oscura.

*Cromer, 2012*

Rosa nada y nada dando vueltas, buscando una salida. Lleva ya más de cuatro horas en el agua y empieza a hundírsele la cabeza, se le están cansando las patitas. Podría pasarme toda la noche mirándola si ella tuviera fuerzas, pero está agotada. Incluso el pánico de su mirada empieza a convertirse en resignación cuando hunde la cabeza.

La prueba de nado forzoso de Porsolt formó parte intrínseca de mi trabajo científico durante veinte años. Conocida también como «prueba de la desesperación», es una de las formas estandarizadas de medir la eficacia de los antidepresivos. Roger Porsolt, un psicofarmacólogo de Auckland, dio con esta idea tan sencilla a fines de los años setenta. Se coloca un ratón en una jarra de un litro, llena de agua hasta la marca de los ochocientos mililitros, y se observa cómo reacciona el animal a un estrés inevitable y del que es imposible escapar: la amenaza de ahogarse (los ratones odian el agua). Al principio, el ratón nada en círculos y hasta intenta trepar por las paredes de la jarra, pero pasado un rato se queda inmóvil, moviéndose lo justo (meneando de vez en cuando una pata) para mantener la cabeza por encima del agua.

Porsolt descubrió que si a los ratones se les administraban antidepresivos oponían más resistencia, nadaban más tiempo, se esforzaban más. Concluyó además que la inmovilidad de los ratones en el agua podía correlacionarse con trastornos depresivos, desesperación y desánimo en humanos. De ahí que el test sea también ideal (es rápido, fiable y barato) en los primeros ensayos preclínicos de antidepresivos, junto con la prueba que mide la conducta muricida, que demuestra que las ratas a las que se les administran antidepresivos manifiestan una supresión del instinto natural de matar a los ratones introducidos en sus jaulas.

La jarra cilíndrica está ahora encima de mi mesa, mientras escribo esto de madrugada. Después de que Rosa se fuera por fin a dormir en el cuarto de invitados, metí a su tocaya en el agua y he estado viéndola nadar desde entonces.

En el laboratorio usábamos ratones transgénicos por su capacidad para reproducir enfermedades humanas, pero no es fácil hacerse con ellos cuando estás fuera de la industria, así que tengo que conformarme con lo que encuentro en la red oscura. Es increíble lo que se puede comprar con *bitcoins*.

Rosa, la que tengo al lado, lleva en el agua cuatro horas y veinte minutos. Cinco



minutos es el tiempo normal permitido para el nado forzoso, pero yo prefiero que las cosas sigan su curso, que deriven en un «test de cansancio terminal»: es decir, mantener a los ratones en el agua hasta que se mueren. Los resultados que arroja esta prueba suelen ser más interesantes. Si se les administra la medicación adecuada, los ratones pueden mantenerse con vida (y mostrarse más activos) tres veces más tiempo que el modelo de control. Mi récord está en ochocientos cuarenta minutos: catorce horas.

Por desgracia, no creo que Rosa vaya a sobrevivir tanto tiempo. Ya ha dejado de mover las patas. Se está hundiendo. Su cuerpo empapado se sacude en una última convulsión antes de quedar inmóvil.

Mi carcelero viene a las dos en punto, cada tarde. Lo sé porque cuento los segundos desde el momento en que me despierta un avión que pasa por el cielo. Puede que no sea un vuelo regular, claro, y hay que tener en cuenta la velocidad del viento y los retrasos del tráfico aéreo, pero su paso marca el comienzo de mi día: las seis de la mañana, hora de Rosa. Y luego voy contando cada segundo: veintiocho mil ochocientos hasta que llega él.

A veces viene con otro guardia, pero hoy ha venido solo y tarde, lo cual es muy raro. O puede que el avión de esta mañana se haya adelantado.

Esto está ahora en silencio, pero sé que los gemidos empezarán pronto. También cuento los segundos desde que él se va. El primer minuto me cuesta contarlos, porque después de la sesión tengo muchos dolores, pero llevo toda la semana consiguiéndolo. Durante el día no se oye nada fuera. Puede que a los demás prisioneros los lleven a otro sitio.

Si no me equivoco, los gemidos empezarán en cualquier momento, doscientos cuarenta segundos después de su marcha. (He aprendido a contar de fondo, mientras escribo esto. Multitarea, así soy yo). Un gemido bajo seguido por unos golpes contra barrotes de hierro. Seis golpes cada vez. Luego, a los dos minutos y treinta y cinco segundos, un grito seguido por sollozos y más golpes contra los barrotes, esta vez de varias personas: una muestra de solidaridad que cortan en seco los insultos de un guardia (americano, creo).

237

238

239

240

Paro de contar, escucho el silencio. Un par de segundos arriba o abajo, qué más da.

Y entonces empieza: un largo y lento gemido seguido de golpes.

Es demasiada rutina incluso para una prisión.

—Creía que estaba a punto de acabar el artículo para mandarlo a algún periódico, pero nos falta una cosa.

Jar escucha a Max mientras miran ambos por la ventana de su despacho, hacia la entrada del edificio. No esperaba que mostrara tan poco entusiasmo después de enviarle la foto. Miles Cato tampoco ha respondido, aunque Jar le ha mandado la foto al móvil. Dios mío, ¿qué más pruebas necesitan de que Rosa está viva, de que estuvo con ella en la costa de Cornualles hace tres días?

Allá abajo, muy lejos, los transeúntes se dirigen en tromba hacia la estación de metro de Canary Wharf, pasando entre los relojes que montan guardia midiendo su vida cotidiana segundo a segundo: la de los que, como Jar, llegan tarde a trabajar, y la de los «escaqueados del baño», como los llama Max, los que salen del trabajo justo a tiempo para no asistir a las abluciones nocturnas de sus hijos.

—En seis años, nunca me he perdido la hora del baño —le dijo Max con orgullo.

Cinco minutos antes, Jar ha pasado junto a los relojes, impulsado por un propósito mucho más urgente. Rosa ha logrado escapar una vez, pero sus captores no permitirán que eso vuelva a suceder. La castigarán, si no la han matado ya.

—Tenemos la foto con la hora y el lugar grabados —dice—. ¿Qué más nos falta?

—La psicóloga del *college*. No existe. Ninguna americana llamada Karen ha trabajado nunca en el Saint Matthew's. He hablado con el doctor Lance, por fin conseguí que se pusiera al teléfono.

—Pero es lógico que diga eso si trabaja como reclutador para los servicios de inteligencia.

—Tampoco estoy seguro de que eso sea cierto.

—Pregúntale a cualquiera. —Jar está enfadado—. Todo el mundo sabe que el doctor Lance trabaja para ellos.

—También he hecho averiguaciones sobre Sejal. Encontraron su cuerpo.

—¿Qué? Sejal formaba parte del programa. Ella...

—Seis meses después.

—Seguramente fue un error, sería el cadáver de otra persona.

—Eso no es tan fácil habiendo pruebas de ADN.

«A Max le pasa algo», piensa Jar. Su entusiasmo se ha esfumado.

—Entonces, ¿no te importa que use tu ordenador? —pregunta, ansioso por dirigir la conversación hacia terreno más neutral. No le gusta la actitud de Max—. Puedo buscar un cibercafé si es más fácil.

—Claro que sí. Hay sitio de sobra, como ves. Ponte cómodo.

«Por lo menos se está esforzando por parecer optimista», piensa Jar, «pero está menos eufórico, menos expansivo que de costumbre».

Le ha llamado un rato antes para preguntarle si podía pasarse por su oficina para buscar unas cosas en Internet, porque ya no tiene ordenador en el trabajo. Ni siquiera tiene trabajo. No ha entrado en detalles, y tampoco le ha dicho a Max que pensaba utilizar su ordenador para meterse en la red oscura en busca de los secuestradores de Rosa, pero Max no le ha puesto ningún impedimento. Ayer tuvo que prescindir de dos empleados porque ha perdido más clientes, y Jar intuye que le apetecía tener compañía.

—Puede que tengas razón. Puede que aún nos falte algo —dice, confiando en parecer conciliador.

Se acomoda en el escritorio vacío y saca su móvil, abre la foto de Rosa y coloca el teléfono en vertical junto al ordenador como si fuera una foto familiar. No consigue acostumbrarse a la vacuidad de los ojos de Rosa.

—Tengo en parte la sensación de que quizá todo esto no tenga nada que ver con los servicios de inteligencia, ni con la policía —explica Max.

Jar le mira.

—¿Y qué hay de ese informe confidencial? ¿De Eutico?

—Ya no sé qué pensar, Jar. Si alguien falsificó los *e-mails*, es posible que también falsificara el informe, y el diario...

—Rosa escribe sobre hechos que solo yo sé que sucedieron, Max —contesta Jar levantando la voz—. Su baño en el Cam, la noche que pasó en mi habitación...

—Y también sobre cosas que no sucedieron. Nunca ha habido una psicóloga en el Saint Matthew's llamada Karen. ¿Y si tampoco había un programa secreto llamado Eutico?

Jar mira por la ventana, ve como un avión despegando del aeropuerto y cruza el cielo de Londres describiendo un arco. No quiere discutir. Max tiene razón. Las similitudes entre el diario de Rosa y los detalles que Max se inventó para el artículo son demasiado llamativas para pasarlas por alto. Tiene que volver a visitar la página de espionaje en la que se publicó el artículo, escarbar un poco en la red oscura. Coge su teléfono, mira su foto con Rosa y llama a Carl.

Si ha encontrado a Rosa una vez, puede volver a encontrarla.

*Cromer, 2012*

Kirsten y yo estábamos solos en el cuarto de estar y —es justo reconocerlo— los dos habíamos bebido mucho. Tenía pensado servir un clarete normalito esta noche, pero cuando ha llegado Kirsten de Estados Unidos he tenido el impulso de descorchar el champán. Los otros invitados (un par de profesores de Historia del Arte jubilados) se han quedado un rato después de la cena y luego se han ido. A ha estado un buen rato en la cocina hablando por teléfono y yo me he quedado a solas con Kirsten.

La última vez que la vi fue hace un par de semanas, cuando A estaba hablando con ella por FaceTime en la cama. Las cámaras digitales nunca son muy favorecedoras, pero Kirsten, con su pelo corto rubio y sus pómulos altos, me llamó la atención. Incluso escribí un breve esbozo sobre ella en mi cuaderno, confiando en poder usarla para mi libro. Ahora que está aquí, en carne y hueso, estoy deseando observarla más de cerca.

Esta noche estaba radiante, espectacular incluso. Y además le gusta coquetear: una ceja levantada, una risita disimulada detrás de la servilleta... Mientras hablábamos en el sofá del cuarto de estar, con las rodillas más cerca de lo estrictamente necesario, yo no dejaba de pensar en lo que vendría después.

Su actitud (un toque en el brazo, largas miraditas) es tan embriagadora que he llegado a dudar de si había tomado algo antes de la cena, pero no: estoy limpio. Hasta estaba dispuesto a olvidarme de a qué se dedica Kirsten y a meterme en una de esas conversaciones repelentes que sin duda mantiene con sus clientes. Piensa mudarse a Londres dentro de un par de años, abrir una consulta en Harley Street. Ya me están dando ganas de reservar unas cuantas sesiones.

Es broma. Justo ayer le estaba explicando a A que, si de verdad la psicoterapia fuera tan buena como asegura, nosotros no viviríamos en esta casa tan grande y toda la industria de los antidepresivos se habría hundido hace tiempo.

—¿Cómo definirías tu relación con las mujeres, Martin? —me ha preguntado Kirsten descaradamente, no sin antes tomar aire por la nariz de esa forma tan curiosa en la que ya me había fijado cuando hablaba por FaceTime con A.

—Es una pregunta muy personal.

—Lo siento, es la costumbre. Hablemos del tiempo. Es lo que hacéis los ingleses, ¿no? Mucho más interesante.

—Me quedé sin padres cuando tenía tres años —le he dicho, y he bebido un trago largo de mi copa.

No sé por qué se lo he dicho, a santo de qué ha venido eso. Puede que haya sido un curioso impulso de salir en defensa de nuestro carácter nacional, de demostrarle que podemos hablar de otras cosas, no solo de la lluvia. La única persona a la que le he hablado de mis padres es A, y fue muy al principio, cuando trataba de impresionarla con mi apertura emocional. (¡Ja!).

—Cuánto lo siento. ¿Fuiste a un hogar de acogida?

Me he reído con más desdén del que quería.

—Se divorciaron y me mandaron a vivir con mis abuelos.

—¿Has hablado de ese tema con Amy?

—¿Y ella te ha pedido que intentes persuadirme para que te cuente un poco más?

—No, si no quieres.

—Dice que soy muy hermético, pero no sé si este es el momento, ni el lugar, para «abrirme». Es poco profesional, ¿no?

Una vocecilla dentro de mi cabeza me decía que me levantara y me fuera a fregar los platos, pero me he quedado allí sentado. En el fondo siempre he sabido que necesito hablar con alguien. ¿Y por qué no con el bombón de Kirsten, y además con consentimiento de mi mujer? Ojalá mis motivos fueran tan inocentes.

—Confiaba en poder hablar contigo informalmente, como amiga de la familia, pero tienes razón. Es poco profesional. Dejémoslo.

—¿Y qué quieres que diga? ¿Que creía que Amy sería una especie de madre sustituta? ¿Ese tipo de cosas?

—Yo no *quiero* que digas nada, Martin.

—Puede que sea ella la que buscaba una figura paterna. Le llevo siete años.

«Vaya, ¿en serio? No lo parece. Será por todas esas cuestas que subes con la bici», ha contestado ella, aunque solo en mi cabeza.

—¿Volviste a ver a tus padres?

—Busqué a mi madre cuando estaba en Cambridge. Me dijo que no volviera a ponerme en contacto con ella. Mi padre murió alcoholizado unos años después de que se divorciaran.

—¿Y estabas muy unido a tus abuelos?

—Mi abuelo fue prisionero de guerra en Japón. Se casó con mi abuela justo antes de la guerra. Como no volvía, ella dio por sentado que había muerto y se lió con un americano aquí, en Inglaterra. Luego volvió mi abuelo y nunca se lo perdonó. Pasó el resto de su vida castigándolas a ella y a la hija que tuvo, o sea, a mi madre.

—¿El padre era el americano?

—Mi abuelo no permitió que nadie lo olvidara. Vivió consumido por la ira hasta el día de su muerte.

—¿También estaba enfadado contigo?

—Solía encerrarme debajo de la escaleras.

Me estaba metiendo en aguas desconocidas. Ni siquiera le he contado a A lo de aquel armario que olía a cera para coches, tan pequeño que tenía que sentarme con las rodillas pegadas al pecho (yo era un niño muy alto). Ni que me daba miedo que la escalera se me derrumbara encima cuando mi abuelo subía a su habitación. Caía polvo del techo del armario y yo tenía que esforzarme por no estornudar. Si hacía cualquier ruido, mi abuelo me sacaba a rastras del armario y me pegaba con un cepillo de madera. Una vez me tuvo allí dentro dieciséis horas.

—Eso es maltrato delictivo, Martin.

—Para ser justo, mi presencia en la casa debía de hacerse muy dura. No quiero ni pensar en lo que debieron de hacerle los japoneses durante la guerra. Mi abuela estaba demasiado atemorizada para intervenir.

—¿Cómo sobreviviste?

—Tenía esperanza. —Sé que no debería habérselo dicho, pero no he podido refrenarme—. Y la esperanza es una cosa extraordinaria.

Me he interrumpido otra vez para pensar en las implicaciones de lo que estaba a punto de decir.

—Hace tiempo hubo un científico llamado Curt Richter, habrás oído hablar de él. Hizo numerosas investigaciones pioneras en los años cincuenta, especialmente acerca del reloj biológico.

—El mío suena tan alto que me despierta por las noches —ha comentado ella riendo.

Le he sostenido la mirada un momento.

—Pero los hallazgos más importantes de Richter se refieren a la esperanza. Sus «experimentos en torno a la esperanza», como se los conoce ahora. Una vez puso a varias ratas salvajes en un recipiente de paredes altas lleno de agua en circulación, con una corriente en la superficie para impedir que flotaran, y registró cuánto tiempo podían mantenerse a flote antes de morir.

—Qué horror.

—A los quince minutos habían muerto todas, se ahogaron tras el periodo inicial de lucha. Luego, hizo la misma prueba con otro grupo de ratas, y cuando estaban a punto de agotarse las sacó del agua, es decir, las salvó, y les secó el pelo con un secador. Después de unos minutos de descanso, volvió a introducirlas en el agua. Esta vez, las ratas siguieron nadando. Aguantaron sesenta horas. *Sesenta*. Doscientas cuarenta veces más que el primer grupo. Esas ratas tenían esperanza: la esperanza de que volvieran a rescatarlas. ¿Qué cabe deducir de ello? Que visualizaban el fin de sus sufrimientos y que esa esperanza las mantenía a flote.

—¿Y tú tenías esperanza debajo de la escalera?

—Una vez, mi abuelo me dejó salir cuando llevaba allí metido apenas una hora. Lleno de remordimientos, arrepentido, me abrazó y lloró a lágrima viva. Después de aquello, yo siempre pensaba que volvería a hacerlo, que me dejaría salir muy pronto.

—¿Y nunca volvió a hacerlo?

He negado con la cabeza y he bebido otro largo trago de champán, preguntándome adónde iría a parar nuestra conversación y por qué le estaba confesando aquello. Siempre he evitado hablar de experimentación animal con A, por lo menos en detalle.

—¿Te arrepientes de no haber tenido hijos? —me ha preguntado Kirsten.

Esa pregunta tan directa ha conseguido poner fin a la farsa como si de pronto hubiera tirado de un enchufe. De repente el champán me ha sabido amargo y sus ojos han perdido brillo.

—No sabía que estábamos aquí para hablar de planificación familiar.

—La gente reacciona de manera distinta a los traumas infantiles. Algunos no quieren que sus experiencias se repitan. Otros perpetúan el ciclo, maltratan y abusan de sus propios hijos.

—Amy siempre quiso tener hijos. Creo que los dos lo sabemos.

—Disfruta mucho teniendo aquí a su sobrina.

—A veces creo que está utilizando a Rosa para castigarme.

—¿Su presencia te incomoda?

—Será mejor que hablemos del tiempo —he dicho yo.

Y ahí lo hemos dejado. Ella se ha ido a buscar a A a la cocina y yo me he retirado a mi cabaña. Y ahora la puerta del cuarto de Kirsten se ha abierto por fin. Se va a ir a la cama.



Esta noche brilla la luna. También habrán salido las estrellas. La Osa Mayor, el Cinturón de Orión, la Estrella del Norte...

Ya no me acuerdo de todos sus nombres. Jar me enseñó una vez a localizar Solaris usando la estrellas del mango del arado. Habíamos bebido mucha cerveza y estábamos tumbados boca arriba en la hierba, en Christ's Pieces, en Cambridge. Al pequeño *pub* en el que habíamos estado lo iluminaban con velas por las noches. Estábamos allí cuando las encendió el camarero y también cuando las apagó a la hora de cerrar, sentados en un rincón, jugando al *scrabble*. Fue una de las noches más felices de mi vida.

Tampoco me acuerdo de la cara de Jar. Ni de la de Amy.

Los otros prisioneros también gritan esta noche. La misma hora, la misma rutina. Eso me da esperanza.

Es tarde y Jar está sentado en el despacho de Max, ante la mesa de la ventana. Max ha salido a buscar algo de comer y Carl está detrás de Jar, enseñándole a navegar por la red oscura. Jar confiaba en poder hacerlo solo, siguiendo las instrucciones que su amigo le había dado por teléfono, pero le ha faltado el valor muy pronto, cuando se ha descubierto mirando un directorio que parecía un catálogo exhaustivo de las distintas formas que adopta la depravación humana.

—Todos los directorios de Tor conducen a Torch. Dicen que es una forma estupenda de buscar «cebollas», pero nunca funciona, por lo menos a mí nunca me funciona —explica Carl, inclinándose para teclear algo—. Llegar a la página de inicio de Torch es bastante fácil, pero ¿has intentado hacer una búsqueda individual? Siempre caducan. Siempre.

Jar no tiene ni idea de qué habla su amigo, pero le ve deslizar el puntero hacia abajo y abrir un enlace que reconoce, el artículo que publicó Max en la página de fans del espionaje: una larga serie de números seguidos por el sufijo «punto onion».

Carl se ha mostrado reacio al principio: no quería venir a Canary Wharf, seguía quejándose de Max y de su trabajo. Pero cuando se han conocido en persona han conectado enseguida, sobre todo cuando Max ha revelado un conocimiento enciclopédico de la escena *reggae* londinense en los años noventa y una extraña afición por el *dub* británico.

—A partir de aquí creo que puedo arreglármelas solo —dice Jar, echando un vistazo a la página de espionaje.

Carl duda un momento, poco convencido, y luego se retira a otra de las tres mesas que hay en el despacho, enfrente de la de Jar, donde está haciendo sus propias averiguaciones.

Zambullirse en la red oscura asusta a Jar. Le asusta tomar un desvío erróneo, equivocarse al hacer clic en un enlace y encontrarse de pronto en un foro de pederastas, o comprando sin querer heroína con *bitcoins* y caer en una trampa del FBI, a pesar de que sabe que el programa Tor garantiza el anonimato. Se dice a sí mismo que hace todo esto por Rosa.

—Nunca hemos entrado en los comentarios al artículo de Max —dice veinte minutos después.

Se alegra de estar otra vez trabajando codo con codo con Carl, aunque este lujoso despacho de Canary Wharf no se parezca ni de lejos a la oficina en la que trabajaban.

—Ha despertado bastante interés estos años. Mira esto.

Carl se acerca de nuevo a su pantalla.

—La conexión a Internet de este edificio es la bomba, eso hay que reconocerlo — comenta—. Será para que todos esos banqueros se descarguen porno en HD.

—Este tío —continúa Jar, ignorándole—, ChristiansInAction...

—Es la CIA, un apodo muy común —dice Carl.

¿Cómo lo sabe?

—Comenta también otros contenidos de la página —añade Jar—. Mira lo que dice aquí. *De mi antigua empresa no me sorprende nada. Cuando trabajaba clandestinamente en Europa oí rumores sobre un programa llamado Eutico. Nunca llegué al fondo del asunto: me venía muy grande para lo que me pagaban. Lo único que sé es que era un proyecto de reclutamiento que tenía como objetivo a chavales británicos superdotados de las universidades de Oxford y Cambridge. Agentes secretos a los que se proporcionaba una identidad falsa, muertes fingidas, ese tipo de cosas. Suena a chorrada, pero con esta gente nunca se sabe.*

—¿Cómo es que no lo hemos visto antes? —pregunta Carl.

—Porque los comentarios estaban ocultos —dice Jar—. He tardado un rato en encontrarlos. —Carl levanta las cejas, impresionado—. Y mira aquí. —Jar señala la pantalla—. El comentario de abajo. *Parece una novela de espías de Le Carré. O de Len Deighton, quizá. No me extrañaría que los americanos hicieran estas cosas, con o sin la cooperación de los servicios secretos británicos.* Es de alguien que se hace llamar Laika57.

—¿Cómo se escribe? —pregunta Carl volviendo a su mesa.

Jar se lo deletrea (hay algo en ese nombre que le resulta familiar) y sigue leyendo otros comentarios sobre el artículo.

—Laika57 aparece en uno o dos sitios más, pero no en la web normal —dice Carl cinco minutos después—. Tiene un par de comentarios colgados en un foro muy salvaje sobre los métodos de tortura de Guantánamo.

—¿Comentarios sobre qué?

—Sobre alimentación rectal —contesta Carl, distraído, y Jar empieza a lamentar haber preguntado—. Y una cosa llamada «indefensión aprendida».

—¿Y eso qué es?

Se hace un silencio mientras Carl lee.

—Lo practicaban con perros en los años sesenta. Los sometían a tanto dolor que ya ni siquiera se esforzaban por evitarlo.

—¿Y eso se lo hacían a los prisioneros de Guantánamo?

—Eso pone aquí. Por lo visto se mostraban mucho más dóciles si creían que no tenían ningún control sobre su entorno. La idea es «generar pasividad frente a los acontecimientos traumáticos». No sé por qué, pero me parece mucho peor que se lo hagan a animales.

Jar mira a su amigo pidiéndole una explicación.

—Quiero decir que los de Guantánamo eran combatientes enemigos, ¿no? —dice

Carl—. Que eran de los malos.

—Algunos sí.

—Pero los perros... Están tan tranquilos, a sus cosas, olisqueándose el culo, y de pronto los meten en un laboratorio y empiezan a torturarlos. ¿Qué han hecho los perros para merecer eso?

—Lo de la alimentación rectal me suena aún peor —dice Jar.

—¿A alguien le apetece un *vindaloo*?

Levantán la vista cuando Max entra en el despacho con dos bolsas de papel marrón de un restaurante indio.

*Cromer, 2012*

Kirsten tropieza un poco al entrar en el cuarto de baño. Ha bebido mucho esta noche, como todos. A y ella deben de haber estado charlando en la cocina sus buenas dos horas, seguramente quejándose de los hombres que no saben abrirse y hablar de sus sentimientos.

Ya sé que las cámaras de la habitación de invitados funcionan, pero no he podido refrenarme. El champán que he bebido se ha cargado del todo mi mala conciencia. Es la una de la mañana y creo que mi paciencia está a punto de verse recompensada. Kirsten se está cepillando vigorosamente los dientes en el lavabo. Sus nalgas se menean por el esfuerzo. Le he dicho antes que había agua caliente de sobra para que llenara la bañera. Por desgracia, parece tener otros planes. Da media vuelta y echa un vistazo al pequeño cuarto de baño, mira las paredes, el techo, ahora mira directamente el plafón del techo. ¿Ha visto la cámara? Sus ojos me miran fijamente. Sostengo su bella mirada, pero no hay amor en ella, solo ira y sospecha.

Se vuelve otra vez hacia el lavabo y mira fijamente el espejo, pasa las manos por los lados, intenta mirar detrás. ¿Qué está buscando? Ahora vuelve a la habitación y hace lo mismo: recorre las paredes, mira detrás de un cuadro (lo descuelga, lo vuelve a colgar), retira con mucho cuidado los libros de una pequeña estantería que hay encima de la cómoda.

Se me está secando la boca. Está en medio de la habitación, mirando a su alrededor. Otra vez mira hacia el techo, hacia la luz, hacia mí. Dios mío, ha visto algo.

Se acerca a los pies de la cama, coge una silla de madera y la coloca debajo de la lámpara. Luego se sube a ella (ya no se tambalea como antes) y examina el plafón por la parte en que el cable se introduce en el techo. Tiene la mejilla tan pegada a la cámara que podría alargar la mano y acariciarla, oler su dulce aliento (¿a limón?).

¿Qué voy a decir? ¿Cómo voy a explicar que es necesario, por seguridad? ¿Me invento que las grabaciones de las cámaras se borran pasadas veinticuatro horas? ¿Cómo diablos ha sabido dónde buscar? ¿Lo sabe A? ¿La ha avisado? ¿Ha estado aquí, en la cabaña?

Las cámaras son diminutas y están disimuladas en forma de pequeños tornillos. Kirsten tendría que saber qué buscar. A no ser que tenga un destornillador, estoy a

salvo.

Ahora se baja de la silla, vuelve a colocarla a los pies de la cama. Se sienta sobre el edredón. Vamos, Kirsten, déjate de rollos: es hora de que te desvistas.

Pero no se desviste. Lo sabe. ¿Cómo cojones lo sabe? Aparta la sábana y se mete en la cama completamente vestida. Apaga la luz de la mesilla.

Kirsten nada a mi lado ahora, da vueltas y más vueltas en el agua, se pega al borde, me mira. He bajado la luz de la cabaña: ahora brilla con un color rojo sangre, como la de un submarino.

Se le están cansando las patitas, se hunde bajo la superficie. Cuatro minutos y treinta segundos. Cuanto más tiempo pase en el agua, más se desorientará, hasta que sea demasiado tarde. El pánico es muy cansado.

Pero justo ahora, hace un momento, sin previo aviso, ha hecho acopio de fuerzas, ha arañado la pared de la jarra y se ha agarrado al borde con las uñas. Un momento después estaba fuera, sentada sobre la mesa, mirándome triunfante. Demasiada agua en la jarra. He cogido a Kirsten y la he arrojado a la oscuridad.

Llego tarde a nuestra cita, pero Jar se alegra de verme. Hemos quedado en el parque, en un banco de cemento, lejos de todo el mundo. Solos. Me he lavado la cara con un poco de agua que había guardado de antes (mi carcelero cierra la llave de paso cuando no está, y el lavabo apesta, igual que el váter), y llevo la ropa que él me trajo hace unos meses: los pantalones beduinos y el forro polar. No puedo cepillarme el pelo porque lo tengo rapado.

Esta noche solo quiero hablar, sin alcohol ni distracciones, pero no será difícil. Quiero contarle a Jar varias cosas, explicarme a mí misma lo que pasó de verdad.

—Yo no escribí esa carta —digo para avanzar sobre terreno seguro.

Porque estoy segura de que no fui yo quien escribió el *e-mail*. Mi carcelero me lo ha enseñado en incontables ocasiones a lo largo de los años, me ha explicado que lo dejé en el archivo de borradores del ordenador de Amy. Jar me coge de las manos. Las suyas son mucho más grandes que las mías. Y las tiene mejor cuidadas, pero eso no es difícil. Doy vueltas al anillo de plata que lleva en el pulgar.

—Aun así, debería haberme dado cuenta de lo triste que estabas —le oigo decir—. Nunca me dijiste nada.

—Fue muy duro, después de morir papá.

Estoy acostumbrada a oírme hablar, pero me sorprende lo emotiva que suena mi voz. Pensaba que había despojado mi vida de todo sentimiento.

—Saliste a dar un paseo —dice Jar—. A las dos de la mañana. ¿Por qué?

—Necesitaba despejarme. Estoy segura de que dejé una nota en mi cuarto diciendo que iba a salir un rato. Escrita a mano.

—¿Pero no una nota de suicidio?

—Ahora quiero vivir. Es lo único que sé.

Recorro la celda con los ojos llenos de lágrimas. No sé si a Jar le importo, si cree siquiera que estoy viva. Y entonces me acuerdo de su sonrisa tensa e irónica, de su parsimonioso acento irlandés, de su mirada inteligente.

—Creo que fuiste al muelle y que te asomaste por encima de la barandilla, que miraste el agua turbia, que te lo pensaste seriamente —dice.

—Pero no salté.

—¿Qué te lo impidió?

Pienso otra vez en mi diario, en lo que dice que pasó a continuación. He leído ese diario una y otra vez, tantas veces... Está todo escrito a ordenador. Entonces usaba un portátil, no como ahora. Me acuerdo del retiro a las afueras de Hereford, de Sejal, del

doctor Lance. De Karen no estoy tan segura. ¿Había una psicóloga que se llamaba así en el Saint Matthew's? Podría ser. La medicación me ha destrozado la memoria. Son tantas pastillas...

—¿Cuánto tiempo seguirás buscándome? —pregunto.

Estoy segura de que entre nosotros había mucho más de lo que aparece en el diario. Es como si grandes pedazos de nuestra relación, por breve que fuese, hubieran sido arrancados de mi pasado.

—Hasta que esté viejo de tanto vagar.

A Jar le encanta Yeats, solía leérmelo por las noches, cuando me quedaba a dormir en su casa.

—Algún día nos encontraremos en ese sitio del que hablamos aquella noche —digo—. Cuando nos emborrachamos en The Eagle, ¿te acuerdas? Nuestro secreto.



Jar está solo en el despacho. Carl se fue primero, poco después de medianoche, seguido por Max, que le dijo a Jar que durmiera en el sofá de recepción si se le hacía muy tarde. El aire está estancado, todavía huele a curri y Jar quiere irse a casa antes de que amanezca.

Mira el reloj que hay detrás de la mesa de Max. Es casi la una de la madrugada. Se pregunta si es la única persona que queda en el rascacielos, aparte de los limpiadores hispanos que ha visto entrar un rato antes en el edificio. Se alegra de que estén por allí. No le gusta la idea de estar solo allá arriba, en la torre. Max ha dicho que un guardia de seguridad hace la ronda por aquella planta un par de veces cada noche, pero Jar aún no le ha visto.

Lleva una hora buscando otros *posts* de la gente que colgó comentarios sobre el artículo de Max. Está convencido de que el artículo es de algún modo la clave para encontrar a Rosa, teniendo en cuenta sus similitudes con el diario. «Lo siento, Jar. Creo que alguien te está manipulando».

No ha visto más menciones a Eutico, pero sigue encontrándose con Laika57, que tiene colgados comentarios en muchos más sitios de los que ha pensado Carl en un principio. Si encontrara su nombre real... («Onionland es anónimo. De eso se trata», le ha dicho Carl un rato antes, cuando Jar se lo ha comentado).

Vuelve a aquella página tan inquietante acerca de las torturas en Guantánamo que ha encontrado Carl. Hay varios comentarios más de Laika57: uno en el que señala que, en lo que se refiere al trato que dispensaba a los presos, la CIA se inspiró en diversos experimentos científicos realizados durante la década de 1960, y otro acerca de la vivisección. («Tratándose de la red oscura, lo que cuenta es saber dónde mirar, más que buscar al azar». Otra cosa que le ha dicho Carl antes de irse). Y entonces encuentra un vídeo colgado por Laika57.

Casi todos los vídeos que ha visto esta noche los han colgado guardias de prisiones. A primera vista, este parece grabado en Guantánamo, pero hay algo distinto en él.

Jar traga saliva. La calidad de imagen es mala pero, al abrirse el encuadre, se distingue el cuerpo de una persona suspendida horizontalmente del techo en una especie de hamaca o camisa de fuerza de color naranja vivo. Los brazos y las piernas le cuelgan por unos agujeros del arnés y tiene un cable eléctrico conectado a un pie. Otro cable le sube entre las piernas.

No puede verle la cara al sujeto porque la tiene cubierta con un pasamontañas

negro o algo parecido, con una rejilla de punto tapándole la boca. Solo se le ven los ojos.

Jar se lleva la mano a los labios cuando la víctima se convulsiona de repente, sacudiendo la cabeza como una bola de *pinball* entre lo que parecen ser dos paneles colocados a ambos lados de su cara. Lleva alrededor del cuello una especie de yugo conectado a los dos paneles.

—Dios mío —dice Jar como si una corriente eléctrica acabara de atravesarle el cuerpo.

Detiene el vídeo y busca comentarios, que no aparecen a simple vista. Tras localizarlos, encuentra uno en el que Laika57 cuenta cómo la CIA pagó ochenta y un millones de dólares a dos psicólogos para que supervisaran los interrogatorios de los presos más valiosos de Guantánamo.

Vuelve a poner el vídeo y da un respingo, sacudido por una segunda descarga. No hay sonido pero aun así cree oír los gritos. Detiene de nuevo el vídeo, recorre con los ojos el despacho vacío (no sabe muy bien por qué) y se inclina hacia la pantalla para ver la imagen más de cerca. El plano en el que ha detenido la película muestra la cabeza de la víctima vuelta hacia un lado. Jar la mira con horror.

Observa los ojos y luego sigue con la mirada su tronco hasta las piernas y los músculos de las pantorrillas. Es una mujer, no hay duda.

Pulsa el *play*. Una tercera descarga sacude el cuerpo de la mujer. Jar detiene de nuevo la grabación. La cabeza de la víctima se ve ahora claramente. No puede ser ella. Pero aun así se fija en sus ojos. No parece Rosa y, de todos modos, ¿por qué iban a llevar a Rosa a Guantánamo?

Hace retroceder el vídeo y congela la imagen de la cara de la mujer. Después de escudriñarla, se levanta de la mesa y recorre el despacho tratando de aferrarse a la idea de que no es ella. Vuelve a la pantalla. La cara se contorsiona, borrosa, los ojos de detrás del pasamontañas no son los de Rosa: demasiado inermes. Pero al torcer la cabeza, no puede evitar ver a la mujer de los acantilados de Cornualles.

Se sienta, cierra los ojos y vuelve a abrirlos. Está imaginando cosas. Vista desde otro ángulo, la víctima no parece Rosa. Empieza a leer metódicamente los comentarios: hay más de los que pensaba en un principio. Los *trolls* de la tortura han salido en masa de sus cuevas. Y entonces lo ve, unas pocas palabras casi al principio del hilo:

Buen trabajo, Laika57: el mejor vídeo hasta ahora.

Jar repite las palabras en voz baja, se fija en otro hilo anónimo, debajo del comentario.

Psychochem: ¿Todavía estás escribiendo una novela? ¿Cuándo sale?

Laika57: La ficción no es fácil. He escrito un diario. No sé si lo publicaré alguna vez.

Phychochem: Podrías publicarlo aquí.

Laika57: Habla demasiado de mis experimentos de Seligman, ja ja. Comparado con eso, Knausgaard parece discreto.

A Jar se le seca la boca. Con dedos temblorosos busca «Laika» en la web normal. Una perra callejera de Moscú, el primer animal en orbitar alrededor de la Tierra, enviada al espacio en el *Sputnik 2* en 1957. *Muttnik*, como la apodó la prensa estadounidense, murió de un golpe de calor después de dar cuatro vueltas a la Tierra. Rosa le contó una vez a Jar que Martin les había puesto a sus dos beagles nombres de perras enviadas al espacio por los rusos.

Martin... ¿Laika57 es el tío de Rosa?

Jar vuelve al artículo de Max tratando de controlar su respiración y busca de nuevo el comentario de Laika57 que compara la historia de la desaparición de Rosa con una novela de espionaje. ¿Cuántas veces a lo largo de esos años ha escrito a Amy y a Martin hablándoles de sus teorías acerca de la desaparición de Rosa? Martin siempre se ha mostrado desdeñoso, tachaba a Jar de paranoico, de obsesionarse con conspiraciones. ¿Por qué habría colgado un artículo en la red oscura dando a entender que a Rosa la reclutaron los servicios de inteligencia?

¿Y por qué habría colgado un vídeo de una mujer torturada en Guantánamo?

«Creemos que Martin puede estar especializado en vídeos de torturas». Debería parar, llamar a Miles Cato, contarle lo que ha encontrado. Si su investigación acerca de Martin y sus hábitos informáticos es auténtica, este vídeo es la prueba que andaba buscando. Pero ¿qué ha encontrado exactamente? ¿Y si la del vídeo es Rosa...?

Se repite que no es ella. El interés de Martin en la página es puramente profesional: es un aficionado confeso a las novelas de espías y trabajaba en un laboratorio farmacéutico, solo quiere recalcar los paralelismos entre las técnicas de tortura de la CIA y la experimentación con animales en los años sesenta.

Cierra el artículo de Max y busca otros *posts* de Laika57, algo que demuestre la inocencia de Martin. En el índice principal de la página ve un hilo acerca de los orígenes de George Smiley, un tema bastante inofensivo. Martin no dejaría pasar una oportunidad como aquella de exhibir sus conocimientos.

Efectivamente, Laika57 se explaya a sus anchas:

¿Bingham o Green? En conjunto, Smiley debe mucho más a John Bingham, séptimo barón de Clanmorris, compañero de Le Carré en el MI5 y también novelista.

Jar pestaña. John Bingham es el nombre falso que utilizaron para alquilar el coche en Cornualles.

*Cromer, 2012*

La prueba de suspensión por la cola tiene numerosas ventajas, entre ellas su bajo coste y su efectividad. Se cuelga a un ratón de la cola con esparadrapo, lejos de cualquier objeto que pueda utilizar para agarrarse o intentar escapar. Rosa cuelga en estos momentos delante de mí, pegada a la parte de debajo del estante que hay sobre mi mesa, a pesar de que la cabaña no es el sitio ideal para este tipo de experimentos.

Estos últimos meses me he dado cuenta de que no puedo abandonar sin más lo que estaba haciendo en el laboratorio cuando me despidieron. No puedo cerrar mi interés como si fuera un grifo. Ha sido mi vida durante treinta años y estaba a punto de dar un gran paso, de desarrollar un antidepresivo de nueva generación que funciona en cuestión de días y no de semanas, en una amplia variedad de individuos y con efectos secundarios limitados. Si no se me permite continuar oficialmente mis investigaciones, debo encontrar la manera de seguir con ellas extraoficialmente y de completar el trabajo que estaba haciendo cuando me pusieron de patitas en la calle.

A finales de los años noventa teníamos un laboratorio fuera de las oficinas. Esta tarde he ido a echarle un vistazo. He tardado una hora en llegar en bici. Está en un hangar reconvertido, en un antiguo aeródromo de la Segunda Guerra Mundial a las afueras de Holt. Hay muchos por aquí: durante la guerra, las llanuras del norte de Norfolk se convirtieron en un gigantesco campo de aviación para los bombarderos Flying Fortress y Wellington. El aeródromo de Holt se cerró en los años sesenta. Después se instaló en él una granja intensiva de pollos que también cerró, dejando varias filas de barracones chatos y vacíos. En los años noventa, durante un breve periodo, se instalaron en algunas de las naves empresas locales como la nuestra, pero ahora el aeródromo está completamente abandonado.

Me había olvidado de esas instalaciones durante estos años, y me ha alegrado ver que el sitio sigue casi igual. El hangar original, que se encuentra junto a un pinar, a un lado del aeródromo, ha sido reformado y ahora tiene varias ventanas en la parte delantera que permiten que entre más luz. He echado un vistazo por una de las ventanas rotas que se abren en las paredes de ladrillo, a ambos lados del edificio. No había mucho que ver: un espacio diáfano con la pintura de las paredes descascarillada y un par de sillas rotas. Nada que permita adivinar que en tiempos fue un laboratorio. Seguramente por eso los animalistas nunca se enteraron de su existencia. El

verdadero laboratorio estaba en el sótano, oculto a ojos de los curiosos, en un antiguo refugio antiaéreo.

Solo un puñado de gente estaba al tanto de su existencia y de lo que hacíamos allí. La planta de arriba se usaba para temas administrativos. Era una buena tapadera si alguien pasaba por allí (parte del aeródromo se usaba a veces como pista para avionetas de fumigado). En el sótano, en cambio, había un laboratorio clínico pequeño pero perfectamente equipado al que se accedía por una trampilla del suelo, tapada por un armario archivador. Debajo de la trampilla había una corta y empinada escalera de hierro.

En aquellos tiempos estábamos tan paranoicos que teníamos que recurrir a esas medidas extremas para llevar a cabo pruebas con animales (perros, principalmente), pero así estaban las cosas.

Esta tarde he conseguido entrar en el hangar por la ventana rota, pero la trampilla sigue cerrada con un grueso candado y no he podido acceder al sótano. Pienso volver mañana aprovechando mi salida diaria con la bici (últimamente a A no le extraña que pase fuera por lo menos tres horas). Llevaré una cizalla en la mochila. Creo que todavía quedará algo de material en el sótano: recuerdo que tuvimos que desalojarlo con muchas prisas.

Rosa lleva ya seis minutos colgada del estante, la duración normal de la prueba de suspensión. Esto no son condiciones: debería estar en un laboratorio de verdad. Al principio se ha retorcido y meneado pero ahora está quieta: conservando astutamente sus energías o agotada por la desesperación, depende de cómo se mire.

Ahora sabemos que los antidepresivos disminuyen la duración del periodo de inmovilidad, lo que convierte esta prueba en otro método muy eficaz de estudio preclínico. Pero la experimentación con modelos animales solo sirve hasta cierto punto. Todo el mundo está de acuerdo en que los problemas psiquiátricos que pueden reproducirse en un ratón son muy limitados: los trastornos complejos de bipolaridad y la esquizofrenia que sufren los humanos están muy lejos del «estado de desesperación» que experimenta un roedor en una jarra de agua.

Fue Protágoras quien dijo que «el hombre es la medida de todas las cosas». Tenía razón. Lamentablemente, los ensayos clínicos de antidepresivos en humanos están envueltos en polémica desde hace tiempo. Como mejor se demuestra su eficacia es en pacientes con depresión severa, pero esos individuos rara vez acceden a los ensayos. Las pruebas, en cambio, se llevan a cabo en sujetos que presentan dolencias leves o moderadas. La respuesta al placebo en pacientes depresivos es también bastante elevada, lo que en parte desmiente la efectividad del tratamiento. A causa de ello, las grandes compañías farmacéuticas han dejado en suspenso buena parte de sus investigaciones sobre antidepresivos.

Cité a Protágoras en mi carta de renuncia, pero la junta directiva no quiso ni oír hablar del asunto, aunque un replanteamiento de los estudios clínicos en humanos sea la única forma de salvar la industria de los antidepresivos.

Sigo manteniendo mi premisa inicial, y es que el estrés agudo crónico es un factor clave en la mayoría de las depresiones. Y si, como es mi caso, uno quiere demostrar la validez de un antidepresivo de nueva generación en el que ha estado trabajando durante la mayor parte de su carrera (un fármaco que sabe que transformará la vida de millones de personas depresivas), es necesario poner a pacientes humanos y no a roedores en situaciones de estrés agudo antes de administrarles el fármaco sujeto a ensayo. Las farmacéuticas perdieron una oportunidad de oro en Guantánamo. Yo no pienso hacer lo mismo.

Rosa ha cerrado los ojos.

Ha sido todo tan rápido, el error...

Solo llevaba unos minutos en mi celda (el tiempo justo para quitarme las cadenas y administrarme la medicación que me da antes de que empiece la sesión) cuando ha sonado su móvil. No he oído qué le decía la otra persona, pero se ha enfadado. Se ha puesto furioso.

Se ha ido casi enseguida, ha cerrado de un portazo pero no he oído que cerrara el candado, ni ningún chirrido. Siempre cierra con llave la puerta de la celda y la atranca con algo por fuera. Pero hoy no. Y también ha olvidado encadenarme.

He esperado cinco minutos antes de moverme. Trescientos segundos. Lo ha hecho otras veces: ponerme a prueba. La última vez no me encadenó, dejó la puerta abierta y desapareció. Pasadas dos horas, yo seguía sin moverme del suelo. No tenía deseos de escapar. Ninguno. Cuando volvió, me felicitó, me dio algo de comida fresca (arroz con pollo) y me dijo que era un ejemplo para otros prisioneros, un motivo de orgullo para la ciencia: «el paradigma de la indefensión aprendida».

Lo de hoy, en cambio, es distinto. Lo sé. Él no quería dejarme así. Me he puesto la ropa que me trajo hace unos meses, la que estaba reservando para este momento: los pantalones beduinos y el forro polar.

Ha cometido un error. No hay otra explicación. Ahora debo huir.



—Amy, soy yo, Jar. ¿Te he despertado?

—He recibido tu mensaje. Estaba despierta de todos modos.

Son las tres de la madrugada y Jar confiaba en que fuera así. Amy le habló una vez del insomnio que sufre cuando se pasa el efecto de las pastillas o cuando, a espaldas de Martin, no se las toma.

Jar está aún en el despacho de Max en Canary Wharf. Le ha enviado un mensaje hace unos minutos preguntándole si estaba despierta, si podía llamarla. Ella le ha respondido enseguida, le ha dicho que llamara en diez minutos.

—¿Martin está contigo?

—Está arriba, dormido.

Habla apáticamente, con indiferencia, como si no le preocupara que la llamen a estas horas de la noche. Han pasado seis días desde que se vieron en Greenwich Park, y en aquel momento no tenía muy buen aspecto. Jar respira hondo, duda, no sabe por dónde empezar, hasta dónde debe contarle. Necesita hacerse con el diario de Martin, el que cita en el comentario que colgó sobre el vídeo de tortura, el que cuenta demasiado de sus «experimentos de Seligman».

—Necesito que me hagas un favor —dice.

—¿Estás bien? ¿Dónde has estado? Pareces...

—Estoy bien. He estado fuera.

No es momento de hablarle de su encuentro con Rosa en Cornualles. No sabe cómo reaccionaría.

—¿Has estado alguna vez en la cabaña de Martin?

—¿En su cabaña? No, ¿por qué?

—Necesito que vayas allí ahora mismo.

—No permite entrar a nadie.

—¿Está cerrada con llave?

—Claro.

—¿Sabes dónde está la llave?

—La guarda en una jarra metálica, encima del aparador de la cocina, pero...

—Necesito que vayas a buscarla.

Amy se queda callada un instante. Jar la oye respirar.

—¿Amy?

—¿Qué es lo que ocurre, Jar?

Él se pregunta si ha tenido las mismas intuiciones que él, soterradas, nunca

reconocidas.

—Solo necesito que busques una cosa.

—No puedo. Se pondrá furioso si se entera.

—Está dormido.

—¿Se trata de Rosa?

Jar tiene la impresión de que empieza a parecer más centrada. Pero no es necesario hablarle de sus sospechas. Aún no.

Dos minutos después, Amy le dice que está delante de la puerta de la cabaña, al fondo del jardín.

—¿Qué está pasando, Jar?

—Por favor, abre la puerta.

—Me estás asustando.

Jar también está asustado. Canary Wharf es un lugar muy solitario por las noches. La oye manipular el candado, se imagina sus manos temblorosas, sus esfuerzos para ver lo que hace a oscuras, sus miradas constante a la casa por si Martin se despierta.

—Es la primera vez que entro aquí. ¿Verdad que es raro?

—La cabaña de un hombre es su castillo —le responde Jar. «Y quizá también su presidio», añade para sus adentros—. Pero sí, es raro.

—¿Qué tengo que buscar?

Jar trata de imaginarse la escena. Sabe que debe centrarse en el ordenador, conseguir que Amy encuentre el diario de Martin, pero no puede detener el flujo de sus pensamientos. Puede que la cabaña tenga un sótano o una habitación oculta, construida con cemento. Un lugar donde Martin graba sus vídeos, donde...

—Describeme lo que ves —dice.

—Unas sillas de jardín, sus palos de *croquet*...

—¿Solo hay una habitación?

—Hay otra al fondo.

—¿Cuántas llaves tiene el llavero?

—Dos.

—Abre la otra puerta.

Jar espera, escucha el ruido de otro candado al abrirse.

—¿Estás dentro?

—Aquí hay una luz roja muy rara.

—¿Qué más?

—Una mesa, un ordenador, unos monitores de televisión. Son de las cámaras de seguridad. Las cámaras me habrán grabado viniendo aquí, Jar. Hay una a la entrada de la cabaña y otra en la parte de atrás de la casa, en la puerta trasera.

—Solo echará un vistazo a las cintas si sospecha que alguien ha entrado.

No es más que una conjetura, claro, pero no se le ocurre nada más que decir. Las grabaciones de las cámaras de seguridad suelen borrarse pasados unos días, ¿no? A no ser que haya alguna incidencia.

—Quiero volver a casa, Jar. No debería estar aquí.

—Dime qué más ves. ¿Hay una puerta, una trampilla?

Sabe que debería estar registrando el ordenador, pero no puede refrenarse.

—Hay una bodega no sé dónde, Martin la mencionó una vez que me bebí su mejor clarete. Veo un panel en el suelo.

A Jar se le acelera el corazón al imaginarse la escena: Rosa recluida en un cuarto oscuro, llena de terror, enajenada.

—¿Puedes levantarlo?

—Está tapado a medias por una caja llena de carpetas.

—Inténtalo, por favor.

Oye que Amy deja el teléfono y mueve la caja. Luego, sin embargo, se hace el silencio.

—¿Amy?

¿Ha encontrado a Rosa?

—Martin se ha levantado —susurra ella.

—¿Puedes verle desde la casa? ¿Hay una ventana?

—No. En esta habitación no. Lo estoy viendo en la pantalla. Hay una cámara en el descansillo.

—¿Qué está haciendo?

—Está bajando por la escalera. Si averigua que he estado aquí, me matará, Jar. Tú no conoces a Martin.

—Tienes que levantar el panel —dice Jar—. La trampilla de la bodega. Dime lo que ves.

Otra pausa.

—La estoy levantando.

Jar cierra los ojos.

—¿Qué ves?

—Solo unas cajas de vino, de madera. Un montón de cajas. ¿Qué estoy buscando, Jar?

Martin es el tío de Rosa, se dice Jar. John Bingham es un nombre bastante común.

—¿Estás segura de que no hay nada más?

Martin no la tendría allí, tan cerca de su casa.

—No, nada. Estoy segura. Quiero salir de aquí, Jar. Martin está abajo, en la cocina.

—Cierra y vete a dar un paseo, aléjate de la cabaña. Solo has salido a dar una vuelta. No podías dormir.

—De acuerdo.

Jar nunca la ha oído tan asustada.

—Está subiendo otra vez. A su cuarto. Ahora dormimos separados.

Jar suspira aliviado y luego se acuerda del ordenador.

—Una cosa más. ¿El ordenador está encendido?

Un silencio.

—En reposo, creo.

—¿Puedes activarlo?

—Quiero volver a casa, Jar.

—Por favor.

Silencio. Le parece oír que Amy ahoga un sollozo.

—Lo estás haciendo estupendamente. ¿Es un Mac? —pregunta Jar.

—Sí.

—Puede que tenga contraseña.

—Estoy viendo el escritorio. Creo que Martin ha salido antes con prisas. La mesa está muy desordenada.

—¿Puedes buscar la palabra «diario»?

—Vale.

—¿Aparece algo?

—No se me dan bien los ordenadores.

—Se te dan mejor de lo que crees. ¿Hay un archivo titulado *Diario*?

Jar se dice que no debe ponerse tan impaciente. Amy está corriendo un gran peligro por él. Por Rosa.

—No aparece nada.

—Prueba con «cuaderno de notas».

—No.

Jar sabía que no sería fácil. Piensa en palabras clave o expresiones que puede haber usado Martin en su diario. Si lo estaba anotando todo, ¿escribió también sobre sus visitas a Cromer?

—Prueba a buscar «peyote».

Oye cómo teclea Amy.

—Aparecen muchos archivos. ¿Qué es un peyote?

—Un cactus seco. Prueba con «Jar + peyote» —dice, acordándose de la conversación que tuvo con Martin sobre la Beat Generation, las drogas y la literatura.

—Aparece un archivo que contiene esas palabras —dice Amy—. Un documento de Word titulado *Mi lucha*.

—Ese es. —Jar recuerda el interés de Martin por las novelas autobiográficas de Knausgaard. Si algo le caracteriza es la ambición.

—¿Quieres que lo abra?

—No es tan fácil.

Da por sentado que Martin ha encriptado el diario. Carl, o quizás Anton, si vuelve a aparecer, podrán descifrárselo.

—Jar, creo que ya está abierto, en la pantalla.

—¿Estás segura?

Empiezan a sudarle las palmas. Si el documento está abierto, no hará falta descifrarlo.

—Está minimizado, pero puedo hacerlo más grande.

—Ten cuidado.

Martin habrá estado escribiendo su diario esta noche y lo habrá dejado abierto. Jar no quiere que Amy altere el documento, que deje rastros de su visita. Y tampoco quiere que lo lea.

—Ha escrito sobre Strelka, mi perra —dice Amy—. Sobre el día que murió.

—No lo leas, Amy, por favor —le suplica Jar, intentando conservar la calma—. Quiero que me escuches con mucha atención.

Procede a explicarle cómo abrir Firefox y entrar en su cuenta de correo electrónico (Martin tiene abierta la suya en Chrome). Luego le pide que copie y pegue todo el contenido del diario de Martin en un mensaje dirigido a él, y a continuación que copie un documento en blanco para borrar su rastro y que elimine el diario de la memoria de la función de copiar y pegar.

—Ahora sal de tu cuenta. Eso es muy importante —dice por último, tras comprobar que el *e-mail* de Amy ha llegado a su bandeja de entrada.

—De acuerdo.

—Y sal de Firefox, vuelve a arrastrar la ventana de Word adonde estaba y pon otra vez el ordenador en reposo.

—Ya está.

—Gracias, Amy.

—¿Qué es lo que pasa, Jar?

Jar respira hondo. Sabe que le debe una explicación.

—He visto a Rosa. Estuve con ella hace cuatro días, en Cornualles.

*Norte de Norfolk, 2012*

Llevo una semana viniendo todos los días y el laboratorio está listo por fin. Con la cizalla no tuve problema para abrir el candado viejo de la trampilla del suelo, y he instalado uno nuevo que costará más romper. También he sellado las ventanas rotas, he atornillado los pestillos para que no puedan abrirse y he puesto una cerradura nueva en la puerta de entrada.

El laboratorio está relativamente en buen estado para llevar más de diez años sin usarse. La pintura blanca está desconchada, pero sigue habiendo un área central de experimentación rodeada de encimeras y una mesa de operaciones en el medio. A un lado hay una sala de necropsias y al fondo un pequeño incinerador, un lavabo y un aseo.

No hay luz (debe de llevar años cortada), pero sí un tragaluz tubular que proyecta una luz pálida y fantasmal. Lo usábamos para mantener a ciertos animales sincronizados con el ciclo de luz solar. También hay más ventilación de la que debía de haber cuando esto era un refugio antiaéreo: se instalaron respiraderos por todo el techo para mantener a los animales con vida.

He montado una cámara de vídeo en la zona principal, dado el gran interés que despierta la indefensión aprendida entre mis colegas de la red oscura desde que saben que sirve de fundamento a las técnicas de interrogatorio de Guantánamo. Ayer anuncié que espero poder recrear dentro de poco los experimentos originales que Martin Seligman llevó a cabo con perros en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Pienso retransmitirlos en directo por *streaming*, en baja resolución, a unos pocos elegidos. Aunque aquí no hay *wifi*, hay cobertura de móvil 3G. La red oscura está pensada para atender a gustos muy específicos, incluso más que la web normal: experimentación con animales de los años sesenta unida a técnicas de interrogatorio de la CIA, todo ello aderezado con una pizca de sadomasoquismo. Eso sí que es exclusividad.

Esto es lo que he colgado hoy en uno de los foros seguros de Tor de los que más me fío:

La indefensión aprendida es un estado en el que un animal —o un ser humano— se vuelve pasivo frente a los estímulos dolorosos o desagradables. Tras concluir que

no tiene ningún control sobre su entorno, pierde el deseo y el impulso de escapar. Por diversos motivos «éticos» equivocados, los experimentos pioneros que llevó a cabo en los años sesenta Martin Seligman no han tenido continuación durante las últimas décadas pese a su eficacia en los ensayos clínicos de fármacos antidepresivos.

Un antiguo colega contestó enseguida: un técnico de laboratorio del que no tenía noticias desde hace tiempo. A él también le «dejaron marchar» por razones igual de ficticias. Y también le ha dado por el ciclismo: vamos a quedar para salir a montar juntos en bici. Antes hacíamos nuestros propios experimentos de indefensión aprendida en la sede central de la empresa, adaptando las pruebas de Seligman a cánidos, roedores y otros animales, pero cuando los animalistas empezaron a apretarnos las tuercas trasladamos los experimentos más delicados de Norwich al antiguo hangar.

Resulta raro estar de vuelta, pero también me siento muy a gusto, como en casa. Las viejas costumbres nunca mueren. Las precauciones que tomo diariamente para impedir que me vean entrar en el aeródromo (dejo la bici en el bosque y hago andando el resto del camino por un sendero casi cubierto de hierba que bordea la valla sur del recinto) no son muy distintas a las que adoptábamos en el laboratorio: rutas diferentes para venir a trabajar cada día, puertas traseras, falsos desplazamientos al trabajo... Y si A sospecha algo por la cantidad de tiempo que paso fuera de casa, no dice nada.

Ahora, lo único que me hace falta es un animal con el que poner en práctica mis experimentos.

Jar se levanta de la mesa de Max con las piernas cargadas por la adrenalina y se acerca a la ventana, desde donde contempla los rascacielos vecinos. Falta poco para que amanezca pero la noche le parece más oscura que nunca.

Lleva media hora leyendo el diario de Martin: sus primeras anotaciones acerca de esa «primera persona inflada de esteroides», de la visita en la que hablaron de George Smiley, del peyote y de los *beatniks*, de su conversación ética con Kirsten y, ahora, del laboratorio en el interior de Norfolk y de sus viajes allí, disfrazados de largas salidas en bici.

¿Lo está leyendo Amy al mismo tiempo que él? ¿Ha entrado en su bandeja de enviados y ha abierto el *e-mail*? Jar no consigue quitarse de la cabeza esa frase que dice Martin como al desgaire acerca de las benzodiacepinas que lleva veinte años administrándole a su mujer: *me han facilitado las cosas en la cama*. ¿Qué le ha estado haciendo a Amy? ¿Y corre peligro estando sola con él? Jar sabe que debería llamar a la policía, o al menos a los servicios sociales, pero siente una necesidad compulsiva de aclararlo todo primero.

Está a punto de leer otra entrada del diario cuando oye un ruido en el pasillo, como de una puerta cerrándose. Da por sentado que son los limpiadores, pero hay algo extraño en aquel sonido, se adivina en él un ímpetu que hace que Jar se levante y se acerque a la puerta. Lo que ocurre es que está agotado, se dice.

Sale al pasillo desierto. Tras aguzar el oído unos segundos regresa al despacho de Max, pero en ese momento se abren las puertas del fondo del pasillo y aparecen dos limpiadores empujando un carrito cargado de cubos y fregonas. Son ambos hispanos, un hombre y una mujer de cuarenta y tantos años.

Jar sonríe aliviado cuando se acercan, pero ellos parecen nerviosos y evitan mirarle a la cara. Puede que les sorprenda verle allí, o quizá los hayan advertido de que no hablen con los empleados de las oficinas. Es lo que Carl denomina «*apartheid* empresarial». (En el trabajo, Carl y él solían dejar notas para los limpiadores del turno de noche diciéndoles que, si querían, se llevaran los regalos promocionales que hubieran llegado a la oficina ese día).

Jar no sabe si decir buenas noches o buenos días, así que se conforma con decir «¿Qué tal?». Ellos no contestan, ni siquiera sonríen. Pasan a toda prisa frente a él y uno de ellos lanza una ojeada a las puertas batientes que hay a su espalda y luego mira a Jar.

Él duda un momento, mira a un lado y otro del pasillo. Después vuelve al



despacho de Max y cierra la puerta con llave.

*Cromer, 2012*

A se ha quedado muy callada cuando se lo he dicho, me ha pedido que le repitiera exactamente cómo ha ocurrido, que le explicara por qué he vuelto solo con una perra. El porqué no se lo he dicho, pero el cómo era fácil de explicar.

Hace un tiempo, después de que perdiera el trabajo, solíamos salir a dar un paseo juntos por la mañana. Los dos esperábamos que las cosas mejoraran, un «nuevo comienzo», como si todo lo que marcha mal en nuestro matrimonio fuera a arreglarse por el hecho de que de pronto esté todo el día en casa. No ha sido así, claro.

El caso es que hoy, después de desayunar, he salido solo con Belka y Strelka. Las perras no me las dieron mis compañeros de trabajo como regalo de despedida, como solía decir Rosa en broma (de tal palo, tal astilla), aunque es verdad que usábamos muchos *beagles* en nuestros experimentos. Las adoptamos A y yo en un refugio de Norwich, unas semanas antes de que yo supiera que iban a despedirme. Otro falso amanecer. Les puse los nombres de dos perras rusas que fueron enviadas al espacio en el Sputnik 5 en 1960, junto con cuarenta y dos ratones, dos ratas y un conejo. Belka era mía, Strelka de A. O por lo menos así ha quedado establecido.

Doy siempre el mismo paseo: bajo por la carretera hasta el prado encharcado, sigo el río, cruzo la vía del tren y vuelvo a casa. Veinte minutos largos, a buen ritmo. Esta mañana, Strelka ha empezado a tirar de la correa desde el principio. A siempre la ha malcriado, no la ha disciplinado como debía. Yo solo las dejo sueltas después de cruzar el río por un puentecillo peatonal. Luego las dejo correr por el prado encharcado que hay junto a la vía del tren, donde la valla está en buen estado.

Menos hoy. La cancela por la que el sendero cruza la vía del tren estaba abierta. Debería añadir que al otro lado hay una franja de terreno más estrecha en la que suelen retozar los conejos. Strelka los ha visto antes que yo y ha echado a correr siguiendo la valla, ansiosa por cruzar. Belka tenía menos interés, se ha quedado dando vueltas a mi alrededor mientras caminaba.

Strelka se estaba acercando a la verja, estaba ya a unos cinco metros de ella, dispuesta a lanzarse sobre los conejos. Si hubiera soplado el silbato en ese momento, mi orden habría prevalecido sobre su impulso instintivo y hubiera vuelto a mi lado.

Pero el silbato seguía en mi bolsillo cuando Strelka ha cruzado la cancela. Ha visto acercarse el tren, pero aun así ha subido por el talud y se ha metido en la vía,

donde la esperaba una muerte segura. No ha sido un suicidio, claro, solo un saludable instinto de cazar conejos, pero podría haberse salvado. No he apartado la mirada. Me he quedado absorto ante las consecuencias de mi inacción mientras el morro del tren lanzaba al aire el cuerpo de Strelka, que ha caído sobre la vía para acto seguido desaparecer bajo las ruedas.

El conductor me ha mirado con reproche mientras el tren seguía su camino. Belka se ha quedado callada a mi lado. Puede que su hermana haya emitido un sonido que yo no he oído: un gemido de terror en un registro mayor del que puede detectar el oído humano. Yo no he oído nada en el momento del impacto, solo un golpe sordo.

No tenía sentido traer a Strelka a casa, ni tampoco decirle a A que lo que quedaba de ella estaba desparramado por la vía en jirones sanguinolentos.

Jar sigue leyendo. No puede parar. Amy quería mucho a Strelka. Como a una hija, recuerda que le dijo Rosa. Cuando descubra lo que pasó de verdad, abandonará a Martin. Puede que lo haya intentado otras veces. Jar se pregunta si debería llamarla ya, cerciorarse de que lea el diario, debatir con ella si deben informar a la policía. Mantener a alguien bajo los efectos de las benzodiacepinas de ese modo debe equivaler a un delito de violencia doméstica.

Otro ruido en el pasillo interrumpe sus cavilaciones: una puerta basculantes que se cierran. ¿Han vuelto los limpiadores? Jar mira su reloj. Son las tres y media de la madrugada. Max le ha dicho que empezaría a llegar gente a eso del amanecer: los más madrugadores, los que operan en las bolsas de Hong Kong y Extremo Oriente.

Se vuelve hacia la pantalla pensando en Amy, en Rosa y en Strelka, pero entonces oye otro ruido, una especie de grito sofocado, y traga saliva. Intenta ignorar lo que acaba de oír, pero no puede. Era un gemido demasiado humano.

En el pasillo, mira hacia ambos lados. El diario le ha trastornado, ha agudizado su paranoia. No era nada, se dice, pero no consigue olvidarse de los limpiadores que se han alejado a toda prisa media hora antes, desviando la mirada, sin sonreír.

Se acerca a las puertas batientes y las empuja. Nada. El ascensor está quieto, en reposo, a la espera del ajetreo matutino. Y entonces ve una gorra de plato en el suelo, al lado de la salida de emergencia, junto a una silla vacía. Se acerca a recogerla. La parte de dentro está todavía caliente, el forro rasgado por la parte de atrás. Mira otra vez a su alrededor y empuja la pesada puerta de emergencia.

—¿Hola? —llama, y su voz retumba en la escalera.

Silencio. Deja que la puerta se cierre y coloca la gorra en la silla, tratando de olvidarse de su calor pegajoso. El guardia volverá pronto a recogerla, se dice mientras regresa al despacho de Max y cierra la puerta tras él. El corazón le late a toda prisa.

*Norte de Norfolk, 2013*

La perra está suspendida del techo del laboratorio, sujeta por una hamaca de tejido elástico como prescribía Seligman en 1967, con las extremidades colgando por los cuatro agujeros del arnés. No he podido reproducir por completo las condiciones originales, pero sí en un grado suficiente para que el experimento sea válido. La electricidad procede de una batería de coche de doce voltios y pasa por un divisor de tensión en paralelo y por electrodos de placa de cobre (recubiertos primero con masilla conductora de uso comercial), uno de los cuales está fijado con adhesivo a la planta del pie de la perra. La intensidad de corriente es de 20 mA, conforme a la resistencia de mil ohmios de la piel.

Su cabeza, protegida por un bozal de cuero negro con remaches, está sujeta — exactamente como recomendaba Seligman— por sendos paneles, uno a cada lado, unidos por un yugo que le pasa por encima del cuello. Puede pulsar ambos paneles con la cabeza con la esperanza de que se detenga la corriente, pero no hay relación causal entre el pulsado de los paneles y la interrupción de la corriente eléctrica.

La única diferencia respecto al equipo usado por Seligman es que yo he confeccionado el arnés con un material de un color naranja muy parecido al de los monos de los presos de Guantánamo.

Acabo de comprobar que la conexión de vídeo funciona y ya me estoy imaginando a los colegas de todo el mundo que están mirando: científicos condenados al ostracismo, psicólogos de la CIA, algún que otro terrorista quizá.

Según la teoría de Seligman, los perros a los que se administra una serie de descargas eléctricas ineludibles mientras se hallan en el arnés y que carecen de control sobre el flujo de corriente no intentan sustraerse al dolor cuando posteriormente se les pone en una situación distinta (una «jaula lanzadera» con dos cubículos adyacentes) en la que podrían evitar fácilmente el dolor. En el experimento original, a los perros del grupo de control se los colocaba en arneses estrechos y, al apretar los paneles con la cabeza, cesaba la corriente. Los perros de este segundo grupo trataban de escapar al dolor cuando se les colocaba en la jaula lanzadera, a diferencia de los primeros, que creían no tener control alguno sobre su entorno.

El experimento que estoy realizando se corresponde, por tanto, con la primera parte. Posteriormente colocaré a la perra sin arnés en una jaula lanzadera donde le

administraré nuevas descargas (a través de una rejilla metálica colocada en el suelo) y donde podrá moverse con libertad y pasar a un cubículo adyacente para evitarlas. Si Seligman está en lo cierto, optará por no refugiarse en el entorno libre de dolor y, por el contrario, se acobardará y se limitará a gemir, en un estado de indefensión aprendida.

Se convulsionó con impresionante vigor al recibir la primera descarga.

Al recibir la segunda, que bastó para que se declararan contracciones musculares constantes, comenzó a retorcerse como un pez fuera del agua y temí por el arnés (voy a tener que revisar la sujeción al techo). Se golpeaba la cabeza contra los paneles y emitía un chillido agudo.

El circuito de transmisión automática procedió a administrarle una serie de descargas de intensidad decreciente a lo largo de doscientos veintiséis segundos.

Ahora hay que esperar veinticuatro horas para colocarla en la jaula lanzadera y ver de qué manera responde al dolor. ¿Intentará escapar? ¿O su incapacidad para interrumpir las descargas mientras se encuentra en el arnés —su imposibilidad de controlar su entorno— inducirá en ella un estado de verdadera indefensión aprendida?

Jar se limpia los restos de vómito con el dorso de la mano y se inclina de nuevo, agarrando la papelera del despacho. Debería llamar a Max, contarle lo que acaba de leer. «Espera unos minutos», piensa. Primero tiene que salir a dar un paseo, tomar un poco de aire fresco, despejarse.

La perra está suspendida del techo del laboratorio.

Sale al pasillo, se dirige a los ascensores. De pronto, cuando llega a las puertas batientes, se dispara la alarma contra incendios. «No es más que un simulacro nocturno», se dice tratando de calmarse, pero se sobresalta más de lo necesario al oír la alarma. Tiene los nervios a flor de piel. Una voz grabada, distante pero tranquilizadora, insta a los ocupantes del rascacielos a evacuar el edificio utilizando las escaleras.

Piensa en regresar al despacho de Max, en cerrar la puerta con llave y hacer caso omiso de la alarma (nadie sabe que está aquí), pero necesita alejarse, distanciarse un poco del diario de Martin.

Los ascensores no funcionan. Jar se vuelve hacia la salida de emergencia, mira la gorra de plato, que sigue en la silla. Trata de no pensar en su dueño, en dónde habrá ido el guardia.

Al recibir la segunda, que bastó para que se declararan contracciones musculares constantes...

«Martin estaba torturando a una perra», se dice tratando en vano de tranquilizarse mientras abre la puerta. ¿Es posible que Strelka no muriera en las vías del tren, que fuera una historia inventada? Esta vez, la escalera no está en silencio. Allá abajo, en alguna parte, zumban grandes ventiladores de extracción de humos para mantener aireadas las escaleras. Jar presta atención por si oye pasos. Nadie está evacuando el edificio. Mira hacia arriba. Allí, recostado en el rincón del siguiente tramo de escaleras, está el guardia de seguridad.

Jar se acerca al cuerpo luchando por contener otra náusea. El guardia tiene los ojos cerrados, un hematoma comienza a amoratarse en su frente. Jar le busca el pulso y siente una oleada de alivio al encontrarlo y cuando el hombre profiere un gemido.

Sabe que debería llamar a la policía, pero el impulso de escapar del edificio, de alejarse de la alarma, de los ventiladores, del vídeo, es arrollador.

—Va a ponerse bien —dice, para tranquilizarse a sí mismo tanto como para tranquilizar al guarda, y emprende el largo descenso hacia la planta baja, veinte pisos más abajo.

A pesar de que intenta dominarse, acelera y comienza a bajar los peldaños de dos en dos. Tres pisos más abajo se detiene para tomar aliento. Por encima del zumbido de los ventiladores, oye unos pasos. Hay alguien más arriba, en la escalera.

Sigue bajando, se obliga a mantener un ritmo constante. Si va más deprisa, se caerá por las empinadas escaleras. Levanta la vista y ve una figura alta que le resulta conocida, dos pisos más arriba. ¿Es el mismo hombre que trató de subirse a su tren en Paddington, el que se llevó a Rosa en Cornualles?

«Dios mío». Corre escalera abajo, saltando los peldaños de tres en tres, demasiado deprisa para mantener el equilibrio. Tropieza, cae pesadamente y la inercia le hace bajar resbalando el último tramo de escaleras.

Cuando se para por fin, permanece inmóvil, aturdido, tratando de localizar la parte del cuerpo que le duele más. La sangre se va acumulando en torno a su mejilla sobre el fresco suelo de cemento. Piensa en el guardia, en el calor de su gorra. Alguien baja por la escalera, se ciernen sobre él. Jar cierra los ojos y reza por primera vez en años, esperando que su vida pase ante sus ojos en una ráfaga. Pero solo ve a Rosa en lo alto de un acantilado.

Al oír el chasquido de la pistola al amartillarse (un sonido diáfano prosaico), agarra al hombre por las piernas, abrazándose a él. El hombre se tambalea y cae, arrastrando a Jar. Resbalan juntos por los escalones, hasta que Jar consigue zafarse. Ve que el hombre se dobla y se gira por debajo de él, y que luego se detiene con el cuerpo torcido en un escorzo. En un escalón, entre ellos, está la pistola, la misma con la que el desconocido le apuntó en Cornualles.

Jar no sabe nada de pistolas pero la coge, busca el seguro y se guarda el arma en el bolsillo de la chaqueta de ante. Fugazmente, se imagina disparando al hombre desplomado en el suelo. Es lo que debería haber hecho en el acantilado: quitarle la pistola e impedir que se llevara a Rosa. Pero da media vuelta y escapa.

—Pero hombre, ¿todavía estás ahí, en la oficina? —pregunta Max medio dormido.

—Acaban de intentar matarme —explica Jar con la voz entrecortada.

—¿Qué? Casi no te oigo.

—Pensaba que iba a morir, Max. En el rascacielos. El hombre que se llevó a Rosa me ha perseguido por la escalera, ha intentado matarme.

—¿Dónde estás?

—Enfrente del rascacielos, al lado de la estación de metro.

—¿Y no corres peligro?



—No lo sé. —Se limpia la sangre de la boca mientras mira a su alrededor.

Está amaneciendo. Tiene varios cortes y magulladuras por culpa de la caída, nada más.

—Tienes que contarme exactamente qué ha pasado —dice Max en tono sereno.

«Está acostumbrado a que le llamen personas histéricas en plena noche», piensa Jar. Su trabajo consiste en tranquilizarlas, en tomar las riendas y valorar los daños colaterales.

—Fue cuando empezó a hablar de «la perra» —continúa Jar—. Fue entonces cuando me di cuenta.

—¿De qué te diste cuenta?

—Alquiló un coche a nombre de John Bingham. Para su amigo, el que acaba de intentar matarme. El alto.

—¿Quién, Jar? No te entiendo.

—A Rosa no se la llevó la policía, ni los servicios secretos, ni está presa en Guantánamo. La tiene secuestrada Martin.

—¿Martin? —Se hace un largo silencio—. ¿Su tío Martin?

—Su tío Martin.

*Norte de Norfolk, 2013*

Seligman detalla con exactitud el equipamiento que utilizó para la segunda parte de su experimento de 1967 —el de «adiestramiento de huida-elusión»— y yo he intentado seguir su protocolo al pie de la letra pese a los recursos limitados de que dispongo.

En el experimento de Seligman, los perros que controlaban su entorno en la primera fase (cuando oprimían los paneles con la cabeza, las descargas cesaban) aprendían rápidamente en la segunda fase a saltar por encima de la barrera que separaba un cubículo de la jaula del otro. Pero los que no habían tenido control sobre su entorno en la primera parte del experimento (al pulsar los paneles no se detenían las descargas), hacían poco o ningún intento de escapar a las descargas en la jaula. (El setenta y cinco por ciento permanecía en el cubículo cincuenta segundos mientras dolorosas descargas eléctricas atravesaban sus cuerpos).

Era la décima y última vez —Seligman especificaba que había que realizar el experimento diez veces— y el resultado era exactamente el mismo.

Se apagaba la luz y yo contaba los segundos hasta que empezaba la descarga. Entonces su cuerpo comenzaba a sacudirse y profería un gruñido bajo que iba aumentando en intensidad. No hacía intento de levantar los pies y pasar por encima de la barrera para refugiarse en el otro cubículo. Al contrario: se quedaba allí, sentada sobre sus ancas, mirándome fijamente, una ilustración perfecta de la indefensión aprendida.

Todavía me mira, acurrucada en el rincón del cubículo izquierdo.

—¿Podemos ahorrarnos los detalles? —pregunta Max—. Ya sabes, hasta que dejemos a los niños en el colegio.

—Claro, perdona —dice Jar, mirando por el espejo retrovisor del Land Rover a los dos hijos de Max, sentados en el asiento trasero, con las mochilas y las bolsas del almuerzo a su lado.

—La siguiente generación tiene que saber lo que se ha hecho en Guantánamo en nombre de la democracia occidental, pero creo que conviene esperar a que sean un poco mayores para contárselo. Cuando cumplan diez, por ejemplo.

Jar consigue esbozar una media sonrisa y ve a Max parar delante del colegio, en Dulwich. Unas horas antes, Max se ha empeñado en ir a recogerle a Canary Wharf a pesar de que eran las cuatro y media de la madrugada. Jar ha dormido un par de horas en el sofá de su casa, para regocijo de los niños, que cuando se ha despertado se han asomado a la puerta del cuarto de estar con los ojos como platos.

—¿Cómo te llamas? —le ha preguntado la niña.

—Jar —ha contestado él, calculando que tenían unos seis años. Gemelos, pero no idénticos.

—Jar —ha dicho la niña—, ¿qué te ha pasado en la cabeza?

—Qué nombre tan gracioso —la ha interrumpido el niño antes de que Jar tuviera tiempo de explicarle por qué por segunda vez en otras tantas semanas lucía un vendaje, esta vez por cortesía de la esposa de Max.

—Mis amigos me llaman Jam —ha dicho.

—Papi, ese señor tan gracioso se llama Jam Jar<sup>[9]</sup> —han dicho los dos al unísono, corriendo hacia la cocina.

Jar ha tenido que hacer esfuerzos para no echarse a llorar. Deseaba poder dar marcha atrás al reloj, volver a una época en la que la vida era mucho más sencilla.

Ahora, cuando los niños bajan del Land Rover y se acercan a la verja del colegio, le embarga una oleada de temor. Ha hecho mal al acompañar a Max, ha puesto en peligro a los niños. El hombre de la escalera estaba inconsciente pero respiraba.

—Lo siento, no debería haberte llamado, ni haber ido a tu casa —dice, y mira a un lado y otro de la calle.

—¿Y eso por qué, si se puede saber?

—Ese hombre podría haberme seguido hasta aquí.

—Creía que ya estaba medio muerto cuando tú te marchaste. —Max pone en marcha el Land Rover.

—Sí.

—A mí me preocupa más la policía. Hay cámaras de seguridad por todo el rascacielos.

—No vi ninguna en la escalera.

—Puede que allí no haya. —Max hace una pausa mientras mira la calle en ambos sentidos del tráfico—. No sería la primera vez que alguien resulta herido en un simulacro de incendio. Una chica de la oficina de al lado se rompió el tobillo la última vez que evacuaron el edificio. La gente pierde un poco los nervios cuando baja por esas escaleras. La aglomeración, el ruido de los ventiladores...

Veinte minutos después han recogido a Carl en su casa de Greenwich y van camino de Cromer por la A2, hacia la M25, circunvalando Londres para dirigirse hacia el norte. Jar llamó a su amigo después de hablar con Max y preguntó si podía faltar al trabajo alegando que estaba enfermo: esta vez no parecía adecuado recurrir a una excusa más imaginativa.

Hay tensión en el ambiente: la conciencia de lo que van a hacer, del lugar al que se dirigen, empieza a calar en los tres. A Jar aún le cuesta creer lo que vio y leyó anoche y sus implicaciones, y no consigue asimilar que un hombre le persiguiera por la escalera. Está convencido de que era la misma persona que se llevó a Rosa en Gurnard's Head: tal vez ese excompañero del laboratorio al que Martin cita en su diario, ese con el que sale a montar en bici.

Se pregunta si Carl se ha dormido en el asiento de atrás mientras él les habla del motivo por el que han emprendido el viaje a Cromer esta lluviosa mañana de miércoles.

—Es una especie de diario —explica—. Martin lo escribió como parte de un curso de escritura creativa al que se apuntó, para practicar antes de empezar una novela.

—Así que cabe la posibilidad de que sea todo inventado —dice Carl, cambiando de postura.

—Podría ser. Su casa tiene muchas medidas de seguridad, por su antiguo trabajo. Hay cámaras por todas partes. En el diario cuenta cómo espía a sus invitadas y las ve desnudarse en su cuarto.

—Un mirón —dice Max—. Un perverso de la vieja escuela, pero no un psicópata.

—Estuvo espionando a Rosa mientras se daba un baño —añade Jar.

—Lo siento.

—Y ha seguido experimentando con animales, con ratones, en la cabaña donde escribe. Los mete en jarras llenas de agua, los cuelga por la cola con esparadrapo. Y además les pone nombres de mujer. A varios les puso Rosa.

Se hace el silencio en el coche. Solo se oye el sonido hipnótico de los limpiaparabrisas. Jar mira por el retrovisor lateral.

—Pero fue el último experimento el que me hizo darme cuenta de lo que pasaba.

Martin describe cómo reprodujo un famoso experimento de los años sesenta en el que se administraban descargas eléctricas repetidas a un perro colgado de una hamaca. Solo que la «perra» de la que habla Martin no era una perra. No era su perra. —Hace una pausa—. Era Rosa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunta Max.

—Era el mismo experimento que aparecía en otro vídeo que encontré después de que os marcharais. —Se vuelve hacia Carl—. Un vídeo de una mujer que yo pensaba que estaba en Guantánamo.

—Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo, tío? —pregunta Carl—. ¿Que ese tal Martin trabajaba para los yanquis? ¿Que torturó a Rosa en *Gitmo*?

«A veces Carl no se da cuenta de la impresión que produce al hablar», piensa Jar.

—Hace dos semanas, Amy me dio un diario escrito por Rosa. Por lo menos eso pensé yo: que lo había escrito ella. Y en parte así era, estoy seguro. Los pasajes en los que describe el tiempo que pasamos juntos en Cambridge. Pero Martin consiguió hacerse con el diario un día que Rosa estaba en su casa: Rosa tenía problemas con el *wifi*, él accedió a su ordenador y se envió una copia del archivo a su *e-mail*. Lo cuenta en su diario.

—Que podría ser una obra de ficción —puntualiza Carl.

Jar no le hace caso.

—Así que Martin lee el diario de Rosa, lee acerca del tiempo que pasamos juntos, de cómo nos conocimos, de cómo se esforzaba por superar la muerte de su padre. Su tutor en el *college*...

—¿El doctor Lance? —pregunta Max.

Jar asiente.

—El doctor Lance se dio cuenta de que estaba muy deprimida y le sugirió que pasara unos días de retiro en Herefordshire. Puede que incluso le dijera que podía dejar los estudios un año y regresar cuando se sintiera con fuerzas. Pero no había ninguna psicóloga en el *college*.

—Pero ¿y Karen? —pregunta Max—. Rosa escribe mucho sobre ella.

—Y también Martin, en su diario. Habla de su curiosa forma de tomar aire antes de hablar. Pero no se refiere a Karen, sino a una amiga de Amy, de sus tiempos en la universidad, una psicóloga americana llamada Kirsten que estuvo de visita en su casa.

—Kirsten la tía buena, la de la consulta en Harley Street —comenta Carl.

—A Amy le preocupaban mis alucinaciones y le pidió a su amiga que me ayudara. Kirsten se puso en contacto contigo para llegar hasta mí. Sabía que necesitaba que alguien me persuadiera.

—Dijo que quería ponerles música *jungle* a sus pacientes —refunfuña Carl—. Me engañó.

—Amy actuó con la mejor intención. Cuando conocí a Kirsten, pensé erróneamente que era Karen, la psicóloga de Rosa en el *college*, y que ella también estaba tratando de encontrarla. Pero Karen nunca ha existido. Es una creación de

Martin. El aspirante a novelista se inventó ese personaje inspirándose en Kirsten cuando los visitó en Cromer. En el diario esboza su personaje a la manera de un ejercicio literario: su forma de respirar, su cabello rubio, sus pómulos altos... Nada digno del premio Booker.

—Pero ¿por qué la llamó Kirsten en vez de Karen en el diario de Rosa? —pregunta Max.

—Martin siempre ha querido escribir una novela, desde que estuvo a punto de estudiar Filología en Cambridge. Una vez lo intentó y fracasó. Yo conozco esa sensación. Entonces se apoderó del diario de Rosa, tuvo una idea y empezó a adornarla: añadió matices aquí y allá, introdujo personajes propios, se inventó cosas. Por eso no encontraste a ninguna psicóloga en el Saint Matthew's, y menos aún a una americana llamada Karen.

—Entonces, Martin se está inspirando en el diario de Rosa para escribir su gran novela —dice Max—. Pero eso no explica por qué cuelga en Internet vídeos en los que la torturan los americanos.

—Es que no es así.

Jar se queda callado un momento, mira de nuevo el retrovisor. Una furgoneta Transit blanca lleva un rato siguiéndolos. Palpa la pistola que lleva en el bolsillo de la chaqueta, sin saber si su fría presencia le tranquiliza o no. No les ha dicho a sus amigos que va armado.

—Rosa estaba más deprimida de lo que yo creía esas últimas semanas, ahora me doy cuenta. Y escribió sobre eso en su diario. No sé hasta qué punto lo ha alterado Martin pero, se mire por donde se mire, subestimé su tristeza.

Aunque confía en que no mucho. Es posible que Martin haya añadido cosas al diario, pero Jar está seguro de que también ha suprimido otras, reformulando su relación, diluyendo el amor genuino que sentían el uno por el otro.

—Martin sospechaba cuál era el estado de Rosa —prosigue—, sabía que cabía al menos la posibilidad de que se suicidara, así que la siguió cuando salió de la casa aquella noche para bajar al muelle.

—Sigo sin entender por qué —dice Max.

—Veía en ella una oportunidad, para su novela y para sus experimentos, para el escritor y para el científico. En su diario habla continuamente de la necesidad de ensayar los antidepresivos en humanos, en humanos sometidos a estrés agudo, y de su frustración porque la normativa le impidiera hacerlo. Guantánamo era el lugar ideal para realizar ensayos clínicos no autorizados. De pronto tenía la oportunidad de llevar a cabo experimentos en condiciones parecidas, de probar todos esos potentes antidepresivos en los que había estado trabajando. Por eso estaba preparando su escondite, un laboratorio de experimentación animal abandonado que pertenecía a su antigua empresa de Norwich. Allí era donde hacían los peores experimentos, lejos de la mirada inquisitiva de los animalistas.

—Dios mío, Jar. ¿Y todo eso lo cuenta en su diario?

—Palabra por palabra.

Jar hace una pausa, señala la botella de agua que hay al lado de Carl y bebe un sorbo. Tiene la boca seca.

—Cuando convenció a Rosa para que se bajara de la barandilla del muelle, la llevó a su coche sin que los captaran las cámaras averiadas del muelle, ni la que había más abajo, en el hotel. La sedó, lo que no le resultó difícil teniendo en cuenta su antiguo trabajo, y llamó anónimamente a los servicios de emergencia. Después la llevó a su laboratorio en el aeródromo abandonado, donde ha pasado los últimos cinco años.

—Dios mío —susurra Carl.

—Allí fue donde empezó a experimentar con ella. A hacerle todas esas cosas que nunca le permitieron hacer con humanos en su trabajo. Por eso la secuestró. Y de paso podía encontrar inspiración para su novela, la que siempre ha querido escribir. Empezó a alterar el diario de Rosa introduciendo personajes que aparecían esbozados en el suyo. Un año después se tropezó con tu artículo en la red oscura, y ya tenía línea argumental. Sabemos que leyó tu artículo: dejó un comentario con el seudónimo Laika57. Rosa no se suicidó: se la llevaron los americanos, le procuraron una nueva vida como parte de un programa ultrasecreto llamado Eutico, un nombre que sacó de uno de los comentarios sobre tu artículo. Perfecto para un amante de las novelas de espionaje. E incluyó también en el diario otros datos extraídos de tu artículo.

—Como lo del SAS —dice Max—. O lo de Todd. Las cosas que yo me inventé.

—A lo largo de estos años, ha obligado a Rosa a asimilar todos esos detalles. Todos los días le hacía leer el diario manipulado, hasta que por fin ella llegó a creérselo. Me lo dijo ella misma cuando nos vimos en Cornualles. Era otro de los experimentos mentales de Martin, y además le permitía poner a prueba la credibilidad de su narrativa, su verosimilitud. Otra vez el científico y el escritor. Así que Rosa cree de verdad que la reclutaron para el programa Eutico en Herefordshire, que consiguió escaparse y que ahora la CIA la tiene prisionera en una base aérea estadounidense. Pero no es así. Es su tío quien la ha estado torturando en un aeródromo de la Segunda Guerra Mundial en Norfolk.

Jar se interrumpe. Max y Carl guardan silencio, esperando a que continúe. La furgoneta sigue tras ellos. Parece acercarse.

—Un día consiguió escapar de verdad: el día que Amy llevó su ordenador portátil a un técnico para que lo arreglara. Martin se puso furioso con ella, le preocupaba lo que podía encontrar el técnico, todos esos vídeos de torturas. La mayoría están en sus discos duros, en la cabaña, pero ¿había descargado algunos en el portátil de Amy antes de cedérselo? ¿Los borró del todo o dejó algún rastro? Le entró el pánico, cometió un error. Rosa vio su oportunidad, se escapó del laboratorio y huyó atravesando Norfolk, por el campo.

—Y fue entonces cuando tú la viste en Paddington —dice Carl.

—Solo que no creí que fuera ella. Pensé que era otra alucinación. Pero por fin nos

encontramos en Gurnard's Head, en Cornualles. Está muy traumatizada. Como es natural.

—Cinco años sufriendo torturas a manos de Martin —dice Max—, creyendo que la estaban castigando los americanos por intentar dejar un programa secreto ficticio llamado Eutico.

—Y otra vez la han secuestrado —prosigue Jar—. No los servicios de inteligencia, sino Martin. Fue él quien alquiló un coche a nombre de John Bingham. No pudo refrenarse: tenía que usar el nombre del individuo que inspiró a Le Carré el personaje de George Smiley. Y además ha contado con ayuda: un tipo alto, un cómplice, un excompañero del laboratorio con el que sale a montar en bici. Sé que debería haber impedido que se llevara a Rosa, que debí enfrentarme a él en Gurnard's Head, pero iba armado y no teníamos escapatoria.

—¿Es el tipo al que veías en Starbucks, enfrente de la oficina? —pregunta Carl.

Jar hace un gesto afirmativo.

—Fue él quien me golpeó con la pistola en Cornualles y quien intentó matarme en la escalera, en Canary Wharf. Estoy seguro. —Duda un momento, traga saliva—. Ayudé a Martin a encontrar a Rosa, fui yo quien le condujo a Gurnard's Head. —Se le quiebra la voz y tarda un momento en reponerse y proseguir—. Cuando Rosa escapó, Martin sabía exactamente qué debía hacer: tenía un plan de emergencia por si acaso ella lograba huir. Calculó que se dirigiría a un lugar especial que citaba en su diario, un sitio en el que refugiarse «si alguna vez el mundo se salía de su eje». Ella siempre se había negado a decirle dónde estaba ese lugar, pero yo lo sabía. Y Martin sabía que lo sabía. Así que me hizo llegar su diario, el manipulado, se lo dio a Amy para que me lo entregara. Me animó a creer, a mí, al conspiranoico, al obsesivo, que Rosa estaba huyendo de un programa de espionaje ultrasecreto. Era una presa fácil, estaba dispuesto a creer que ella estaba viva, era incapaz de aceptar su muerte incluso después de tantos años. Me mandó varios *e-mails* haciéndose pasar por ella. Hasta falsificó un documento confidencial, precinto de grado tres, lectura reservada a agentes británicos, basándose en cosas que había leído en páginas de espionaje de la red oscura. Sabía que Rosa se dirigiría a nuestro lugar de encuentro secreto y que yo le conduciría hasta él. Cosa que hice.

Las lágrimas le impiden seguir hablando.

—Entonces ha estado con Martin todo este tiempo —dice Carl en voz baja.

Max se esfuerza por aclararse la garganta.

—Dicen que el agresor suele ser un conocido de la víctima.

—Y ahora la tiene otra vez en su laboratorio —añade Jar, intentando mostrarse fuerte—. Y nosotros tenemos que encontrarla.

Un segundo después, se sienten impulsados los tres hacia delante.

—¡Santo cielo! —exclama Max mientras intenta que el Land Rover no se salga de la carretera—. ¿Amigos tuyos? —pregunta mirando por el retrovisor.

Carl y Jar miran hacia atrás. La furgoneta blanca los sigue, tan pegada a ellos que



consiguen distinguir al conductor. Jar le reconoce al instante: es el hombre al que dejó inconsciente en la escalera. Mira de frente, inexpresivamente, mientras la furgoneta choca de nuevo con la parte de atrás del Land Rover.

—Nadie se mete con un Defender —dice Max, casi sin respiración.

—¿Es él? —pregunta Carl.

—Sí, es él —contesta Jar, y se vuelve hacia Max, temiendo lo que está a punto de hacer.

Una hora antes, los niños habrían estado en el coche.

—¡Agarraos! —ordena Max, y pisa el freno.

Un chirrido acompañado por el olor a goma quemada. Luego, todo se ralentiza, o eso le parece a Jar. Un instante después se oye un fuerte estampido cuando la furgoneta choca con la parte de atrás del Land Rover. A Jar le duele la cabeza, pero se vuelve y ve que el parabrisas de la furgoneta se ha hecho añicos delante del conductor, cuya cabeza asoma entre la filigrana de cristales rotos. Antes de que alguien pueda decir nada, Max pisa el acelerador y la furgoneta queda detenida en medio de un estrépito de cláxones.

La última dosis de medicación que me dio debía de ser más fuerte que las demás porque me cuesta recordar estos últimos días. Me encontraron en Cornualles y estoy aquí otra vez. Eso lo sé. Y me están castigando como en los primeros años. Me tratan como un animal. Pero ahora sé que no estoy sola. Cuando salí de aquí, no había otros presos. Me encontré con una oficina abandonada y con una grabadora cerca de la trampilla que conduce a mi «celda». Pulsé el *play* y empezaron los gritos. Un lento gemido seguido por golpes contra unos barrotes. Seis golpes exactamente.

Recuerdo la luz radiante del sol, un aeródromo, caminar por el campo llano, un *camping* en el que robé una tienda de flores, una mochila y algún dinero y del que hui corriendo como una niña asilvestrada. No recuerdo cómo llegué a Londres, pero allí cogí un tren para ir a Cornualles y un autobús hasta Gurnard's Head, donde Jar y yo quedamos en encontrarnos si alguna vez el mundo se salía de su eje.

Y allí estaba él. Mi guapo Jar.

Por lo menos creo que era él.

*Cromer, 2013*

El suicidio es un desperdicio. En lugar de suicidarse, la gente debería donar sus cuerpos a la ciencia. Se pueden hacer tantas cosas con ellos...

Voy a poner punto final a mi diario. Ya ha cumplido su propósito. He encontrado una voz y por fin tengo a mi protagonista, a un ser vivo que respira, con un pasado que puedo saquear y un futuro al que puedo dar forma. Pero antes de concluir debería relatar la noche de la desaparición de Rosa, un suceso que brinda tantas oportunidades narrativas a un escritor.

Esa noche discutimos, Rosa y yo. Al principio sobre la depresión y acerca de las ventajas de la psicoterapia frente a los ISRS, pero después se convirtió en una disputa generacional, acerca de lo que yo denominé la sinceridad de *reality show* frente a la reserva pudorosa y digna, el descaro frente al decoro.

A me pidió que le pidiera disculpas a Rosa, así que subí a su cuarto y encontré una nota escrita a mano al lado de su ordenador. Había salido a dar un paseo hasta el pueblo, para despejarse. Un par de minutos después bajé la escalera y se lo dije a A. Me rogó que fuera a buscarla, que la siguiera a pesar de que era noche cerrada. Cogí el coche, convencido de que habría ido al muelle. Había escrito en su diario sobre el muelle una vez, acerca de las ganas que le habían dado de arrojar al mar.

Cuando la encontré estaba al lado de la caseta del bote salvavidas, subida a la barandilla, de cara al mar. Soplaban viento del este y el mar estaba revuelto. Yo sabía que tenían que haberla grabado las cámaras de seguridad cuando había recorrido el paseo marítimo. Pero la cámara del muelle propiamente dicho estaba averiada.

Me quedé un rato allí, observándola, viendo cómo el viento jugueteaba con su pelo.

No estoy seguro de si de verdad pensaba saltar, pero podían haber sucedido tres cosas. Podía haber superado sus dudas y haberse arrojado a la oscuridad, y que las corrientes furiosas que se enroscan como serpientes en los pilares del muelle arrastraran su cuerpo muy lejos. Podía llevársela alguien del muelle en la quietud de la noche para integrarla en un programa secreto llamado Eutico y ofrecerle una nueva vida tras fingir su suicidio. O podía darse la vuelta y ver a un hombre observándola entre las sombras, listo para intervenir.

Si optaba por esto último, el hombre le habría formulado una pregunta faustiana:

«Cuando una persona salva a otra de una muerte segura, ¿pasa a ser dueña de su alma?». Ella no habría entendido lo que quería decir, ni habría protestado cuando él le apartara los dedos fríos de la barandilla metálica mientras corrían lágrimas de miedo y de confusión por su joven rostro. Sencillamente, se sentiría agradecida por estar viva.

Lentamente, recorrerían juntos el muelle hasta el coche, con cuidado de esquivar las cámaras de seguridad del Hotel de Paris que habían grabado su llegada. Hablarían un poco más mientras sus temblores remitían paulatinamente y se alejarían en el coche. Ella, soñolienta y reconfortada por un termo de té que tenía un sabor ligeramente raro. Él, deteniéndose solo para hacer una llamada desde un teléfono público. A «A», supuso ella.

Así pues, ¿qué hizo? ¿Por cuál de estos relatos optó?

Al fin ha llegado la hora de ponerme con mi novela. Ya he decidido ceñirme al formato de diario. Incluso se me ha ocurrido una idea para empezar: algo acerca de unas estelas en el cielo de Fenland.

¿Cuándo me di cuenta de que era él? El segundo año, puede que el tercero. Cuando por fin empezó a hablarme. Al principio se ponía un pasamontañas negro, me pinchaba con una pica eléctrica para ganado y no decía nada. La abertura para la boca que tenía el pasamontañas daba a sus labios un aspecto femenino, a pesar de que se le veía la barba recortada. Estaba tan medicada que, aunque le hubiera reconocido, habría dado lo mismo.

Papá lo sabía. Lo supo desde el momento que le conoció. Jar, en cambio, no se dio cuenta. Me da tanta pena Amy... ¿Ha sufrido tanto como yo?

No deja que le llame Martin. Es mi «carcelero». Pero cuando me siento con fuerzas le llamo Martin, y se pone loco de furia. Me retira la comida, sube la corriente, me obliga a tragar pastillas que convierten mis dedos en larvas retorcidas y hacen que sienta que las paredes se cierran sobre mí y me ahogan. Pero no pienso seguirle el juego.

Hace tiempo que no va por casa de Amy y Martin, pero aun así es capaz de dar indicaciones a Max para llegar a Hall Road desde el paseo marítimo de Cromer. Unos dos kilómetros más allá, al pasar bajo un viaducto del tren, le pide que aminore la marcha. A unos quinientos metros la carretera tuerce a la izquierda y Jar le pide que frene aún más. Cree que la casa queda a la derecha. Y entonces la ve, apartada de la carretera, al final de un largo camino de entrada, tapada en parte por los árboles.

—Sigue —le dice a Max—. Si aparcas por aquí, puedo volver andando.

El plan consiste en que llame por teléfono a Max y Carl después de cerciorarse de que Amy está sola en casa. Martin debería haber salido con la bici, como hace todos los días a esta hora según su diario. Llamará al timbre y, en caso de que conteste Martin, le dirá que ha venido a despedirse, se inventará una historia acerca de que se va al extranjero, que quiere pasar página y dejar atrás su relación con Rosa ahora que ha leído su diario y ha asumido por fin su muerte.

—Hay una buena caminata hasta el muelle —comenta Max al aparcar a unos doscientos metros de la casa.

Parece cansado —piensa Jar— tras conducir tres horas desde Londres.

—Veinte minutos, puede que media hora.

Jar procura no pensar en Rosa echando a andar por la carretera, sola en la oscuridad aquella noche, ni en Martin siguiéndola desde lejos en su coche. Hay arcén la mayor parte del camino, pero no los primeros cuatrocientos metros.

—Ahora os llamo —dice al salir del Land Rover.

—Martin podría ponerse violento —responde Max—. Como su amigo.

—Seguro que no está. Habrá salido con la bici.

—Creo que debería ir contigo, tío —dice Carl—. Por si acaso.

—Yo os llamo.

Cinco minutos después, Jar llama a la puerta principal.

—¿Quién es? —pregunta una voz después de que oiga el ruido de una cadena en la puerta.

Es Amy.

—Soy yo, Jar.

La puerta se abre unos centímetros, todavía con la cadena puesta, y Jar le sonríe. Tiene muy mala cara, peor que nunca: ojeras, maquillaje espeso, una media sonrisa vacua.

—¿Martin está en casa? —pregunta él.

Amy niega con la cabeza.

—Ha salido con la bici. —Su voz suena indolente, soñolienta.

—¿Puedo entrar?

Amy le quita la cadena a la puerta y le deja entrar en el vestíbulo. Jar se fija en que tiene las yemas de los dedos negras.

—Lo leí, después de mandártelo.

Jar asiente con un gesto sin saber qué decir. Trata de deducir qué sabe ahora Amy del hombre con el que ha compartido casa —con el que ha compartido vida— durante veinte años: las cámaras del cuarto de invitados, el laboratorio en el aeródromo, los experimentos de indefensión aprendida. Por lo menos no ha visto el vídeo, quizá no sospeche aún que la «perra» atada al arnés era Rosa.

—Dime que es todo literatura —dice al entrar en la cocina.

Jar la sigue. Ni siquiera es la hora del té y sin embargo hay ya un vaso vacío sobre el aparador, y a su lado una botella de vodka abierta. Sobre la mesa hay varios bocetos a carboncillo (imágenes violentas, de líneas entrecruzadas) y, tiradas por el suelo, varias bolas de papel arrugado.

—¿Lo has leído todo? —pregunta Jar mirando de nuevo los dibujos.

—Claro que sí. —Hace una pausa—. La dejó saltar aquella noche, ¿verdad? En el muelle.

Se ha dejado engañar por el diario —se dice Jar—, ha escogido el relato erróneo. Se pregunta cuánta medicación habrá tomado. Su voz suena débil, deja las frases a medias.

—También dejó morir a mi Strelka.

—Podemos hablar del diario después —dice Jar.

—Kirsten se dio cuenta —añade Amy—. Sospechó que tenía cámaras en el cuarto de invitados.

—Martin escribe acerca de un laboratorio antiguo, en un aeródromo abandonado —la interrumpe, preocupado por su estado mental—. Tenemos que encontrarlo. Creo que es allí donde va en bici todos los días. ¿Sabes dónde está?

Amy se queda callada, fija los ojos en él. Parece más despierta de repente.

—Quizá sí.

—¿Dónde?

—Mi marido me abandona por la bici, Jar. Sale a montar tres horas diarias. Cuando vuelve, se mete en su cabaña y descarga la ruta y los tiempos en Strava. El aeródromo tiene que aparecer en su ordenador.

Jar ya está llamando a Carl.

—Gracias, Amy.

Max está montando guardia frente a la cabaña con Jar, sujetando una cizalla que han encontrado en una caseta, allí cerca. Han cortado los dos candados y la puerta

principal está abierta. Carl está en la habitación del fondo, hurgando en el ordenador ayudado por Amy, que se ha espabilado, estimulada por la búsqueda.

—¿Lo encuentras? —pregunta Jar alzando la voz.

—Un minuto más —responde Carl—. Tiene muchas medidas de protección.

Jar se ha asomado un momento al cuarto del fondo, pero al ver los monitores, la mesa, el ordenador de Martin y el rollo de esparadrapo junto a un pisapapeles ha tenido la sensación de que el diario de Martin cobraba vida de repente. Necesita conservar la calma para afrontar lo que les espera. Además, allí dentro estaba muy oscuro, incluso con la puerta abierta. La única luz de la habitación es una bombilla roja.

—Ya estamos dentro —anuncia Carl—. Ahora solo tenemos que ver adónde va. En Strava la gente compara el tiempo que tarda en hacer rutas concretas o tramos de carretera.

Jar mira a Max y vuelve a entrar en la cabaña. Le preocupa que Martin pueda volver en cualquier momento.

—Por lo visto sigue la misma ruta todos los días desde hace años —comenta Carl mientras revisa los datos.

—¿Dónde está el aeródromo?

—Al otro lado de Holt, justo aquí. —Amy señala un mapa en la pantalla—. Sé dónde es.

—A cincuenta y cinco minutos y cuarenta segundos de distancia, pedaleando a una velocidad media de veintiséis kilómetros por hora —añade Carl—. Sale de aquí a la misma hora todos los días: a la una de la tarde, como un reloj.

—Y vuelve a las cuatro —dice Amy.

Jar mira su reloj.

—Todavía está allí.

—Puedo enseñaros el camino más rápido para llegar —dice ella.



Estoy tan acostumbrada a la luz pálida y difusa de aquí abajo que hoy, cuando se ha encendido de pronto la bombilla del techo, he pensado que era un relámpago. Pero ha seguido encendida, amarilla, artificial y brillante como una llama, y me ha grabado a fuego un plan en la cabeza. Ya sé lo que debo hacer.

La luz me ha recordado a la época en que viví en Pakistán. *Dimdum*, decía nuestro cocinero cuando la luz fallaba y empezaba a parpadear. Luego, un día que teníamos conectado un generador, subió de pronto la corriente y las bombillas estallaron como petardos.

Me he acercado a la puerta. Las cadenas tienen la holgura justa para que llegue al interruptor. Lo he pulsado varias veces, mirando la bombilla. Había electricidad.

Alguien ha vuelto a conectar el suministro eléctrico.

—¿Te acuerdas de aquella vez, cuando tocaste un cable pelado que había en el jardín?

Me vuelvo y veo a papá detrás de mí, examinando el enchufe de la pared. Siempre ha sido un manitas.

—Si hubiera estado conectado el generador, habrías muerto —continúa—. Voltios, corriente, resistencia, ¿te acuerdas?

De lo único de lo que me acuerdo, aparte de que papá trató de explicarme los fundamentos físicos (yo tenía cinco años en aquel entonces), es de que después de aquello el jardinero me dio un vaso de limonada. El *dimdum* me salvó la vida.

Apagué otra vez la luz del techo, con mi plan ya perfilado.

—Por lo visto tuviste suerte de sobrevivir —dice Jar saliendo de las sombras y situándose junto a papá.

Siempre he querido que se conocieran.

Parecen sentirse a gusto juntos, apoyados contra la pared de la celda, con los brazos cruzados. Los dos hombres que más quiero en el mundo.

—Gracias, mi niño —susurro—, por venir a Cornualles, por estar aquí ahora.

—Tu padre es un buen hombre —dice Jar.

—Y él es un embaucador —contesta papá señalándole con la cabeza—. A tu madre le habría gustado.

Cerré los ojos, feliz por fin, y volví a abrirlos. Ellos se han marchado, pero la luz arde todavía.

Jar, Max, Amy y Carl guardan silencio mientras contemplan la ancha explanada del aeródromo abandonado, rodeada de pinos y campos de colza de un amarillo deslumbrante. Amy les ha mostrado una ruta secundaria y durante el trayecto Jar le ha contado con la mayor delicadeza de que ha sido capaz que sospecha que Martin tiene prisionera a Rosa en el aeródromo. No ha querido darle demasiados detalles (su estado es muy frágil), pero ella no se ha sorprendido por completo. El diario ha preparado el terreno, aunque Martin no diga expresamente que secuestró a Rosa y que la somete a torturas. Jar le ha hablado también de Kirsten, le ha dicho que sabe que solo quiere lo mejor para él y ha prometido considerar con más calma la posibilidad de someterse a terapia en el futuro.

Max ha aparcado el Land Rover cerca de una larga hilera de naves avícolas abandonadas, siguiendo un camino de tierra, lejos de la pista de despegue principal. Han hecho caso omiso de un letrero que decía *Propiedad privada, prohibido el paso a toda persona no autorizada* y han rodeado la vieja barrera en la que antaño tenían que pararse los coches para que les rociaran las ruedas con *spray* desinfectante. Jar se pregunta qué fue primero, si las naves de cría intensiva de aves o el laboratorio de experimentación animal.

—Parecen salidas de Bergen-Belsen —comenta Max, indicando con la cabeza las naves avícolas.

Jar ha pensado lo mismo: barracones chatos y grises, con silos de grano elevándose a ambos lados como macabras chimeneas.

—Según Strava, el laboratorio debería estar allí. —Carl señala un pinar al otro lado del aeródromo, a casi un kilómetro de distancia.

—En el diario dice que deja su bici en la parte sur de la alambrada —interviene Amy. Su voz suena baja, pero firme—. Si encontramos la bici...

Jar se queda parado, asaltado de pronto por la inmediatez de lo que les aguarda. ¿Qué van a hacer cuando encuentren la bici? ¿Enfrentarse a Martin? Palpa de nuevo la pistola que lleva en el bolsillo de la chaqueta. Nunca ha disparado. Sería mucho más sencillo llamar a Cato, pero es su momento de actuar, ha llegado su hora. Lleva cinco años esperando este momento y no va a dejar que nadie se interponga en su camino. Sabe, además, que un oscuro rincón de su mente ansía enfrentarse a Martin a espaldas de las autoridades.

—¿No deberíamos llamar a tu amigo el policía? —pregunta Max como si le leyera el pensamiento—. ¿Dejarles esto a ellos?

—Después —contesta Jar—. Los llamaremos después.

—Hoy pareces tan indefensa... —dice con una sonrisa.

Miro mi cuerpo desnudo, las cadenas que rodean mis muñecas y mis tobillos desollados, intento concentrarme en el plan.

—La viva imagen de la indefensión —añade, y agarrándome por la barbilla me hace volver la cabeza a un lado y al otro.

A veces le he escupido a la cara, pero hoy no. Hoy voy a hacer lo que me diga.

Me ha hablado mucho de la «indefensión aprendida». Dice que es la clave para descifrar la neurobiología de la depresión clínica. «Debilidad, dependencia, miedo»: otras cosas de las que habla continuamente.

Si creo que no tengo control sobre lo que me hace en el arnés, empezaré a pensar que no puedo alterar ningún aspecto traumático de mi vida o mi entorno. Pero sí que tengo control, lo tengo desde que vi la luz, desde que Jar y papá se encontraron aquí abajo. Ellos me han dado fuerzas, me han mostrado una salida.

Max frena cuando Amy ve la bicicleta de su marido medio escondida entre los árboles, en el extremo sur del aeródromo. El lugar no podría estar más apartado —se dice Jar—, no hay forma de verlo desde la carretera. La casa más cercana, en un pueblecito más allá del aeródromo, debe de estar a dos kilómetros de distancia.

—Debería haber un hangar por aquí cerca. Vamos a dejar el coche aquí —dice, y se vuelve hacia Amy—. Creo que tú no deberías venir.

—Llamad a la policía —dice ella—. Por favor.

—La llamaremos, te lo prometo —contesta Jar abrazándola—. En cuanto le encontremos.

Salen los tres del Land Rover cerrando las puertas con el mayor sigilo posible y dejan a Amy sola. Tiene su móvil, llamará a Jar en caso de emergencia. Max lleva la cizalla que usó para abrir la cabaña de Martin. Si Jar está en lo cierto, van a volver a necesitarla. No hay ningún edificio a la vista, pero sí una franja de cemento antiguo al otro lado de la arboleda donde está escondida la bici. Jar indica a Max y Carl que se queden quietos y escuchen. Solo se oye el viento entre los pinos: inquieto, lastimero.

Jar se acerca a la bici y echa un vistazo alrededor tratando de ver si la hierba está pisoteada. Repara en una mascarilla blanca abandonada, tirada bajo unas zarzas.

—Creo que allí hay un edificio. —Max señala más allá, siguiendo la valla—. Un tejado verde.

Jar mira y al principio no ve nada, pero luego distingue el tejado curvo característico de los hangares antiguos, tapado en parte por los árboles, a unos quinientos metros de distancia. Emprenden la marcha sin apartarse del lindero de la arboleda, Jar delante, seguido por Max, que respira trabajosamente, y por Carl, que se ha quedado muy callado. Un segundo después dan un brinco cuando un faisán levanta el vuelo a su lado, cacareando estentóreamente.

—Santo Dios —dice Carl—. Odio el campo.

Jar también se ha asustado, pero intenta que no se le note. «Max tiene razón», piensa. Deberían haber llamado a Cato. Se dice que debe concentrarse en lo que tienen por delante. Rosa está a unos centenares de metros de él, viva —espera—, aunque también cabe la posibilidad de que lleguen demasiado tarde.

Es el momento que los dos estábamos esperando: cuando abre los grilletes de mis brazos y mis piernas. Sonríe lleno de orgullo al erguirse ante mí con la llave en la mano.

—Para los interesados en la indefensión aprendida —dice al inclinarse para abrir los grilletes de mis tobillos—, la ausencia de cualquier deseo de escapar es una señal de triunfo, la prueba palmaria de que Seligman tenía razón.

Se incorpora, pegado a mi cuerpo desnudo, y me libera también las muñecas dejando caer la cadena al suelo como si fuera una prenda de ropa.

—¿Te imaginas lo emocionante que debió de ser aquella primera vez, cuando los perros se quedaron inmóviles mientras la electricidad atravesaba sus miembros? Podían saltar para librarse del dolor, pero optaron por no hacerlo. Habían renunciado a la esperanza, se sentían incapaces de controlar su entorno. ¡Estaban deprimidos!

Se ríe al decir esto último y luego me da una fuerte bofetada en la cara y observa mis ojos en busca de una reacción. Miro fijamente hacia delante tratando de olvidarme del picor de mi mejilla.

—Buena chica —susurra.

—Mantén las alas plegadas —dice papá, apareciendo por detrás de él.

Jar también está aquí. Veo la mariposa posada en una bolsa de lona, al sol.

Hemos estado en este lugar muchas veces. Al principio, cuando Martin me llevaba arriba y me enseñaba una puerta abierta, el campo, tenía razón: yo no quería escapar. Pero hoy es distinto. Es la primera vez que me desencadena desde que hui a Cornualles, y quiere demostrar que otra vez está al mando, que vuelve a tener sus experimentos bien encarrilados. El daño que me ha hecho esta última semana, mi castigo por escapar, ha sido el peor de todos, que yo recuerde, pero no puede quebrantarme, no puede hacerlo estando Jar y papá aquí.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dice señalando con la cabeza la mesa donde ha colocado la batería de coche y los electrodos.

Para celebrar mi sometimiento, mi regreso a un estado de indefensión aprendida, quiere que yo misma prepare el instrumental con el que se dispone a torturarme. Yo me lo esperaba: no es la primera vez que me lo pide. Me acerco a la mesa mientras él inspecciona el arnés tirando de la cadena del techo. No tengo mucho tiempo. Moviéndome a toda prisa, desconecto los cables de la batería, los meto en los agujeros del enchufe de la pared y pulso el interruptor procurando no hacer ruido. No se habrá dado cuenta de lo que he hecho, a no ser que estuviera mirando. Con el tragaluz tapado y las velas como única iluminación, que es como le gusta hacer las

cosas en estas ocasiones, hay muy poca luz.

Me acerco al arnés sujetando el otro extremo de los cables y los dejo sobre una mesita que coloca siempre debajo del arnés. Tengo cuidado de no juntar los electrodos y de que no toquen mi piel. Dentro de un momento me pedirá que me suba al arnés y que me pegue los electrodos al cuerpo, en distintos sitios dependiendo de su estado de ánimo. Hoy me temo lo peor. Pero primero tengo que aplicar la masilla conductora. Los dos conocemos el procedimiento. Él abre la lata de masilla, girando la tapa mientras me mira de arriba abajo. ¿Sospecha algo? ¿Sabe que esta vez la corriente de los electrodos bastará para matarme?

—Voltios, corriente, resistencia, ¿recuerdas? —dice papá.

—Nunca he entendido la física —añade Jar en voz baja.

Levanto la vista pero se han ido los dos. Estoy sola y sé lo que debo hacer.

Rodean primero el hangar por la parte de atrás y, asomándose a una ventana, ven lo que parece ser una oficina abandonada. No se ven cámaras y todo parece indicar que la nave lleva años en desuso. Mientras guardan de nuevo silencio (¿atentos a qué?, ¿a posibles gritos de Rosa?), Jar ve algo entre la hierba, a unos metros del edificio. Es una batería de coche vieja. Luego ve otra, y otra. Tiene que haber una docena, como mínimo. Pesan mucho para llevarlas en la bici: está claro que Martin solo se ha molestado en sacarlas del hangar. Era absurdo cargar de nuevo con ellas una vez cumplido su propósito. Jar se enfada de pronto. Sienta la mano de Carl sobre su hombro.

—Vamos —dice su amigo.

Me digo a mí misma que voy a hacerlo por todos los animales que ha torturado, pero sé que lo hago por mí, por papá, por Amy, por Jar.

—Ponte la máscara —ordena—. Has olvidado la máscara.

Me pasa el protector facial de cuero negro con una costura alrededor de la boca, el que he llevado en tantas ocasiones tratando de morder el cuero para aliviar el dolor.

Me tumbo en la hamaca con los brazos y las piernas colgando y me ato la máscara por detrás de la cabeza.

—¿Te ayudo? —pregunta él como si se ofreciera a ayudarme con el abrigo.

Sacudo la cabeza. Ya me he puesto la máscara. Ahora lo único que queda es coger los electrodos que tengo debajo. Normalmente, cuando los he cogido, él aparta la mesa de una patada, como si fuera el taburete de un ahorcado, y yo me coloco los electrodos, lista para que encienda la batería.

—¿Lista? —pregunta.

Asiento otra vez, esforzándome por respirar bajo la máscara. El corazón me late a mil por hora. Ha llegado el momento. Me oigo a mí misma rezar.

—Es una batería nueva, completamente cargada —comenta él—. Va a hacerte cosquillitas.

La puerta principal del hangar está cerrada, como sospechaba Jar, pero hay un montón de madera apilada junto a la fachada, al lado de algunos viejos aperos de labranza, y Max y Carl se acercan ya con un madero de buen tamaño. Jar agarra un extremo y entre los dos lo echan hacia atrás y lo lanzan contra la puerta, cerca de la cerradura. El ruido retumba en el aeródromo. Ya no hay vuelta atrás. Lanzas de nuevo el madero, una vez y otra, hasta que por fin cede la puerta y Max acaba de abrirla de una patada.

—La trampilla escondida debajo de un armario archivador —dice Jar cuando comienzan a mirar en derredor, buscando la entrada al sótano.

Hay más de cinco armarios archivadores desperdigados por la nave, algunos con las puertas abiertas, otros cerrados.

—Allí —dice Carl.

Se acercan los tres al armario de la esquina del fondo. Tiene todos los cajones cerrados y detrás de él, en el suelo de linóleo gris, hay un panel con un asa y un pestillo. A un lado hay marcas de arañazos, de desplazar el armario adelante y atrás.

Jar no vacila: se inclina y agarra el asa del panel. Comienza a tirar, a levantarlo con ayuda de Carl.

Lo primero que notan es el olor: un hedor rancio a excrementos, a falta de aire y a otra cosa que a Jar le recuerda a los hospitales. ¿O es ese olor que notó en el depósito de cadáveres cuando acompañó a papá a despedirse de *mamá*? Max saca un pañuelo de lunares y se lo acerca a la boca. Carl se vuelve, camina hacia la puerta y vomita. Jar se tapa la boca y la nariz con la mano y abre del todo el panel. Pese a la oscuridad, ve el peldaño de arriba de una escalerilla metálica.

—Voy a bajar —dice.

—Usa esto. —Max le pasa su pañuelo.

Jar lo coge, se vuelve y busca con el pie la escalera.

—Dile a Carl que vigile por si ve a Martin —dice.

«Ningún ser humano estaría en el sótano por propia voluntad», piensa, «con este olor». Quizás Martin haya salido. ¿A tomar aire fresco? ¿A beber un vaso de leche? Jar ya no piensa con claridad, su corazón late deprisa, nota las manos pegajosas al agarrarse a la escalera metálica. ¿Bajó Rosa por estos peldaños aquella primera noche? ¿O estaba tan drogada que Martin tuvo que llevarla en brazos, o incluso arrojarla al sótano como un saco de carbón?

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlas, sujetando los electrodos separados, debajo de mí. No puedo seguir así. No puedo.

Papá ha vuelto a colarse en la sala, muy elegante para una función escolar. Me lanza una mirada tranquilizadora, esa sonrisa de aliento que me dedicó cuando estaba tambaleándome bajo la luz del foco, con los brazos levantados, a punto de dar una voltereta. Entonces aparece también Jar con esa misma mirada que me lanzó cuando falló mi tarjeta de crédito en el restaurante. «En el bote de las propinas hay dinero

suficiente para que te pague yo la cuenta», dijo. Te quise por eso, Jar.

—Estoy lista —digo cuando él viene a apartar la mesa para que mi cuerpo oscile libremente en el momento en que comience a retorcerme y convulsionarme.

—Uno en el pie, el otro en la lengua —susurra.

Le huele el aliento a alcohol dulzón y su piel brilla, llena de sudor.

Miro a papá, que asiente con la cabeza y se vuelve. Jar también asiente.

Y entonces le hundo los electrodos a los lados de la cabeza, en las sienes sudorosas, y empujo con todas mis fuerzas cuando su cuerpo empieza a sacudirse debajo de mí.

Parado al pie de la escalera, Jar recorre con la mirada la habitación a oscuras usando su móvil como linterna. Se aprieta el pañuelo contra la nariz, tiene ganas de vomitar pero se obliga a tragar saliva. ¿Dónde está Rosa? ¿Está aquí? ¿O el sótano solo lo usaban para animales? *Fijado con adhesivo a la planta del pie de la perra. Se quedaba allí, sentada sobre sus ancas, mirándome fijamente...*

Lo primero que ve es una hamaca naranja colgada del techo. Está vacía, cuelga flojamente con dos cables eléctricos a un lado, perdiéndose en la oscuridad. Jar se da cuenta de que fue aquí donde se grabó el vídeo. Se vuelve para vomitar en el pañuelo.

—¿Estás bien? —grita Max, pero Jar casi no le oye.

Mueve el móvil para alumbrar el cuarto, confiando en encontrar una respuesta.

—¿Rosa? —dice mientras se limpia la boca, pero su voz suena muy débil—. Rosa, soy yo, Jar. ¿Dónde estás? —Se acerca al arnés para asegurarse de que está vacío—. ¿Rosa? —llama de nuevo con voz más firme.

Deja atrás la hamaca, entra en otro cuarto en el que hay un lavabo y un váter, y a continuación vuelve a alumbrar con la linterna el cuchitril, pasando de un objeto a otro: una jarra de cristal, una batería de coche, electrodos, dos cajones grandes de madera, como cubículos unidos, y un montón de objetos que parecen pantallas de lámparas. De las que les ponen a los perros en el cuello para impedir que se rasquen, piensa. Alumbra la estantería que hay arriba. Una fila de latas: comida para perros. Y debajo, sobre un banco de trabajo, una lata abierta con una cuchara dentro.

Y entonces oye un ruido, un ligerísimo roce. Alumbra el suelo. Y allí, agazapada debajo del lavabo, desnuda, abrazándose las rodillas, temblorosa y viva, está Rosa.

—¿Dónde está? —susurra cuando Jar se agacha para tomarla en sus brazos.

—No pasa nada —dice él, y empieza a sollozar, impresionado por la frialdad de su piel—. Ponte mi chaqueta.

—Está aquí, Jar.

—Ya ha pasado todo —dice él sin escucharla cuando la hace ponerse en pie y la envuelve en su chaqueta de ante como hizo en la orilla del Cam.

Cuesta creer que sea la misma. Tiene la cabeza rapada, un lado de la cara hinchado y amoratado, el cuerpo reducido a piel y huesos.

—Tenemos que sacarte de aquí.

Nunca dejará que vuelvan a llevársela, piensa al abrazarla apretándola como no ha abrazado nunca a nadie. Pero su piel también empieza a enfriarse, helada por su silencio. «Está aquí».

—Lo he intentado —murmura ella.

Jar siente la cadena alrededor de su cuello antes de oír a Martin. Levanta bruscamente las manos, agarra los gruesos eslabones, ansioso por aflojar la presión, pero Martin le arrastra hacia el centro de la habitación, lejos de Rosa, mientras sus piernas ejecutan un horrendo canción. Oye el gorgoteo de su garganta como si fuera el de otra persona.

—Detesto las historias con final feliz, ¿tú no? —pregunta Martin con la boca pegada a su oreja.

—Mi chaqueta —logra decirle Jar a Rosa, que ha vuelto a acurrucarse en el suelo, acobardada. ¿O indefensa, quizá?

Le mira. Jar le indica con ojos desorbitados el bolsillo de la chaqueta, incapaz de hablar. No quiere que le vea morir, pero ella no le entiende. A Jar no le quedan energías. La cadena le oprime la tráquea, está perdiendo el sentido.

—Salvé su alma —dice Martin.

Jar nota otro olor, un olor a carne quemada. Cierra los ojos. Ya no importa. La vida le abandona. ¿Dónde está Max? ¿Y Carl? ¿No los han oído?

—Así que la perra es mía.

Haciendo un último esfuerzo, Jar aparta una mano de la cadena y lanza el codo hacia atrás. Martin se dobla, afloja la presión lo suficiente para que Jar se libere. Se acerca tambaleándose a Rosa, trata de ignorar el dolor del cuello, agarra su chaqueta y saca la pistola del bolsillo.

—No te atreverás —dice Martin al ver que le apunta con ella—. No sabes usarla.

—¡Dispara! —grita Rosa poniéndose en pie.

Jar la mira y suelta el seguro. No necesita que le persuadan. Martin tiene una mirada desquiciada, irradia un salvajismo impredecible, mortal. Tiene los pantalones ensangrentados y los lados de la cara cubiertos de sangre y quemaduras en carne viva. Ofrece un blanco perfecto.

—Cinco años la has tenido aquí abajo. —Jar agarra con fuerza la pistola para que deje de temblar. Le arde el cuello—. Cinco putos años —repite, más fuerte.

—El tiempo vuela —replica Martin con una sonrisa burlona.

—Creía que podía confiar en ti, su propio tío.

¿Por qué le dice todo esto? Los tres saben de qué se le acusa, pero es como si necesitara enunciarlo en voz alta, exponer sus argumentos antes de apretar el gatillo. ¿O acaso Martin tiene razón y no está preparado para hacerlo?

—Creía que habías ido al muelle a salvarla. Y en vez de eso...

—¿Va todo bien por ahí abajo?

Es Max. Jar mira hacia la escalera. Max ya habría disparado.

—¡Jar! —grita Rosa.



Se vuelve y ve a Martin abalanzarse contra él. Aprieta el gatillo pero se oye solo un chasquido. Llevado por un impulso, gira el arma y estrella la culata contra la cara de Martin con todas sus fuerzas, acordándose de cómo le derribaron con esa misma pistola en los acantilados de Cornualles. Esto basta para detener a Martin. Jar le agarra por la nuca, le levanta la cabeza y la estrella contra su rodilla levantada con una brutalidad que ignoraba poseer. Martin se desploma.

—¡Llama a la policía, Carl! —grita Max mientras se acerca corriendo al cuerpo inmóvil de Martin.

Jar mira jadeante a Martin y a Rosa, que está acurrucada contra la pared, envuelta en su chaqueta. Estira el brazo y la ayuda a levantarse. Le tiembla todo el cuerpo. Jar la abraza con fuerza, intenta calmarla, calmarse a sí mismo, apoya la frente en la suya.

—Esta vez se acabó de verdad —le dice en voz baja—. Te doy mi palabra.

—Debería haberme llamado —dice Miles Cato frente al hangar.

—Creía que acababa de hacerlo —contesta Jar.

—Antes de venir aquí. En cuando leyó el diario de Martin. Esto es el escenario de un crimen. Y sus huellas están por todas partes.

—Era algo personal.

Jar contempla la escena: cuatro coches de policía, dos ambulancias, un camión de bomberos con equipo elevador y motosierras, y el helicóptero policial que ha traído a Cato desde Londres, además de los coches patrulla que hay más allá, en la carretera cortada. Por todas partes hay cinta policial de rayas azules. Colgada entre los árboles, se mece con la brisa.

—Rosa va a recuperarse, lo sabe, ¿verdad? —dice Cato.

—Físicamente, puede que sí.

Acaba de salir de la ambulancia donde están atendiendo a Rosa. El personal médico la ha aseado, le ha dado una bata que ponerse y pronto la trasladará al Hospital Universitario de Norfolk y Norwich, acompañada por él. Ha insistido en ir a todas partes con ella, y es la primera vez que se aparta de su lado desde que la encontró en el sótano, hace más de una hora.

Carl y Max siguen con él, dan explicaciones a la policía, procuran tranquilizarle. Martin ha sido detenido y trasladado a la jefatura de policía de Norwich, por su propia seguridad y por la de los demás. Nadie conoce aún la historia en su totalidad, lo que sucedió antes de que llegara Jar, pero da por sentado que Rosa aprovechó un momento de descuido para administrarle a Martin una descarga eléctrica casi fatal, suficiente al menos para que ella pudiera escapar del arnés. En cuanto a la pistola, Cato ha confirmado que era falsa, lo que no es un gran consuelo. Otra razón por la que Jar tendría que haberse enfrentado al cómplice de Martin en la costa de Cornualles.

—Me voy con Rosa —dice, indicando la ambulancia—. Van trasladarla ya al hospital.

—Necesitaremos hablar con ella cuando se sienta con fuerzas —contesta Cato—. Tenemos muchas preguntas que hacerle. Estoy seguro de que lo comprende.

—Como quiera.

Jar le sostiene la mirada, acordándose de la primera vez que se vieron. Sigue sin fiarse de él.

*Cornualles, 2017*

Esto no durará mucho. Ahora mismo me canso con todo y paso gran parte del día durmiendo. Fue idea de Jar que empezara otra vez a escribir un diario (con mis propias palabras y escrito en libertad), y me sienta bien, es el primer paso para recuperar mi vida, mi pasado.

También fue idea de Jar que viniera aquí, al sitio donde solía traerme papá: un refugio, aunque la última vez que vine fuera para su entierro. Todos los días me acerco a Paul con Jar, a visitar su tumba y la de mamá. Tardamos un buen rato a pie (2700 segundos), pero me digo que es bueno para el cuerpo y para el alma.

Hace ya un mes que Jar me encontró. Los primeros días los pasé en el hospital. Después, Jar me trajo aquí. Todos los días viene una psicoterapeuta de Truro y hablamos las dos solas, a veces tres horas seguidas, dependiendo de lo fuerte que me sienta. Me enseña una foto de mi «celda», fotos de Martin con y sin pasamontañas, y yo le leo pasajes de mi «diario de prisión», lo que fui escribiendo en trocitos de papel. Me ha propuesto que escriba también sobre las últimas horas de mi cautiverio, cuando atacé a Martin. Dice que recordar los hechos en tiempo real me ayudará a cerrar ese capítulo de mi historia.

Siento tanta pena por Amy... Espero que algún día, pronto, se sienta con ánimos de visitarme. Le he escrito una carta diciéndole que no la culpo.

La luz del sol sigue molestándome. Llevo unas grandes gafas de sol allá donde voy, lo que también me ayuda a ocultar mi identidad. A veces también me pongo una peluca: es una de las ventajas de tener el pelo corto. Sigue habiendo mucho interés por lo que me pasó, por cómo sobreviví.

Quiero volver a la universidad, eso lo sé. Acabar mis estudios. El doctor Lance me ha escrito diciendo que me guardarán la plaza indefinidamente. Ahora solo tengo que persuadir a Jar para que me acompañe, para que haga el doctorado o algo así. Ha accedido a seguir viendo a Kirsten, y su bloqueo literario se ha terminado por fin. Dice que siempre ha temido imitar a otros escritores, pero que ahora eso ya no le preocupa y que va a robar una idea que ya le robaron a otro y que luego el ladrón no pudo usar. De lo que se siembra, se cosecha.

No quiero que se vaya nunca de mi lado.

Jar la abraza con fuerza. Es la primera vez que se besan de verdad desde que la encontró en Norfolk, hace dos meses. Están tumbados en la cama, arriba, en la casa de pescadores que los padres de Rosa tenían en Mousehole. El ruido del mar entra por la ventana. Un grupo de ruidosas gaviotas se ha congregado en un tejado vecino.

—No pasa nada —dice Jar mientras le acaricia el pelo, que ha vuelto a crecerle. Una lágrima rueda por la mejilla de Rosa—. ¿Quieres que bajemos al malecón?

Ella le sonríe, se tapa los ojos para protegerlos de la luz. Jar se inclina hacia la mesilla de noche y le pasa las gafas de sol.

Se visten y se llevan dos tazas de té con la bandera británica: un Earl Grey para ella, un Barry's Gold para él. Es tan temprano que las tiendas del paseo marítimo aún no están abiertas. Han pasado mucho tiempo sentados en este banco, en el malecón del puerto, hablando tranquilamente, tratando de recomponer la vida de Rosa, un segundo, una hora, un día cada vez. Si el paseo diario a Paul no la deja muy agotada, suben a Raginnis Hill, detrás del pueblo, y echan a andar por el camino de la costa. Aún no han pasado de la torre vigía de los guardacostas, pero confían en llegar a Lamorna en algún momento, en los próximos meses. Jar está contento con los progresos que hace Rosa. Las sesiones de terapia la están ayudando y ha empezado otra vez a escribir un diario, pero todavía tiene mucho camino que recorrer.

Esta mañana, sin embargo, no se aventuran más allá del banco del malecón. Sosteniendo sus tazas de té con manos frías, observan las maniobras de un pescador para sacar su barca por la estrecha embocadura del puerto. El hombre los saluda levantando su mano agrietada.

Jar tiene la impresión de que hay mucha gente que viene a esta parte remota del país a recuperarse. Los vecinos del pueblo han dejado en paz a Rosa a pesar del reportaje de cinco páginas que le dedicó un tabloide dominical y que disparó el interés por su historia de medios de todo el mundo. Rosa ha concedido una sola entrevista, a Max, que se encargó de relatar su historia desde el principio. El resto de la prensa mundial ha asumido que no va a volver a hablar.

No era el reportaje sobre tramas de espionaje que pensaba escribir Max, pero aun así los editores se las ingeniaron para citar al SAS en la entradilla, para regocijo de Max y Jar.

Max ha venido a visitarlos un par de veces, primero para entrevistar a Rosa (con delicadeza, pausadamente, a lo largo de tres días, tomando notas a mano con una pluma estilográfica) y luego con su familia para pasar unas cortas vacaciones durante

las cuales su esposa y él vinieron a ver a Rosa con frecuencia. Jar jugó al críquet con los gemelos en la playita que hay más allá del aparcamiento. Y Max ha decidido cerrar su empresa de comunicación en Canary Wharf para volver a dedicarse al periodismo.

—A partir de ahora, los banqueros tendrán que mentir sin mi ayuda.

Carl también ha venido, ha dormido en el sofá de la casita. Trajo buenas noticias de la oficina. Jar puede recuperar su antiguo puesto, con dos condiciones: que no llegue tarde y que, cuando llegue tarde, prescinda de excusas aburridas. Anton también ha vuelto a aparecer. Resulta que tenía problemas con su novia, nada que ver con el diario de Rosa, que por fin acabó de descifrar y envió a Jar. Carl incluso dio una clase de monopatín con él, y asegura que vuelve a ser un *crack*.

La visita de Cato fue más formal. Tras tomarles declaración a los dos, se quedó a dormir en Mousehole, en el Old Coastguard, y esa noche llamó a Jar para invitarle a tomar una pinta en el Betty Stogs y charlar extraoficialmente. Durante aquella media hora, Jar casi empezó a cobrarle simpatía.

Según ha averiguado, a Martin le despidió la empresa de Huntingdon por mostrar una crueldad excesiva hacia los animales. También perdió su segundo trabajo, en Norwich, por razones parecidas, aunque en ese caso su crueldad se manifestó durante los primeros ensayos clínicos en humanos de un antidepresivo que estaba desarrollando para la compañía. Un técnico de laboratorio fue despedido al mismo tiempo que él: el individuo que se llevó a Rosa en Cornualles y que persiguió a Jar en Canary Wharf. Acompañaba a Martin en sus salidas en bici, pero también era su cómplice delictivo. Ayudaba a mantener cautiva a Rosa y asistía a Martin en los experimentos que hacía con ella. La policía le encontró inconsciente, con la cabeza encajada en el parabrisas de una furgoneta Transit blanca, el mismo día de la detención de Martin.

Cato le confirmó asimismo que la antigua empresa de Martin había vuelto a contratar el suministro eléctrico del hangar del aeródromo debido a que tenía previsto volver a utilizar las instalaciones. Es decir —añadió—, que Rosa habría sido encontrada poco después. Esto tampoco era un gran consuelo, como no lo era la reticencia de Cato a revelar los pormenores de la investigación policial del secuestro de Rosa cinco años atrás.

Solo Amy no ha venido a visitarlos. Jar siente una especie de pesadumbre al recordar la carta que llegó a principios de semana, ensombreciendo su soleado rincón de Cornualles. Muy pronto, en cuestión de minutos quizá, sabrá si Rosa y él pueden seguir adelante con sus vidas.

—Algunos días quiero saber lo que pasó —dice Rosa al levantarse del banco para dar un paseo por el malecón—. Y otros, como hoy, no me importa. Solo tengo deseos de atribuirle mi pasado a otra persona, de poner otro nombre en mi diario.

—Martin alteró gran parte de lo que escribiste —contesta Jar, repitiendo lo que le ha dicho ya muchas veces.

—Sí, lo sé.

Han repasado juntos una copia impresa de cada entrada del diario, subrayando con rotulador verde los recuerdos que son suyos, concentrándose en lo que ambos sabían que era cierto y tachando con boli negro los numerosos añadidos de Martin. Todo lo relativo al personaje de Karen, por ejemplo, o a la firma de la Ley de Secretos Oficiales en la casa de Herefordshire, y muchas otras cosas. A Jar le sorprendió que Rosa le confirmara que a su padre le fue concedido, en efecto, el título de Caballero Comendador: tiene la medalla en algún sitio. Hasta se acuerda de la ceremonia privada en San Pablo, o al menos eso cree. ¿Era su padre un espía? «No, era algo mucho más importante que eso».

—También quiero pensar que Martin le quitó importancia a nuestra relación —dice Jar con una sonrisa optimista.

Ya le ha dicho otras veces que sospecha que Martin desvirtuó su relación en el diario para dar a entender que estaban menos enamorados de lo que en realidad lo estaban.

—Tú sabes que yo nunca te habría dejado así —dice Rosa al darle el brazo.

Jar confía en que sea cierto: es una convicción que le ha mantenido a flote estos últimos cinco años.

Han llegado al final del malecón y ven cómo otro barquito cargado de caballas pasa por la estrecha embocadura del puerto.

Jar ha tenido que asumir que fue Martin quien escribió la nota de despedida dirigida a él, la que dejó en la carpeta de borradores del portátil de Rosa. Le engañó, le hizo creer que fue Rosa quien escribió esas palabras que se sabe de memoria. *Ojalá no tuviera que dejarte atrás, mi niño: el primer amor de mi vida y el último.* Fue ese «mi niño» lo que le engañó. Se siente como un tonto. Martin, el aspirante a escritor, había aprendido a simular otras voces.

Fue él quien le llamó desde el viejo teléfono de Rosa (que la policía encontró en su cabaña) y quien le envió aquellos correos haciéndose pasar por ella cuando Jar la buscaba en Cornualles. También pirateó la cuenta de correo de Jar en el trabajo. Se había aficionado a suplantar direcciones IP durante sus últimos meses de trabajo en la compañía farmacéutica, cuando, en su afán por desarrollar un antidepresivo de nueva generación, llevaba más allá del límite de lo permisible sus ensayos clínicos en humanos y colgaba anónimamente los resultados en Internet.

La vigilancia de Jar, sin embargo, tanto en Londres como en Cornualles, la había delegado en otros. Según Cato, su amigo el técnico de laboratorio había trabajado una vez para un cuerpo de policía local y conocía algunos trucos.

Jar consulta su reloj. Ha llegado la hora.

Querido Jar:

Espero que la presión mediática no se os esté haciendo demasiado dura y que Rosa se esté recuperando lo mejor posible dadas las circunstancias.

Siento no haber ido aún a Cornualles a visitaros, ni haber contestado a la preciosa carta de Rosa. Me está costando más de lo que creía asimilar lo que ha pasado. No quiero que nadie sienta lástima por mí (aquí la única víctima verdadera es Rosa), pero la culpa que siento es casi insoportable. Lo único que puedo decir, como traté de explicarle a la policía, es que era una muerta en vida. El médico me dijo que tenía suerte de no haber muerto por culpa de los fármacos que me estaba dando Martin. No sabía que las «pastillas para dormir» eran en realidad una benzodiacepina muy fuerte (y prohibida, además). Estaba reduciendo poco a poco la dosis de las benzodiacepinas más flojas que tomaba, y me extrañaba no notar muchos cambios. Tenía los sentidos embotados, por decir algo. Estaba «anestesiada emocionalmente», como dijo mi médico de cabecera, que estaba horrorizado por no haberse dado cuenta de que Martin me estaba administrando esa benzodiacepina ilegal. Pero yo debería haberlo sabido, debería haber hecho más preguntas, haberme enfrentado a Martin.

Espero sentirme pronto con ánimos para ir a veros a Cornualles, caminar con Rosa por el sendero de la costa, recorrer los mismos caminos por los que paseaba con Jim cuando ella era pequeña. Entre tanto, he estado vaciando la casa. No puedo seguir viviendo aquí. No solo por los recuerdos de Martin, sino también por la policía, que lo ha registrado todo de arriba abajo, hasta mi cajón de las bragas.

Pero pasaron por alto una cosa que te mando aquí, porque tú sabrás mejor que yo qué hacer con ella. Es una carta que encontré cuando estaba sacando los libros de Martin del cuarto de estar. Estaba metida en un ejemplar de *El espía que llegó del frío*, una de sus novelas preferidas. No sé de quién es. Ni siquiera sé si es auténtica. Martin parece haber vivido en un mundo de fantasía durante estos últimos cinco años. En todo caso, creo que es importante.

Tiene remite de Langley, Virginia, donde hasta yo sé que está la sede central de la CIA, y está impresa. No va dirigida a Martin ni lleva firma, pero es una carta de agradecimiento personal —eso está claro— por haberles hecho partícipes de sus conocimientos profesionales en la guerra contra el terror.

Recuerdo, sí, que Martin viajó a Estados Unidos varias veces. Tuvo que ser durante los años inmediatamente posteriores a los espantosos acontecimientos de



2001, pero mi memoria nunca ha sido buena. Podría intentar averiguarlo si sirve de algo, buscar su pasaporte antiguo, echar un vistazo a los sellos, aunque no estoy segura de dónde lo guardaba.

Espero que esto no complique más aún las cosas. Estoy tan confusa que ni siquiera puedo evaluar si tiene alguna importancia.

Fue doloroso, pero leí el artículo de tu amigo, claro, y vi todas las noticias en televisión. No reconocí al buen chico con el que me casé hace más de veinte años, al que prometió ayudarme a sobrellevar mis ansiedades, y todavía no he podido explicarme cómo pudo ser tan perversamente cruel con mi sobrina. Por desgracia, la prensa no me deja tranquila, pero la casa cuenta con buenas medidas de seguridad (qué paradoja).

Destruye la carta de Martin si quieres: haz lo que consideréis mejor. Tú y yo siempre intuimos que nuestra querida Rosa estaba viva, pero haber tenido razón no me sirve de consuelo. La vergüenza y el estupor que siento por el hecho de que un hombre al que una vez amé haya sido capaz de hacer esto me acompañarán el resto de mi vida.

Con todo mi cariño,

Amy

Son la 9:05 de la mañana cuando Jar se fija en el coche negro. Están de nuevo en el malecón, con sus tazas de té y un jersey extra para Rosa, que desde su cautiverio acusa mucho más el frío. El coche entra despacio en el pueblo, dobla lentamente la curva cerrada de la derecha y enfila la callejuela pasando por delante de la tienda de alimentación. Se pierde de vista un minuto y vuelve a aparecer al entrar en el aparcamiento, allá abajo.

—No es de aquí, está claro —comenta Rosa ociosamente.

Desde hace unas semanas juegan a intentar adivinar si las personas a las que ven por la calle son nacidas y criadas allí, si son de fuera, si vienen a hacer turismo o son periodistas. No es difícil, pero a veces se equivocan. Hoy, en cambio, dan en el clavo.

El coche se detiene. El conductor permanece un rato dentro del coche (Jar calcula que ha pasado conduciendo buena parte de la noche) y luego sale. Los mira, sentados en su banco favorito del malecón. No levanta una mano como el pescador, pero inclina ligeramente la cabeza a modo de saludo.

—¿Le conoces? —pregunta Rosa.

—Todavía no.

—¿Viene a hablar conmigo? —Rosa le agarra del brazo, buscando que la tranquilice—. Ya sabes que no quiero hablar con nadie.

—¿Por qué no vuelves a casa? —Jar le aprieta el brazo.

El hombre apoya una mano sobre el techo del coche mientras habla por teléfono, mirando a su alrededor como un senderista que tratara de orientarse por el sol.

—¿Pasa algo? —pregunta Rosa.

—No, nada. Solo ha venido a hablar. Conmigo.

—Gracias por enviar la carta a Cato —comienza el hombre al sentarse en el banco, a su lado. Es asiático, de treinta y pocos años, y viste pantalones chinos y camisa de algodón—. Nos la hizo llegar.

—Es una falsificación, ¿verdad? —pregunta Jar, esperanzado—. Igual que el otro documento.

Sabe ya que las cosas nunca son blancas o negras. Este hombre no habría venido hasta aquí desde Londres si la carta fuera una simple falsificación.

—La verdad es que todavía no lo sabemos.

—Claro que lo es.

Desde que recibió la carta impresa de Langley junto a la de Amy, escrita a mano, no ha parado de decirse que es falsa, que era otro de los delirios de Martin. Pero cuando el hombre que ahora se sienta a su lado le llamó anoche sin darle su nombre, diciéndole únicamente que llegaría en torno a las ocho de la mañana, sus viejos temores volvieron a aflorar y le han mantenido despierto hasta el amanecer.

—Usted sabe que no puedo darle detalles —añade el hombre.

—¿A qué ha venido, entonces?

Jar trata de recordar el enunciado de la carta, la alusión velada al hecho de que Martin tuviera algo que ver con la CIA.

—Necesitamos hablar con Rosa.

—No está preparada.

—Con su amigo el periodista sí parecía muy dispuesta a hablar. Y con Cato.

Es cierto, piensa Jar. Rosa se ha sincerado con los dos, pero Jar no quiere que la interroguen los servicios de inteligencia. No es relevante, ni necesario. Max mencionaba al MI6 en su artículo —junto a Herefordshire y al cuartel general del SAS—, pero refiriéndose únicamente a las retorcidas fantasías de Martin y a su interés por las novelas de espionaje, a fin de explicar por qué un científico especializado en experimentación con animales había mantenido a Rosa en cautiverio cinco años, haciéndole creer que la había reclutado la CIA en Cambridge y que posteriormente la había castigado (es decir, torturado al estilo de Guantánamo) por intentar escapar de un programa secreto. (Max no citaba en ningún momento el nombre de Eutico: decía que quería guardarse un as en la manga por si acaso algún día salían a la luz más pruebas en la red oscura).

—No tenemos pruebas, aparte de la carta, de que Martin trabajara en algún momento para la CIA ni tuviera relación alguna con ella.

—¿Y si fue así?

—Eso repercutiría en la investigación del secuestro de Rosa hace cinco años y de su cautiverio posterior.

—¿En qué sentido?

—Su desaparición se convertiría en competencia de los servicios de inteligencia y no de la policía.

—¿Porque Martin quizá trabajara o no para la CIA, que quizá puso en práctica o no un programa secreto ficticio?

Jar se alegra de lo improbable que empieza a sonar todo esto. A las cuatro de la madrugada no se lo parecía.

—¿Rosa recuerda algo más sobre su cautiverio? —pregunta el desconocido.

—El diario manipulado la ha confundido. Eso y las cantidades industriales de fármacos que Martin probaba con ella.

—Nos interesan especialmente los primeros años, cuando desapareció en Cromer. Jar niega con la cabeza, incrédulo.

—Martin era un científico. Un farmacólogo trastornado que fantaseaba con

trabajar en Guantánamo. Eso es todo.

—Eso es lo que queremos aclarar.

—Claro que deseaba trabajar para la CIA. Todas esas torturas en Guantánamo... Allí se habría sentido como en casa. Pero no trabajaba para la CIA. Trabajaba para una empresa de investigación de Norwich hasta que le despidieron por ensañarse con pacientes humanos.

—Después del 11 de Septiembre, los países occidentales recurrieron a los elementos más extraños para que los ayudaran en la guerra contra el terrorismo. Un investigador especializado en fármacos e interesado en la indefensión aprendida podía resultar muy útil.

Jar observa las piedras desgastadas del malecón, bajo sus pies. Trata de hallar consuelo en su longevidad, en su resistencia a siglos de tormentas y temporales.

—¿Podría hacerme un favor? —pregunta el desconocido.

Jar mira al otro lado del puerto, hacia el pueblo. Rosa está en la casita de pescadores, de pie junto al ventanal, observándolos. El hombre sigue su mirada. La contemplan los dos en silencio.

—Su padre era un buen hombre. Le vamos a echar de menos. —Hace una pausa—. Cuando empiece a recordar lo que pasó de verdad, llámeme.

Le entrega una tarjeta blanca sencilla con un número de móvil.

—Rosa estuvo secuestrada cinco años en un zulo, en un aeródromo abandonado de Norfolk —afirma Jar serenamente—. La tuvo encerrada allí su tío, que la despreciaba como despreciaba a las mujeres en general, incluso más de lo que despreciaba a los animales.

—Espero que tenga razón, Jar. Por el bien de todos.

Jar le observa acercarse al coche, meter la llave en el contacto y alejarse subiendo esta vez por Raginnis Hill. Cuando se pierde de vista, Jar vuelve a mirar la ventana de la casa. Rosa sigue allí, contemplando el mar. Jar cierra los ojos, aspira el aire salobre y fresco y vuelve a abrirlos.

«¿Qué hay en esa cabecita tuya, tan bonita y tan maltratada?», piensa. «¿Qué oscuros secretos guardas sin saberlo?».

Rosa levanta la mano y le saluda desde lejos.

## Agradecimientos

El personaje de Martin, el psicofarmacólogo, es, desde luego, pura ficción. Por suerte no conozco a nadie que comparta su opinión de que «las farmacéuticas perdieron una oportunidad de oro en Guantánamo». No obstante, en 2014 la Comisión Especial sobre Espionaje del Senado de Estados Unidos publicó un informe sobre torturas y guerra contra el terrorismo que desvelaba el inquietante papel que desempeñó la psicología en los programas de detención e interrogatorio de la CIA con posterioridad al 11 de Septiembre. Según dicho informe, dos psicólogos de la Fuerza Aérea estadounidense empleaban la indefensión aprendida —una teoría enunciada por vez primera por el doctor Martin Seligman en los años sesenta— como base científica de una controvertida técnica de la CIA conocida como «interrogatorio mejorado».

El doctor Seligman —que ahora es un reputado escritor de libros de autoayuda y un defensor de la psicología positiva— le contó al *The New Yorker* en 2015 que se sintió horrorizado y atónito al descubrir que la CIA se había servido de sus investigaciones. Lamentó que «la buena ciencia, que ha ayudado a muchas personas a superar la depresión, pueda utilizarse con un fin tan atroz como la tortura».

Como parte del proceso de investigación para escribir este libro, leí numerosos artículos relativos a experimentos pioneros con roedores y perros, entre ellos los que llevó a cabo el doctor Seligman en 1967, así como otros artículos más recientes sobre el estrés, la depresión, la indefensión aprendida y los ensayos clínicos en humanos:

- On the Phenomenon of Sudden Death in Animals and Man*, del doctor Curt P. Richter (*Psychosomatic Medicine*, 1957).
- Failure to Escape Traumatic Shock*, de Martin E. Seligman y Steven F. Maier (*Journal of Experimental Psychology*, mayo 1967).
- Depression: a New Animal Model Sensitive to Antidepressant Treatments*, de R. D. Porsolt, M. Le Pichon y M. Jalfre (*Nature*, 1977).
- The Tail Suspension Test: A New Method for Screening Antidepressants in Mice*, de Lucien Steru, Raymond Chermat, Bernard Thierry y Pierre Simon (*Psychopharmacology*, 1985).
- Adult Hippocampal Neurogenesis Buffers Stress Responses and Depressive Behaviour*, de Jason S. Snyder, Amélie Soumier, Michelle Brewer, James Pickel y Heather A. Cameron (*Nature*, 2011).
- Redesigning Antidepressant Drug Discovery*, del profesor Florian Holsboer (*Dialogues in Clinical Neuroscience*, 2014).

La red oscura plantea, de manera intrínseca, una serie de aterradoras dificultades para los no iniciados. No podría haber escrito este libro sin tener a mano *The Dark*

*Net: Inside the Digital Underworld*, de Jamie Bartlett (Windmill Books, 2015). Su programa en BBC Radio 4 *Psychedelic Science* (2016) me fue también de inestimable ayuda.

Deseo dar las gracias asimismo a: Will Francis, Rebecca Folland, Kirsty Gordon, Jessie Botterill y Kirby Kim, de mi agencia literaria, Janklow & Nesbit; a Laura Palmer, Madeleine O'Shea, Nicolas Cheetham, Lucy Ridout y al equipo de Head of Zeus en Londres; a Liz Stein, Emer Flounders, Jena Karmali y al equipo de MIRA en Nueva York; a Wiebke Rossa de Verlagsgruppe Random House en Alemania; a Jon Cassir de C. A. A.; a J. P. Sheerin; a Giles Whittell; a Nic Farah y Nadine Kettaneh; a Louisa Goldsmith; a Lisa Beale y Helen Gygax; al Gurnard's Head, en los alrededores de Zennor; a Mark Hatwood de la Harbour Gallery de Portscatho; a Len Heath; a Discover Ireland (@gotoIrelandGB); a Adrian Gallop; a Nick K.; a Stewart y Dinah McLennan; a Polly Miller de la Gallery Norfolk, Cromer; al doctor Raj Persaud; a Rufus Lawrence; a Andrea Stock; a The Lullaby Trust; a Mike y Sarah Jackson por dejarme usar «la cabaña de arriba»; y sobre todo a Felix, Maya y Jago, que me mantienen en marcha con su ánimo y su alegría de vivir; y a Hilary, el amor de mi vida, a quien está dedicado este libro. Sin su sabiduría, su sentido del humor, su paciencia y su cariño, nada de esto sería posible.



**J. S. Monroe** nació en Reino Unido en 1966.

J. S. Monroe es el seudónimo bajo el que escribe el autor Jon Stock, escritor y periodista inglés. Estudió Filología Inglesa en Cambridge y ha trabajado como periodista independiente y como colaborador en Radio 4 de la BBC. Autor de cinco novelas anteriores, ha sido corresponsal en Nueva Delhi y editor del suplemento de fin de semana del *Daily Telegraph*.

# Notas



[1] *The Two Ronnies*, serie cómica emitida por la BBC entre 1971 y 1987. Daven Allen fue un famoso humorista irlandés, presentador de un programa satírico que gozó de gran popularidad entre 1972 y 1986. (N. de la T.) <<

[2] Cita de *El rey Lear* de William Shakespeare, acto IV, escena sexta. (N. de la T.) <<

[3] Versos de *Oda a una urna griega* de John Keats. (N. de la T.) <<

[4] Serie de la BBC emitida en las décadas de 1960 y 1970. (*N. de la T.*) <<

[5] Cita de *La canción de Angus el errante* de W. B. Yeats. (N. de la T.) <<

[6] Cita de la película *Granujas a todo ritmo*. (N. de la T.) <<

[7] Versos del poema *La segunda venida* de W. B. Yeats. (N. de la T.) <<

[8] Cita de *Antonio y Cleopatra* de William Shakespeare, acto II, escena segunda. (*N. de la T.*) <<



[9] *Jam jar*: tarro de mermelada. (*N. de la T.*) <<